



de

¿Pueden suceder tales cosas?

🌿 Cuentos fantásticos completos 🌿

AMBROSE BIERCE

Lectulandia

Ambrose Gwinnett Bierce (1842-1914?) dedicó buena parte de su carrera literaria al periodismo satírico, así como a escribir relatos de terror que le aseguraron un lugar destacado en la historia de la literatura norteamericana como un consumado maestro del humor negro. Su participación como romántico voluntario en la Guerra Civil Americana, en cuyos horrores y sangre chapoteó hasta caer malherido en la batalla de Kennesaw Mountain, le inspiró una serie de relatos que recopiló años más tarde en uno de sus libros más conocidos, *Cuentos de soldados y civiles* (1891). Esta experiencia traumática impresionó al joven Bierce de tal modo que su carácter se tornó pesimista y misántropo, y su humor, siniestro y cruel, al punto de ganarse el apodo de «Bitter Bierce». Tras abandonar el ejército en 1866, se instala en San Francisco, donde comienza a colaborar en diversos diarios, sobre todo en el *New Letters* periódico que llegó a dirigir de 1868 a 1872 y el *Argonaut*, en cuyas páginas publicó una serie de definiciones satíricas que posteriormente reuniría en su famoso *El Diccionario del Diablo* (1906). A los setenta años, agobiado por el asma y hastiado de la vida, Bierce decide viajar a México, que estaba en plena revolución. Nunca más se supo de él, la fecha de su muerte se desconoce. El presente volumen, *¿Pueden suceder tales cosas?*, es la más amplia recopilación de cuentos de Bierce publicada en España, y reúne los cuarenta y dos relatos de terror escritos por el singular autor norteamericano, desde los más conocidos (*La muerte de Halpin Frayser*, *El clan de los parricidas* o *Un habitante de Carcosa*) hasta los inéditos (*Una noche de verano*, *Un horror sagrado* o *Cuerpos de la muerte*).

Lectulandia

Ambrose Bierce

¿Pueden suceder tales cosas?

Valdemar: Gótica - 57

ePub r1.0

Titivillus 04.03.17

Título original: *Can such things be?*

Ambrose Bierce, 1893

Los cuentos han sido traducidos por: Javier Sánchez García-Gutiérrez: *La muerte de Halpin Frayser, El secreto del barranco de Macarger, Una carretera iluminada por la luna, Un diagnóstico de muerte, El maestro de Moxon, Uno de gemelos, El valle encantado, La jarra de sirope, Los sucesos nocturnos en el barranco del Muerto, Al otro lado de la pared, Un naufragio psicológico, El funeral de John Mortonson, El reino de lo irreal, El reloj de John Bartine, El engendro maldito, Un habitante de Carcosa, Algunas casas encantadas, Desapariciones misteriosas, La elocuencia de los fantasmas, Visiones de la noche, El clan de los parricidas*; José Luis Moreno-Ruiz: *Una noche de verano, Suceso en el puente sobre el río Owl, El hombre que sale de la nariz, Una lucha tenaz, Aventura en Brownville, El famoso legado de Gilson, El suplicante, Consunción de una identidad, El hombre y la serpiente, Un horror sagrado, Circunstancias apropiadas, La ventana sellada, Haïta, el pastor, Los ojos de la pantera, Cuerpos de la muerte, Soldadesca del pueblo*; Rafael Lassaletta Cano: *La alucinación de Staley Fleming, Un vagabundo infantil, Un vigilante junto al muerto, El dedo corazón del pie derecho, El desconocido*

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

NOTICIA SOBRE EL AUTOR

Ambrose Gwinnett Bierce (1842-1914?), soldado, periodista satírico, escritor de relatos y misántropo desaparecido en circunstancias misteriosas, se inscribe con todo merecimiento en lo que algunos críticos consideran una corriente de pesimismo del pensamiento y la literatura americanos, junto a escritores no menos sombríos como Nathaniel Hawthorne, Herman Melville, Edgar Allan Poe o Stephen Crane.

Su infancia, que transcurrió en el seno de una modesta familia rural calvinista, y su juventud, como romántico voluntario en la Guerra Civil americana, en cuyos horrores y sangre chapoteó hasta caer malherido en la batalla de Kennesaw Mountain, marcaron definitivamente su carácter y constituyeron una fuente inagotable de la que se nutren muchos de sus relatos siniestros.

Tras abandonar el ejército en 1866, se instala en San Francisco, donde comienza a colaborar en diversos diarios, sobre todo en el *New Letters* y el *Argonaut*. De este modo inicia su larga e irregular carrera periodística. De 1868 a 1872 dirige el *New Letters*. El día de Navidad de 1871 se casa con la hija de un rico minero, Mollie Day, y en marzo del año siguiente, financiado por su suegro, se traslada a Inglaterra. Su corta estancia de tres años le brinda el periodo más feliz y próspero de su vida. Su porte elegante y su ingenio fascinan a los ingleses y enseguida se convierte en un activo periodista y editor. En este corto intervalo de felicidad, Bierce no pierde el tiempo: publica colaboraciones en *Le Fígaro*, *Fun* y *Alta California*; recopila en tres libros, *The Fiend's Delight (Las delicias del diablo)*, *Nuggets and Dust Panned Out in California (Pepitas y polvo de oro extraídos en California)*, y *Cobwebs from an Empty Skull (Telarañas de una calavera vacía)*, sus mejores *sketches*, epigramas, relatos breves y fábulas, aparecidos anteriormente en publicaciones periódicas; y tiene dos hijos, dejando a su mujer embarazada del tercero. En 1875, en parte —y paradójicamente— como consecuencia de tanta fertilidad, su mujer, agobiada por la carga familiar, decide regresar a California; cinco meses después Bierce se ve obligado a abandonar la *tierra prometida* y regresa a América para reunirse con su familia. Su humor amargo y mordaz se ha agudizado y comienza a publicar en el *Argonaut* una serie de definiciones satíricas, que más tarde reuniría en su famoso *The Devil's Dictionary (El diccionario del diablo)*. Tras un intento fallido por hacer carrera en el territorio de Dakota como agente de una compañía extractora de oro, la *Black Hills Placer Mining Company*, cuyo director acabó dando con sus huesos en la prisión de Sing Sing acusado de estafa y corrupción, Bierce regresa de nuevo a San Francisco. En 1877 se convierte en director asociado del *Argonaut* y posteriormente en director *de Wasp*. En 1887 el joven Willian Randolph Hearst, que con el tiempo llegaría a ser uno de los grandes magnates de la prensa americana, adquiere el *San Francisco Examiner* y ofrece a Bierce un atractivo salario para que escriba en él. «Bitter Bierce» (el «amargo Bierce», como le bautizaron los ingleses) encuentra en esta tribuna el lugar idóneo desde el que impartir su desprecio, tanto hacia los ladinos

políticos y magnates locales y nacionales, como hacia los poetastros y ambiciosos escritores de segunda fila. Desde este mirador implacable Bierce se afianza como el árbitro literario de la Costa Oeste. Pero en este periodo, los ases que le entran al personaje público no producen dividendos en su vida privada, que atraviesa una mala racha: la salud de Bierce se resiente, su asma crónico le obliga a abandonar la ciudad y residir en solitarios hoteles perdidos en las montañas; su mujer le abandona ofendida por una sospecha de infidelidad, y uno de sus hijos muere en un duelo por una mujer. Bierce afronta con entereza estas tragedias y, de 1888a 1891, escribe los relatos que le harán pasar a la historia de la literatura americana. Entre ellos «An Occurrence at Owl Creek Bridge» («Suceso en el puente sobre el río Owl») y «The Death of Halpin Frayser» («La Muerte de Halpin Frayser»). En 1897 se traslada a Washington D.C., donde trabaja como corresponsal de los diarios de Hearst. En esta ciudad pondrá fin a su carrera periodística. En 1906 aparece su *The Cynic's Word Book* (*El vocabulario del cínico*), que más tarde se titularía *The Devil's Dictionary* (*El diccionario del diablo*).

Los últimos años de su vida los dedicó a preparar con esmero —recopilar, revisar, editar y corregir— sus obras completas (*Collected Works*). Culminada esta labor exhaustiva y agotadora, Bierce cierra su libro. Entonces, y sólo entonces, a sus setenta años, agobiado por el asma y hastiado de la vida, inicia un viaje al pasado del que no regresará. Con la calma que caracteriza al que ha tomado una decisión irrevocable, recorre en solitario los campos de batalla de su juventud, los lugares, ahora plácidos, en los que su joven espíritu romántico había recibido, como un mazazo, las impresiones de tantas atrocidades como genera una guerra. Cumplida esta visita ritual, obtiene una acreditación para viajar a México, que se encuentra en plena revolución. A finales de 1913 —no se conoce la fecha con exactitud— pasa la frontera. El día de Nochebuena de ese mismo año envía dos telegramas que constituyen su *canto de cisne*, como el último eco de una voz que se pierde en una sima desconocida y misteriosa. Nunca más se supo acerca de su suerte. La fecha de su muerte se desconoce.

La misteriosa desaparición de Ambrose Bierce

Un día de 1913 Ambrose Bierce cruzó la frontera con México. Al parecer, tenía dos mil dólares en oro y unas credenciales que le permitían cruzar el territorio de los constitucionalistas. Dejó un equipaje en Laredo, pero jamás se ha encontrado. Escribió dos cartas desde Chihuahua; una fechada el día de Nochebuena de 1913, y la otra dos días más tarde. Poco más se sabe. Los motivos personales que le impulsaron a emprender esta especie de aventura sin retorno y las circunstancias en que se

produjo su desaparición están condenadas a ser meras conjeturas.

Hace unos años, el escritor mexicano Carlos Fuentes tramó una sugestiva historia acerca de un «Gringo Viejo» que en su última carta repudia la indignidad de una muerte por enfermedad o accidente y viaja a México atraído por la irresistible fascinación de un paredón mexicano. «¡Ah, ser un gringo en México; eso es mejor que suicidarse!».

La obra de Carlos Fuentes —llevada por fin al territorio no menos misterioso del celuloide— no es, desde luego, la primera que se ha escrito sobre este tema, y se puede afirmar con total seguridad que no será la última. Al igual que la muerte del zar Nicolás, la desaparición de Bierce lleva camino de convertirse en un género literario: Benjamín De Casseres lo sentó en el Café Gambrinus, en México capital, regalándose con un par de copas de *brandy*; Miriam Storm pone en escena a un viejo soldado camarada de Bierce y presenta un montón de detalles tan triviales como poco convincentes; el propio Carlos Fuentes pone en sus manos un Colt 44 y le hace atravesar limpiamente un reluciente peso de plata; incluso Thomas Burke —un autor aficionado a lo fantástico— ha sugerido una explicación sobrenatural a la misteriosa desaparición. Y la verdad es que en pocas ocasiones la realidad se ha acercado tanto al arte fantástico como en la desaparición y supuesta muerte de Ambrose Bierce. Un viejo gringo de setenta y un años, un anómalo y excéntrico norteamericano que se ha pasado la vida escribiendo relatos sobre desapariciones misteriosas, cruza la frontera, no se sabe por qué, y desaparece tan misteriosamente como uno de sus propios personajes. Es inevitable imaginar que un tipo dotado de un ingenio tan siniestro y corrosivo como Bierce se sintiese tentado a ofrecer —esta vez con su propia muerte— una última y magnífica broma. Tal premeditación supondría calificar su desaparición de obra maestra del «estilo». La literatura está poblada de hermosos suicidios. Al fin y al cabo, si el asesinato puede ser considerado como una de las bellas artes, con igual motivo ha de serlo el suicidio, que no es ni más ni menos que un asesinato perpetrado en la propia persona. Matar a otro tiene un mérito relativo... Dejarse matar, ser un gringo viejo y provocador en México tiene todos los ingredientes de un acto sublime.

Pero ¿se puede hablar de suicidio en el caso Bierce? ¿Acaso de una magistral lección de osadía? ¿O simplemente, enfermo, desengañado y harto de sus odiosos contemporáneos, emprendió un largo viaje por la costa del Pacífico, bajando siempre hacia el sur, hasta llegar a México, donde la muerte le sorprendería de forma fortuita?

La desaparición de Bierce ha hecho correr ríos de tinta y ha dado lugar a hipótesis que lo sitúan tanto en el bando de Pancho Villa —donde encontraría una muerte heroica en el campo del honor— como en el de Carranza, y de acuerdo con esta última hipótesis habría sido ejecutado sumariamente por un pelotón de fusilamiento de las tropas de Villa. El responsable de la difusión de esta historia fue James H. Wilkins, un famoso periodista de la costa del Pacífico, que fue enviado a México para averiguar detalles sobre la desaparición de Bierce. La historia de Wilkins, aparecida

en el *Bulletin* de San Francisco el 24 de marzo de 1920, tiene su origen en una entrevista con Edmund Melero, editor asociado de la *Mexican Review*, pues corría el rumor de que Melero había conocido a Bierce en El Paso y que habían estado juntos durante algún tiempo en México. Pero resultó que Melero apenas sabía nada sobre Bierce. Posteriormente —y aquí la historia de Wilkins pierde toda credibilidad— apareció un misterioso personaje, cuyo nombre ni siquiera se cita, enviado —al parecer— por Villa para capturar un tren de municiones que iba a socorrer a las fuerzas de Carranza. Junto a las municiones se hicieron dos prisioneros, que fueron ejecutados sumariamente por un pelotón de fusilamiento. Este suceso habría tenido lugar cerca de Icamoli, en el camino a Monterrey, en 1915. Lo más curioso es que mientras el personaje misterioso contaba la historia a Wilkins una fotografía cayó al suelo. Wilkins afirma que se trataba de Ambrose Bierce. La principal objeción que puede hacerse a esta historia es que parece poco probable que Bierce deambulara durante dos años por México sin que ninguno de los corresponsales norteamericanos detectara su presencia, habida cuenta además de que el gobierno había ordenado una investigación. Por otra parte, ninguno de los allegados al bando de Carranza recuerda la presencia de un tipo como Bierce en el estado mayor de los constitucionalistas.

La historia más famosa sobre la supuesta adhesión de Bierce a las tropas de Pancho Villa se debe al doctor Danziger, un dentista judío con el que Bierce había mantenido durante años acaloradas polémicas acerca de los derechos de una traducción del alemán (se trata de *El monje y la hija del verdugo*), que el doctor había realizado y que Bierce adaptó y reescribió a su manera. En esta versión se atribuyen a Bierce motivos psicológicos un tanto oscuros, que parecen más bien un producto de la desbocada imaginación del doctor. Danziger sostiene que Bierce sentía envidia del general Harrison Gray Otis, antiguo propietario del *Times* de Los Ángeles, que había adquirido terrenos en México halagando a Díaz. El motivo de que Bierce viajara a México con la intención de unirse a Villa porque sentía rencor hacia el general Otis parece tan poco probable como fatuo. Pero lo más absurdo de todo es que Villa le había confesado personalmente que Bierce se aficionó al tequila y que se había convertido en un borracho. Sin embargo, Villa no sabía nada sobre la muerte de Bierce o sobre quién lo hubiera matado. Esta historia, que tuvo una gran difusión, fue el resultado de una entrevista de H. Davis con el doctor Danziger, publicada en 1928. Lo más alarmante es que las investigaciones de Danziger tuvieron lugar en 1923... por tanto, para ser tan poco discreto, se guardó el secreto durante cinco años.

Probablemente nunca se llegarán a aclarar las verdaderas circunstancias de la muerte de Ambrose Bierce. Entretanto, y dondequiera que reposen sus restos, valga este epitafio:

Para todos y cada uno de ustedes, la paz que no me perteneció.

AMBROSE BIERCE

Un camino a la luz de la luna

LA MUERTE DE HALPIN FRAYSER

I

Porque la muerte provoca cambios más importantes de lo que comúnmente se cree. Aunque, en general, es el espíritu el que, tras desaparecer, suele volver y es en ocasiones contemplado por los vivos (encarnado en el mismo cuerpo que poseía en vida), también ha ocurrido que el cuerpo haya andado errante sin el espíritu. Quienes han sobrevivido a tales encuentros manifiestan que esas macabras criaturas carecen de todo sentimiento natural, y de su recuerdo, a excepción del odio. Asimismo, se sabe de algunos espíritus que, habiendo sido benignos en vida, se transforman en malignos después de la muerte. — *Hali*.

Una oscura noche de verano, un hombre que dormía en un bosque despertó de un sueño del que no recordaba nada. Levantó la cabeza y, después de fijar la mirada durante un raro en la oscuridad que le rodeaba, dijo: «Catherine Larue». No agregó nada más; ni siquiera sabía por qué había dicho eso.

El hombre se llamaba Halpin Frayser. Vivía en Santa Helena, pero su paradero actual es desconocido, pues ha muerto. Quien tiene el hábito de dormir en los bosques sin otra cosa bajo su cuerpo que hojarasca y tierra húmeda, arropado únicamente por las ramas de las que han caído las hojas y el cielo del que la tierra procede, no puede esperar vivir muchos años, y Frayser ya había cumplido los treinta y dos. Hay personas en este mundo, millones, y con mucho las mejores, que consideran tal edad como avanzada: son los niños. Para quienes contemplan el periplo vital desde el puerto de partida, la nave que ha recorrido una distancia considerable parece muy próxima a la otra orilla. Con todo, no está claro que Halpin Frayser muriera por estar a la intemperie.

Había pasado todo el día buscando palomas y caza por el estilo en las colinas que hay al oeste del valle de Napa. Avanzada la tarde, el cielo se cubrió y Frayser no supo orientarse. Aunque lo más apropiado hubiera sido descender, como todo el que se pierde sabe, la ausencia de senderos se lo impidió y la noche le sorprendió en el bosque. Incapaz de abrirse camino en la oscuridad a través de las matas de *manzanita* y otras plantas silvestres, confuso y rendido por el cansancio, se echó debajo de un

gran madroño donde el sueño le invadió rápidamente. Sería horas más tarde, justo en la mitad de la noche, cuando uno de los misteriosos mensajeros divinos que se dirigía hacia el oeste por la línea del alba, abandonaría las Filas de las nutridas huestes celestiales y pronunciaría en el oído del durmiente la palabra que le haría incorporarse y nombrar, sin saber por qué, a alguien que no conocía.

Halpin Frayser no tenía mucho de filósofo ni de hombre de ciencia. El hecho de que al despertar de un profundo sueño hubiera pronunciado un nombre desconocido, del que apenas se acordaba, no le resultó lo bastante curioso para analizarlo. Le pareció, eso sí, extraño y, tras un ligero escalofrío, en atención a la extendida opinión del momento sobre la frialdad de las noches, se acurrucó de nuevo y se volvió a dormir; pero esta vez su sueño sí iba a ser recordado.

Soñó que iba por un camino polvoriento cuya blancura resaltaba en la oscuridad de una noche de verano. No sabía de dónde venía aquel camino ni adónde iba, ni tampoco por qué lo recorría, pero todo parecía de lo más normal y natural, como suele ocurrir en los sueños: en el país que hay más allá del lecho las sorpresas no turban y la razón descansa. Enseguida llegó a una bifurcación: del primer camino partía otro que parecía intransitado desde hacía tiempo porque, en opinión de Frayser, debía conducir a algún lugar maldito. Empujado por una imperiosa necesidad, y sin la menor vacilación, lo siguió.

Según avanzaba, llegó a la conclusión de que por allí rondaban criaturas invisibles cuyas formas no conseguía adivinar. Unos murmullos entrecortados e incoherentes, que a pesar de ser emitidos en una lengua extraña Frayser comprendió en parte, surgieron de los árboles laterales. Parecían fragmentos de una monstruosa conjura contra su cuerpo y su alma.

Aunque ya estaba muy avanzada la noche, el bosque interminable se encontraba bañado por una luz trémula que, al no tener punto de difusión, no proyectaba sombras. Un charco formado en la rodada de una carreta emitía un reflejo carmesí que llamó su atención. Se agachó y hundió la mano en él. Al sacarla, sus dedos estaban manchados. ¡Era sangre! Sangre que, como pudo observar entonces, le rodeaba por todas partes: los helechos que bordeaban profusamente el camino mostraban gotas y salpicaduras sobre sus grandes hojas; la tierra seca que delimitaba las rodadas parecía haber sido rociada por una lluvia roja. Sobre los troncos de los árboles había grandes manchas de aquel color inconfundible, y la sangre goteaba de sus hojas como si fuera rocío.

Frayser contemplaba todo esto con un temor que no parecía incompatible con la satisfacción de un deseo natural. Era como si todo aquello se debiera a la expiación de un crimen que no podía recordar, pero de cuya culpabilidad era consciente. Y este sentimiento acrecentaba el horror de las amenazas y misterios que le rodeaban. Pasó revista a su vida para evocar el momento de su pecado, pero todo fue en vano. En su cabeza se entremezclaron confusamente imágenes de escenas y acontecimientos, pero no consiguió vislumbrar por ningún lado lo que tan ansiosamente buscaba. Este

fracaso aumentó su espanto; se sentía como el que asesina en la oscuridad sin saber a quién ni por qué. Tan horrorosa era la situación —la misteriosa luz alumbraba con un fulgor amenazador tan terrible, tan silencioso; las plantas malignas, los árboles, a los que la tradición popular atribuye un carácter melancólico y sombrío, se confabulaban tan abiertamente contra su sosiego; por todas partes surgían murmullos tan sobrecogedores y lamentos de criaturas tan manifiestamente ultraterrenas— que no la pudo soportar por más tiempo y, haciendo un gran esfuerzo por romper el maligno hechizo que condenaba sus facultades al silencio y la inactividad, lanzó un grito con toda la fuerza de sus pulmones. Su voz se deshizo en una multitud de sonidos extraños y fue perdiéndose por los confines del bosque hasta apagarse. Entonces todo volvió a ser como antes. Pero había iniciado la resistencia y se sentía con ánimos para proseguirla.

—No voy a someterme sin ser escuchado —dijo—. Puede que también haya poderes no malignos transitando por este maldito camino. Les dejaré una nota con una súplica. Voy a relatar los agravios y persecuciones que yo, un indefenso mortal, un penitente, un poeta inofensivo, estoy sufriendo.

Halpin Frayser era poeta del mismo modo que penitente, sólo en sueños.

Sacó del bolsillo un pequeño cuaderno rojo con pastas de piel, la mitad del cual dedicaba a anotaciones, pero se dio cuenta de que no tenía con qué escribir. Arrancó una ramita de un arbusto y, tras mojarla en un charco de sangre, comenzó a escribir con rapidez. Apenas había rozado el papel con la punta de la rama, una sorda y salvaje carcajada estalló en la distancia y fue aumentando mientras parecía acercarse; era una risa inhumana, sin alma, tétrica, como el grito del colimbo solitario a medianoche al borde de un lago; una risa que concluyó en un aullido espantoso en sus mismos oídos y que se fue desvaneciendo lentamente, como si el maldito ser que la había producido se hubiera retirado de nuevo al mundo del que procedía. Pero Frayser sabía que no era así: aquella criatura no se había movido y estaba muy cerca.

Una extraña sensación comenzó a apoderarse lentamente tanto de su cuerpo como de su espíritu. No podía asegurar qué sentido, de ser alguno, era el afectado; era como una intuición, como una extraña certeza de que algo abrumador, malvado y sobrenatural, distinto de las criaturas que le rondaban y superior a ellas en poder, estaba presente. Sabía que era aquello lo que había lanzado esa cruel carcajada, y ahora se aproximaba; pero desconocía por dónde y no se atrevía a hacer conjeturas. Sus miedos iniciales habían desaparecido y se habían fundido con el inmenso pavor del que era presa. A esto se añadía una única preocupación: completar su súplica dirigida a los poderes benéficos que, al cruzar el bosque hechizado, podrían rescatarle si se le negaba la bendición de ser aniquilado. Escribía con una rapidez inusitada y la sangre de la improvisada pluma parecía no agotarse. Pero en medio de una frase sus manos se negaron a continuar, sus brazos se paralizaron y el cuaderno cayó al suelo. Impotente para moverse o gritar, se encontró contemplando el rostro cansado y macilento de su madre que, con los ojos de la muerte, se erguía pálida y silenciosa en

su mortaja.

II

En su juventud, Halpin Frayser había vivido con sus padres en Nashville, Tennessee. Los Frayser tenían una posición acomodada en la sociedad que había sobrevivido al desastre de la guerra civil. Sus hijos habían tenido las oportunidades sociales y educativas propias de su época y posición, y habían desarrollado unas formas educadas y unas mentes cultivadas. Halpin, que era el más joven y enclenque, estaba un poquito mimado; en él se hacía patente la doble desventaja del mimo materno y de la falta de atención paterna. Frayser *pare* era lo que todo sureño de buena posición debe ser: un político. Su país, o mejor dicho, su región y su estado le llevaban tanto tiempo y le exigían una atención tan especial que sólo podía prestar a su familia unos oídos algo sordos a causa del clamor y del griterío, incluido el suyo, de los líderes políticos.

El joven Halpin era un muchacho soñador, indolente y bastante sentimental, más amigo de la literatura que de las leyes, profesión para la que había sido educado. Aquellos parientes suyos que creían en las modernas teorías de la herencia veían en el muchacho al difunto Myron Bayne, su bisabuelo materno, quien de ese modo volvía a recibir los rayos de la luna, astro por cuya influencia Bayne llegó a ser un poeta de reconocida valía en la época colonial. Aunque no siempre se observaba, sí era digno de observación el hecho de no considerar un verdadero Frayser a aquel que no poseyera con orgullo una suntuosa copia de las obras poéticas de su antecesor (editadas por la familia y retiradas hacía tiempo de un mercado no muy favorable); sin embargo, y de forma incomprensible, la disposición a honrar al ilustre difunto en la persona de su sucesor espiritual era más bien escasa: Halpin era considerado la oveja negra que podía deshonar a todo el rebaño en cualquier momento poniéndose a balar en verso. Los Frayser de Tennessee eran gente práctica, no en el sentido popular de dedicarse a tareas orientadas por la ambición, sino en el de despreciar aquellas cualidades que apartan a un hombre de la beneficiosa vocación política.

Para hacer justicia al joven Halpin, hay que confesar que, aunque él encarnaba fielmente la mayoría de las características mentales y morales atribuidas por la tradición histórica y familiar al famoso bardo colonial, sólo se le consideraba depositario del don y arte divinos por pura deducción. No sólo no había cortejado jamás a la musa sino que, a decir verdad, habría sido incapaz de escribir

correctamente un verso para escapar a la muerte. Sin embargo nadie sabía cuándo esa dormida facultad podría despertar y hacerle tañer la lira.

Mientras tanto, el muchacho resultaba bastante inútil. Entre él y su madre existía una gran comprensión, pues la señora era, en secreto, una ferviente discípula de su abuelo; pero, con el tacto digno de elogio en personas de su sexo (algunos calumniadores prefieren llamarlo astucia), siempre había procurado ocultar su afición a todos menos a aquel que la compartía. Este delito común constituía un lazo más entre ellos. Si bien es cierto que en su infancia Halpin era un mimado de su madre, hay que decir que él había hecho todo lo posible porque así fuera. A medida que se acercaba al grado de virilidad característico del sureño, a quien le da igual la marcha de las elecciones, la relación con su hermosa madre —a quien desde niño llamaba Katy— se fue haciendo más fuerte y tierna cada año. En esas dos naturalezas románticas se manifestaba de un modo especial un fenómeno a veces olvidado: el predominio del elemento sexual en las relaciones humanas, que refuerza, embellece y dulcifica todos los lazos, incluso los consanguíneos. Eran tan inseparables que quienes no los conocían, al observar su comportamiento, los tomaban a menudo por enamorados.

Un día, Halpin Frayser entró en el tocador de su madre, la besó en la frente y, después de jugar con un rizo de su pelo negro que había escapado de las horquillas, dijo, intentando aparentar tranquilidad:

—¿Te importaría mucho, Katy, si me fuera a California por unas semanas?

Era innecesario que Katy contestara con los labios a una pregunta para la que sus delatoras mejillas habían dado ya una respuesta inmediata. Evidentemente le importaba y las lágrimas que brotaron de sus grandes ojos marrones así lo indicaban.

—Hijo mío —dijo mirándole con infinita ternura—, debería haber adivinado que esto ocurriría. Anoche me pasé horas y horas en vela, llorando, porque el abuelo se me apareció en sueños y, en pie, tan joven y guapo como en su retrato, señaló al tuyo en la misma pared. Cuando lo miré, no pude ver tus facciones: tu cara estaba cubierta con un paño como el que se pone a los muertos. Tu padre, cuando se lo he contado, se ha reído de mí; pero, querido, tú y yo sabemos que tales sueños no ocurren porque sí. Se veían, por debajo del paño, las marcas de unos dedos sobre tu garganta. Perdona, pero no estamos acostumbrados a ocultarnos tales cosas. A lo mejor tú le das otra interpretación. Quizá significa que no debes ir a California. O tal vez que debes llevarme contigo.

Hay que decir, a la luz de una prueba recién descubierta, que esta ingeniosa interpretación no fue completamente aceptada por la mente, más lógica, del joven. Por un momento tuvo el presentimiento de que aquel sueño presagiaba una calamidad más sencilla e inmediata, aunque menos trágica, que una visita a la costa del Pacífico: Halpin Frayser tuvo la impresión de que iba a ser estrangulado en su patria chica.

—¿No hay balnearios de aguas medicinales en California —continuó la señora Frayser, antes de que él pudiera exponer el verdadero significado del sueño— en los

que puedan curarse el reumatismo y la neuralgia? Mira qué dedos tan rígidos; estoy casi segura de que hasta durmiendo me producen dolor.

Extendió las manos para que las viera. El cronista es incapaz de señalar cuál fue el diagnóstico que el joven prefirió guardar para sí con una sonrisa, pero se siente en la obligación de añadir, de su cosecha, que nunca unos dedos parecieron menos rígidos y con menos apariencia de insensibilidad.

El resultado fue que, de estas dos personas con los mismos raros conceptos sobre el deber, una se fue a California, tal y como demandaba su clientela, y la otra se quedó en casa, obedeciendo así al deseo, apenas consciente, de su marido.

Una oscura noche Halpin Frayser iba caminando por el puerto de San Francisco y, de un modo tan repentino como sorprendente, se vio convertido en marinero. Lo que ocurrió en realidad fue que le emborracharon y le arrastraron a bordo de un barco enorme que zarpó con destino a un país lejano. Pero sus desventuras no acabaron con el viaje, pues el barco encalló en una isla al sur del Pacífico y pasaron seis años antes de que los supervivientes fueran rescatados por una goleta mercante y devueltos a San Francisco.

Aunque volvía con la bolsa vacía, Frayser no era menos orgulloso de lo que había sido en los años anteriores, ya tan lejanos para él. No quiso aceptar la ayuda de extraños, y fue mientras vivía con otro superviviente cerca de la ciudad de Santa Helena, en espera de noticias y dinero de su familia, cuando se le ocurrió salir a cazar y soñar.

III

La aparición del bosque —esa cosa tan parecida y, sin embargo, tan distinta a su madre— era horrible. No despertaba ni amor ni anhelo en su corazón; tampoco le traía recuerdos agradables de los días felices. En resumen, no le inspiraba ningún sentimiento especial, pues cualquier emoción quedaba ahogada por el miedo. Intentó volverse y huir pero las piernas no le obedecieron: ni siquiera podía levantar los pies del suelo. Los brazos le colgaban inertes en los costados; sólo conservaba el control de los ojos y no se atrevía a apartarlos de las apagadas órbitas del espectro, del que sabía que no era un alma sin cuerpo, sino lo más espantoso que aquel bosque hechizado podía albergar: ¡un cuerpo sin alma! En su mirada vacía no había amor, piedad o inteligencia alguna, nada a lo que apelar. «No ha lugar a apelación», pensó, rememorando absurdamente el lenguaje profesional tiempo atrás aprendido. Pero de

su ocurrencia no se dedujo ningún alivio.

La aparición continuaba frente a él, a un paso, observándole con la torpe malevolencia de una bestia salvaje. Fue tan largo este momento que el universo envejeció, cargado de años y culpas, y el bosque, triunfante tras aquella monstruosa culminación de terrores, desapareció de su mente con todas sus imágenes y sonidos. De pronto, el espectro extendió sus manos y se abalanzó sobre él con terrible ferocidad. Halpin recuperó sus energías, pero no su voluntad: su poderoso cuerpo y sus ágiles miembros, dotados de una vida propia, ciega e insensata, resistieron vigorosamente, pero su mente seguía hechizada. Por un instante vio ese increíble enfrentamiento entre su inteligencia muerta y su organismo vivo como un simple espectador; esto, como se sabe, suele suceder en los sueños. Pero enseguida recobró su identidad, y dando un salto hacia su interior, el valeroso autómatas recuperó de nuevo su voluntad rectora, tan expectante y agresiva como la de su detestable rival.

Pero ¿qué mortal puede derrotar a una criatura hija de su propio sueño? La imaginación que crea al enemigo está vencida de antemano; el resultado del combate es su misma causa. A pesar de sus esfuerzos, de una fortaleza y actividad que parecían inútiles, sintió cómo unos dedos fríos se aferraban a su garganta. De espaldas sobre la tierra, vio, a un palmo de distancia, aquel rostro muerto y descarnado. Al instante todo se oscureció. Se oyó el sonido de tambores lejanos y el murmullo de voces bulliciosas, a los que siguió un grito agudo y distante que redujo todo al silencio. Halpin Frayser soñó que estaba muerto.

IV

Tras una noche templada y clara, la mañana amaneció con niebla. El día anterior, hacia la media tarde, se había visto una cortina de vapor —el fantasma de una nube— que se acercaba a la ladera oeste del monte Santa Helena, a sus estériles alturas. Era una capa tan fina y translúcida, tan parecida a una fantasía hecha realidad que uno habría exclamado: «¡Miren, miren, rápido: en un momento habrá desaparecido!».

Pero enseguida empezó a hacerse mayor y más densa. Mientras un extremo se adhería a la montaña, el otro se elevaba cada vez más por encima de los cerros. Al mismo tiempo se extendía hacia el norte y hacia el sur y se fundía con pequeños jirones de niebla que, con la sensata intención de ser absorbidos, surgían de las laderas. Fue creciendo y creciendo hasta hacer imposible la visión de la cumbre desde el valle, que quedó cubierto por un dosel gris y opaco. En Calistoga, que se extiende

al pie de la montaña, donde el valle comienza, tuvieron una noche sin estrellas y una mañana sin sol. La niebla se hundía cada vez más y se extendía en dirección sur, cubriendo rancho tras rancho hasta alcanzar la ciudad de Santa Helena, a nueve millas de distancia. El polvo se había asentado sobre el camino y los pájaros estaban posados en silencio sobre los árboles empapados. La luz de la mañana era pálida y fantasmal, sin color o brillo alguno.

Al despuntar el alba, dos hombres abandonaron la ciudad de Santa Helena en dirección norte, hacia Calistoga. Aunque llevaban escopeta al hombro, nadie les habría confundido con un par de cazadores; eran el ayudante del *sheriff* de Napa y un detective de San Francisco, Holker y Jaralson, respectivamente. Su misión era cazar a un hombre.

—¿Está muy lejos? —preguntó Holker, mientras sus pisadas dejaban al descubierto la tierra seca que había bajo la superficie húmeda del camino.

—¿La iglesia blanca? Como a media milla —contestó el otro—. Por cierto —añadió—, ni es una iglesia ni es blanca; se trata de una escuela abandonada, gris por los años y el descuido. En otro tiempo, cuando era blanca, se realizaban en ella servicios religiosos. Tiene un cementerio que haría las delicias de un poeta. ¿Adivina usted por qué mandé buscarle y le advertí que viniera armado?

—Oh, nunca se me ha ocurrido preguntarle sobre esos temas. Sé que usted siempre informa en el momento oportuno. Pero si se trata de hacer conjeturas, creo que lo que usted quiere es que le ayude a detener a uno de los cadáveres del cementerio.

—¿Se acuerda usted de Branscom? —preguntó Jaralson, respondiendo al ingenio de su compañero con la indiferencia que se merecía.

—¿El tipo que degolló a su mujer? Ya lo creo. Me costó una semana de trabajo y un montón de dólares. Ofrecen quinientos de recompensa, pero no hemos conseguido echarle la vista encima. No querrá usted decir que...

—Exacto, lo han tenido bajo sus narices todo este tiempo. Por las noches viene al viejo cementerio de la iglesia blanca.

—¡Demonios! Es donde está enterrada su mujer.

—Bueno, deberían ustedes haber supuesto que algún día tendría la tentación de volver.

—Es el último lugar que se nos habría ocurrido.

—Como ya habían rastreado todos los demás, al conocer su fracaso, le esperé allí.

—¿Y le encontró?

—¡Maldita sea! Él me encontró a mí. El muy bribón me tomó la delantera: se me echó encima y me hizo correr a gusto. Fue una suerte que no acabara conmigo. ¡Menudo pájaro! Me contentaría con la mitad de la recompensa, si es que usted necesita la otra mitad.

Holker se echó a reír y dijo que sus acreedores estaban más impacientes que nunca.

—Quería sencillamente mostrarle el terreno y preparar un plan con usted —dijo el detective—. Creí que, aunque fuera de día, era mejor ir bien armados.

—Ese hombre debe de estar loco —dijo el ayudante del *sheriff*—. La recompensa es por su captura y condena. Si está loco, no le condenarán.

El señor Holker, profundamente afectado por tal posibilidad, se detuvo involuntariamente un instante y reanudó la marcha con menos entusiasmo.

—Bueno, lo parece —asintió Jaralson—. Debo admitir que nunca he visto un canalla con peor pinta: mal afeitado, con el pelo totalmente revuelto... Reúne todo lo peor de la vieja y honorable orden de los vagabundos. Pero he venido a por él y no se me escapará. La gloria nos espera. Nadie más sabe que está a este lado de las Montañas de la Luna.

De acuerdo —dijo Holker—, Vamos allá e inspeccionemos el terreno *donde pronto yacerás* —añadió empleando las palabras que en tiempos fueran tan usadas en las inscripciones funerarias—. Quiero decir, si es que el viejo Branscom llega a cansarse de usted y de su impertinente intromisión. Por cierto, el otro día oí decir que su verdadero nombre no es Branscom.

—Entonces ¿cuál es?

—No me acuerdo. Había perdido todo interés por ese rufián y no lo grabé en la memoria. Era algo como Pardee. La mujer a la que tuvo el mal gusto de degollar era viuda cuando él la conoció. Había venido a California a buscar a unos parientes. Ya sabe, hay gente que lo hace. Pero bueno, usted ya conoce esa historia.

—Naturalmente.

—Pero si no sabía su verdadero nombre, ¿por qué feliz inspiración encontró la tumba? El mismo que me dijo el nombre comentó que está grabado en la lápida.

—Yo no sé dónde está esa tumba —contestó Jaralson, algo reacio a admitir su ignorancia acerca de un detalle tan importante en el plan—. He estado inspeccionando el lugar, nada más. Precisamente identificar esa rumba es una parte del trabajo que hemos de realizar esta mañana. Aquí tenemos la iglesia blanca.

El camino había estado bordeado por campos hasta entonces. Ahora, a la izquierda, se veía un bosque de encinas y *madroños*, y unos abetos gigantescos cuya parte inferior era difícil de distinguir entre la niebla. Los arbustos, bastante espesos, no llegaban a ser impracticables. Al principio Holker no veía el edificio pero, al adentrarse en el bosque, sus vagos contornos, que parecían enormes y distantes, aparecieron entre la bruma. Unos cuantos pasos más y ahí estaba, claramente visible, oscurecido por la humedad y de un tamaño insignificante. Era la típica escuela de aldea con un basamento de piedra y forma de caja de embalar. Tenía el tejado cubierto de musgo, y los cristales y marcos de las ventanas rotos. Su estado era ruinoso, pero no era una ruina, sino uno de los típicos sucedáneos californianos de lo que las guías extranjeras llaman «monumentos del pasado». Tras un rápido vistazo a una construcción tan poco interesante, Jaralson se dirigió hacia la parte posterior, llena de maleza húmeda.

—Le voy a mostrar dónde me sorprendió —dijo—. Éste es el cementerio.

Por todas partes surgían pequeños recintos con tumbas, en ocasiones no más de una, entre los matorrales. Unas veces se las reconocía por las piedras descoloridas y las tablas podridas que, cuando no estaban en el suelo, descansaban sobre sus cuatro ángulos; otras, por las estacas carcomidas que las rodeaban y, más raramente, por un montículo de hojarasca bajo la que se podían distinguir algunos cascotes. En muchos casos el lugar que acogía los restos de algún pobre mortal —quien, con el paso del tiempo, había sido abandonado por el círculo de sus afligidos amigos— no estaba indicado más que por una depresión en la tierra, más duradera que la de sus propios deudos. Los senderos, si es que alguna vez los hubo, no habían dejado huella alguna. Entre las tumbas crecían unos grandes árboles que arrancaban con sus raíces las cercas de los recintos. Por todas partes reinaba esa atmósfera de abandono y decadencia que en ningún otro sitio parece tan indicada y significativa como en una aldea de muertos olvidados.

Los dos hombres, con Jaralson a la cabeza, atravesaron los espesos matorrales; de pronto, aquel hombre decidido se detuvo y, tras levantar la escopeta a la altura del pecho, musitó una palabra de alerta y permaneció con la vista clavada frente a él. Su compañero, en cuanto pudo librarse de la maleza, le imitó y, aunque no había visto nada, se puso en guardia ante lo que pudiera suceder. Un instante después Jaralson comenzó a avanzar cautelosamente, con Holker tras él.

Bajo las ramas de un enorme abeto yacía un cuerpo sin vida. Los dos hombres, en silencio junto a él, examinaron los detalles que en un primer momento suelen llamar la atención: el rostro, la actitud, la ropa: todo aquello que más rápidamente responde a las mudas preguntas de una curiosidad sana.

El hombre estaba boca arriba, con las piernas separadas. Tenía un brazo extendido hacia arriba y el otro doblado en ángulo con la mano cerca de la garganta. Sus puños estaban fuertemente apretados, en actitud de desesperada pero inútil resistencia a... no se sabe qué.

Junto a él había una escopeta y un morral de cazador a través de cuyas mallas se veían plumas de pájaros muertos. A su alrededor había rastros de una lucha encarnizada; unos pequeños brotes de encina venenosa aparecían tronchados, sin hojas ni corteza. Alguien había acumulado con sus pies hojarasca en torno a sus piernas. Unas huellas de rodillas humanas aparecían junto a sus caderas.

La ferocidad de la lucha era evidente con solo observar la garganta y el rostro del cadáver. A diferencia del color blanco de su pecho y manos, aquellos tenían un color púrpura, casi negro. Sus hombros descansaban sobre una leve prominencia del terreno, lo que hacía que la cabeza cayera bruscamente hacia atrás, con los ojos en dirección contraria a la de los pies. Una lengua, negra e hinchada, surgía de entre la espuma que llenaba su boca abierta. Sobre la garganta había unas marcas horribles: no eran las simples huellas de unos dedos, sino magulladuras y heridas producidas por unas manos fuertes que debían de haberse hundido en la carne, manteniendo su

terrible tenaza hasta mucho después de producir la muerte. El pecho, la garganta y el rostro estaban húmedos; tenía la ropa empapada y unas gotas de agua, condensación de la niebla, salpicaban el pelo y el bigote.

Los dos hombres observaron todo esto casi de un vistazo, sin hacer ningún comentario. Después Holker rompió el silencio.

—¡Pobre diablo! Debió de tener un final horroroso.

Jaralson, con la escopeta firmemente agarrada y el dedo en el gatillo, inspeccionó atentamente el bosque con la mirada.

—Esto es obra de un loco —dijo sin apartar la vista de la espesura—. La obra de Branscom... Pardee.

Algo que había en el suelo, semicubierto por las hojas, llamó la atención de Eíolker. Era un cuaderno rojo con pastas de piel. Lo cogió y lo abrió. Contenía hojas en blanco para anotaciones en la primera de las cuales estaba escrito el nombre «Halpin Frayser». Con tinta roja y garabateadas a lo largo de varias páginas, aparecían las siguientes líneas, que Eíolker leyó en voz alta, mientras su compañero seguía vigilando los oscuros confines de aquel entorno y escuchaba con aprensión el gotear de los árboles. Decía así:

*Víctima de algún oculto maleficio, me encontré
entre las tinieblas crepusculares de un bosque encantado.
El ciprés y el mirto entrelazaban sus ramas
en simbólica y funesta hermandad.
El sauce cavilante murmuraba al tejo;
debajo, la mortal belladona y la ruda,
con siemprevivas trenzadas en extrañas formas
funerarias, crecían junto a horribles ortigas.*

*No había ni cantos de pájaros ni zumbidos de abejas,
ni hojas suavemente mecidas por la fresca brisa.
El aire estaba estancado y el silencio era
un ser vivo que respiraba entre los árboles.*

*Los espíritus conspiradores murmuraban en las tinieblas,
de un modo inaudible, los secretos de Las tumbas.
Los árboles sangraban y las hojas exhibían,
a la luz embrujada, un fulgor rojizo.*

*¡Grité! El hechizo, aún sin romper,
dominaba mi espíritu y voluntad.
¡Desamparado, sin aliento ni esperanza,
luché contra monstruosos presagios de maldad!*

Al fin, lo invisible...

Holker se detuvo. No había nada más. El manuscrito se interrumpía a mitad de un verso.

—Suenan a Bayne —dijo Jaralson, que, a su manera, era un hombre culto. Había dejado de vigilar y estaba observando el cadáver.

—¿Quién es Bayne? —preguntó Holker sin mucho interés.

—Myron Bayne, un tipo que escribió en la época colonial, hace más de un siglo. Sus poemas eran tremendamente tétricos. Tengo sus obras completas. Este poema, por algún error, no aparece en ellos.

—Hace frío —dijo Holker—. Vámonos. Debemos avisar al juez de Napa.

Sin decir palabra, Jaralson siguió a su compañero. Al pasar junto a la elevación del terreno sobre la que descansaban la cabeza y los hombros del muerto, su pie tropezó con un objeto duro que había bajo la hojarasca. Era una lápida caída sobre la que, con dificultad, se podían leer las palabras «Catherine Larue».

—¡Larue, Larue! —exclamó Holker con excitación repentina—. Ése es el verdadero nombre de Branscom, no Pardee. Y, ¡Dios mío!, ahora me acuerdo de todo: ¡el nombre de la mujer asesinada era Frayser!

—Aquí hay algo que me huele muy mal —dijo el detective Jaralson—, No me gustan nada estas historias.

De entre la niebla —y al parecer desde muy lejos— les llegó el sonido de una risa sofocada y desalmada, tan desprovista de alegría como la de una hiena que ronda en la noche del desierto en busca de presa. Una risa que se elevó poco a poco y se fue haciendo cada vez más nítida, fuerte y terrible, hasta que pareció rozar los límites del círculo de visión de los dos hombres. Era una risa tan sobrenatural, inhumana y diabólica que les produjo un pavor indescriptible. No movieron sus armas, ni siquiera pensaron en ellas: la amenaza de aquel horrible sonido no era de las que se combaten con ellas. Tras un grito culminante que pareció sonar junto a sus oídos, comenzó a disminuir paulatinamente hasta que sus débiles notas, tristes y mecánicas, se extinguieron en el silencio, a una distancia enorme.

EL SECRETO DEL BARRANCO DE MACARGER

Al noroeste de Indian Hill, a unas nueve millas en línea recta, se encuentra el barranco de Macarger. No tiene mucho de barranco, pues se trata de una mera depresión entre dos sierras boscosas de una altura considerable. Desde la boca hasta la cabecera, porque los barrancos, como los ríos, tienen una anatomía propia, la distancia no es superior a las dos millas, y la anchura en el fondo sólo rebasa en un punto las doce yardas; durante la mayor parte del recorrido, a ambos lados del pequeño arroyo que fluye por él en invierno y se seca al llegar la primavera, no hay terreno llano. Las escarpadas laderas de las colinas, cubiertas por una vegetación casi impenetrable de manzanita y chamiso, no tienen otra separación que la de la anchura del curso del río. Nadie, a no ser un ocasional cazador intrépido de los contornos, se aventura a meterse en el barranco de Macarger que, cinco millas más adelante, no se sabe ni qué nombre tiene. En esa zona, y en cualquier dirección, hay muchos más accidentes topográficos notables que no tienen nombre y resultaría vano intentar descubrir, preguntando a los lugareños, el origen del nombre de éste.

A medio camino entre la cabecera y la desembocadura del barranco de Macarger, la colina de la derecha según se asciende está surcada por otro barranco, corto y seco, y donde ambos se unen hay un espacio llano de unos dos o tres acres, en el que hace unos cuantos años había un viejo albergue con una sola habitación. Cómo habían sido reunidos los materiales de aquella casa, pocos y simples como eran, en aquel lugar casi inaccesible, es un enigma en cuya solución habría más de satisfacción que de beneficio. Posiblemente el lecho del arroyo sea un camino en desuso. Es seguro que el barranco fue explorado en otra época con bastante minuciosidad por mineros, que debieron de conocer algún medio de entrar, al menos, con animales de carga para transportar las herramientas y los víveres. Al parecer, sus beneficios no fueron suficientes para justificar una inversión considerable y enlazar el barranco de Macarger con cualquier centro civilizado que disfrutara del honor de tener un aserradero. La casa, sin embargo, estaba allí; la mayor parte de ella. Le faltaba la puerta y el marco de una ventana, y la chimenea de barro y piedras se había convertido en un rimero desagradable sobre el que crecía una espesa maleza. El humilde mobiliario que pudiera haber habido y la mayor parte de la baja techumbre de madera había servido como combustible en los fuegos de campamento de los cazadores; cosa que también debió de ocurrirle a la cubierta del viejo pozo que, en la época de la que escribo, se abría allí bajo la forma de un hoyo cercano, no muy profundo pero bastante ancho.

Una tarde de verano, en 1874, siguiendo el lecho seco del arroyo, llegué al barranco de Macarger a través del estrecho valle en el que desemboca. Iba cazando codornices y llevaba ya unas doce en la bolsa cuando me topé con la casa descrita, cuya existencia ignoraba hasta entonces. Después de inspeccionar las ruinas con

bastante atención, reanudé mi actividad cinegética y, como quiera que tuve un gran éxito, la prolongué hasta casi el anochecer, momento en que me di cuenta de que me encontraba muy lejos de cualquier lugar habitado, y demasiado lejos como para llegar a uno antes de que cayera la noche. Pero en el zurrón llevaba comida y la casa podría proporcionarme refugio, si es que era eso lo que necesitaba en una noche cálida y seca en las estribaciones de Sierra Nevada, donde se puede dormir cómodamente al raso sobre un lecho de agujas de pino. Tengo tendencia a la soledad y me encanta la noche; por eso mi proposición de dormir al aire libre fue pronto aceptada, y cuando la noche se echó encima yo ya tenía mi cama hecha con ramas y briznas de hierba en una esquina de la habitación y asaba una codorniz en el fuego que había encendido en el hogar. El humo salía por la ruinosa chimenea, la luz iluminaba la habitación con su agradable resplandor y, mientras consumía mi sencilla comida a base de ave sin más aderezos y bebía lo que quedaba de una botella de vino tinto que durante toda la tarde había sustituido al agua de la que carecía la región, experimenté una sensación de bienestar que alojamientos y comidas mejores no siempre producen.

Sin embargo, faltaba algo. Tenía sensación de bienestar, pero no de seguridad. Me descubrí a mí mismo mirando a la entrada abierta y a la ventana sin marco con más frecuencia de lo que sería justificable. Fuera de estas aberturas todo estaba oscuro, por lo que fui incapaz de reprimir un cierto sentimiento de aprensión mientras mi fantasía se hacía una imagen del mundo exterior y la llenaba de entidades poco amistosas, naturales y sobrenaturales, entre las cuales destacaban, en los apartados respectivos, el oso pardo, del que yo sabía que todavía se veía de vez en cuando por la región, y el fantasma, del que tenía razones para pensar que no era así. Desgraciadamente, nuestros sentimientos no siempre respetan la ley de las probabilidades, y aquella noche lo posible y lo imposible resultaban para mí igualmente inquietantes.

Todo aquel que haya tenido experiencias similares debe de haber observado que uno se enfrenta a los peligros reales e imaginarios de la noche con mucho menos reparo al aire libre que en una casa sin puerta. Eso fue lo que sentí mientras yacía sobre mi frondoso canapé en una esquina de la habitación, junto a la chimenea, en la que el fuego se iba extinguiendo. Tan fuerte llegó a ser la sensación de la presencia de algo maligno y amenazador en aquel lugar que me di cuenta de que era incapaz de apartar la vista de la entrada, que en aquella profunda oscuridad era cada vez menos visible. Cuando la última llama produjo un chispazo y se apagó, agarré la escopeta que había dejado a mi lado y dirigí el cañón hacia la entrada ya imperceptible, con el pulgar en uno de los percutores, dispuesto a cargar el arma, la respiración contenida y los músculos tensos y rígidos. Pero al cabo de un rato dejé el arma con un sentimiento de vergüenza y mortificación. ¿De qué tenía miedo? ¿Y por qué? Yo, para quien la noche había sido

un rostro más familiar

que el de ningún hombre...

¡Yo, en quien aquel elemento de superstición hereditaria del que nadie está completamente libre había conferido a la soledad, a la oscuridad y al silencio un interés y un encanto de lo más seductor! No podía comprender mi desvarío y, olvidándome en mis conjeturas de la cosa conjeturada, me quedé dormido. Y entonces soñé.

Me encontraba en una gran ciudad de un país extranjero; una ciudad cuyos habitantes pertenecían a mi misma raza, con pequeñas diferencias en el habla y en el vestir. En qué consistían exactamente esas diferencias era algo que no podía precisar; mi sensación de ellas no era clara. La ciudad estaba dominada por un castillo enorme sobre un promontorio elevado cuyo nombre sabía, pero era incapaz de pronunciar. Recorrí muchas calles, unas anchas y rectas, con construcciones altas y modernas; otras estrechas, oscuras y tortuosas, con viejas casas pintorescas de tejados a dos aguas, cuyas plantas superiores, decoradas profusamente con grabados en madera y piedra, sobresalían hasta casi encontrarse por encima de mi cabeza.

Buscaba a alguien a quien nunca había visto, aunque sabía que cuando le encontrara le reconocería. Mi búsqueda no era casual y sin objeto. Tenía un método. Iba de una calle a otra sin dudarle y conseguía abrirme paso por un laberinto de intrincados callejones, sin temor a perderme.

De repente me detuve ante una puerta baja de una sencilla casa de piedra que podría haber sido la vivienda de un artesano de los mejores y entré sin anunciarme. En la estancia, amueblada de un modo bastante modesto e iluminada por una sola ventana con pequeños cristales en forma de diamante, no había más que dos personas: un hombre y una mujer. No se dieron cuenta de mi presencia, circunstancia que, como suele ocurrir en los sueños, parecía completamente natural. No conversaban; estaban sentados lejos el uno del otro, con aire taciturno y sin hacer nada.

La mujer era joven y muy corpulenta, con hermosos ojos grandes y una cierta belleza solemne. El recuerdo de su expresión permanece extraordinariamente vivo en mí, pero en los sueños uno no observa los detalles de los rostros. Sobre los hombros llevaba un chal a cuadros. El hombre era mayor, moreno, con un rostro de maldad que resultaba aún más lúgubre debido a una gran cicatriz que se extendía diagonalmente desde la sien izquierda hasta el bigote negro. Aunque en mi sueño daba la impresión de que, más que pertenecer a la cara, la rondaba como algo independiente (no sé expresarlo de otra manera). En el momento que vi a aquel hombre y a aquella mujer supe que eran marido y mujer.

No recuerdo con claridad lo que ocurrió después; todo resultaba confuso e inconsistente, debido, creo, a un atisbo de consciencia. Era como si dos imágenes, la escena del sueño y mi verdadero entorno, se hubieran mezclado, una incrustada en el otro, hasta que la primera fue desdibujándose, desapareció, y me encontré

completamente despierto en la habitación vacía, tranquilo y absolutamente consciente de mi situación.

Mi estúpido miedo había desaparecido y, cuando abrí los ojos, vi que el fuego, que no estaba apagado del todo, se había reavivado al caer una rama e iluminaba de nuevo la habitación. Debía de haber dormido sólo unos minutos, pero aquella pesadilla sin importancia me había impresionado tan vivamente que ya no tenía sueño. Al cabo de un rato, me levanté, avivé el fuego y, tras encender una pipa, procedí a meditar sobre mi visión de un modo tremendamente metódico y absurdo.

Me habría dejado entonces perplejo tener que explicar en qué sentido era digna de atención. En el primer momento de análisis serio que dediqué al asunto, reconocí en Edimburgo la ciudad de mi sueño, ciudad en la que nunca había estado; por tanto, si el sueño era un recuerdo, lo era de imágenes y descripciones. Tal reconocimiento me impresionó bastante; era como si hubiera algo en mi mente que insistiera de un modo rebelde, contra la razón y la voluntad, en la importancia de todo esto. Y aquella facultad, fuera la que fuese, aseguraba además un control de mi discurso.

—Claro —dije en voz alta, de modo involuntario—, los MacGregor deben de proceder de Edimburgo.

En aquel momento, ni la esencia de aquel comentario, ni el hecho de haberlo hecho, me sorprendieron lo más mínimo. Me pareció completamente normal que yo conociera el nombre de mis compañeros de sueño y algo de su historia. Pero pronto comprendí el absurdo de todo aquello. Empecé a reírme a carcajadas, vacié las cenizas de la pipa y me tumbé de nuevo sobre el lecho de ramas y hierba, donde me quedé absorto contemplando el débil fuego, sin volver a pensar ni en el sueño ni en el entorno. De pronto, la única llama que aún quedaba se redujo por un momento y, elevándose de nuevo, se separó de las ascuas y se extinguió en el aire. La oscuridad se hizo absoluta.

En ese instante, al menos eso me pareció antes de que el resplandor de la llama hubiera desaparecido de mi vista, se produjo un sonido sordo y seco, como el de un cuerpo pesado al caer, que hizo temblar el suelo sobre el que descansaba. Me incorporé de golpe y tanteé en la oscuridad en busca de la escopeta; pensé que alguna bestia salvaje habría entrado de un salto a través de la ventana abierta. Mientras la endeble estructura seguía temblando por el impacto, oí un ruido de golpes, de pies que se arrastraban por el suelo y, después, como si lo tuviera ahí al lado, el estremecedor grito de una mujer en agonía mortal. Nunca había oído ni concebido un grito tan espantoso. Me asustó profundamente. Por un momento no fui consciente de otra cosa que de mi propio terror. Por fortuna, mi mano había encontrado el arma que estaba buscando y aquel tacto familiar hizo que me restableciera. Me puse en pie de un salto, entornando los ojos para ver algo a través de la oscuridad. Los violentos sonidos habían cesado pero, lo que era aún más terrible, se oía, a intervalos más o menos largos, el débil jadeo intermitente de una criatura viva que agonizaba.

Cuando mis ojos se acostumbraron a la lánguida luz de los rescoldos, pude

distinguir las formas de la puerta y de la ventana, más negras que el negro de las paredes. Luego, la distinción entre la pared y el suelo se hizo apreciable y por fin conseguí captar los contornos y toda la extensión del suelo, de un extremo al otro de la habitación. No se veía nada y el silencio era absoluto.

Con una mano un tanto temblorosa y la otra agarrando todavía la escopeta, avivé el fuego e hice un examen crítico de la situación. No había rastro alguno de que la habitación hubiera sido visitada. Sobre el polvo que cubría el suelo se podían ver mis propias huellas, pero ninguna otra. Encendí de nuevo la pipa, me abastecí de combustible partiendo un par de tablones delgados del interior de la casa (no me atrevía a salir a la oscuridad exterior) y pasé el resto de la noche fumando, pensando, y alimentando el fuego. Aunque me hubieran regalado años de vida, no habría permitido que aquel pequeño fuego se apagara de nuevo.

Algunos años más tarde conocí en Sacramento a un hombre llamado Morgan, para quien llevaba una carta de presentación de un amigo suyo de San Francisco. Una noche, mientras cenaba con él en su casa, observé varios «trofeos» en la pared que indicaban que era aficionado a la caza. Resultó que así era y, al relatar algunas de sus proezas, mencionó haber estado en la región donde había tenido lugar mi aventura.

—Señor Morgan —le pregunté bruscamente—, ¿conoce usted un lugar allí arriba llamado el barranco de Macarger?

—Sí, y tengo buenas razones para ello —contestó—. Fui yo quien informó a la prensa, el año pasado, del descubrimiento de un esqueleto allí.

No tenía conocimiento de ello. La información, al parecer, había sido publicada mientras yo estaba fuera, en el este.

—Por cierto —dijo Morgan—, el nombre del barranco es una corrupción; debería llamarse «de MacGregor». Querida —añadió dirigiéndose a su esposa—, el señor Elderson ha derramado su vino.

Lo que no era del todo exacto. Sencillamente se me había caído, con copa y todo.

—En otro tiempo hubo una vieja choza en el barranco —prosiguió Morgan cuando el desastre acarreado por mi torpeza había sido subsanado—, pero precisamente antes de mi visita fue derribada, o mejor dicho, desparramada, porque los escombros fueron diseminados por todo su alrededor; hasta las planchas del suelo estaban separadas. Entre dos traviesas que todavía quedaban en pie, mi compañero y yo encontramos los restos de un chal a cuadros y, al examinarlo, descubrimos que rodeaba los hombros de un cuerpo de mujer de la que apenas quedaban los huesos, cubiertos en parte por restos de ropa, y por la piel, seca y marrón. Pero le ahorraremos las descripciones a la señora Morgan —añadió sonriendo. En verdad, la dama había mostrado un gesto que era más de repugnancia que de compasión—. Sin embargo —continuó—, es necesario decir que el cráneo apareció fracturado por varios lugares, como si hubiera sido golpeado con un instrumento no muy afilado; y

que el propio instrumento, una pequeña piqueta con manchas de sangre, yacía bajo unos tablones cercanos.

El señor Morgan se volvió hacia su esposa.

—Perdona, querida —dijo con afectación solemne—, por mencionar estos desagradables detalles, incidentes naturales, aunque lamentables, de una discusión conyugal, consecuencia, sin duda, de una desafortunada insubordinación de la esposa.

—Tendría que ser capaz de hacerlo —repuso la dama con serenidad—; me lo has pedido tantas veces y con esas mismas palabras...

Me dio la impresión de que estaba muy contento de continuar con su relato.

—A raíz de éstas y de otras circunstancias —señaló—, el juez dedujo que la difunta, Janet MacGregor, había encontrado la muerte a causa de los golpes infligidos por alguna persona desconocida para el jurado; pero añadió que las pruebas apuntaban hacia la culpabilidad de su marido, Thomas MacGregor. Pero de él no se ha vuelto a saber ni a oír nada. Se supo que la pareja procedía de Edimburgo, aunque no... Pero, querida, ¿no te das cuenta de que hay agua en el plato de los huesos del señor Elderson?

Yo había dejado un hueso de pollo en mi lavamanos.

—En un pequeño armario encontré una fotografía de MacGregor, pero ello no condujo a su captura.

—¿Me permite verla? —pregunté.

La fotografía mostraba a un hombre moreno con un rostro de maldad que resultaba aún más lúgubre debido a una gran cicatriz que se extendía, diagonalmente, desde la sien izquierda hasta el bigote negro.

—A propósito, señor Elderson —dijo mi amable anfitrión—, ¿puedo saber por qué me preguntó usted por el barranco de Macarger?

—Perdí una mula cerca de allí una vez —contesté—, y ese infortunio me ha... me ha trastornado bastante.

—Querida —dijo el señor Morgan con la entonación mecánica de un intérprete que traduce—, la pérdida de la muía del señor Elderson le ha hecho servirse pimienta en el café.

UNA NOCHE DE VERANO

El hecho de que Henry Armstrong fuese enterrado no significaba ni probaba, en su opinión, que estuviera muerto: siempre fue un hombre difícil de convencer.

Sólo admitía estar enterrado, cosa de la que le ofrecían testimonio sus sentidos. Su posición —yacente de espaldas, con las manos cruzadas a la altura del estómago y atadas con algo que podía haber roto fácilmente sin que se alterase su situación—, así como el estricto confinamiento de su persona, la absoluta oscuridad y el profundo silencio, todo eso era lo propio de un cadáver, una evidencia imposible de rebatir que él aceptaba sin cavilar.

Pero la muerte, no, eso no lo aceptaba, sólo que estaba enfermo, muy enfermo. Tenía, a fin de cuentas, esa apatía propia del inválido, algo que no le hacía sentir bien por cuanto era para él una especie de mala suerte, una cosa que le había tocado en un infausto reparto. No era un filósofo, sólo un hombre común hecho a los lugares comunes, por lo que esa su apatía venía a resultar en una especie de indiferencia patológica: el órgano que, según lo que se temía, lo había dejado postrado. Así que, sin aprensiones especiales ni temores a propósito de su futuro inmediato, se creía dormido y todo era paz para Henry Armstrong.

Pero habría de acontecer algo. Era una oscura noche de verano en la que de repente apareció en el cielo, a baja altura, una nube luminosa que venía por el oeste cargada de tormenta. Esa breve pero intensa iluminación se había dejado ver con una distinción rara, desvelando bajo su luz los monumentos funerarios y las tumbas con sus lápidas, que parecían tremolar, y hasta bailar, bajo aquella luminosidad extraordinaria y elegante. No era una de esas noches en las que cualquier suceso extraordinario puede asombrar a quienes son testigos del mismo, por lo que aquellos tres hombres que estaban allí, empleándose en la profanación de la sepultura de Henry Armstrong, se sentían razonablemente seguros.

Dos de ellos eran jóvenes estudiantes de una Facultad de Medicina que estaba a varias millas de distancia; el otro era un negro gigantesco al que llamaban Jess. Jess trabajaba en el cementerio desde hacía muchos años, en calidad de algo así como un chico para todo, y se complacía muy especialmente pensando y diciendo que conocía a todas las almas allí enterradas. De lo que hacía allí en aquel momento puede dar cuenta el hecho de que a esas horas nadie acudiría a visitar el cementerio, por lo que Jess podría entregarse a tratos difíciles de hacer ante testigos.

Extramuros del cementerio había un caballo con un furgón, a la espera.

Excavar no era un trabajo muy duro para ellos; la tierra que pocas horas antes había caído sobre el ataúd de Henry Armstrong ofrecía poca resistencia y resultaba fácil removerla. Remover el ataúd, o lo que es igual, abrirlo, fue un poco más difícil, pero allí estaba Jess, quien se empleó con todas sus fuerzas, que eran muchas, para hacer eso, y para después sacar el cuerpo vestido con un pantalón negro y una camisa

blanca. Mas justo en ese momento el aire se llenó de algo parecido a una llamarada, se dejó sentir un gran trueno que parecía ir a reducir a cenizas el mundo, y Henry Armstrong se puso en pie por sí mismo, tranquilamente. Aquellos tres hombres, incapaces de articular un grito, experimentaron no obstante un terror absoluto y echaron a correr, cada uno en una dirección. Dos de ellos, por nada del mundo hubieran sido capaces de volver sobre sus pasos. Pero Jess estaba hecho de otra pasta.

A la mañana siguiente, a hora temprana, los dos jóvenes estudiantes se reunieron en la Facultad de Medicina, pálidos, con los rostros deformados por la ansiedad y el miedo, con el terror sufrido durante su aventura corriéndoles aún por la sangre.

—¿Te fijaste en aquello? —dijo uno.

—¡Dios, claro que sí! ¿Qué vamos a hacer ahora?

Después salieron a pasear alrededor del edificio de la Facultad, donde un poco más allá vieron un caballo que tiraba de un furgón, detenido frente a la sala de disección.

Entraron allí mecánicamente. A pesar de la oscuridad de la sala distinguieron al negro Jess, que estaba sentado en una silla. Jess se levantó con gesto agrio, todo ojos y todo dientes.

—Estoy esperando a que me paguéis —dijo.

Un poco más allá, desnudo sobre una gran mesa, yacía el cuerpo de Henry Armstrong, con la cabeza ensangrentada y llena de barro, a consecuencia de los golpes recibidos con una pala.

SUCESO EN EL PUENTE SOBRE EL RÍO OWL^[1]

I

Un hombre estaba en un puente ferroviario de Alabama del Norte, mirando al agua que corría rápida unos veinte pies abajo. Tenía las manos atadas a la espalda con una cuerda. Tenía otra cuerda al cuello —sujeta a una recia viga transversal que había sobre su cabeza— que bajaba floja hasta la altura de sus rodillas. Algunas tablas sueltas, sobre los durmientes, proporcionaban un punto de apoyo a sus verdugos y a él mismo; sus verdugos eran dos soldados rasos del ejército federal, mandados por un sargento que en su vida civil bien podía haber sido ayudante de un *sheriff*.

No muy lejos de allí, sobre aquella plataforma provisional, aguardaba un oficial con las insignias de su rango, armado. Un capitán. En cada extremo del puente había un centinela con el rifle en posición de «prevenidos», es decir, en vertical delante del hombro izquierdo, la culata descansando sobre el brazo que cruzaba el pecho, una posición poco natural que obliga a mantener el cuerpo rígido, en alerta. Daba igual si aquellos dos centinelas sabían o no lo que estaba ocurriendo justo en mitad del puente. Su misión consistía en bloquear el paso por los dos extremos del mismo.

Más allá de donde se encontraban los centinelas no se veía a nadie. Los raíles del tren corrían en línea recta unas cien yardas, hasta un bosque, por donde entraban y desaparecían. Sin duda, más adelante habría otro puesto de centinela. La otra orilla del arroyo era campo abierto; una suave colina subía hasta una estacada de troncos verticales, con troneras para los rifles y una abertura única a través de la cual asomaba la boca de un cañón de bronce que dominaba el puente. A mitad de camino entre el fuerte y el puente estaban los espectadores del suceso: una Compañía de Infantería, en posición de descanso, sentados los hombres en el suelo con las culatas de los rifles apoyadas en el suelo, las bocachas de las armas levemente inclinadas hacia atrás, sobre el hombro derecho, cruzadas sus manos sobre las culatas. Un teniente estaba de pie, a la derecha de la compañía, con la punta del sable en tierra y la mano izquierda pasada sobre la derecha, que lo empuñaba. Salvo el grupo que formaban los cuatro hombres que había en mitad del puente, nadie se movía. La Compañía entera miraba con absoluta fijeza hacia el puente, inmóviles todos sus hombres. Los centinelas que había frente a la orilla parecían estatuas que adornasen las inmediaciones del puente. El capitán, cruzado de brazos, silencioso, observaba el

trabajo de sus hombres sin necesidad de hacerles la menor indicación. La muerte es una dignataria que, cuando se anuncia, debe ser recibida con la manifestación de respeto más formal, incluso por parte de quienes más familiarizados están con ella. En ese código de etiqueta que son las ordenanzas militares, el silencio y la inmovilidad son expresiones de deferencia.

El hombre al que se disponían a ahorcar aparentaba tener unos treinta y cinco años. Era un civil, a juzgar por las ropas que vestía; seguramente un granjero. Tenía la nariz recta, la boca firme y el gesto duro, la frente amplia y despejada, con el cabello largo y de color castaño oscuro peinado hacia atrás, cayéndole hasta el cuello de su chaleco bastante limpio y hasta elegante. Lucía grandes bigotes y la barba recortada en punta, pero sin patillas; sus ojos, de un gris oscuro y muy grandes, poseían una extraña expresión de afecto, algo que jamás hubiera podido esperar uno en alguien que iba a ser ahorcado de un momento a otro. Estaba claro que no se trataba de un vulgar asesino. El código de justicia militar, tan amplio en el espíritu que lo informa, prevé la horca para muchos tipos de gente, sin excluir al tipo de los bien educados.

Una vez concluidos los preparativos, los dos soldados se hicieron a un lado y cada uno retiró la tabla sobre la que se había apoyado. El sargento se volvió entonces hacia el capitán, lo saludó marcialmente y se puso a sus espaldas, dando el oficial un paso al frente. Esos movimientos dejaron al condenado y al sargento de pie sobre ambos extremos de la tabla que atravesaba tres durmientes del puente. El extremo donde estaba de pie el civil alcanzaba, aunque sin llegar a rozarlo, un cuarto durmiente. Esta tabla se había mantenido horizontal por el peso del capitán; ahora seguía igual, por el peso del sargento. A una señal del capitán el sargento debería hacerse a un lado, la tabla se inclinaría así, y caería el reo entre dos durmientes. El propio condenado había considerado aquello muy sencillo y eficaz. Ni le habían vendado los ojos ni le habían cubierto la cabeza con una capucha. Consideró por unos instantes su posición precaria y oscilante, y dejó de inmediato vagar su mirada por las aguas en remolino del río, que corrían vertiginosas bajo sus pies. Un trozo de madera flotante, que parecía debatirse en un remolino, llamó su atención por unos momentos. Luego lo siguieron río abajo sus ojos... ¡Con cuánta lentitud parecía irse con la corriente una vez salvado el remolino! ¡Qué moroso parecía el río, después de todo, a pesar de los remolinos!

Cerró los ojos el condenado y trató de pensar en su esposa y en sus hijos. El agua que parecía de oro por el sol temprano de la hermosa mañana, las melancólicas brumas que aún había en las orillas, corriente abajo, más allá del puente; el fuerte, los soldados, el trozo de madera que flotaba... Cosas, en fin, que lo distraían. Y una distracción más, de la que fue consciente apenas intentó pensar en su esposa y en sus hijos. Con la primera evocación de sus seres queridos le llegó un sonido que no podía comprender, pero tampoco eludir; era una percusión seca, mas nítida, como el golpe que descarga sobre el yunque el martillo del herrero, con la misma resonancia... Se

preguntó qué sería y a cuánta distancia se producía. Tan pronto parecía próximo como lejano. Pero de lo que no le cabía duda era de que su lentitud semejaba la del tañido de una campana que llama a duelo por un muerto.

Aguardó impaciente un golpe y otro; también —aunque no sabía por qué— temeroso. Los intervalos de silencio se hicieron cada vez más largos. Creía padecer una alucinación en medio de cada uno de aquellos intervalos de silencio. En tanto eran menos frecuentes, los sonidos parecían cobrar mayor potencia, más sonoridad, una nitidez extraordinaria. Sonidos que lastimaban sus oídos como una cuchillada. Tuvo miedo de no poder controlarse y empezar a gritar. Entonces se dio cuenta de que lo que oía no era otra cosa que el tictac de su reloj.

Abrió los ojos y contempló una vez más el agua que corría bajo sus pies. «Si lograra desatarme las manos —pensaba—, podría quitarme la cuerda del cuello y lanzarme al agua... Zambulléndome, eludiría las balas; nadando con fuerza podría alcanzar la orilla, más abajo; allí me adentraría en el bosque y volvería a casa... Gracias a Dios, mi casa está aún lejos del territorio copado por sus fuerzas... Mi mujer y mis hijos aún están a salvo de su invasión».

Mientras estos pensamientos relampagueaban en la mente del reo, más que desarrollarse —aunque deban ser expuestos aquí con palabras que los desarrollan—, el capitán hizo la seña convenida al sargento. El sargento dio un paso a un lado.

II

Peyton Farquhar era, en efecto, un granjero acomodado, que pertenecía a una familia de rancio abolengo y muy respetada en Alabama. Dueño de esclavos, y al igual que otros dueños de esclavos era político: un secesionista, un partidario de la causa sudista. Ciertas circunstancias muy imperiosas, que no vienen ahora al caso, le habían impedido unirse a las filas del valeroso ejército que combatió en las desastrosas campañas que culminaron en la caída de Corinth^[2]; molesto por no haber podido alistarse, soñando con lo que tenía por la vida libre del soldado, ansiaba la oportunidad de protagonizar alguna acción heroica. Estaba seguro de que esa oportunidad, en una guerra, siempre se presenta. Mientras, hacía cuanto estaba a su alcance. Nada le parecía humilde, ninguna tarea le hacía sentirse inferior, si era en beneficio de la causa sudista; tampoco le parecía peligroso, lo que fuese, pues aunque era civil estaba en posesión del corazón de un soldado que de buena fe y sin mayores escrúpulos acepta en gran medida ese dicho realmente infame según el cual en el

amor y en la guerra todo vale.

Un atardecer, mientras Farquhar y su esposa descansaban en un banco a la entrada de su propiedad, un soldado a caballo, uniformado en gris, llegó hasta el portón de la granja y pidió un poco de agua. La señora Farquhar se alegró de poder prestarle ayuda y fue a servirle el agua ella misma con sus delicadas manos. Su marido se acercó entonces al jinete sudoroso y cubierto de polvo y le pidió noticias del frente de batalla.

—Los yanquis están reparando las vías —dijo el jinete—; ya se disponen a seguir su avance... Han llegado al puente sobre el río Owl, lo han reparado y han levantado una estacada en la orilla norte. Su comandante hizo público un bando, diciendo que cualquier civil que sea capturado entorpeciendo el paso por la vía, sus puentes, sus túneles o sus trenes, será ahorcado de inmediato, sin juicio... Yo he leído ese bando...

—¿A qué distancia está el puente sobre el río Owl? —preguntó Farquhar.

—A treinta millas, más o menos.

—¿No hay tropas por este lado del arroyo?

—Sólo un destacamento de avanzada, a media milla de distancia, sobre las mismas vías del tren... Y un centinela en ese lado del puente.

—Supongamos que un hombre, un civil decidido a enfrentarse al peligro de ser ahorcado, eludiera la vigilancia de esos soldados e incluso pudiese matar al centinela... ¿Qué conseguiría? —preguntó Farquhar con una media sonrisa.

El soldado reflexionó durante unos segundos.

—Yo estuve en ese punto hace un mes —dijo—, y observé que la crecida de aguas del invierno había amontonado gran cantidad de maderas contra la pilastra de troncos que sostiene el puente por ese extremo... Esa madera, seca ahora, ardería como la paja seca...

La esposa de Farquhar regresó con el agua que le había pedido el soldado. Aquel hombre bebió con ansia y dio las gracias a la mujer, muy ceremoniosamente. Se despidió del granjero y prosiguió su camino. Una hora más tarde, cuando ya anochecía, pasó de nuevo por allí, en la misma dirección por la que antes había ido. Era un explorador del ejército Confederado.

III

Cuando Peyton Farquhar se desplomó a través del puente, quedó inconsciente

pero no muerto. Lo despertó —tuvo la impresión de que habían pasado siglos— un fuerte dolor en el cuello, una presión inaguantable, sobre todo por el ahogo que sentía. Fuertes punzadas, agudas punzadas hirientes, recorrían su cuerpo desde la cabeza a los brazos, los pies y el tronco. Era un dolor como un relámpago; un dolor que se hacía más intenso por segundos, con cada una de sus pulsaciones enloquecidas; era como si un gran fuego lo abrasara de manera intolerable. No era consciente, en lo que a su cabeza se refiere, más que de la fuerte presión, de algo parecido a una terrible congestión. Su pensamiento, sin embargo, no iba a la par de sus sensaciones. Se había borrado ya de su ser la parte intelectual. Únicamente sentía, y sentir le suponía un tormento. Sentía moverse. Envuelto por una especie de nube luminosa, de la cual no era más que el centro inflamado, sin sustancia material, se columpiaba a través de alucinantes arcos oscilantes, como si fuese un péndulo enorme. De golpe, de manera terriblemente inopinada, la luz que lo envolvía disparó hacia arriba con el sonido de algo muy pesado que se zambulle; sintió un escalofriante rugido en los oídos y todo fue oscuridad y frío. Pero recuperó así la capacidad de pensar. Supo que la cuerda de la que pendía poco antes se había roto, que había caído al agua. No era mayor la sensación de estrangulamiento; el nudo corredizo alrededor de su cuello impedía que entrara agua en sus pulmones, pero podía asfixiarlo. Temió morir ahorcado en un río. Le pareció una idea absurda. Abrió los ojos en la oscuridad y creyó ver una luz por encima de su cabeza, una luz lejana e inalcanzable. La luz desaparecía poco a poco, hasta no ser más que un leve resplandor lejano y turbio. Era así porque Farquhar se hundía y salía a la superficie, una y otra vez... Después la volvió a ver intensa, y supo a su pesar que había salido de nuevo a la superficie, pues podía respirar mejor, a pesar de aquella sensación de asfixia. «Ser ahorcado y ahogado —pensó— no está tan mal... Pero no quiero que me acribillen a balazos, no, no dejaré que me acribillen a balazos, no es justo ni digno...».

No era consciente de su propio esfuerzo hasta que un agudo dolor en la muñeca le indicó que trataba de liberar sus manos. Se concentró en esa pugna que libraba contra sus ligaduras, como un observador perezoso podría contemplar las proezas de un malabarista, aunque sin interesarse por el resultado final de las mismas. ¡Qué esfuerzo tan espléndido! ¡Qué magnífica fuerza, casi sobrehumana! ¡Sí, cuán hermosa era aquella empresa! ¡Bravo! La cuerda cedió; sus brazos quedaron libres, separadas sus muñecas, y flotaron hacia arriba, las manos a cada lado, creciente ahora la luz. Se miró con gran interés las manos, primero una, después la otra... Comenzaron a tirar sus manos de la lazada que aún le rodeaba el cuello. La aflojaron del todo para después arrancarla de allí; la cuerda se alejó, serpenteando en el agua como una anguila. «¡Atadlo de nuevo!», creyó oír que gritaba a sus propias manos, porque al aflojarse la cuerda y quitarla de su cuello había experimentado un dolor insoportable, el más espantoso que hubiera tenido jamás. El cuello le dolía espantosamente; su cerebro parecía incendiarse; su corazón, que hasta entonces había

latido débilmente, dio un vuelco en su pecho y parecía querer salirse por la boca... Todo su cuerpo se dolía estremecido en una angustia intolerable. Pero sus manos, desobedientes, no acataron aquella orden. Golpeaban el agua con vigor. Violentos manotazos que impulsaban todo su cuerpo hacia la superficie. Supo que emergía de nuevo su cabeza; sus ojos se cegaron por unos instantes bajo la luz del sol; su pecho se expandió convulsivamente; haciendo un supremo esfuerzo llenó de aire sus pulmones; de su garganta brotó entonces un alarido.

Ya estaba en pleno dominio de sus sentidos, que parecían sobrenaturalmente alerta, agudizados. Algo, en medio de aquella espantosa perturbación de su organismo, había excitado sus sentidos de forma tal que registraban cosas nunca antes percibidas. Sentía las ondas del agua en su cara y era capaz de oírlas por separado cuando le golpeaban. Miró en dirección al bosque, más allá de la orilla aún lejana, y vio los árboles uno a uno; vio incluso sus hojas; incluso las venas de cada hoja. Es más, vio hasta los insectos que había en cada hoja: langostas, en una; moscas brillantes, en otra; y arañas grises tejiendo sus telas, de ramita en ramita, entre las hojas. Percibió los colores prismáticos en todas las gotas de rocío que había sobre un millón de briznas de hierba. El zumbido de los mosquitos que parecían bailar sobre los remolinos del arroyo, el tableteo de las alas de las libélulas, el chasquido de las patas de las arañas de agua, cual remos de un bote... Todo le sugería una música armónica, perfectamente audible. Un pez se deslizó ante sus ojos; oyó perfectamente cómo al pasar partía el agua en dos.

Había emergido su cuerpo boca abajo; por eso, en un segundo el mundo visible pareció girar lentamente teniéndolo por eje; vio el puente, el fuerte, dos soldados — sus verdugos—, un capitán, un sargento... Eran siluetas contra el cielo azul, recortadas nítidamente. Gritaban y gesticulaban, señalándole. El capitán había desenfundado su pistola, pero no abría fuego; los demás parecían desarmados. Hacían movimientos grotescos y horribles. Se agigantaban sus formas.

De pronto oyó un ruido seco; algo golpeó el agua a pocas pulgadas de su cabeza, salpicándole la cara. Oyó una segunda detonación y observó que uno de los centinelas tenía el rifle a la altura de la cara; una nubecita azul salía de la bocacha del arma. Farquhar vio desde el agua el ojo del hombre que estaba sobre el puente, que miraba a través de la mirilla de su rifle. Recordó haber leído que los ojos grises eran los más penetrantes, y que los mejores tiradores con rifle tenían los ojos grises... Aquél, sin embargo, había errado el tiro.

Un remolino le hizo girar; otra vez miraba a la orilla opuesta al fuerte. A sus espaldas se dejó sentir claramente una voz fuerte y rotunda, como un cántico monótono que se imponía sobre los demás sonidos. Aunque no era soldado, había frecuentado los campamentos y los fuertes por lo que conocía perfectamente cuál era el significado de aquel cántico deliberado y repetitivo, arrastrado, aspirado; el teniente que estaba en la orilla iniciaba su trabajo matinal. ¡Qué fría y despiadadamente, con qué entonación justa y calma, que imbuía de tranquilidad a sus

hombres, con qué intervalos medidos con extremada exactitud, decía tan crueles palabras!

—¡Atención, Compañía! ¡Levanten... armas! ¡Preparados! ¡Apunten! ¡Fuego!

Farquhar se zambulló tan profundamente como le fue posible. El agua rugió en sus oídos como la explosión del mismo Niágara; oyó el trueno amortiguado de la descarga de fusilería. Al salir de nuevo a la superficie vio pedazos de metal, extrañamente achatados y brillantes, que descendían lentamente, oscilando... Algunos de esos pedazos de metal tocaron su cara y sus manos y siguieron cayendo al fondo. Uno de ellos se alojó entre su cuello y la camisa; lo notó aún caliente y rápido se lo quitó de allí.

A medida que subía a la superficie, faltándole el agua, supo que había estado mucho tiempo sumergido; la corriente lo había arrastrado más lejos, más cerca de su salvación. Los soldados ya habían cargado de nuevo sus armas; brillaban las baquetas simultáneamente al sacarlas ellos de los cañones de sus rifles; giraban luego en el aire, con el mismo brillo, y los hombres las metían casi al unísono en sus vainas. Los dos centinelas dispararon de nuevo, primero uno y luego el otro, pero sin acertar el tiro.

Percibía todo esto Farquhar por encima de su hombro. Nadaba entonces vigorosamente a favor de la corriente. Poseía su cerebro la energía necesaria para mover sus brazos y sus piernas como lo hacía; pensaba con la rapidez del rayo. «El oficial —se decía— no repetirá su error por un exceso de disciplina mal entendida; es tan fácil esquivar una descarga cerrada como un solo tiro. Probablemente haya dado la orden de disparar a discreción, en fuego graneado... ¡Que Dios me ampare, así no podré evitar las balas de todos los tiradores!».

A dos yardas de distancia oyó un chasquido impresionante, seguido de un silbido fuerte, agudo y prolongado, que desapareció al cabo en *diminuendo* hasta parecer que se desplazaba hacia atrás, por el aire, en retroceso hacia el fuerte, para extinguirse al poco con una explosión que sacudió el río hasta lo más profundo. Una cortina de agua se elevó primero y se dobló después para caerle encima como si fuera a estrangularlo. Supo que habían disparado el cañón. Mientras sacudía la cabeza para librarse de la conmoción causada por la cortina de agua que le había caído encima, oyó el tiro desviado que zumbaba en el aire, frente a él, para adentrarse de inmediato en el bosque, provocando otro chasquido unísono, el de las ramas.

«No lo harán de nuevo —pensó—; la próxima vez pondrán una carga de metralla. Debo vigilar la boca del cañón; el humo me avisará de la dirección del tiro; el sonido del disparo llega demasiado tarde; viene cuando ya ha salido el proyectil... Tienen un buen cañón, por cierto...».

Sintió de golpe que daba vueltas y vueltas, que giraba en el agua como un trompo. El agua, las orillas, el bosque, el puente que ahora veía aún más lejos, el fuerte y los soldados, todo, en fin, se confundía hasta parecer difuminarse. Las cosas sólo quedaban representadas por sus colores; vetas circulares y horizontales de color, eso

era cuanto veía... Atrapado en un remolino, giraba a tal velocidad que parecía descomponerse en medio de un mareo que no podía dominar. Poco después se veía arrojado contra las piedras de la orilla izquierda, la orilla sur, detrás de un saliente que al menos le ocultaba de sus enemigos. Una quietud repentina, raspar las manos sobre la hierba que crecía entre las piedras, esas sensaciones nuevas le ayudaron a volver en sí. Lloró de felicidad. Enterró los dedos de las manos hasta sacar cantos rodados que lanzó al aire en señal de júbilo, bendiciéndolos en voz alta. Los cantos rodados parecían diamantes, rubíes, esmeraldas; no podía pensar en algo hermoso y rico a lo que no se parecieran. Los árboles de la orilla eran altos, inmensos; más aún, eran como las plantas del más bello de los jardines; vio en su disposición la mejor definición del orden exquisito; aspiró con gran placer la fragancia de las flores. Una extraña luz de color rosa pálido brillaba a través de los espacios, entre los troncos de los árboles; el viento tañía en sus ramas música de arpas eólicas. No tenía el menor deseo de seguir la huida; estaba feliz de poder quedarse allí, en un lugar al fin encantador, hasta que lo volvieran a capturar.

Un zumbido y el fragor de la metralla tronchando las ramas lo sacaron abruptamente de su encantamiento. El artillero, frustrado por el tiro errado de antes, le había lanzado aquel adiós, que pretendía definitivo, aunque más bien parecía hecho al azar, de manera más que improvisada... Farquhar se irguió de un salto, subió veloz la leve pendiente que llevaba al bosque desde la orilla y se perdió.

Caminó todo aquel día guiándose por el sol. El bosque parecía interminable; no pudo descubrir ni un claro, ni un sendero de leñadores... Nunca había supuesto vivir en una región tan salvaje. Aquella revelación tenía algo de estremecedor.

Cuando llegó la noche estaba agotado, hambriento, tenía los pies doloridos... El recuerdo de su mujer y de sus hijos le animaba a seguir adelante, sin embargo... Por fin encontró un camino que lo llevaba en la dirección que sabía necesaria. Era un camino ancho y recto, como una calle; parecía, en cualquier caso, que nadie lo había transitado antes. No lo bordeaban campos abiertos ni se veía una sola casa en los alrededores. Las negras presencias de los árboles semejaban formar una pared, un muro, un paredón impenetrable, a ambos lados; algo que sólo parecía hallar fin en un punto del horizonte, como un diagrama en una lección de perspectiva sobre el plano. Por encima de su cabeza, al mirar a través de una grieta en el bosque, brillaban grandes estrellas que parecían de oro; pero le resultaban desconocidas, agrupadas en constelaciones extrañas. Las creyó dispuestas en algún orden cuyo significado era secreto y también maligno. El bosque repetía sonidos singulares, raros, entre los cuales, una y otra vez, oía voces claras, de expresión muy nítida, pero dichas en una lengua que desconocía por completo.

Le dolía de nuevo terriblemente el cuello; al levantar la mano y tocárselo notó que lo tenía muy hinchado. Palpó con sus dedos el negro círculo que le había dejado allí la soga. Notó pesados los ojos, como atacados por una fuerte congestión; no era capaz de cerrarlos, ni de entornarlos siquiera un poco. Tenía hinchada la lengua por la

sed que le torturaba; quiso aliviar aquella hinchazón como de fiebre sacándola un poco entre los dientes, para que le diera el aire frío. ¡Con cuánta suavidad el césped alfombraba aquel desierto camino, tan ancho, no como una calle sino como una avenida! ¡Tan suave era que no sentía ya el camino bajo sus pies!

A pesar del sufrimiento, sin duda se había quedado dormido, aun caminando; lo creyó así porque ahora veía un paisaje distinto. O quizá hubiera salido de un delirio. Se vio frente a un portón, que no era otro sino el de su propia casa. Todo estaba como él lo había dejado; todo era brillante, limpio, tranquilo y hermoso bajo el sol de la mañana. Supuso haber caminado sin descanso toda la noche. Al empujar el portón para abrirlo y entrar a través del pequeño sendero ancho y blanco percibió el alegre revoloteo de un vestido de mujer; su esposa, bella, fresca, radiante, salía a recibirlo con los brazos abiertos. Al pie de las escaleras de acceso a la casa lo esperaba con una sonrisa de inmensa satisfacción, incomparablemente grácil y digna en su mayor hermosura. ¡Qué bella era! Fue hacia ella con los brazos extendidos. Pero cuando ya estaba a punto de estrecharla sintió un golpe en la nuca y se desvaneció... Una luz blanca y cegadora lo incendiaba todo en derredor suyo mientras se oía el estruendo del disparo de un cañón. Un momento después todo fue oscuridad y silencio.

Peyton Farquhar estaba muerto. Su cuerpo, con el cuello roto, colgaba y se balanceaba suavemente de un lado a otro bajo las maderas del puente sobre el río Owl.

UNA CARRETERA ILUMINADA POR LA LUNA

Testimonio de Joel Hetmán, Jr.

Soy un hombre de lo más desafortunado. Rico, respetado, bastante bien educado y de buena salud (aparte de otras muchas ventajas generalmente valoradas por quienes las disfrutaban y codiciadas por los que las desean). A veces pienso que sería menos infeliz si tales cualidades me hubieran sido negadas, porque entonces el contraste entre mi vida exterior e interior no exigiría continuamente una atención ingrata. Bajo la tensión de la privación y la necesidad del esfuerzo, podría olvidar en ocasiones el oscuro secreto, cuya explicación —siempre misteriosa— él mismo hace inevitable.

Soy hijo único de Joel y Julia Hetman. El primero fue un rico hacendado, la segunda una mujer bella y bien dotada, a la que estaba apasionadamente ligado por lo que ahora sé que fue una devoción celosa y exigente. El hogar familiar se encontraba a unas cuantas millas de Nashville, en Tennessee, en una vivienda amplia, irregularmente construida, sin ningún orden arquitectónico definido, y algo apartada de la carretera, con un parque de árboles y arbustos.

En la época a la que me refiero yo tenía diecinueve años y estudiaba en Yale. Un día recibí un telegrama de mi padre tan urgente que, obedeciendo a su inexplicable solicitud, partí inmediatamente con dirección a casa. En la estación de ferrocarril de Nashville, un pariente lejano me esperaba para poner en mi conocimiento la razón de la llamada: mi madre había sido bárbaramente asesinada; el móvil y el autor nadie los conocía, pero las circunstancias fueron las siguientes:

Mi padre había ido a Nashville con la intención de volver al día siguiente por la tarde. Algo impidió que realizara el negocio que tenía entre manos, por lo que regresó esa misma noche, antes del amanecer. En su testimonio ante el juez explicó que, como no tenía llave del cerrojo y no quería molestar a los sirvientes que estaban durmiendo, se había dirigido, sin ningún propósito especial, hacia la parte trasera de la casa. Al doblar una esquina del edificio, oyó el ruido de una puerta que se cerraba con suavidad y vio en la oscuridad, no muy claramente, la figura de un hombre que desapareció de inmediato entre los árboles. Como una precipitada persecución y una batida rápida por los jardines, en la creencia de que el intruso era alguien que visitaba clandestinamente a un sirviente, resultaron infructuosas, entró en la casa por la puerta abierta y subió las escaleras en dirección al dormitorio de mi madre. La puerta estaba abierta y, al penetrar en aquella intensa oscuridad, tropezó con un objeto pesado que había en el suelo y cayó de bruces. Me ahorraré los detalles; era mi pobre madre, ¡estrangulada por unas manos humanas!

No faltaba nada en la casa, los sirvientes no habían oído ruido alguno y, salvo

aquellas horribles marcas en la garganta de la mujer asesinada (¡Dios mío! ¡Ojalá pudiera olvidarlas!), no se encontró nunca rastro del asesino.

Abandoné mis estudios y permanecí junto a mi padre que, como es de suponer, estaba muy cambiado. De carácter siempre taciturno y sereno, cayó en un abatimiento tan profundo que nada conseguía mantener su atención, aunque, cualquier cosa, una pisada, un portazo repentino, despertaban en él un interés desasosegado; se le podría haber llamado recelo. Se sobresaltaba visiblemente por cualquier pequeña sorpresa sensorial y a veces se ponía pálido, y luego recaía en una apatía melancólica más profunda que la anterior. Supongo que sufría lo que se llama «una tremenda tensión nerviosa». En cuanto a mí, era más joven que ahora, y eso significa mucho. La juventud es Galad, donde existe un bálsamo para cada herida. ¡Ah! ¡Si pudiera vivir de nuevo en aquella tierra encantada! Al no estar habituado al dolor, no sabía cómo valorar mi aflicción. No podía apreciar debidamente la potencia del impacto.

Cierta noche, unos meses después del fatal acontecimiento, mi padre y yo volvíamos andando de la ciudad. La luna llena llevaba unas tres horas sobre el horizonte, en el este; los campos mostraban la quietud solemne de una noche estival. Nuestras pisadas y el canto incesante de las chicharras en la distancia eran el único sonido. Las negras sombras de los árboles contiguos atravesaban la carretera, que tenía un brillo blanco y fantasmal en las estrechas zonas del centro. Cuando nos encontrábamos cerca de la verja de nuestra hacienda, cuya fachada aparecía en penumbra, y en la que no había ninguna luz, mi padre se detuvo de repente y, agarrándome del brazo, dijo con un tono apenas perceptible:

—¡Dios mío! ¿Qué es eso?

—No oigo nada —contesté.

—Pero mira, ¡mira! —exclamó señalando hacia la carretera, delante de nosotros.

—Allí no hay nada —dije—. Venga, padre, entremos. Estás enfermo.

Me había soltado el brazo y se había quedado rígido e inmóvil en el centro de la carretera iluminada, absorto como alguien privado del juicio. A la luz de la luna, su rostro presentaba una palidez y fijeza inefablemente penosas. Le di un suave tirón de la manga, pero se había olvidado de mi existencia. Al rato comenzó a retroceder, paso a paso, sin apartar la vista ni un instante de lo que veía, o creía que veía. Di media vuelta para seguirle, pero me quedé quieto, indeciso. No recuerdo ningún sentimiento de miedo, a no ser que un frío repentino fuera su manifestación física. Fue como si un viento helado hubiera rozado mi cara y envuelto mi cuerpo de arriba abajo. Pude sentir su revuelo en el pelo.

En aquel momento mi atención fue atraída por una luz que apareció de repente en una ventana del piso superior de la casa; uno de los sirvientes, despertado por quién sabe qué premonición misteriosa, y obedeciendo a un impulso que nunca pudo explicar, había encendido una lámpara. Cuando me volví para buscar a mi padre, había desaparecido; en todos estos años ni un rumor de su destino ha atravesado la frontera de la conjetura desde el reino de lo desconocido.

Testimonio de Caspar Grattan

Hoy se dice que estoy vivo. Mañana, aquí, en esta habitación, habrá una forma insensible de arcilla que mostrará lo que fui durante demasiado tiempo. Si alguien levanta el paño que cubrirá el rostro de aquella cosa desagradable será para satisfacer una mera curiosidad malsana. Otros, sin duda, irán más lejos y preguntarán: «¿Quién era ése?». En estos apuntes ofrezco la única respuesta que soy capaz de dar: Caspar Grattan. Claro, eso debería ser suficiente. Ese nombre ha cubierto mis pequeñas necesidades durante más de veinte años de una vida de duración desconocida. Es cierto que yo mismo me lo puse, pero, a falta de otro, tenía ese derecho. En este mundo uno debe tener un nombre; evita la confusión, incluso hasta cuando no aporta una identidad. A algunos, sin embargo, se les conoce por números, que también resultan ser formas de distinción inadecuadas.

Un día, por ejemplo, caminaba por una calle de una ciudad, lejos de aquí, cuando me encontré a dos individuos de uniforme, uno de los cuales, casi deteniéndose y mirándome a la cara con curiosidad, le dijo a su compañero: «Ese hombre se parece al 767». En aquel número me pareció ver algo familiar y horrible. Llevado por un impulso incontrolable, tomé una bocacalle y corrí hasta caer agotado en un camino.

Nunca he olvidado aquel número, y siempre me viene a la memoria acompañado por un guirigay de obscenidades, carcajadas de risas tristes y estruendos de puertas de hierro. Por eso creo que un nombre, aunque sea uno mismo quien se lo ponga, es mejor que un número. En el registro del campo del Alfarero pronto tendré los dos. ¡Qué riqueza!

A quien encuentre este papel he de rogarle que tenga cierta consideración. No es la historia de mi vida; la capacidad de hacer tal cosa me está negada. Esto no es más que una relación de recuerdos quebrados y aparentemente inconexos, algunos de ellos tan nítidos y ordenados como los brillantes de un collar; otros, remotos y extraños, presentan las características de los sueños carmesí, con espacios en blanco y en negro, y con el resplandor de aquellarres candentes en medio de una gran desolación.

Situado en los límites de la eternidad, me doy la vuelta para echar un último vistazo a la tierra, a la trayectoria que seguí hasta llegar aquí. Hay veinte años de huellas inconfundibles, impresiones de pies sangrantes. El trazado sigue caminos de pobreza y dolor, tortuosos y poco seguros, como los de alguien que se tambalea bajo una carga,

remoto, sin amigos, melancólico, lento.

Ah, la profecía que el poeta hizo sobre mí. ¡Qué admirable! ¡Qué espantosamente admirable!

Retrocediendo más allá del principio de esta *via dolorosa*, esta epopeya de

sufrimiento con episodios de pecado, no puedo ver nada con claridad; sale de una nube. Sé que sólo cubre veinte años, y sin embargo soy un anciano.

Uno no recuerda su nacimiento, se lo tienen que contar. Pero conmigo fue diferente. La vida llegó a mí con las manos llenas y me otorgó todas mis facultades y poderes. De mi existencia previa no sé más que otros, porque todos balbucean insinuaciones que pueden ser recuerdos o sueños. Solamente sé que mi primera sensación de consciencia lo fue de madurez en cuerpo y alma; una sensación aceptada sin sorpresa o aprensión. Sencillamente me encontré caminando por un bosque, medio desnudo, con los pies doloridos, tremendamente fatigado y hambriento. Al ver una granja, me acerqué y pedí comida, que alguien me dio preguntando mi nombre. No lo conocía, aunque sí sabía que todo el mundo tenía nombres. Me retiré muy azorado y, al caer la noche, me tumbé en el bosque y me dormí.

Al día siguiente llegué a una gran ciudad cuyo nombre no citaré. Tampoco relataré otros incidentes de la vida que ahora está a punto de acabar; una vida de peregrinaje continuo, siempre rondada por una imperante sensación de delito en el castigo del mal y de terror en el castigo del delito. Veamos si soy capaz de reducirlo a la narrativa.

Parece ser que una vez viví cerca de una gran ciudad. Era un colono próspero, casado con una mujer a la que amaba y de la que desconfiaba. Tuvimos, al parecer, un hijo, un joven de talento brillante y prometedor. Para mí, siempre se trata de una figura vaga, nunca claramente definida y, con frecuencia, fuera de escena.

Una desafortunada noche se me ocurrió poner a prueba la fidelidad de mi esposa de una forma vulgar y sabida por todo el mundo que conoce la literatura histórica y de ficción. Fui a la ciudad después de haberle dicho a mi mujer que estaría ausente hasta el día siguiente por la tarde. Pero regresé antes del amanecer y me dirigí a la parte trasera de la casa con la intención de entrar por una puerta que había estropeado sin que nadie me viera, para que pareciera encajar y en realidad no cerrara. Al acercarme, oí una puerta que se abría y se cerraba con suavidad, y vi a un hombre que salía sigilosamente a la oscuridad. Con la idea del asesinato en la mente, salté sobre él, pero desapareció sin que consiguiera ni siquiera identificarle. A veces, ni aun ahora consigo convencerme de que se tratara de un ser humano.

Loco de celos y rabia, ciego y lleno de todas las pasiones elementales de la hombría humillada, entré en la casa y subí precipitadamente las escaleras hasta el dormitorio de mi esposa. Estaba cerrado, pero como también había estropeado el cerrojo, conseguí entrar fácilmente y, a pesar de la intensa oscuridad, en un instante estaba junto a su cama. Tanteando con las manos descubrí que estaba vacía, aunque deshecha.

«Debe de estar abajo —pensé—; aterrorizada por mi presencia se ha ocultado en la oscuridad del recibidor».

Con el propósito de buscarla, me di la vuelta para marcharme. Pero tomé una dirección equivocada. ¡Correcta!, diría yo. Golpeé su cuerpo, encogido en un rincón,

con el pie. En un instante le lancé las manos al cuello y, ahogando su grito, sujeté su cuerpo convulso entre las rodillas. Allí, en la oscuridad, sin una palabra de acusación o reproche, la estrangulé hasta la muerte.

Aquí acaba el sueño. Lo he contado en tiempo pasado, pero el presente sería la forma más apropiada, porque una y otra vez aquella triste tragedia vuelve a ser representada en mi consciencia; una y otra vez trazo el plan, sufro la confirmación y desagravio la ofensa. Después todo queda en blanco; y más tarde la lluvia golpea contra los mugrientos cristales, o la nieve cae sobre mi escaso atavío, las ruedas chirrían por calles asquerosas donde mi vida se desarrolla en medio de la pobreza y de los trabajos mezquinos. Si alguna vez brilla el sol, no lo recuerdo. Si hay pájaros, no cantan.

Hay otro sueño, otra visión de la noche. Estoy de pie, entre las sombras, sobre una carretera iluminada por la luna. Soy consciente de la presencia de alguien más, pero no puedo determinar exactamente de quién. Entre la penumbra de una gran vivienda, percibo el brillo de ropas blancas; entonces la figura de una mujer aparece frente a mí en la carretera. ¡Es mi asesinada esposa! Hay muerte en su rostro y señales en su garganta. Tiene los ojos clavados en los míos con una seriedad infinita, que no es reproche, ni odio, ni amenaza; no es algo tan terrible como el reconocimiento. Ante esta horrorosa aparición, retrocedo con terror; un terror que me asalta cuando escribo. No puedo dar la forma correcta a las palabras. ¡Fíjate! Ellas...

Ahora estoy tranquilo, pero en verdad ya no hay más que contar. El incidente acaba donde empezó: en medio de la oscuridad y de la duda.

Sí, de nuevo tengo el dominio de mí mismo: «el capitán de mi alma». Pero no se trata de un respiro, sino de otro estadio y fase de la expiación. Mi penitencia, constante en grado, es mutable en aspecto: una de sus variantes es la tranquilidad. Después de todo, se trata de cadena perpetua. «Al infierno para siempre», ése es el castigo absurdo: el culpable escoge la duración de su pena. Hoy mi plazo expira.

A todos y cada uno, les deseo la paz que no fue mía.

Testimonio de la difunta Julia Hetman a través del médium Bayrolles

Me había retirado temprano y había caído casi inmediatamente en un sueño apacible, del que desperté con una indescriptible sensación de peligro, lo que es, según creo, una experiencia común de otra vida anterior. También me sentí convencida de su sinsentido, aunque eso no lo desterraba. Mi marido, Joel Hetman, estaba ausente; los sirvientes dormían en la otra parte de la casa. Pero éstas eran cosas normales; nunca antes me habían preocupado. Sin embargo, aquel extraño terror se

hizo tan insoportable que, venciendo mi escasa disposición, me incorporé en la cama y encendí la lámpara de la mesilla. En contra de lo que esperaba, esto no supuso un alivio; la luz parecía añadir aún más peligro, porque pensé que su resplandor se advertiría por debajo de la puerta, revelando mi presencia a cualquier cosa maligna que acechara desde fuera. Vosotros que todavía estáis vivos, sujetos a los horrores de la imaginación, os daréis cuenta de qué monstruoso miedo debe de ser ese que, en la oscuridad, busca seguridad contra las existencias malévolas de la noche. Es como batirse cuerpo a cuerpo con un enemigo invisible. ¡La estrategia de la desesperación!

Después de apagar la luz, me cubrí la cabeza con la colcha y me quedé temblando en silencio, incapaz de gritar, y sin acordarme siquiera de rezar. En ese penoso estado debí de permanecer durante lo que vosotros llamaríais horas; entre nosotros no existen horas: el tiempo no existe.

Finalmente apareció: ¡un ruido suave e irregular de pisadas en las escaleras! Eran pausadas, dubitativas, inseguras, como si fueran producidas por alguien que no viera por dónde iba; para mi mente confusa eso era mucho más espantoso, como la proximidad de una malignidad ciega y estúpida, para la que no valen ruegos. Estaba casi segura de que había dejado la lámpara del recibidor encendida y el hecho de que aquella criatura caminara a tientas demostraba que era un monstruo de la noche. Esto era absurdo y no coincidía con mi anterior terror a la luz, pero ¿qué queréis que haga? El miedo no tiene cerebro; es idiota. El observador sombrío que contiene y el cobarde consejo que susurra no guardan relación. Nosotros, que hemos entrado en el Reino del Terror, que permanecemos ocultos en el crepúsculo eterno rodeados por las x escenas de nuestra vida anterior, invisibles incluso para nosotros mismos y para los demás, y que sin embargo nos escondemos desesperados en lugares solitarios, lo sabemos muy bien; anhelamos hablar con nuestros seres queridos, y sin embargo estamos mudos, y tan temerosos de ellos como ellos de nosotros. A veces este impedimento desaparece, la ley queda en suspenso: por medio del poder inmortal del amor o del odio conseguimos romper el hechizo. Entonces, aquellos a los que avisamos, consolamos o castigamos, nos ven. Qué forma adoptamos es algo que desconocemos; sólo sabemos que aterrorizamos hasta a aquellos que más deseamos reconfortar y de los que más anhelamos ternura y compasión.

Perdona, te lo ruego, este paréntesis inconsecuente de lo que una vez fue una mujer. Vosotros que nos consultáis de este modo imperfecto, no comprendéis. Hacéis preguntas absurdas sobre cosas desconocidas y prohibidas. La mayor parte de lo que sabemos y podríamos reflejar en nuestro discurso no tiene ningún sentido para vosotros. Debemos comunicarnos con vosotros por medio de una inteligencia balbuciente en aquella pequeña zona de nuestro lenguaje que vosotros sabéis hablar. Creéis que somos de otro mundo. Pero no; no conocemos otro mundo que el vuestro, aunque para nosotros no existe la luz del sol, ni calor, ni música, ni risa, ni cantos de pájaros, ni compañía. ¡Dios mío! ¡Qué cosa es ser un fantasma, encogido y tembloroso en un mundo alterado, presa de la aprensión y la desesperación!

Pero no, no morí de miedo: aquella cosa se dio la vuelta y se marchó. La oí bajar, creo que apresuradamente, por las escaleras, como si ella también se hubiera asustado. Entonces me levanté para pedir ayuda. Apenas mi temblorosa mano hubo encontrado el tirador de la puerta... ¡cielo santo!, oí que volvía hacia mí. Sus pisadas por las escaleras eran rápidas, pesadas y fuertes; hacían que la casa se estremeciera. Huí hacia una esquina de la pared y me acurruqué en el suelo. Intenté rezar. Intenté gritar el nombre de mi querido esposo. Entonces oí que la puerta se abría de un golpe. Hubo un intervalo de inconsciencia y, cuando me recuperé, sentí una opresión asfixiante en la garganta, advertí que mis brazos golpeaban lánguidamente contra algo que me arrastraba, ¡noté que la lengua se me escapaba por entre los dientes! Después pasé a esta vida.

No, no sé lo que pasó. La suma de lo que conocemos al morir es la medida de lo que sabemos después de todo lo que hemos vivido. De esta existencia sabemos muchas cosas, pero nunca hay nueva luz sobre ninguna de esas páginas: todo lo que podemos leer está escrito en el recuerdo. Aquí no hay cimas de verdad que dominen el confuso paisaje de aquel reino dudoso. Todavía vivimos en el Valle de la Sombra, ocultos en sus espacios desolados, observando desde detrás de las zarzamoras y los matorrales a sus habitantes malvados, locos. ¿Cómo íbamos a tener conocimiento de aquel desvanecido pasado?

Lo que ahora voy a relatar ocurrió en una noche. Sabemos cuándo es de noche porque os marcháis a casa y podemos aventurarnos a salir de nuestros escondrijos y dirigirnos sin miedo hacia nuestras antiguas casas, asomarnos a las ventanas, hasta incluso entrar y observar vuestros rostros mientras dormís. Había merodeado durante un buen rato cerca de la casa en la que se me había transformado tan cruelmente en lo que ahora soy, como hacemos cuando alguien a quien amamos u odiamos está dentro. En vano había estado buscando alguna forma de manifestarme, algún modo de hacer que mi existencia continuada, mi gran amor y mi profunda pena fueran captados por mi marido y mi hijo. Si dormían, siempre se despertarían, o si, en mi desesperación, me atrevía a acercarme a ellos una vez despiertos, lanzarían hacia mí sus terribles ojos vivos, aterrorizándome con las miradas que yo anhelaba y apartándome de mi propósito.

Esa noche les había estado buscando sin éxito, temerosa de encontrármelos. No estaban en la casa, ni en el jardín iluminado por la luna. Porque, aunque hemos perdido el sol para siempre, todavía nos queda la luna, completamente redonda o imperceptible. A veces brilla por la noche, a veces de día, pero siempre sale y se pone como en la otra vida.

Dejé el jardín y me fui, acompañada por la luz blanca y el silencio, hacia la carretera, sin dirección definida y entristecida. De repente oí la voz de mi pobre esposo que lanzaba exclamaciones de sorpresa, junto a la de mi hijo que procuraba tranquilizarle y disuadirle. Y allí estaban, a la sombra de un grupo de árboles. Cerca, ¡tan cerca! Tenían sus caras vueltas hacia mí, los ojos de mi esposo se clavaban en los

míos. Me vio, ¡por fin, por fin me vio! Al advertir esta sensación, mi miedo desapareció como un sueño cruel. El hechizo de la muerte estaba roto: ¡el Amor había vencido a la Ley! Loca de alegría, grité, debí de haber gritado: «Me ve, me ve: ¡me comprenderá!». Entonces, tratando de controlarme, avancé hacia él, sonriente y consciente de mi belleza, para arrojarme en sus brazos, consolarle con palabras cariñosas y, con la mano de mi hijo entre las mías, pronunciar palabras que restauraran los lazos rotos entre los vivos y los muertos.

Pero, ¡ay! ¡Ay de mí! Su cara estaba pálida de terror, sus ojos eran como los de un animal acorralado. Mientras yo avanzaba, él se alejaba de mí, y por fin se dio la vuelta y salió huyendo por el bosque. Hacia dónde, es algo que desconozco.

A mi pobre hijo, abandonado con su doble desolación, nunca he sido capaz de comunicarle ninguna sensación de mi presencia. Pronto, también él, pasará a esta Vida Invisible y le habré perdido para siempre.

UN DIAGNÓSTICO DE MUERTE

—Yo no soy tan supersticioso como algunos de sus colegas u hombres de ciencia, como a ustedes les gusta que se les llame —dijo Hawver en respuesta a una acusación que no había sido hecha—. Algunos de ustedes, aunque he de admitir que sólo unos pocos, creen en la inmortalidad del alma y en apariciones a las que no tienen la honradez de llamar fantasmas. Mis convicciones no van más allá de afirmar que a veces se ve a los vivos donde ya no están, aunque han estado; donde han vivido durante tanto tiempo, y tal vez con tanta intensidad que han dejado sus huellas sobre todo lo que les rodeaba. Sé, claro está, que el entorno en que uno vive puede verse tan afectado por la propia personalidad que puede producir una imagen de uno mismo ante los ojos de otro, mucho después. Sin duda la personalidad que produce la impresión ha de ser del tipo apropiado, como los ojos que la perciben han de ser el tipo adecuado de ojos. Los míos, por ejemplo.

—Sí, el tipo adecuado de ojos, enviando sensaciones a la clase de cerebro inadecuada —dijo el Dr. Frayley sonriendo.

—Muchas gracias; da gusto ver complacidas las esperanzas que uno tiene. Es más o menos la respuesta que suponía que usted cortésmente daría.

—Lo siento. Pero usted afirma que sabe. Eso es mucho decir, ¿no cree? Tal vez no tenga inconveniente en revelar cómo lo sabe.

—Usted dirá que es una alucinación —dijo Hawver—, pero no importa.

Y entonces contó la historia.

—Como usted ya sabe, el verano pasado fui a pasar la temporada de calor en la ciudad de Meridian. El pariente en cuya casa tenía intención de residir estaba enfermo, por lo que busqué otro alojamiento. Tras diversas dificultades, conseguí alquilar una vivienda vacía que había sido ocupada por un doctor excéntrico, llamado Mannering, que se había marchado años antes sin que nadie supiera dónde, ni siquiera su agente. Él mismo había construido la casa y había vivido en ella con un viejo criado durante unos diez años. Su práctica, nunca muy amplia, había sido abandonada completamente tras los primeros años. Y no sólo eso, sino que se había recluido y se había apartado casi totalmente de la vida social. El médico del pueblo, única persona con la que había tenido alguna relación, me contó que durante su retiro se había dedicado a un solo campo de estudio y expuso sus resultados en un libro que no contó con la aprobación de sus colegas profesionales quienes, evidentemente, consideraban que no estaba en sus cabales. No he visto el libro y ahora no recuerdo el título, pero me han dicho que exponía una teoría bastante asombrosa. Mantenía que, en más de un caso, era posible predecir con precisión la muerte de una persona con buena salud, meses antes de que se produjera. El límite, creo, era dieciocho meses. Existían leyendas locales sobre el ejercicio de sus poderes de pronóstico, aunque usted tal vez prefiera llamarlo diagnóstico. Y se decía que en todos los casos la

persona a cuyos amigos él había avisado, murieron repentinamente, en la fecha establecida, sin causa aparente. Todo esto, sin embargo, no tiene nada que ver con lo que voy a contarle; pensé que podría resultarle divertido a un médico.

»La casa estaba amueblada tal y como él la había dejado. Resultaba una vivienda bastante lúgubre para alguien que no era ni un recluso ni un estudiante; creo que me transmitía algo de su carácter, del carácter de su anterior ocupante, pues siempre que estaba en ella sentía una cierta melancolía que no se debía ni a mi natural disposición ni, me parece, a la soledad. Yo no tenía criados que durmieran en la casa, sino que, como usted sabe, siempre he disfrutado mucho con mi propia compañía y he sido muy aficionado a la lectura, aunque menos al estudio. Fuera cual fuera la causa, su efecto fue el abatimiento y la sensación de un mal inminente; esto ocurría especialmente en el despacho del doctor Mannering, a pesar de que aquella habitación era la más luminosa y aireada de la casa. El retrato del doctor, un óleo de tamaño natural, colgaba de una de las paredes y parecía dominar el cuarto completamente. No había nada extraño en el cuadro: el individuo era bastante bien parecido, de unos cincuenta años, con el pelo gris, una cara bien rasurada y los ojos serios y oscuros. Sin embargo, había algo en él que atraía mi atención. El aspecto de aquel hombre llegó a resultarme familiar, y me *rondaba*.

»Una tarde, cuando me dirigía a la mía, pasé por esa habitación con un candil (en Meridian no hay gas). Como siempre, me detuve ante el cuadro que, a la luz del candil, parecía tener una nueva expresión, difícil de describir, aunque claramente misteriosa. Aquello me interesó, pero no llegó a preocuparme. Moví la luz de un lado a otro y observé los efectos que dicho movimiento producía. Mientras lo hacía, tuve el impulso de volverme. Cuando lo hice, vi que un hombre cruzaba la habitación ¡en dirección a mí! En cuanto estuvo lo suficientemente cerca para que la luz del candil le iluminara la cara vi que se trataba del propio doctor Mannering; ¡era como si el retrato caminara!

»—Perdón —le dije con cierta frialdad—, pero si ha llamado a la puerta no le he oído.

»Pasó a mi lado, a muy corta distancia, levantó el dedo índice en señal de advertencia y, sin decir una palabra, salió de la habitación, aunque no vi su salida más de lo que había visto su entrada.

»Por supuesto, no hace falta que le diga que esto fue lo que usted llamaría una alucinación y yo una aparición. La habitación no tenía más que dos puertas, una de las cuales estaba cerrada con llave; la otra conducía a un dormitorio que no tenía salida. Lo que sentí al darme cuenta de esto no es parte importante del suceso.

»Indudablemente le parecerá una típica *historia de fantasmas*, construida con la trama característica establecida por los viejos maestros de este arte. Si así fuera, no debería haberla contado, aunque fuese cierta. Pero aquel hombre no estaba muerto; hoy lo he visto en la calle de la Unión: me lo crucé en medio de una multitud.

Hawver había terminado su relato y los dos hombres permanecieron en silencio.

El doctor Frayley, abstraído, daba golpecitos sobre la mesa con los dedos.

—¿Le dijo algo hoy —preguntó—, algo de lo que usted pudiera deducir que no estaba muerto?

Hawver se le quedó mirando, sin decir nada.

—Tal vez —prosiguió Frayley— le hizo una indicación, un gesto levantando un dedo en señal de advertencia... Es una manía que él tenía, algo que acostumbraba a hacer cuando decía algo serio, cuando anunciaba el resultado de un diagnóstico, por ejemplo.

—Sí, eso fue lo que hizo. Lo mismo que había hecho su aparición. Pero ¡Dios santo! ¿Es que usted le conoció?

Era evidente que Hawver estaba poniéndose nervioso.

—Sí, le conocí. Y he leído su libro, como tendrán que hacer todos los médicos algún día. Se trata de una de las más sorprendentes e importantes contribuciones de este siglo a la ciencia médica. Sí, le conocí; le atendí cuando estuvo enfermo hace tres años. Murió.

Hawver, claramente turbado, abandonó su silla de un salto y se puso a recorrer la habitación de un lado a otro; luego se acercó a su amigo y le dijo con un tono poco firme:

—Doctor, ¿tiene usted algo que decirme como médico?

—No, Hawver; es usted el hombre más sano que he visto. Como amigo, le aconsejo que se marche a su habitación. Toca usted el violín como un ángel. Tóquelo pues; toque algo alegre y animado. Aparte este maldito asunto de su mente.

Al día siguiente Hawver fue encontrado muerto en su dormitorio, con el violín en el cuello, el arco sobre las cuerdas y una partitura con la marcha fúnebre de Chopin ante él.

EL HOMBRE QUE SALE DE LA NARIZ

En la intersección de dos calles en aquella parte de la ciudad de San Francisco conocida por el nombre, no muy bien puesto, de North Beach, se ve un terreno baldío que está bastante más nivelado de lo que están en general los terrenos, sean o no baldíos, en esa región. A pesar de ello, justo detrás del mismo, hacia el sur, el suelo se eleva en un ángulo interrumpido por tres terraplenes tallados en la blanda piedra. Es un lugar donde habitan cabras y pobres. Hay varias familias que lo vienen ocupando, sucesivamente, o sucesoriamente, desde los días de la fundación de la ciudad.

Una de las humildes moradas del terraplén más bajo se destaca por su grotesco parecido con un rostro humano, o más bien, con la imitación que de un rostro humano pudiera haber hecho un niño, cortando una calabaza ahuecada, aun sin querer hacer burla de los de su propia especie. Los ojos son dos ventanas circulares, la nariz es una puerta, la boca una abertura causada por el saliente de una tabla que asoma por debajo de la puerta, para no pisar el barro... No hay escalones. Como rostro, esta casa es demasiado grande; como vivienda, demasiado pequeña. La mirada hueca e inexpresiva de sus ojos sin cejas ni pestañas resulta turbadora.

A veces sale un hombre de la nariz, da la vuelta, pasa por donde debiera estar la oreja derecha, y a través del guirigay de niños y cabras que se amontonan en el estrecho pasaje que hay entre las puertas de sus vecinos y el borde del terraplén, accede al fin a la calle bajando por una dudosa escalerona. Allí se para unos instantes y mira su reloj; quien pase por allí en esos momentos se preguntará por qué se preocupa por saber la hora un hombre así, que vive en semejante lugar. Pero una observación más atenta de este hombre nos demostrará que la hora es, para él, cosa de suma importancia: todos los días, a las dos de la tarde, durante los 365 días del año, hace lo mismo, sale de su casa.

Cualquier día, tras comprobar que no se ha equivocado de hora, guarda su reloj para caminar en dirección sur a buen paso. Dos calles más allá gira a la derecha; al aproximarse a la esquina siguiente fija los ojos en la ventana más alta de un edificio de tres pisos que hay frente a la calle. Es un edificio feo y sucio, construido en ladrillo rojo que en un tiempo fue brillante pero que ahora es totalmente gris. Uno de esos edificios en los que resulta evidente la huella del tiempo y el polvo. O que son únicamente tiempo y polvo. Ya no alberga viviendas. Es una fábrica, aunque no tengo la menor idea de qué se fabrica allí. Supongo que esas cosas que por lo general se fabrican en las fábricas. Sólo sé que a las dos de la tarde de todos los días, excepto los domingos, hay en ese edificio una gran actividad, un gran barullo; parece como si lo sacudieran hasta los cimientos las pulsaciones de alguna máquina gigantesca mientras se producen sin cesar los chillidos de la madera torturada por la sierra.

A nadie se ve jamás en la ventana en la cual fija sus ojos este hombre, con una mirada aparentemente intensa. Sigue mirando hacia allí cuando echa a andar,

volviendo más y más la cabeza para no perder de vista la ventana, hasta alejarse. Al pasar por la otra esquina, a la izquierda, da la vuelta a la manzana y vuelve al punto en que, diagonalmente, a través de la calle, puede encarar la fábrica, punto que ya había recorrido antes, sin embargo, y que atraviesa ahora mirando de nuevo con absoluta fijeza a la ventana, hasta perderla de vista según va caminando.

Hace muchos años que este hombre no varía su ruta, ni la altera mínimamente. Quince minutos después regresa a la boca de su casa; una mujer que está frente a la nariz le ayuda a entrar. No se le vuelve a ver, como de costumbre, hasta las dos de la tarde del día siguiente.

Esa mujer es su esposa. Se mantiene y mantiene al marido lavando la ropa de otros. En realidad lava la ropa de los pobres entre los que viven, cobrando tan poco que echa por tierra el trabajo de los chinos y de otras mujeres que se emplean en lo mismo.

Este hombre tendrá unos cincuenta y siete años, aunque parece mucho más viejo. Tiene el pelo completamente blanco. Siempre va perfectamente afeitado. Lleva las manos limpias y muy cuidadas las uñas. Se viste muy por encima de lo que indica su posición, una posición que es fácil suponer viendo sólo el lugar en el que vive con su mujer. Viste muy pulcramente este hombre, aunque no se puede decir que vaya a la última moda. Su sombrero de seda tiene apenas dos años, sin embargo; sus botas, muy bien lustradas, no muestran el menor remiendo. Me han contado que el traje que viste para hacer ese diario recorrido de quince minutos no es el mismo que lleva cuando está en casa. Como todo lo que tiene, el traje se lo cuida también con mucho mimo su mujer, que le hace los arreglos oportunos sin que apenas se note que los hace.

Treinta años atrás, John Hardshaw y su esposa vivían en Rincón Hill, en una de las mejores mansiones de tan aristocrática zona. Él había desempeñado su profesión de médico hasta poco antes, cuando su padre le dejó una fortuna considerable, por lo que decidió abandonar a los enfermos con sus enfermedades ya que tenía cosas más importantes en las que desempeñarse, como velar por su fortuna, por ejemplo... Tanto él como su esposa eran personas de gran educación; a su casa acudían con frecuencia hombres y mujeres, en muy selecto grupo, que respondían por completo al refinamiento del matrimonio. Esta gente pensaba que el señor y la señora Hardshaw vivían nadando no ya en la abundancia sino en un océano de felicidad, y en verdad lo parecía, pues la señora Hardshaw se dedicaba en cuerpo y alma a su marido, atendéndole orgullosa hasta en las más insospechadas minucias.

Entre sus amistades se contaba la muy noble familia Barwell —esposo, esposa y dos hijos—, de Sacramento. El señor Barwell era ingeniero de minas y sus asuntos lo alejaban a menudo de San Francisco, ocasiones en las que era de lo más habitual que su esposa y la del señor Hardshaw se vieran. La señora Hardshaw, como no tenía

hijos, adoraba a los de su amiga, a los que cuidaba como si fueran suyos. Lamentablemente, también su marido llegó a querer mucho a la madre de aquellos niños. Se podría decir, incluso, que llegó a quererla demasiado... Y, más lamentable aún, aquella atractiva dama, la madre de los niños, fue menos sensata que débil.

A eso de las tres de la madrugada de un día de otoño, el agente número 13 de la policía de Sacramento vio a un hombre que salía sigilosamente por la puerta trasera de la residencia de un conocido ingeniero de minas, y lo arrestó... El hombre —que llevaba un sombrero ajado y un abrigo viejo— ofreció al policía cien, luego quinientos y al final mil dólares, para que lo dejara en paz. Como llevaba consigo menos de la suma ofrecida al agente, menos de la suma ofrecida en primer lugar, quiero decir, el representante de la autoridad no pudo por menos que tratar aquella proposición con un desprecio en el que resplandecía la virtud. Antes de llegar a la comisaría, el arrestado ofreció extenderle un cheque por diez mil dólares, a cambio de permanecer atado con grilletes a cualquiera de los sauces que se alzaban en las márgenes del río hasta que el agente pudiera hacer efectivo el cobro. Como este ofrecimiento no provocó en el honesto policía más que un renovado desprecio, el arrestado guardó silencio, dando al representante de la autoridad, como debe hacerse en estos casos, un nombre falso. Cuando lo registraron en la comisaría hallaron que lo único de valor que llevaba consigo era un retrato miniado de la señora Barwell, la esposa del dueño de la casa en la que había sido arrestado. El estuchito tenía engastados muy caros diamantes, y algo inherente a la calidad del traje del arrestado, algo impensable al ver su abrigo y su sombrero, con los que trataba de pasar inadvertido, estremeció con un arrepentimiento al parecer ya inútil el corazón del incorruptible agente de policía. Ni las ropas ni la persona misma del detenido permitían identificarlo, por lo que fue acusado de robo, con la evidencia única del retrato miniado de la dama, bajo el nombre falso que dio, el de John K. Smith. La suponía una inspiración de la que se sentía muy orgulloso.

Mientras, la misteriosa desaparición de John Hardshaw daba pábulo a chismes y cotilleos de lo más variado entre el vecindario de Rincon Hill, San Francisco. Se llegó a decir en un diario local que aquello olía realmente mal... No se le ocurrió a la señora —a quien el periódico ya había señalado como posible viuda— ir a buscarlo a la prisión de Sacramento, pues no tenía la menor idea de que su marido debiera ir allí para nada.

Unas dos semanas antes del juicio contra John K. Smith, la señora Hardshaw, habiendo descubierto accidentalmente —por cierta confidencia— que su marido se hallaba detenido en Sacramento a la espera de juicio, y no con su nombre sino bajo otro totalmente falso, aunque rimbombante, y encima acusado de robo, se dirigió a toda prisa a dicha ciudad sin atreverse a decir palabra del asunto a ninguna de sus amistades, y se presentó en la prisión solicitando permiso para ver a su esposo, John K. Smith. Desencajada y enferma de ansiedad, vestida con una sencilla capa de viaje que le cubría desde el cuello a los pies, y que buen servicio de abrigo le dio por la

noche, durante la travesía en el vapor río arriba, no dejaba entrever quién era, pero su estado de ánimo clamaba a su favor con mucha más intensidad que todo lo que decidiera decir para demostrar su derecho a entrevistarse con John K. Smith. Al fin se le permitió que lo viera a solas.

Nunca trascendió lo que hablaron en tan triste encuentro. Los hechos, sin embargo, demostraron posteriormente que Hardshaw había hallado los medios para someter la voluntad de su esposa. Ella salió de la cárcel, aquel día, con el corazón roto, sin querer responder a las preguntas que le hicieron sus allegados. Regresó a su hogar, a su desolado hogar, simulando que retomaba la búsqueda de su esposo desaparecido. Y una semana más tarde desapareció ella misma, habiendo dicho a alguien, nada más, que volvía «a su tierra natal». Eso fue todo.

Durante el juicio, John K. Smith se declaró culpable, siguiendo el consejo de un abogado llamado urgentemente para asistirle, y según dijo el propio letrado... El juez, sin embargo, en cuya mente varias circunstancias poco comunes habían creado una duda razonable, insistió en que el fiscal llamase a declarar al agente número 13, y la declaración de la señora Barwell, que se hallaba enferma por aquellos días, según certificó oportunamente, fue leída al jurado por parte de un oficial de la corte. Era una declaración muy breve: sólo sabía que el retrato miniado era suyo, y que creía recordar haberlo dejado en la mesa de la sala de su mansión antes de retirarse a descansar a sus aposentos en la noche de autos. Era su intención, seguía diciendo, la de obsequiar con dicho retrato a su esposo, quien por aquellos días se encontraba en Europa, en viaje de negocios como representante de una compañía de minas.

La actitud de la testigo en el momento de hacer aquella declaración en su residencia fue descrita más tarde por el ayudante del fiscal como «un tanto extraña, fuera de lo común». Por dos veces se había negado a testimoniar, y cuando al fin lo hizo y sólo quedaba su firma, arrancó el papel de las manos del escribiente del ayudante del fiscal y lo hizo pedazos... Llamó entonces a sus hijos, que acudieron de inmediato, se abrazó a ellos llorando desconsoladamente, y luego, de repente, les pidió que se fueran de allí, ratificó su declaración bajo juramento, la firmó y sufrió un desmayo... Llamaron a su médico, que acudió presto. El médico, un hombre tan sabio, y no sólo en asuntos de su profesión, como para darse cuenta al instante de lo que ocurría, tomó por el brazo al ayudante del fiscal, lo llevó a un aparte, y cambiando de opinión, sin decirle una palabra, lo condujo después a la puerta de la calle, llevándoselo de una solapa, y lo echó de la casa. Hizo lo mismo con el escribiente, pero dándole además un puntapié... La majestad de la ley no recibió ninguna reparación por semejante insulto; la víctima de tal indignidad ni siquiera mencionó el caso ante el jurado. Ambicionaba el fiscal triunfar como fuese ante el tribunal, y las circunstancias bajo las cuales había tomado declaración a la dama no eran las más propias como para que aumentase su credibilidad. Al fin y al cabo, el acusado había cometido una ofensa contra la majestad de la ley, menor, en cualquier caso, que la del iracundo médico.

De acuerdo con lo sugerido por el juez, el jurado declaró culpable al acusado; no podía hacer otra cosa, a pesar de sus dudas razonables, a la vista de las pruebas y de la declaración de la dama, por lo que John K. Smith fue condenado a tres años de cárcel en la penitenciaría. Su abogado, que no presentó alegaciones ni pidió una sentencia menor —la verdad es que apenas abrió la boca durante el juicio—, estrechó la mano de su cliente y se fue tan tranquilo de la sala. Para todos los que asistieron al juicio resultó claro que no tenía el menor interés en ejercer la defensa.

John Hardshaw cumplió íntegramente su condena en San Quintín, y cuando salió libre su esposa acudió a recogerlo ante el portón de la cárcel. Había regresado de su tierra natal sólo para eso. Se cree que viajaron de inmediato hacia Europa, pues desde París se extendió un poder general a un abogado que aún se cuenta entre los vivos, hombre del que, por lo demás, he recibido unos cuantos datos para desbrozar esta historia tan simple como apasionante.

Este abogado vendió, en muy poco tiempo, todo cuanto tenían los Hardshaw, todas sus posesiones de California, y durante varios años nada se supo de la infortunada pareja, aunque mucha gente a cuyos oídos habían llegado vagas, y por lo tanto inexactas especulaciones a propósito del caso, habiéndoles conocido tiempo atrás los recordaban con cariño y comentaban con cierta conmiseración su infortunio.

Volvieron años más tarde, en ruina completa; él, para colmo, tenía quebrantada la salud. Nunca he sabido con certeza el porqué de su regreso. Durante algún tiempo vivieron, bajo el apellido Johnson, en un barrio respetable, aunque un tanto alejado, al sur de Market Street; nunca se los veía lejos del vecindario.

Aún debían de tener algo de dinero por aquel entonces, porque nadie podía dar fe de que el marido trabajase, aunque también era probable, decían, que no lo hiciera debido a su mala salud. La devoción de la esposa hacia él era cosa que comentaban con admiración sus vecinos; jamás lo dejaba solo, siempre se la veía en actitud cariñosa, diciéndole las palabras más amables y confortadoras. Solían sentarse durante horas en uno de los bancos de una pequeña plazoleta, ella leyendo un libro y él mirando a lo lejos, con la mano libre de ella entre las suyas. A veces rizaba de leves arrugas ella su pálida frente y levantaba sus ojos aún hermosos del libro para mirar al marido, o lo cerraba con una sonrisa para hablar con él... ¿Pero de qué hablaban? Nunca lo pudo decir nadie.

El paciente lector que haya llegado hasta este punto puede encontrar algún placer, quizá, haciendo conjeturas... Quizá hubiese algún tema de conversación que no quisieran abordar. La expresión del hombre, a veces, era de un profundo desconsuelo; la poco comprensiva juventud del vecindario, con ese agudo sentido que detecta los rasgos más visibles, común a los más jóvenes de nuestra especie, sobre todo a los machos, le puso el mote de *El Agonías Enamorado*.

Sucedió un día, empero, que el espíritu de la inquietud tomó de nuevo posesión de John Hardshaw. Sólo Dios sabe qué lo llevó a deambular; cruzó Market Street hacia el norte, a través de las bajas colinas, y descendió sus laderas hacia la región de

North Beach. Doblando sin rumbo hacia la izquierda, como si sólo siguiera a sus pies, llegó después a una calle desconocida, por la que continuó caminando hasta darse de frente con lo que por aquel entonces era un brillante edificio de tres plantas, que hoy es una sucia fábrica. Al levantar los ojos vio casualmente una ventana abierta en la última planta, que seguramente habría sido mejor para él no ver: allí estaba la señora Barwell. Sus miradas se encontraron. Dando un chillido, como un pájaro sorprendido, la dama casi se cae por la ventana, sacando más de medio cuerpo por ella. Algunas personas que pasaban en ese momento por la calle no pudieron evitar mirar hacia arriba. Hardshaw estaba de pie, inmóvil, con los ojos encendidos.

—¡Cuidado! —gritó alguien.

La mujer se asomaba más y más. En realidad, se inclinaba más y más, como vencida, sin controlar sus fuerzas, desafiando la silenciosa e implacable ley de la gravedad, casi como una vez había desafiado aquella otra ley que Dios promulgó, tronante, en el Sinaí.

Lo convulso de sus movimientos había hecho caer sobre sus hombros un torrente de cabellos oscuros, que el viento mecía sobre sus mejillas ocultándole las facciones. Un momento más, y luego... Un alarido terrible resonó en la calle cuando perdió definitivamente el equilibrio y cayó de cabeza, en un confuso remolino de brazos, piernas, enaguas, vestido, cabellos... Y su blanco rostro que se estrelló contra el pavimento haciendo un ruido horrible. Un impacto que se dejó sentir a lo largo de toda la calle.

Iodos los ojos, al unísono, rehusaron ver aquello, en un primer instante. Pero atraídos de nuevo por aquel horror, lo contemplaron extrañamente acrecentado. Un hombre estaba sentado en el suelo y apretaba contra su cuerpo el de la mujer, besando sus laceradas mejillas y su boca a través de las crenchas ensangrentadas de sus cabellos, empapándose de sangre él mismo.

Aquí concluye, prácticamente, mi labor como reportero. Los Barwell habían regresado esa misma mañana, después de una ausencia de dos años en Perú. Una semana más tarde, el viudo, ahora doblemente desolado, por cuanto le resultaba imposible no percatarse del horrible significado del cariño que Hardshaw demostró a su mujer ya muerta, partió a no sé cuál de los puertos más distantes del mundo. Nunca regresó. Hardshaw —ya no Johnson— pasó un año en el manicomio de Stockton, donde pudo seguir cuidándolo su esposa, que recibió a tales efectos, y mediando unos cuantos amigos para ello, el oportuno permiso. Cuando recibió el alta Hardshaw, no curado, aunque sí del todo inofensivo, volvieron a la ciudad, como presos los dos de una extraña fascinación por ella. Durante un tiempo vivieron cerca de la Misión Dolores, sumidos en una pobreza poco menos abyecta que la que padecen ahora. Pero estaban aún muy lejos del punto que es el caro objeto de la diaria peregrinación del hombre. Ni para tomar un ómnibus tenían dinero. De modo que aquel pobre diablo, o ángel del cielo, la esposa de este condenado lunático, consiguió a un precio razonable la choza de rostro indiferente en la parte inferior de Goat

Hill^[3]. De allí a la casa que fuera residencia y hoy es fábrica no hay mucha distancia. En realidad hay un paseo no muy desagradable, una leve caminata; al menos eso parece por la mirada ansiosa y alegre del hombre que recorre tal distancia a diario. El regreso, sin embargo, se le hace un poco más pesado.

EL MAESTRO DE MOXON

—¿Hablas en serio? ¿Realmente crees que una máquina piensa?

No obtuve una respuesta inmediata. Moxon parecía estar absorto en las ascuas de la chimenea, dándoles golpes hábiles con el atizador aquí y allá hasta que manifestaron con un fuerte resplandor haber recibido su atención. Llevaba semanas observando en él cierta tendencia a la tardanza a la hora de responder incluso a las preguntas más triviales. Sin embargo, su aspecto parecía más de preocupación que de reflexión: se podría haber dicho que «estaba dándole vueltas a algo».

En ese momento dijo:

—¿Qué es una «máquina»? La palabra ha sido definida de diversas maneras. La definición de un conocido diccionario dice: «Instrumento u organización por medio del cual se aplica y se hace efectiva la acción de una fuerza o se produce un efecto determinado». Bien, entonces ¿no es el hombre una máquina? Y admitirás que piensa, o cree que piensa.

—Si lo que deseas es no contestar a mi pregunta —dije en un tono bastante malhumorado—, ¿por qué no lo reconoces? Todo lo que estás diciendo no son más que evasivas. Sabes de sobra que cuando digo «máquina» no me refiero al hombre, sino a algo que el hombre ha creado y controla.

—Cuando no es ella la que le controla —repuso poniéndose en pie repentinamente y asomándose a una ventana desde la que no se veía nada en la oscuridad de aquella noche tempestuosa. Al cabo de un rato se volvió y dijo con una sonrisa—: Lo lamento. No tenía intención de mostrarme evasivo. Consideré que el diccionario, testimonio inconsciente del hombre, era sugerente y tenía algún valor en la discusión. Pero puedo dar a tu pregunta una respuesta directa de un modo bastante sencillo: creo que una máquina piensa en el trabajo que realiza.

Ciertamente, aquello fue bastante directo. No era agradable en absoluto, porque venía a confirmar la triste sospecha de que la dedicación de Moxon al estudio y su trabajo en el taller no habían sido buenos para él. En primer lugar, sabía que sufría de insomnio, que no es desgracia pequeña. ¿Habría eso afectado a su mente? La respuesta a mi pregunta me pareció una prueba de que así había sido. Tal vez ahora lo considerara de otro modo. Pero entonces yo era más joven, y entre los favores no negados a la juventud está la ignorancia. Movido por ese gran estímulo a la controversia, dije:

—Y, por favor, dime, ¿con qué piensa, si no tiene cerebro?

La contestación, que se produjo con menos retraso de lo acostumbrado, tomó la forma, preferida para él, de una nueva pregunta:

—¿Con qué piensa una planta, si no tiene cerebro?

—¡Así que las plantas también pertenecen a la clase filosófica! Me encantaría conocer algunas de sus conclusiones; puede que omitas las premisas.

—Tal vez —contestó, sin sentirse al parecer muy afectado por mi ironía simplona —; se pueden inferir sus convicciones a partir de sus actos. Te ahorraré los conocidos ejemplos de la sensible mimosa, de varias flores insectívoras y de aquellas cuyos estambres se inclinan y sacuden el polen sobre la abeja que las penetra para que pueda fertilizar a sus lejanos cónyuges. Pero presta atención a esto. En un espacio abierto de mi jardín planté una parra. Cuando apenas había salido a la superficie, clavé una estaca en el suelo a una distancia de una yarda. Enseguida la parra se dirigió hacia ella, pero unos días después, cuando ya estaba a punto de alcanzarla, retiré la estaca unos cuantos pies. La parra varió rápidamente de rumbo, formando un ángulo pronunciado, y se encaminó de nuevo hacia la estaca. Repetí la maniobra varias veces pero, al final, como si estuviera desanimada, la parra abandonó la persecución, e ignorando mis posteriores intentos por desviarla de su camino, se dirigió hacia un pequeño árbol alejado, al que trepó.

»Las raíces de los eucaliptos se extienden de un modo increíble en busca de humedad. Un famoso horticultor relata que una de ellas se metió por un viejo desagüe y lo siguió hasta un lugar en el que se interrumpía porque una sección del tubo había sido retirada para dejar espacio a un muro de piedra construido en su recorrido. La raíz abandonó entonces la cañería y recorrió el muro hasta encontrar una abertura producida por una piedra que se había desprendido. La atravesó y, después de serpentear por el otro lado de la pared, se dirigió de nuevo hacia la tubería, se introdujo por la parte inexplorada y prosiguió su trayecto.

—¿Y todo eso, qué?

—¿Cómo puedes pasar por alto su significado? Demuestra la consciencia de las plantas. Sin duda es una prueba de que piensan.

—Y aunque así sea, ¿qué? Estábamos hablando de las máquinas, no de las plantas. Puede que estén hechas en parte de madera, madera a la que ya no le queda vitalidad, o completamente de metal. ¿Es que el pensamiento es también un atributo del reino mineral?

—¿De qué otra manera si no explicas fenómenos, por ejemplo, como el de la cristalización?

—Yo no los explico.

—Porque no puedes hacerlo sin afirmar lo que pretendes negar, a saber, la cooperación inteligente entre los elementos constitutivos de los cristales. Cuando los soldados forman filas, o cuadrados, lo llamas razón. Cuando los gansos salvajes vuelan en forma de V, dices que es instinto. Pero cuando los átomos homogéneos de un mineral, al moverse con libertad en una solución, se disponen en estructuras matemáticamente perfectas, o las partículas de humedad congelada se organizan en copos de nieve de bellas y simétricas formas, no sabes qué decir. Ni siquiera has inventado un término para ocultar tu heroica insensatez.

Moxon hablaba con una animación y seriedad inusuales. Cuando se detuvo, escuché un extraño ruido sordo, procedente de una habitación contigua conocida

como el «taller» en la que a nadie más que a él le estaba permitido entrar, que recordaba el sonido de un manotazo sobre una mesa. Moxon, visiblemente agitado, también lo oyó, se puso en pie y, acto seguido, entró en la habitación de la que procedía. Me pareció raro que hubiera alguien allí dentro, por lo que el interés que tenía en mi amigo y, sin duda, una cierta curiosidad injustificable, me impulsaron a escuchar atentamente, aunque, me alegra decirlo, no a través de la cerradura. Se produjeron unos ruidos confusos, como de lucha o de pelea. El suelo tembló. Distinguí claramente el sonido de una respiración penosa y una voz ronca que exclamó: «¡Maldita sea!». Después todo quedó en silencio. Moxon reapareció y, con una sonrisa bastante triste, dijo:

—Perdona por haberte abandonado de un modo tan brusco. Tengo una máquina ahí dentro que perdió la paciencia y se enfadó.

Con la vista fija en su mejilla izquierda, que estaba atravesada por cuatro arañazos paralelos de los que brotaba sangre, pregunté:

—¿Y qué tal si se cortara las uñas?

Podría haberme ahorrado el chiste, pues, sin prestarle la menor atención, se sentó de nuevo en la silla que había abandonado y reanudó su interrumpido monólogo como si nada hubiera ocurrido.

Seguramente no estás de acuerdo con aquellos (a un hombre tan aficionado a la lectura como tú no hace falta que le diga sus nombres) que han revelado que toda materia es sensible, que cada átomo es un set vivo, consciente y sensible. Yo sí. No existe la materia muerta, inerte: toda está viva. Toda imbuida de energía, real o potencial; toda sensible a las mismas fuerzas de su entorno y propensa al contagio de otras más elevadas y sutiles que residen en organismos superiores con los que puede establecer relaciones, como el del hombre cuando la transforma en un instrumento de su voluntad. La materia absorbe parte de su inteligencia y resolución en proporción a la complejidad de la máquina resultante y a la de la tarea que realice.

»¿Recuerdas por casualidad la definición que dio Herbert Spencer de «Vida»? La leí hace treinta años. Puede que la haya alterado después, eso no importa, pero durante todo este tiempo he sido incapaz de encontrar en ella una sola palabra que pueda ser modificada, añadida o suprimida convenientemente. Para mí no es sólo la mejor definición, sino la única posible. «La vida —dice— es una combinación determinada de cambios heterogéneos, simultáneos y sucesivos, en correspondencia con secuencias y coexistencias externas».

—Eso define el fenómeno, pero no explica su causa.

—Eso —replicó— es todo lo que puede hacer una definición. Como indica Mili, no sabemos nada de la causa más que como antecedente, nada del efecto más que como consecuente. En determinados fenómenos, uno nunca ocurre sin el otro, lo que es dispar. Al primero en el tiempo lo llamamos causa; al segundo, efecto. Alguien que haya visto muchas veces a un conejo perseguido por un perro y no haya visto nunca a los conejos y a los perros en otras circunstancias, consideraría que el conejo es la

causa del perro.

»Pero me temo —añadió con una risa muy natural— que mi conejo me está alejando mucho de la pista de mi legítima presa. Me estoy entregando al placer de la persecución en sí misma. De lo que quiero que te des cuenta es de que en la definición que Herbert Spencer da de «vida» la actividad de la máquina está incluida. No hay nada en tal definición que no sea aplicable a ella. Según este observador tan ingenioso y este pensador tan profundo, si un hombre está vivo durante el periodo de su actividad, también lo está la máquina cuando funciona. Como inventor y constructor de máquinas considero que eso es cierto.

Moxon se quedó en silencio durante largo rato, con la mirada perdida en el fuego. Se estaba haciendo tarde y consideré que era hora de marcharme, pero no me gustaba la idea de abandonarle en aquella casa apartada, completamente solo, a no ser por la presencia de alguien de cuya naturaleza únicamente podía conjeturar que era poco amigable, tal vez maligna. Me incliné hacia él y, mirándole a los ojos con seriedad, hice un gesto con la mano hacia la puerta de su taller y pregunté:

—Moxon, ¿a quién tienes ahí dentro?

Para sorpresa mía, esbozó una ligera sonrisa y respondió sin vacilar:

—A nadie. El episodio en el que estás pensando fue causado por mi estupidez al dejar una máquina en funcionamiento sin nada sobre lo que funcionar, mientras yo acometía la interminable tarea de ilustrar tu entendimiento. ¿Acaso no sabes que la Consciencia es la criatura del Ritmo?

—¡Al diablo con las dos! —exclamé poniéndome en pie y cogiendo mi abrigo—. Te deseo buenas noches y espero que la máquina que dejaste en marcha inadvertidamente tenga los guantes puestos la próxima vez que creas necesario pararla.

Sin esperar a contemplar el efecto de mi observación, salí de la casa.

Estaba lloviendo y había una gran oscuridad. En el cielo, más allá de la colina hacia la que avanzaba a tientas por unas aceras inseguras, hechas con tablones en aquellas calles sin pavimentar y llenas de lodo, se percibía el débil resplandor de las luces de la ciudad, pero a mis espaldas no se veía más que una ventana de la casa de Moxon. Aquella luz parecía tener un significado misterioso y fatídico. Yo sabía que había una abertura sin cortinas en el «taller» de mi amigo y no dudaba de que habría reanudado los estudios que habían sido interrumpidos para cumplir sus obligaciones como instructor mío en la consciencia mecánica y la paternidad del Ritmo. Aunque sus convicciones entonces me parecían extrañas y, en cierto modo, divertidas, no podía evitar tener la sensación de que guardaban alguna relación trágica con su vida y su carácter, y tal vez también con su destino, y ya no consideraba que fueran divagaciones de una mente desordenada. Se pensara lo que se pensara de sus opiniones, su exposición resultaba demasiado lógica como para eso. Una y otra vez, sus últimas palabras me venían a la mente: «La Consciencia es la criatura del Ritmo». Aunque esta afirmación era escueta y concisa, la encontraba entonces infinitamente

atractiva. Cada vez que aparecía en mi cabeza, crecía su significado y su fascinación se ahondaba. Bueno, pensé, aquí hay algo sobre lo que establecer una filosofía. Si la consciencia es el producto del ritmo, todas las cosas *son* conscientes, porque todas se mueven, y todo movimiento es rítmico. Me pregunté si Moxon conocía el significado y amplitud de su pensamiento, la envergadura de esta generalización trascendental; ¿o habría llegado tal vez a su creencia filosófica por el camino tortuoso e incierto de la observación?

Aquella creencia era entonces nueva para mí, y toda la exposición de Moxon no había conseguido hacerme un converso; pero ahora era como si una gran luz, semejante a la que cayó sobre Pablo de Tarso, resplandeciera a mi alrededor. Allí fuera, entre la tormenta, la oscuridad y la soledad, experimenté lo que Lewes llama «la interminable diversidad y emoción del pensamiento filosófico». Me regocijaba en una nueva sensación de conocimiento, en un nuevo orgullo de la razón. Parecía que mis pies apenas rozaban el suelo; era como si unas alas invisibles me elevaran y me transportaran por el aire.

Cediendo al impulso de buscar nueva luz en aquel a quien ahora reconocía como mi maestro y guía, me había dado inconscientemente la vuelta y, antes de que me diera cuenta, me encontré de nuevo ante la casa de Moxon. Estaba empapado, pero no me sentía incómodo. Incapaz en mi entusiasmo de encontrar el timbre, probé instintivamente con el pomo. Giró y, una vez dentro, subí por las escaleras hasta la habitación que había abandonado hacía poco tiempo. Estaba a oscuras y en silencio; Moxon, como había supuesto, se encontraba en la habitación contigua, en el «taller». Fui tanteando por la pared hasta dar con la puerta de aquel cuarto, a la que llamé con decisión varias veces sin recibir respuesta; lo atribuí al estruendo exterior, pues se había levantado un vendaval y la lluvia se estrellaba con fuerza contra las delgadas paredes. El golpeteo sobre el entablado de la cubierta que protegía aquella habitación sin techo era estrepitoso e incesante.

Nunca había sido invitado a entrar en aquel taller; más bien se me había negado el acceso, como a todas las demás personas, con una sola excepción, la de un habilidoso metalista de quien sólo se sabía que se llamaba Haley y que su hábito era el silencio. Pero, debido a mi exaltación espiritual, olvidé toda discreción y cortesía y abrí la puerta. Lo que vi hizo que cualquier especulación filosófica desapareciera rápidamente.

Moxon estaba sentado delante de mí, en el extremo más alejado de una mesa pequeña sobre la que una sencilla vela proyectaba toda la luz que había en la habitación. Frente a él, y con la espalda hacia mí, se sentaba otra persona. Entre los dos, y sobre la mesa, había un tablero de ajedrez: estaban jugando. No sé mucho de ajedrez, pero como sólo había unas cuantas piezas sobre el tablero, era obvio que la partida estaba a punto de terminar. Moxon se mostraba sumamente interesado, aunque me pareció que su interés no se centraba tanto en la partida como en su antagonista, sobre el que mantenía una mirada tan fija que, a pesar de encontrarme en

medio de su campo de visión, sentí que pasaba completamente desapercibido. Tenía el rostro terriblemente pálido y sus ojos brillaban como diamantes. A su antagonista sólo lo veía de espaldas, pero era suficiente. No me habría gustado verle la cara.

No medía más de cinco pies y sus proporciones recordaban las de un gorila: una tremenda anchura de hombros, un cuello grueso y corto, y una cabeza grande y abultada, sobre la que crecía una maraña de pelo negro cubierta con un fez de color púrpura. Una túnica del mismo color, muy ceñida a la cadera, ocultaba el asiento, un cajón al parecer, sobre el que descansaba; no se le veían los pies ni las piernas. El antebrazo izquierdo se apoyaba sobre el regazo, y con la mano derecha, desproporcionadamente larga, movía las piezas.

Yo había retrocedido y ahora me encontraba junto a la puerta y en penumbra. Si Moxon hubiera mirado más allá de su oponente no podría haber visto nada, salvo que la puerta estaba abierta. Había algo que me impedía avanzar o retirarme, un sentimiento que, no sé cómo apareció, me hacía presentir una tragedia inminente y me sugería que si me quedaba podría ayudar a mi amigo. Con cierto sentimiento de rebelión consciente por lo indecoroso de mi actitud, me quedé allí.

La partida fue rápida. Moxon apenas miraba al tablero antes de hacer sus movimientos y, según mi ojo inexperto, daba la impresión de que escogía, con movimientos rápidos, nerviosos y faltos de precisión, las piezas que tenía más a mano. La respuesta de su contrincante, aunque igualmente inmediata al principio, era realizada con un movimiento pausado, uniforme, mecánico y, según mi impresión, algo teatral del brazo, lo que suponía una dura prueba para mi paciencia. Había algo misterioso en todo aquello, y de pronto sentí escalofríos. Estaba mojado y tenía frío.

Después de haber realizado dos o tres movimientos, el extraño inclinó ligeramente la cabeza y observé que tras cada uno de esos movimientos, Moxon cambiaba su rey de lugar. De repente descubrí que aquel hombre era mudo y, enseguida, que se trataba de una máquina: ¡un autómatas que jugaba al ajedrez! Entonces recordé que Moxon me había contado una vez que había inventado una máquina de jugar al ajedrez, aunque entonces yo no entendía que tal cosa fuera realmente posible. ¿No habría sido toda su charla sobre la consciencia y la inteligencia de las máquinas un prelude a una eventual exhibición de su artilugio, un truco para acrecentar el efecto de la acción mecánica de tal aparato sobre mí, que ignoraba su secreto?

Un buen final, éste, para todo mi éxtasis intelectual, mi «¡interminable diversidad y emoción del pensamiento filosófico!». Estaba a punto de marcharme avergonzado cuando ocurrió algo que provocó mi curiosidad. Observé que aquella cosa encogía sus grandes hombros como si estuviera enojada. Y su ademán fue tan natural, tan asombrosamente humano que, considerado desde mi nuevo punto de vista, me sobresaltó. Pero no fue eso todo, porque al momento dio un golpe sobre la mesa con el puño apretado. Después de ese gesto, Moxon parecía estar más asustado que yo: alarmado, echó su silla hacia atrás.

Entonces Moxon, a quien le tocaba jugar, levantó la mano por encima del tablero, se abalanzó sobre una de las piezas como un gavilán y con una exclamación de «¡jaque mate!» se puso en pie y se colocó detrás de la silla. El autómatas se quedó inmóvil.

El viento había amainado, aunque aún se escuchaba a intervalos reducidos y cada vez con más fuerza, el retumbar de los truenos. En el paréntesis que se producía entre ellos advertí un suave murmullo o zumbido que, como el del trueno, se hacía cada vez más fuerte y rotundo. Parecía provenir del cuerpo del autómatas y recordaba de un modo inconfundible al rechinar de engranajes. Me dio la impresión de que aquel mecanismo desordenado había escapado a la acción represiva y reguladora de algún control; un efecto semejante al que se podría esperar si un trinquete saltara de los dientes de una rueda. Pero antes de que tuviera tiempo para hacer conjeturas sobre la naturaleza de ese ruido, mi atención fue atraída por los extraños movimientos que hacía el autómatas. Parecía que unas convulsiones ligeras, pero continuadas, se habían apoderado de él. El cuerpo y la cabeza recordaban los de un hombre con parálisis o escalofríos de malaria, y ese movimiento fue aumentando progresivamente hasta que todo su cuerpo fue presa de una agitación violenta. De repente, se puso en pie de un salto y, con una rapidez casi imposible de seguir con la vista, se abalanzó sobre la mesa y la silla, con los brazos completamente extendidos, adoptando la postura de salida de un saltador de trampolín. Moxon se echó hacia atrás, intentando apartarse, pero fue demasiado tarde: las manos de aquella cosa horrible comenzaban a cerrarse sobre su garganta mientras Moxon intentaba liberarse agarrándolas de las muñecas. Entonces la mesa dio la vuelta, la vela fue a parar al suelo y se apagó, y la habitación quedó a oscuras. Pero el ruido de la lucha resultaba manifiesto, y lo más terrible de todo eran los sonidos roncós y estentóreos producidos por el esfuerzo de Moxon al intentar respirar. Dominado por aquella barahúnda infernal, me dispuse a ayudar a mi amigo, pero apenas había dado un paso en aquella oscuridad cuando toda la habitación se inundó de una luz cegadora que inflamó en mi cerebro, en mi corazón y mi memoria la imagen vivida de los combatientes en el suelo: Moxon, debajo, con la garganta todavía rodeada por aquellas manos férreas, tenía la cabeza echada hacia atrás, los ojos desorbitados y la boca completamente abierta con la lengua fuera. Y, ¡qué terrible contraste!, sobre el rostro pintado de su asesino había una expresión de concentración intensa y calmada, ¡como si estuviera resolviendo un problema de ajedrez! Esto fue lo que vi; después todo fue oscuridad y silencio.

Tres días más tarde recuperé la consciencia en un hospital. Mientras el recuerdo de aquella noche trágica retornaba lentamente a mi afligido cerebro, reconocí en mi acompañante a Haley, el metalista confidente de Moxon. En respuesta a una mirada mía, se acercó sonriendo.

—Cuénteme lo que ocurrió —conseguí decir, en un tono muy bajo— todo lo que ocurrió.

—Desde luego —dijo—. Le trajeron inconsciente desde una casa que estaba en

llamas, la de Moxon. Nadie sabe qué hacía usted allí. Puede que tenga que dar alguna pequeña explicación. El origen del fuego también es algo misterioso. Mi impresión es que cayó un rayo sobre la casa.

—¿Y Moxon?

—Lo enterraron ayer; bueno... lo que quedaba de él.

Al parecer, aquella persona reservada podía abrirse en ciertas ocasiones. Para comunicar una noticia espantosa a los enfermos era un tipo muy afable. Tras unos instantes del más intenso sufrimiento mental, me aventuré a hacerle otra pregunta.

—Y a mí, ¿quién me salvó?

—Bueno, si quiere saberlo... fui yo.

—Gracias, señor Haley, y que Dios le bendiga por ello. ¿Salvó usted también a aquel encantador objeto producto de su destreza, el jugador de ajedrez autómatas que asesinó a su inventor?

El hombre se quedó callado durante largo rato, con la vista apartada. Entonces se volvió hacia mí y en tono grave dijo:

—¿Está usted seguro?

—Sí —contesté—, le vi hacerlo.

Esto ocurrió hace muchos años. Si me preguntaran hoy, respondería con menos seguridad.

UNA LUCHA TENAZ

Una noche de otoño de 1861 había un hombre sentado a solas en el corazón de un bosque, al oeste de Virginia. La región es una de las más salvajes e inexploradas del continente, por sus montañas. No había apenas pobladores en aquella zona, pero a una milla de donde se encontraba aquel hombre acampaba una brigada federal. Por allí, lo que quiere decir muy cerca, había también una fuerza enemiga, sin que se supiese de cuántos hombres constaba.

Era a fin de saber precisamente eso por lo que aquel hombre solitario andaba por el bosque, ya que se trataba de un joven oficial de la Infantería federal del norte que tenía como misión velar para que nada interrumpiese el sueño de sus compañeros acampados. Estaba al mando, pues, de un grupo de hombres en avanzadilla, dispuestos allá por donde pudieran percatarse de cualquier movimiento del enemigo.

Los hombres de ese comando hacían su guardia en una línea dudosa, definida por los accidentes del terreno. Había entre ellos varios cientos de yardas de distancia, de manera que pudieran cubrir una zona suficientemente amplia. Eran en total unos quince o veinte hombres, que tenían como misión mirarlo todo con los ojos muy abiertos y guardar un silencio completo. Cuatro horas después, si no había novedad reseñable, serían relevados por hombres de refresco que ahora descansaban, custodiados a su vez por su capitán.

El joven oficial al que aludimos, después de asignar a cada uno de sus hombres un puesto de guardia y de dar órdenes precisas a sus dos sargentos, se dirigió a ese claro del bosque donde nos lo hemos encontrado. Era, en cualquier caso, terreno peligroso, al alcance del fuego enemigo. Habría que preguntarle, pues, por qué se detuvo y se sentó tranquilamente allí, o si acaso era necesaria su presencia en ese lugar, pues podía haber aguardado el relevo en la zona convenida, mucho más a cubierto.

En cualquier caso, el claro en pleno corazón del bosque parecía un lugar tranquilo. A ambos lados se extendía una larga fila de árboles, en cuyo extremo estaban apostados los sargentos. Era una posición estratégica, desde la que podrían dar aviso rápidamente en caso de que avanzase por allí una fuerza enemiga. El joven oficial, ordenándoles montar guardia donde lo había hecho, demostraba ser un buen estratega. Seguro que si Napoleón llega a actuar con tanta calma y previsión en Waterloo, habría ganado una batalla memorable de la que jactarse el resto de su vida.

El teniente Brainerd Byring era un oficial valiente y eficaz, además de joven y poco experimentado en ese negocio habitual de conducir a los soldados a una muerte segura. Se había enrolado como soldado raso en los primeros días de la guerra, sin hallarse en posesión del menor conocimiento sobre los asuntos militares, pero sus muchas virtudes, entre ellas su educación y sus excelentes maneras, lo llevaron pronto al ascenso a sargento, y además tuvo la suerte de que una bala de los

confederados le quitara de en medio a su capitán. Eso le sirvió para seguir ascendiendo. Eso, y el valor demostrado en batallas tan duras como las de Philippi, Rich Mountain, Carrick's Ford y Greenbrier^[4], de las que salió siempre bien librado, no obstante haber combatido con tanta furia como elegancia y acatamiento de las órdenes recibidas de sus superiores. La verdad es que le gustaba entrar en combate, le gustaba la excitación de la batalla. Pero la proximidad de la muerte, esas señas inequívocas que te hace la muerte en el campo de batalla, tantos rostros desencajados, tantos ojos fuera de sus cuencas, tantos cuerpos destrozados, lo alteraban de manera casi insoportable. Sentía hacia todo eso una antipatía que iba mucho más allá de la repugnancia espiritual o de la repugnancia física que es común a todos los que entramos en combate.

Sin la menor duda, esos sentimientos se debían a que el joven oficial era un hombre de acusada sensibilidad, de un gran sentido de lo bello, de un idealismo que estaba por encima de cualquier cosa. Sea la que fuere la causa, en fin, era incapaz de contemplar un cuerpo destrozado en combate sin piedad y con resentimiento. Esa atribución de dignidad que otros hacían a la muerte no era de recibo para él. Era impensable en un hombre como él. La muerte debía ser odiada. No era pintoresca, no tenía un aspecto ni solemne ni tierno, sino asqueroso, repugnante en cualquiera de sus manifestaciones, y especialmente en la guerrera. El teniente Byring era un hombre valiente, todos podían dar fe de ello; pero nadie sabía de su horror ante aquello para lo que mostraba un arrojo temerario, para aquello hacia lo que estaba siempre dispuesto, justo lo que más odiaba.

Habiendo ya apostado a sus hombres, habiendo ya dado órdenes concisas y muy concretas a sus sargentos, y cuando iba de vuelta al campamento, decidió sin embargo tomar asiento sobre un árbol caído en aquel claro del bosque, en lo más hondo del bosque, aunque sin ceder en su vigilia, con todos sus sentidos alerta. Para estar más cómodo, sin embargo, se desabrochó el cinturón del sable y dejó el pesado revólver a un lado. Se sentía muy bien; incluso mejor que antes, para así estar más atento a cualquier ruido que supusiera una amenaza, unos pasos, un disparo, la carrera de uno de sus sargentos para dar cuenta del peligro que se cernía sobre el campamento. Del vasto e invisible océano que la luz de la luna agitaba sobre su cabeza, aquí y allá, caían luminosos rayos que encendían de luz blanca las matas de laurel que le rodeaban. Pero lo cierto es que aquello no hacía sino acentuar la oscuridad imperante... Y sus presentimientos de las desgracias que podrían sobrevenir a la gente de cuya buenaventura era responsable. Las sombras de la noche no siempre son grotescas. También pueden ser amenazantes.

Para alguien como el joven oficial, a quien no era extraña la portentosa conspiración de la noche, la soledad y el silencio en el corazón del bosque, no es preciso referir cuánto y cómo cambian en medio de la oscuridad cosas con las que estamos familiarizados. Los árboles se muestran por completo diferentes, adquieren una condición de masa que los hace más temibles. Y el silencio en sí mismo tiene una

cualidad única que lo diferencia extraordinariamente del silencio diurno. Y todo se llena de susurros y de suspiros que son los fantasmas de un sonido largamente muerto. Pero también hay sonidos vivientes, únicos, extraños; sonidos que jamás se escuchan bajo otras condiciones que no sean las de la noche. Vienen a ser el canto de raras aves nocturnas, el grito de animales pequeños que hubieran despertado en mitad de una pesadilla. Y el rumor de las hojas muertas y pisadas por una rata... o por una pantera. ¿Qué es lo que causa todo eso, tanta alarma en un ambiente que parece en paz? ¿Qué es lo que hace que todo parezca lleno de pájaros de mal agüero? Hay ruidos que no tienen un nombre, formas sin sustancia, traslaciones de objetos en el espacio a los que es imposible observar en su tránsito, movimientos que no se detectan... ¡Ah, criaturas que todo lo comprendéis bajo la luz del sol, qué poco sabéis, sin embargo, del mundo en el que vivís!

Aun hallándose a muy poca distancia de gentes fieles y bien armadas, Byring se sentía en absoluta soledad. Se dejaba llevar por el solemne y misterioso espíritu del momento y del lugar en el que estaba; había llegado incluso, al cabo de un rato, a olvidarse de la naturaleza real de sus relaciones con lo audible y con lo visible, con los aspectos y fases propios de la noche. El bosque parecía vacío; no había ni hombres ni habitáculos posibles para éstos. El universo entero no era otra cosa que oscuridad misteriosa y primigenia, sin forma ni voz, la soledad en sí misma, la soledad negándose a revelar su eterno secreto.

Absorto en pensamientos nacidos en ese légamo viscoso, el joven oficial iba quedándose dormido lentamente mientras la leve y blanquecina luz de la luna seguía auspiciando cambios de forma en las cosas, en los árboles, en los matojos... Ya estaba a punto de vencerlo el sueño por completo cuando su ojos, sin embargo, detectaron algo que hasta entonces no habían visto. Algo que le hizo ponerse en pie rápidamente, espantándose el sueño. Podía jurar que no había visto aquello hasta entonces, ni cuando más fuerte era su vigilia. Era algo parcialmente cubierto por las sombras y parcialmente descubierto por la blanquecina luz de la luna. Y pudo ver al cabo que se trataba de una figura humana. Instintivamente se ajustó el cinturón del sable y echó mano a su revólver. De nuevo estaba dispuesto para el combate, para responder a lo que fuese aquello con el lenguaje de la guerra.

La figura permanecía inmóvil. Lentamente, con el revólver bien empuñado, se aproximó el oficial. Aquello estaba tirado en el suelo sobre su espalda, cubierta por las sombras su parte superior. Se acercó aún más el joven oficial, guardando siempre las precauciones necesarias, y al fin descubrió que se trataba de un cadáver. Giró alrededor del cuerpo con un sentimiento de incomodidad, como si enfermara súbitamente al considerar definitivamente ido su estado de paz anterior. Olvidó entonces la prudencia militar y prendió un cigarro en mitad de la noche. La llama leve de la cerilla, al hacerlo, le ofreció una visión diferente, un sentimiento de revelación: ya no vio lo que había sido poco antes la causa de su incomodidad y aversión. No obstante, siguió mirando al lugar en donde había visto el cadáver. Y

obtuvo el éxito apetecido. Volvió a verlo no mucho después, aunque con una apariencia completamente distinta y algo más allá, como si se hubiese desplazado.

—¡Maldito sea! —murmuró—. ¿Qué demonios pasa?

Sólo necesitaba mantener su presencia de ánimo.

Byring giró sobre sus talones para reconocer lo que más próximo tenía; necesitaba cerciorarse de que al menos todo lo demás seguía como antes y donde antes. Una vez hubo hecho acopio de fuerzas tras ese reconocimiento volvió a mirar al cadáver. Pero experimentó un anonadamiento aún mayor ante aquella presencia inmóvil, ante aquella compañía silenciosa. Era consciente de que sentía, sin embargo, algo muy distinto a lo que siempre había experimentado ante un cuerpo sin vida. No era precisamente miedo, ni tristeza, ni repugnancia... Era una extraña sensación, un sentimiento de comprensión de lo sobrenatural, algo en lo que jamás había creído.

«Bueno, se trata de un sentimiento heredado —se dijo—; supongo que la humanidad necesitará mil años, acaso diez mil años, para despojarse de una vez por todas de este tipo de sensaciones... ¿Dónde y cuándo se originaron? Seguramente, en lo que llamamos la noche de los tiempos, en el nacimiento de la raza humana, en Asia Central... Y con el tiempo, esa superstición, esa herencia recibida de nuestros antepasados bárbaros devino en una especie de razonable convicción... No hay duda de que ellos, nuestros ancestros, necesitaban creer para justificar hechos concretos que no comprendían, pero nosotros no deberíamos acudir a tan débil razonamiento como lo es suponer algo maligno, alguna intención perversa en un cadáver, en un cuerpo sin vida... Un cuerpo sin vida queda completamente despojado de cualquier forma de poder. Pero ya sabemos cuánto han hecho desde antiguo los sacerdotes para extender su doctrina y convicciones acerca del alma. Y para demostrarnos que las almas también pueden ser profundamente inmorales y perversas. Cuando los arios comenzaron su expansión por Europa, a través del Cáucaso, se dieron las circunstancias precisas para que surgieran nuevas formas de la creencia, nuevas expresiones del sentimiento religioso. Las antiguas creencias acerca de la maldad de los cadáveres se transformaron así en fuente de nuevas tradiciones, dejándonos una herencia terrorífica que se transmite de generación en generación. Eso ha pasado a formar parte de nosotros mismos, como la sangre y los huesos».

A medida que seguía la formulación de sus pensamientos, el joven Byring parecía olvidar qué los había originado. Pero en cuanto fue consciente de su olvido volvió a mirar al cadáver. La sombra que antes lo cubría parcialmente había desaparecido. Le veía ahora la barbilla apuntando al aire, el perfil afilado, la palidez del rostro acentuada por la luz de la luna. Vestía uniforme gris, el de los soldados de la Confederación. Desabotonada la guerrera, mostraba el cuerpo la camisa blanca. El pecho parecía extrañamente hinchado, pero el abdomen estaba hundido. Eso hacía que las costillas se le marcasen aun con la camisa puesta. Tenía los brazos abiertos y la rodilla izquierda quebrada. La posición del cuerpo impresionó a Byring, que no podía sino experimentar una sensación horrible a medida que lo examinaba

detenidamente.

—¡Bah! —exclamó al fin—. Seguro que era un actor... Sabía bien cómo morirse...

Apartó entonces la mirada y se dirigió de nuevo al tronco del árbol en el que antes se había sentado, tratando de reírse de sus impresiones primeras una vez supo que aquello que le había espantado el sueño era un muerto. No volvió a sentarse, sin embargo, sino que siguió caminando, entregándose de nuevo a sus pensamientos.

«Parece ser que nuestros ancestros de Asia Central —se decía el joven oficial— no tenían la costumbre del enterramiento. Es fácil comprender, pues, su horror ante los muertos, que al no ser enterrados se convertían en una auténtica amenaza, en algo perfectamente diabólico. Los muertos expandían la peste. Cuando la peste se cebaba en una población había que evacuar a los niños, que así experimentaban una repulsión no sólo física ante los cadáveres, pues eran éstos los culpables de que se vieran obligados a dejar el lugar donde vivían... Pero creo que haría mejor ocupándome de otras cosas y dejando a un lado estas reflexiones».

Se dispuso a hacerlo. Pensó en sus sargentos y recordó que un poco más allá del claro en donde se había sentado, en una zona más cubierta, lo relevaría de su guardia otro oficial cuando llegase el momento. Pero aún no se dirigiría a ese punto. Si lo hacía, se dijo, tendría la sensación de irse por el miedo que le inspiraba el cadáver, como si fuera él mismo uno de aquellos ancestros a los que había evocado. Es más, no tendría inconveniente en que el oficial al mando de los hombres de refresco le hiciera el relevo de la guardia allí mismo, cerca de donde estaba el cuerpo sin vida del soldado de la Confederación. Nadie podría decir que se había asustado al descubrir un cadáver en mitad de la noche. No era un cobarde y bajo ningún concepto consentiría que alguien pudiera pensarlo. Detestaba el ridículo. Así que volvió a sentarse en el mismo tronco, aún faltaba tiempo para el relevo de la guardia. Tenía que probarse, una vez más, su valor.

Se levantó entonces para dirigirse al cadáver. A medida que se acercaba lo miraba con bastante desprecio. El brazo derecho del cuerpo estaba oculto ahora por las sombras, pero se le veía bien la mano, junto a las raíces de un laurel. No parecía haberse producido cambio alguno en su posición, más allá de lo que pudiera sugerir el capricho de las sombras. Eso hizo que el oficial se sintiese más seguro de sí mismo, aunque no quería preguntarse el porqué de esa sensación. Tampoco quería preguntarse por qué no era capaz ahora de quitar sus ojos del muerto, atraído por una fascinación irresistible. Pero no podía hacer lo que hacen las mujeres: la necedad —o la sabiduría— de taparse la cara y mirar entre los dedos.

Byring sintió de repente un agudo dolor en su mano derecha. Apartó entonces los ojos del muerto para mirarse la mano y comprobó que la hebilla del cinturón del sable le había hecho una pequeña herida. Se descubrió entonces en una actitud extraña, como un gladiador dispuesto a rebanar el pescuezo a un contrario. Respiraba agitadamente y le rechinaban los dientes. Se recuperó pronto, sin embargo; sus

músculos se relajaron y volvió a respirar con calma; incluso lamentó el incidente, más allá del dolor causado por la herida de la mano derecha. Incluso rió. ¡Por todos los cielos! ¿Qué sonido era ése, el de su risa, ante la presencia de un cadáver? ¿Cómo podía mostrarse tan diabólicamente sarcástico ante aquella evidencia incontestable de la podredumbre humana? ¿A qué venía olvidar el respeto debido a los muertos?

Se miró de arriba abajo, como si le fuese imposible reconocer su propia risa.

No pudo ocultarse por mucho tiempo la verdad, el hecho tan horrible como incontestable de su cobardía. ¡Estaba muerto de miedo! Quiso irse de allí, pero no le respondieron las piernas; apenas pudo hacer otra cosa que llegar trabajosamente hasta el tronco del árbol caído para tomar asiento de nuevo. Temblaba de la cabeza a los pies. Tenía el rostro empapado en sudor, su cuerpo entero transpiraba brutalmente. No habría podido gritar, aunque quisiera. Sentía a sus espaldas algo semejante al acecho de un animal salvaje, ante el que nada podía hacer. ¿Había cobrado ánimo todo lo que le rodeaba, el alma de la propia muerte? ¿Sentía el acecho de un alma o de un animal? ¡Ah, si hubiera podido explicarse aquellas sensaciones! Pero sólo podía decirse que nada veía, realmente, salvo el rostro afilado y pálido de aquel soldado muerto.

Repitamos, porque es de justicia hacerlo, que el teniente Byring no era un cobarde, sino un militar valiente y un hombre de probada inteligencia. Y por el mismo afán de justicia, preguntémonos qué haríamos en su lugar. Imaginémosnos en la soledad del bosque, en mitad de una noche oscura levemente iluminada por la luna; imaginémosnos rodeados de silencio y sombras, o de susurros irreconocibles, que no se parecen al rumor que reconocemos en la foresta. Imaginémosnos, además, ante la presencia de la muerte, ante la evidencia de un cadáver. ¿Quién, en esas circunstancias, no escucharía el latido atávico de sus ancestros, quién no escucharía los cantos funerarios más antiguos, quién no experimentaría un terror próximo a la cobardía y sentiría vencida su sangre, y su fuerza, y derrotados sus aceros? Lo extraño, lo desconocido, no se vence con el valor personal, por grande que sea.

El cadáver se había movido. Eso era lo único de lo que estaba seguro el joven oficial. Ahora estaba a merced de la luna, era perfectamente visible en su totalidad. Pero los brazos no se le veían. Había movido los brazos, resultaba evidente. Un insólito aire frío azotó la cara del teniente. Las ramas de los árboles que le rodeaban parecieron musitar una oración fúnebre o exhalar lamentos y sollozos. Una especie de luz amarillenta cruzó lentamente sobre el cadáver para dejarlo de nuevo en sombras al instante. Y en este tránsito observó Byring cómo se movía horriblemente el cuerpo sin vida. Justo en ese instante se dejó sentir un disparo desde la línea de combate. Un único disparo, muy lejano, sin embargo; tanto que parecía imposible que un oído mortal como el suyo lo hubiese percibido. Pero sirvió para que se rompiese el brutal encantamiento en que se hallaba sumido el joven oficial. Como si se tratase de una revelación común a las que experimentaron sus ancestros de Asia Central, una revelación del peligro que llegaba desde la noche de los tiempos a la humanidad del

presente. Y soltando un grito propio de un gran pájaro sorprendido por el fuego de los cazadores, el oficial corrió a ponerse a salvo, dispuesto a pasar a la acción.

Llegaron más disparos de la línea de fuego. Todo era confusión y tiros, lamentos, órdenes dadas en la distancia, gritos de ánimo y maldiciones. En el campamento donde hasta entonces dormía la tropa sonaban los tambores llamando a los hombres al combate. Entre la hilera de árboles aparecieron poco después los sargentos y un piquete de soldados que se disponían a resistir en la línea de combate. Otros más se apostaron entre los árboles para derribar con sus sables a los soldados de la caballería enemiga que comenzaban a alcanzar la posición. Algunos de ellos, no obstante, consiguieron llegar hasta el lugar del bosque donde estaba Byring, disparando sus armas a discreción. Un momento después todo lo invadía el trueno de los rifles; y a no mucho tardar comenzó a sentirse el fuego de la artillería enemiga. Era evidente que los soldados de la Confederación habían descubierto el campamento de los federales, incluso sus líneas de contención y las avanzadillas. El silencio del bosque quedó absolutamente roto por el fuego incesante, por los cascos de los caballos.

Los hombres de refresco llegados desde el campamento, prontamente dispuestos en línea de combate, consiguieron repeler el ataque. El comandante de la tropa federal, al frente de sus oficiales, hizo acto de presencia en la nueva línea de combate fijada a raíz de la retirada del enemigo a las posiciones desde las que había lanzado su ataque. El comandante hizo unas cuantas preguntas a los hombres que defendían la línea, dio nuevas órdenes y se retiró. Una hora después todo estaba en calma, y los hombres, salvo los que se mantenían en la necesaria alerta, volvieron al campamento para seguir durmiendo.

A la mañana siguiente, una partida, al frente de la cual iban un capitán y un médico, rastreaba la zona en donde se había librado la escaramuza, en busca de muertos y heridos. Junto a un camino entre los árboles encontraron dos cuerpos que yacían juntos. Uno era el de un oficial de los federales y el otro era el de un soldado de la Confederación. El oficial tenía una herida de sable en el corazón. Todo parecía indicar que ambos habían librado un duro combate cuerpo a cuerpo. El oficial yacía en un charco de sangre y aún tenía clavado el sable en el pecho. El médico echó pie a tierra desde su caballo para reconocer al muerto.

—¡Dios mío! —gritó a su capitán—. ¡Es Byring! Ha debido mantener una lucha tenaz, hasta la muerte —añadió mirando con mucha tristeza al capitán.

El médico se acercó más al cuerpo para examinar el sable que Byring tenía clavado en el pecho. Era un sable de los que formaban parte de la impedimenta de los oficiales del ejército federal del norte. Era, en realidad, el sable del propio Byring. En la cartuchera seguía su revólver, que no había sido disparado.

El médico sacó el sable del pecho de Byring y se acercó al otro cadáver. Comprobó que llevaba muerto más tiempo que Byring, no tenía sangre reciente. Le tomó de la pierna izquierda, la que tenía quebrada, para tratar de enderezársela. Con su esfuerzo hizo que el cuerpo se moviera. Al parecer, aquel tirón en su pierna

quebrada molestó al muerto, que protestó así, moviéndose. Y expeliendo un hedor pestilente. Vieron que un montón de gusanos manifestaban una actividad imbécil sobre el cuerpo.

El médico miró al capitán. El capitán miró al médico.

AVENTURA EN BROWNVILLE^[5]

Yo era maestro en una pequeña escuela rural próxima a Brownville, que, como todo el que haya tenido la buena suerte de vivir allí sabe, es la capital de un amplio territorio en el que pueden verse los más hermosos paisajes de California.

Durante el verano, el pueblo ve llegar a ese tipo de gente que el periódico local describe como «buscadores del placentero descanso», pero que en realidad debieran ser conocidos como «los enfermos y los que plantan cara a la adversidad». Brownville podría ser descrito, desde luego, como un lugar en el que pasar un buen verano, siempre y cuando no haya otro... Está bastante bien provisto el pueblo de hotelitos agradables, en el menos pernicioso de los cuales llevaba yo a cabo, dos veces al día —ya que almorzaba en la escuela—, el rito tan humilde de fortalecer la alianza entre el cuerpo y el alma.

Desde donde están estos varios hotelitos (como los llama el periódico local, por no decir posadas) hasta la escuela, la distancia era de una milla y media, siguiendo un camino para carretas y caballos. Había, sin embargo, un sendero de uso menos común que llevaba a través de bajas colinas muy arboladas, y por el cual se podía acortar considerablemente la distancia. Por aquel sendero volvía yo un atardecer, bastante más tarde de lo que en mí era costumbre. Era el último día de clases y me había demorado en la escuela casi hasta la puesta de sol, preparando un resumen de mis actividades para la Junta directiva, dos de cuyos integrantes, pensaba yo no sin orgullo, podrían leerlo, y el tercero (un ejemplo claro del dominio de la mente sobre la materia) se vería en minoría en su habitual antagonismo hacia el maestro, yo, al que por otra parte había formado él.

No había recorrido aún más de la cuarta parte del camino, cuando me interesé por los juegos de una familia de lagartos que sin duda tenían por allí su hogar, los cuales parecían rebosar de alegría reptil por su inmunidad ante los males inherentes a la vida en Brownville. Tanto me interesé, que me senté bajo un árbol para observarlos mejor. Mientras me recostaba, un tanto fatigado por la mucha actividad de aquel día, en el tronco, la penumbra aumentó en el bosque ya un tanto sombrío, y la tenue luna nueva comenzó a lanzar sombras apenas perceptibles y a teñir las hojas de los árboles con una luz tan tierna como fantasmal.

Oí voces: la de una mujer enfadada, muy aguda, levantándose contra los tonos bajos de un hombre, ricos y musicales. Forcé la vista, escudriñando la sombra del bosque con la esperanza de avistar a los que interrumpían así mi descanso y me decían que no estaba solo, pero no pude verlos. Podía mirar sin obstáculo en ambas direcciones del sendero, y como sabía que no había otro a menos de media milla, supuse que aquel hombre y aquella mujer debían de acercarse a través del bosque. Lo único que escuchaba era la voz de ella, ahora, y la voz de él, siempre después; unas voces tan nítidas a cada poco que me permitían entender perfectamente lo que decían.

La voz del hombre me daba la impresión de enojo, aunque atemperado, lo que era perceptible, además, por el asunto del que hablaban.

—No aceptaré más amenazas; no puedes hacer nada, lo sabes perfectamente... Deja las cosas como están, no hagas que sufráis las dos...

—¿Qué quieres decir? ¿Es que piensas... asesinarnos?

No hubo respuesta, o por lo menos yo no pude oírla. En el silencio que siguió a aquellas palabras miré hacia el bosque con la esperanza de vislumbrar a la pareja, convencido de que trataban acerca de un asunto tan grave como para que no me importasen los escrúpulos que a menudo hay que observar en estas situaciones. Me pareció que la mujer estaba en peligro; por lo menos, nada había dicho el hombre, creía yo, para desmentir su posible afán de cometer un crimen... Total, cuando un hombre asume su papel de asesino en potencia no tiene derecho a elegir a sus espectadores.

Pasó un momento, sin embargo, y los vi al fin, aunque desdibujados a la luz de la luna, entre los árboles. El hombre, alto y delgado, parecía vestido de negro; la mujer, hasta donde podía verla, iba vestida de gris. Ni siquiera sospechaban de mi presencia, eso parecía claro, agazapado como estaba yo entre las sombras, aunque, por alguna razón que aún no acierto a explicarme, cuando reanudaron su conversación lo hicieron en un tono más bajo, por lo que no oí lo que se decían entonces. Un poco después, la mujer pareció desplomarse de rodillas, levantando las manos en súplica, ese gesto que tan a menudo vemos en el teatro, y sólo en el teatro, al menos en la medida de mis experiencias; incluso ahora mismo no estoy completamente seguro de que lo hiciera. El hombre fijó sus ojos en ella; parecían brillar débilmente a la luz de la luna, con una expresión que me hizo temer que los volviera hacia mí, descubriéndome. No sé qué impulso me movió, más allá de ese temor, pero salté fuera de las sombras, poniéndome de pie. Entonces las figuras se desvanecieron. Busqué en vano entre los árboles y la maleza. El viento de la noche incipiente comenzaba a hacer crujir las hojas y las ramas; los lagartos se habían retirado temprano, pues son reptiles de costumbres ejemplares. La pequeña luna ya se escondía detrás de una negra colina, hacia el oeste.

Volví a mi alojamiento un tanto preocupado, dudando a medias haber oído o visto algo que no fueran los lagartos. Todo me parecía extraño e inquietante. Como si entre los varios fenómenos, objetivos y subjetivos, que componían la suma total del caso, hubiera habido un elemento incierto que difundiese su carácter dudoso sobre lo visto, para teñirlo de irrealidad. No me gustó nada aquella sensación.

Al día siguiente, cuando bajé a desayunar, vi una cara nueva. Frente a mí estaba sentada una joven en la que apenas reparé en un principio. Pero cuando habló para dirigirse a la mujer alta y fondona que nos servía la mesa como si nos hiciese un gran favor, tan condescendiente ella, la voz de aquella joven no pudo por menos que sorprenderme y hasta alterarme. Era una voz muy parecida, aunque no estaba en disposición de asegurar que fuese igual, a la de aquella mujer de la noche anterior. Un

poco después llegó otra joven, algo mayor, y tomó asiento a la izquierda de la primera tras darle los buenos días. Su voz me sobresaltó del todo: era sin lugar a dudas la que me había evocado la otra, la misma voz que oí, más aguda, la noche anterior. Allí tenía, pues, a la dama que había protagonizado aquel incidente en el bosque, sentada ante mí, vivísima en su carne y en sus huesos.

Estaba claro que eran hermanas. Con una inquietud no del todo declarada, lo que quiere decir que no temía en realidad ser descubierto por ella, ser reconocido como el mudo testigo y nada glorioso héroe de una aventura que tenía en mi conciencia y en mi recuerdo como la propia de un espía cobarde, me permití sólo una apurada taza de café tibio y bastante aguado, servido de mala manera por la dama alta y fondona, y me levanté de la mesa. Entonces, al salir al jardín escuché una voz masculina, bien timbrada y fuerte, que cantaba un aria de *Rigoletto*. Tengo que decir, en este punto, que cantaba muy bien aquel tipo; pero había algo en su voz que me desagradó profundamente, aunque no supiera decirme qué era ni por qué me molestaba. Seguí caminando sin darme la vuelta para mirarlo.

Volví no mucho después y vi a la mayor de las jóvenes, de pie, meditabunda en la terraza; cerca de ella había un hombre muy alto vestido de negro: el tipo que esperaba ver. Durante el día entero, el afán de saber algo de esa gente ocupó un lugar principalísimo en mis preocupaciones, y de golpe decidí enterarme de cuanto pudiera, no importaba de qué forma lo hiciese, aunque sí, la verdad es que no quería hacerlo de manera deshonrosa ni artera.

Aquel hombre hablaba tranquilamente, con afabilidad incluso, a la mujer; al oír mis pasos, sin embargo, se calló, dándose la vuelta para mirarme fijamente. Era un hombre maduro, de tez oscura y bastante bien parecido. Vestía impecablemente; su actitud, relajada y elegante, su mirada —clavada en mí— abierta y desprovista de cualquier agresividad, hicieron que no me sintiese del todo incómodo. No obstante, me afectó causándome una emoción más que sobresaliente, que un repaso posterior a mis sensaciones me dijo que se debía a una mezcla de odio y temor, por no llamarlo simplemente miedo. Un segundo más tarde aquel hombre y la mujer habían desaparecido de la escena... Era como si tuviesen la facultad de esfumarse a voluntad. Pero al entrar en el hotelito los vi al pasar, a través de la puerta abierta del salón de la planta baja; sólo habían salido por una puerta, no se habían esfumado. Nuestra anfitriona, en cualquier caso, no pareció molesta cuando le pregunté cautelosamente por aquellas nuevas huéspedes, las dos hermanas. Relatados los hechos con bastante reverencia en honor de la gramática inglesa y la más correcta pronunciación, supongo, me dijo que las muchachas se llamaban Pauline, la una, y Eva, la otra, que se apellidaban Maynard y que venían de San Francisco. La mayor era Pauline. El hombre tenía por nombre Richard Benning, era tutor de las hermanas y había sido el amigo más íntimo, como un hermano, del ya difunto padre de ambas. El señor Benning las había acompañado a Brownville con la esperanza de que el clima de montaña favoreciese a Eva, de quien se temían los médicos que le faltara

poco para enfermar de tuberculosis, dada la gran debilidad que mostraba.

Con tan escuetos y sencillos datos la patrona tejió un bordado de elogios que daban fe de la prodigalidad del señor Benning, quien no repara en gastos para dar a sus pupilas lo mejor que hubiese en el hotelito. Que tenía un buen corazón era cosa evidente, más que comprobada, para la buena señora y dueña del hotelito, dada la devoción que, según ella, demostraba el hombre por sus dos bellas y delicadas pupilas, y la conmovedora preocupación que tenía constantemente por su comodidad. Tales evidencias no me parecieron suficiente cosa, pero preferí no decir nada a la entusiástica patrona. En silencio fallé mi veredicto, bastante a la escocesa, debo admitirlo: faltaban pruebas.

El señor Benning era un hombre muy atento con sus pupilas, eso es cierto... Frecuentemente me los encontré en los días sucesivos durante mis largas caminatas por el campo —a veces iban en compañía de otros huéspedes del hotel—, explorando los barrancos, pescando, cazando con rifle, haciendo transcurrir de diversas formas la monotonía de la vida retirada... Y aunque les observaba con tanta atención como me lo permitían los modales necesarios, no vi nada que pudiera explicar las extrañas palabras que les oí decir en el bosque aquella noche. Llegué a conocer bastante bien a las jóvenes y hasta pude intercambiar miradas con ellas, e incluso saludos con su tutor, sin sentir desagrado al hacerlo.

Pasó un mes y casi había dejado de interesarme en sus asuntos, cuando una noche toda nuestra pequeña comunidad fue duramente sacudida por un hecho que me llevó de inmediato, vívidamente, a aquella noche en el bosque.

La mayor de las hermanas, Pauline, murió.

Ambas, Pauline y Eva, ocupaban el mismo dormitorio en el tercer piso del hotelito. Al despertar en la penumbra de la madrugada Eva encontró a Pauline muerta en la cama contigua a la suya. Más tarde, cuando la pobre muchacha lloraba junto al cadáver entre una multitud de personas compasivas pero muy poco consideradas, como suele ser común en estos casos, personas ávidas de protagonismo en los momentos más luctuosos, el señor Benning entró en la habitación y pareció a punto de tomar su mano... Ella se alejó entonces de la fallecida y se movió lenta, pesadamente, muy abatida, hasta la puerta.

«Has sido tú —oí que le decía entonces—. Has sido tú quien ha hecho esto...».

Está delirando —dijo él en voz baja, temeroso de llamar la atención.

La siguió, paso a paso, mientras ella retrocedía, fijos sus ojos en los de la joven con una mirada firme en la que no había nada de ternura ni compasión. Ella se detuvo; la mano que había levantado acusadoramente cayó a un lado, sus ojos antes dilatados se contrajeron vertiginosamente, cayeron sus párpados con gran lentitud, como velando la extraña y salvaje belleza de aquella mirada, y quedó de pie, inmóvil, casi tan pálida como la joven muerta que yacía en el cuarto. El hombre la tomó entonces de la mano y le pasó suavemente el brazo por los hombros, como para sostenerla. La joven, repentinamente, estalló en sollozos y se aferró a él como una

criatura se aferra a su madre. Sonrió entonces el señor Benning con una sonrisa que me pareció siniestra, francamente desagradable —aunque puede que en aquellos momentos cualquier sonrisa me hubiera afectado de igual manera— y se la llevó lentamente fuera de la habitación.

Hubo, claro está, una investigación de los hechos. El veredicto fue el acostumbrado en estos casos: muerte por fallo del corazón. Fue antes de que inventaran lo de la *parada cardíaca*, aunque era evidente que a la pobre Pauline se le había parado el corazón. El cuerpo fue embalsamado para su traslado a San Francisco; alguien dedicado a esas cosas acudió desde allí para llevárselo; ni Eva ni el señor Benning acompañaron el cadáver. Algún chismoso de los muchos que había en el hotel se atrevió a sugerir que aquello parecía por lo menos un tanto extraño, e incluso hubo quien se aventuró a opinar que era del todo extraño. Pero la dueña del hotelito refutó aquellas palabras asegurando que todo eso se debía a la precaria salud de la joven. No ha quedado registrado, por lo demás, que las dos personas más afectadas por la muerte, y en apariencia también las menos preocupadas, diesen la menor explicación de su comportamiento.

Una semana más tarde, aproximadamente, salí a la terraza del hotelito, una tarde, para recoger un libro que había dejado allí. Vi al señor Benning bajo una enredadera que bloqueaba la luz de la luna incipiente; yo estaba preparado para su aparición, porque había escuchado antes la baja y dulce voz de Eva Maynard, a quien también vi entonces, frente a él, con una mano apoyada en su hombro y fijos sus ojos, por lo que me pareció, en los del hombre. El señor Benning sostenía su otra mano y su cabeza estaba inclinada con una dignidad y gracia singulares. La actitud de ambos era la propia entre los amantes, y mientras me detenía en la tiniebla para observarlos me sentí aún más culpable que en aquella memorable y jamás olvidada noche en el bosque. Estaba a punto ya de retirarme, sin embargo, cuando habló la joven; el contraste entre sus palabras y su actitud fue tan sorprendente, que no pude hacer otra cosa que quedarme donde estaba, porque me olvidé de que iba a marcharme.

—Me quitarás la vida —dijo ella— como se la quitaste a Pauline. Sé cuáles son tus intenciones, sé muy bien cuáles son tus poderes, y no pido nada, maldito; sólo pido que termines tu obra sin más demora y me dejes descansar en paz...

Nada le respondió el señor Benning; se limitó a abandonar la mano que sostenía, retiró la otra de su hombro y, volviéndose, descendió los escalones que conducían al jardín para perderse a través de los matorrales. Apenas unos segundos después, no obstante, oí su clara y bien timbrada voz, que parecía llegar desde una gran distancia. Lanzaba una especie de canto bárbaro; mientras lo escuchaba me vino a la cabeza la idea de alguna tierra lejana, extraña, poblada por seres que detentan poderes prohibidos entre nosotros... Aquel canto me paralizó, como víctima yo de una especie de encantamiento, pero cuando concluyó pude recuperarme y al instante percibí lo que suponía era una oportunidad única. Salí de las sombras y me dirigí a la muchacha. Se dio media vuelta y me miró con ojos que, me pareció, tenían bastante

semejanza con los de una liebre acorralada. Pero puede que, simplemente, se asustara al verme.

—Señorita Maynard —le dije muy ceremonioso—, le imploro que me diga quién es ese hombre y cuáles sus poderes, cuál su influjo sobre usted... Quizá le parezca un atrevimiento por mi parte, pero no vea en mi actitud vana cortesía... Todo hombre tiene el deber de actuar cuantío ve a una mujer en peligro.

Me escuchó sin ninguna expresión, como sin interés; cuando hube hablado cerró sus grandes ojos azules como si se sintiera terriblemente cansada.

No hay nada de eso —se limitó a decir.

La tomé del brazo, sacudiéndola suavemente como para evitar que se sumiera en un sueño letal.

—Rebéllese usted, señorita Maynard —le dije—; permítame que intervenga, hay que hacer algo... Usted misma acusó a ese hombre de matar a su hermana, y yo también lo creo... Y temo que también la matará a usted.

Se limitó a clavar sus ojos en los míos.

—¿Es que no va a contarme lo que ocurre? —le supliqué.

—No hay nada que contar, caballero, se lo repito. Nada... Además, qué importa... Estaremos aquí unos pocos días más y luego nos marcharemos... ¡tan lejos! Pero le ruego que guarde silencio; no comente nada de lo que pueda sospechar.

—Eso es una locura, mi querida joven —trataba de romper su entrega, su calma mortal, con mi brusquedad, para que reaccionase—. Usted ha acusado de un crimen a ese hombre. Salvo si me cuenta de qué se trata, no tendré más remedio que acudir a las autoridades.

Mis palabras sirvieron para despertar su indignación. Levantó la cabeza orgullosamente y, con un tono que me hizo sentir realmente mal, me dijo:

—No se meta en lo que no le incumbe, caballero... Este asunto me concierne a mí y sólo a mí, señor Moran.

—Se trata de un asunto que concierne a cualquier persona decente del país y hasta del mundo —repliqué con gran frialdad—. Si usted no amaba a su hermana, debo decirle que yo, al menos, me preocupo por usted, señorita...

—Escuche, señor Moran —me interrumpió, inclinándose hacia mí ahora con un gesto de mayor delicadeza—. Yo amaba a mi hermana, bien lo sabe Dios... Pero más que a ella, más que a cualquier cosa, más que a mi propia vida, le amo a él... De una manera inexplicable, lo sé, pero le amo... Usted ha escuchado un secreto, pero no puede ser tan vil como para utilizarlo contra él... Lo negaré todo... Será su palabra contra la mía, caballero... ¿Está seguro de que sus autoridades le creerán en vez de creerme a mí, que soy parte interesada?

Sonreía como un ángel. ¡Dios mío! Me había enamorado de ella. ¿Acaso Eva, mediante alguno de los tantos métodos conocidos por su sexo, había leído mis pensamientos? Su actitud cambió radicalmente.

—Vamos —me dijo casi implorante—; prométame que no volverá a mostrarse tan

descortés conmigo —y se colgó de mi brazo, cálidamente—. Venga, le acompaño... Pierda cuidado, que él no se enterará de esto... Pasará fuera toda la noche...

Paseábamos de aquí para allá, o sea, de un lado a otro de la terraza, a la luz de la luna; ella, aparentemente desaparecida su reciente congoja, coqueteaba conmigo y al hablar me susurraba al oído poniendo voz de niña para reírse de las tonterías provincianas de Brownville. Yo, silencioso, me sentía arrebolado, no sabía qué decir... Pero temía formar parte de una intriga peligrosa. Fue toda una revelación que aquella criatura tan hermosa como frágil, tan encantadora y aparentemente tan virtuosa, engañara conmigo, finalmente, al hombre del que decía estar enamorada más allá de cualesquiera límites; incluso más allá de la muerte.

Antes de separarnos, cuando la luna comenzaba a dejar su lugar al nuevo día, conseguí que me prometiese acompañarme la tarde siguiente —antes de que se fuera para siempre— hasta el Old Mill^[6], una de las más respetables antiguallas de Brownville, aunque datara sólo de 1860.

—Si él no ha llegado aún para entonces, nos veremos —me dijo gravemente, mientras yo soltaba su mano para separarnos, y de la que traté, que me perdonen todos los santos que haya en el cielo, de apoderarme una vez más cuando acabó de hacerme aquella promesa, que para mí no podía ser sino de dicha.

La verdad es que siempre nos parecerá encantadora la infidelidad femenina — como lo ha señalado algún sabio francés—, siempre y cuando seamos sus objetos y no sus víctimas... En el reparto de sus bienes, el maravilloso Ángel de los Sueños me olvidó por completo aquella noche.

En la Casa Brownville, nuestro hotelito, se almorzaba temprano.

Después del almuerzo del día siguiente la señorita Maynard, que no habla acudido a la mesa, por cierto, me abordó en la terraza vestida con un atuendo muy sobrio, sin decir palabra. Era evidente que él no estaba por allí... Luego caminamos despacito por el sendero que llevaba al Oíd Mili. Eva parecía débil y se apoyaba descansando todo su peso en mi brazo, del que iba, soltándomelo de vez en cuando para volverse a agarrar, un tanto caprichosamente, según me pareció... Su estado de ánimo —o mejor dicho, la sucesión de sus estados de ánimo— era tan cambiante como la luz del día sobre la mar rizada. Bromeaba como si nunca hubiera oído qué era la muerte, y reía ante la cosa más tonta que se me ocurriese decir, para luego ponerse a cantar los pocos compases de una melodía triste, con tal ternura en la expresión que yo me veía forzado a apartar los ojos para que no comprobase que me enternecía. Y decía las cosas más extrañas de la manera menos acostumbrada, bordeando por momentos insondables abismos del pensamiento, a los que yo apenas tenía el valor de asomarme. En una palabra, me fascinó de mil distintas maneras; a tal punto, que a cada paso me atreví a ejecutar una locura nueva y más desquiciada, deslizándome por una aventurada indiscreción espiritual que me hacía incurrir en nuevas faltas, susceptibles todas de pena para la policía de la conciencia, toda vez que no hacía sino propiciar una infracción tras otra contra el código de mi propia paz.

Una vez hubimos llegado al Old Mill, Eva no dio muestras de querer detenerse, sino que anduvo rauda por un sendero que cruzaba un campo de rastros en dirección al arroyo. Pasamos por un rústico puente de madera para seguir el sendero, que ascendía por la colina. Era uno de los lugares más hermosos de la región. Lo llamaban el Eagle Nest^[7], la cumbre de un barranco que se elevaba abruptamente en el aire hasta una altura de cientos de pies sobre el bosque que quedaba en su falda. Desde aquella notable elevación del terreno teníamos una vista magnífica de otro valle; las colinas resplandecían auténticamente bajo los últimos rayos del sol en su puesta. Mientras observábamos la luz que parecía huir hacia planos cada vez más altos, en la invasora penumbra de las sombras del valle oímos unos pasos; no tardó mucho en unírse nos Richard Benning.

—Os he visto desde el camino —dijo como si nada, sin darle importancia.

Como a veces soy un poco tonto me olvidé de agarrarlo por el pescuezo y hacerle rodar hasta los árboles que se alzaban más abajo. Me limité a murmurar una mentira que pretendía ser cortés. El efecto que su aparición causó en Eva fue inmediato, brutal, muy evidente. Su rostro se congestionó, transformado por esa gloriosa manifestación del amor que denota la rendición de las personas. La roja luz de la puesta de sol no hubiera podido resultar más obvia en sus ojos que lo que en ese instante era el brillo del amor que la reemplazaba.

—¡Cuánto me alegro de que al fin estés aquí! —dijo ella al señor Benning tomándole con cariño las manos para demostrar que su alegría era verdadera.

Richard Benning se sentó entonces en el suelo y comenzó a disertar acerca de las flores silvestres de aquella región, de las que ya traía unas cuantas agavilladas en la mano. Pero como si hiciera un paréntesis más o menos chistoso, dada su sonrisa, dejó de hablar de repente sobre lo que al parecer tanto lo entretenía, y fijó sus ojos en Eva, que trenzaba distraídamente hierbas con sus dedos, apoyada en un árbol. No tardó mucho en levantar los ojos hacia él, como si hubiera sentido clavársele aquella mirada, no diré que de manera sorprendente, ni mucho menos hiriente... Arrojó lejos las hierbas que tenía entre los dedos y fue hacia Benning lentamente. Se levantó él sin dejar de mirarla. Yo parecía no existir para ellos. Benning aún sostenía en sus manos la gavilla de flores. Ella se dio media vuelta, pareció que iba a decir algo, pero no le salió ninguna palabra. Recuerdo ahora, sin embargo, algo que entonces no me pareció reseñable: el espantoso contraste entre la sonrisa que tenían sus labios y la mirada de terror que había en sus ojos al clavarse en ellos la mirada firme y hasta imperativa del hombre.

No sé cómo sucedió; ni sé cómo no lo comprendí antes; sólo sé que con la sonrisa de un ángel en los labios y aquella mirada de terror en sus bellísimos ojos, Eva Maynard se lanzó desde la colina y cayó como una gran piedra sobre las copas de los pinos, a nuestros pies. No sé cómo ni cuánto tardé en bajar hasta donde había caído, no lo sé, pero cuando lo hice Richard Benning ya estaba allí, de rodillas junto a la muchacha espantosamente desfigurada.

—Parece que está muerta —dijo Benning con mucha frivolidad, incluso sonriendo—. Iré a buscar ayuda. Tenga la bondad de quedarse junto a ella.

Se alejó, pero no fue mucho más allá pues volvió a los pocos pasos.

—Seguro que habrá observado, mi querido amigo, que Eva decidió arrojarse desde allí arriba... Quiero decir que habrá observado que fue un acto voluntario —me dijo—. Lamento no haberme podido percatar de cuáles eran sus intenciones para detenerla... Claro, usted, como no estaba al tanto de su estado mental, nada podía haber sospechado...

Sus palabras me enfurecieron.

—Es usted un asesino —le solté a bocajarro—; en realidad ha sido como si la hubiese degollado.

Se encogió de hombros sin responderme; se volvió, metió las manos en los bolsillos y se fue silbando. Un poco después oí a través de las sombras que caían sobre el bosque por el que había desaparecido, una voz fuerte, bien timbrada, de barítono, que cantaba *La donna e mobile*, de *Rigoletto*.

UNO DE GEMELOS

UNA CARTA ENCONTRADA ENTRE LOS PAPELES DEL DIFUNTO MORTIMER BARR

Me preguntas si en mi experiencia como miembro de una pareja de gemelos he observado alguna vez algo que resulte inexplicable por las leyes naturales a las que estamos acostumbrados. Tú mismo juzgarás; tal vez no todos estemos acostumbrados a las mismas leyes de la naturaleza. Puede que tú conozcas algo que yo no sé, y que lo que para mí resulta inexplicable sea muy claro para ti.

Conocías a mi hermano John, es decir, le conocías cuando sabías que yo no estaba presente; pues creo que ni tú ni ningún otro ser humano podía distinguarnos cuando decidíamos ser exactamente iguales. Nuestros padres tampoco; el nuestro es el único caso que he conocido de un parecido tan completo. Hablo de mi hermano John, aunque no estoy del todo seguro de que su nombre no fuera Henry y el mío John. Fuimos bautizados del modo normal, pero después, en el momento de tatuarnos unas pequeñas marcas para distinguarnos, el individuo que lo hizo se despistó; y aunque yo tengo en el brazo una pequeña «H» y él llevaba una «J», eso no quiere decir que las letras no pudieran haber sido traspuestas. Durante la infancia nuestros padres intentaron distinguarnos por la ropa y otros detalles simples, pero solíamos cambiarnos las prendas con tanta frecuencia y burlábamos al enemigo de formas tan diversas que abandonaron todos esos intentos ineficaces, y durante los años que vivimos juntos en casa todo el mundo reconocía la dificultad de la situación y hacía lo que podía llamándonos a ambos «Jehnry». A veces me he asombrado de la paciencia de mi padre al no marcarnos de un modo visible sobre nuestras indignas cejas, pero como éramos buenos chicos y utilizábamos nuestra capacidad de desconcierto e irritación con una moderación digna del mayor encomio, conseguimos escapar al hierro. De hecho, mi padre era un hombre especialmente afable y creo que en el fondo disfrutaba con aquella broma de la naturaleza.

Después de llegar a California y establecernos en San José (donde la única fortuna que nos esperaba era conocer a un amigo tan agradable como tú), la familia, como ya sabes, se vio destrozada por la muerte de mis padres, acaecida en la misma semana. Mi padre murió insolvente y la propiedad familiar fue sacrificada para hacer frente al pago de las deudas. Mis hermanas tuvieron que volver a vivir con nuestros parientes del este, pero John y yo, que por entonces teníamos veintidós años, conseguimos gracias a tu amabilidad un empleo en San Francisco, en distintos barrios de la ciudad. Las circunstancias no nos permitieron vivir juntos y nos veíamos de tarde en tarde, a veces no más de una vez por semana. Como teníamos pocos amigos en común, el hecho de nuestro extraordinario parecido era apenas conocido. Y ahora

voy al tema de tu pregunta.

Un día, a la caída de la tarde, poco después de llegar a esta ciudad, iba por la calle Market cuando se me acercó un individuo de mediana edad, bien vestido, que me saludó cordialmente y me dijo: «Stevens, sé que no sales mucho, pero le he hablado de ti a mi mujer y le encantaría que vinieras a casa. También sé que mis hijas merecen ser conocidas. ¿Por qué no vienes a cenar con nosotros, *en famille*, mañana a las seis? Después, si las damas no consiguen divertirse, te prestaré mi apoyo ofreciéndote jugar unas partidas de billar».

Todo esto lo dijo con una sonrisa tan simpática y de un modo tan atractivo que no tuve valor para rehusar; y aunque no había visto a aquel tipo en mi vida dije inmediatamente: «Es usted muy amable, señor, y me complace mucho aceptar su invitación. Por favor, presente mis respetos a la señora Margovan y dígame que allí estaré».

Tras un apretón de manos y unas amables palabras de despedida, el individuo continuó su camino. Era evidente que me había confundido con mi hermano. Ése era un error al que estaba acostumbrado y que no solía corregir a menos que el asunto fuera importante. Pero ¿cómo había descubierto yo que el nombre de aquel individuo era Margovan? Ciertamente no es el tipo de nombre que uno aplicaría a un individuo escogido al azar con la esperanza de acertar. De hecho, aquel nombre me resultaba tan extraño como el propio individuo.

A la mañana siguiente me dirigí rápidamente al lugar en que mi hermano trabajaba y me lo encontré cuando salía de la oficina con un montón de facturas para cobrar. Le conté cómo le había «comprometido» y añadí que si no tenía inconveniente en mantener la cita estaría encantado de seguir suplantándole.

—Sí que es raro —dijo pensativo—. Margovan es el único de la oficina que conozco bien y que me agrada. Cuando entró esta mañana, después de intercambiar los saludos habituales, un extraño impulso me animó a decirle: «Oh, perdone, señor Margovan, pero olvidé pedirle su dirección». Tengo la dirección, aunque hasta ahora no tenía la menor idea de lo que iba a hacer con ella. Me parece bien que te ofrezcas a aceptar las consecuencias de tu atrevimiento pero, si no te importa, seré yo quien acuda a esa cena.

Asistió a varias cenas en el mismo lugar; a más de las que le convenían, he de añadir sin menospreciar su calidad, porque se enamoró de la señorita Margovan, la pidió en matrimonio y su petición fue aceptada sin ninguna piedad.

Unas cuantas semanas después de haber sido informado del compromiso, aunque antes de que fuera oportuno que yo conociera a la joven y a su familia, me encontré un día en la calle Kearney a un individuo bien parecido, aunque de aspecto disoluto, al que me sentí impulsado a seguir y vigilar, cosa que hice sin el menor escrúpulo. Subió por la calle Geary y continuó por ella hasta llegar a la plaza de la Unión. Una vez allí, consultó su reloj y entró en la plaza. Comenzó a pasear de acá para allá, señal evidente de que esperaba a alguien. Entonces se le acercó una joven muy guapa,

vestida a la moda, y los dos se dirigieron hacia la calle Stockton, y yo tras ellos. Sentí la necesidad de ser precavido en extremo porque, aunque la joven me resultaba desconocida, me dio la impresión de que podría reconocerme si me veía. Dieron varias vueltas yendo de una calle a otra y, finalmente, después de echar un rápido vistazo alrededor (que yo evité de milagro escondiéndome en un portal), entraron a una casa de la que prefiero no consignar su situación. Ésta era mejor que su aspecto.

Declaro solemnemente que mi actitud al espiar a aquellos dos extraños no tenía ningún motivo especial. Es algo de lo que podría avergonzarme o no, según yo estimara el carácter de la persona que lo descubriera. Pero como es una parte esencial de la narración surgida a raíz de tu pregunta, se relata aquí sin vacilaciones ni vergüenzas.

Una semana más tarde John me llevó a la casa de su futuro suegro, y en la señorita Margovan, como ya debes de haber supuesto, reconocí a la heroína de aquella aventura deshonrosa, lo cual me causó gran asombro. He de admitir en justicia que se trataba de la heroína verdaderamente bella de una aventura deshonrosa; pero el hecho era sólo importante por eso: su belleza fue tan sorprendente para mí que arrojó una sombra de duda sobre su semejanza con la joven que había visto. ¿Cómo pudo la maravillosa fascinación de su rostro haber dejado de sorprenderme en aquella ocasión? Pero no; no había posibilidad de error. La diferencia se debía sólo a la ropa, a la luz y al entorno general.

John y yo pasamos la tarde en la casa, aguantando las bromas que nuestro parecido suscitaba con ayuda de la fortaleza adquirida tras una larga experiencia. Cuando aquella joven dama y yo nos quedamos a solas unos minutos, la miré directamente a la cara y, con una seriedad repentina, le dije:

—Señorita Margovan, usted también tiene una doble: la vi el martes pasado en la plaza de la Unión.

Por un momento apuntó sus enormes ojos grises hacia mí, pero su mirada era menos firme que la mía y la retiró, dirigiéndola hacia la punta de su zapato.

—¿Se parecía mucho a mí? —preguntó con una indiferencia que me pareció un poco forzada.

—Tanto —dije— que sentí tal admiración por ella que fui incapaz de perderla de vista, y confieso que la seguí hasta que... Señorita Margovan ¿me comprende usted, verdad?

Estaba pálida, aunque completamente tranquila. Entonces levantó la vista y me miró con unos ojos que no vacilaban.

—¿Qué quiere usted que haga? —preguntó—. No tenga miedo en señalar sus condiciones. Las acepto.

Estaba claro, aun con el poco tiempo del que disponía para reflexionar, que utilizar métodos ordinarios con esta joven no servía, y que los requerimientos usuales resultaban inútiles.

—Señorita Margovan —dije con una voz que denotaba la compasión que sentía

en mi corazón—, es imposible no considerarle víctima de alguna horrible coacción. Más que imponerle nuevas turbaciones, preferiría ayudarle a recuperar su libertad.

Dijo que no moviendo la cabeza, con tristeza y desesperación, y yo continué muy agitado:

—Su belleza me acobarda. Me encuentro desarmado por su franqueza y su dolor. Si es usted libre de actuar en conciencia, creo que hará lo que considere mejor; si no, ¡que el cielo nos ayude! No tiene que temer de mí otra cosa que la oposición a este matrimonio, que puedo intentar justificar por... por otros motivos.

Éstas no fueron exactamente mis palabras, pero su sentido, con toda la precisión que mis emociones repentinas y conflictivas me permitían expresar, era ése. Me puse en pie y, sin volver a mirarla, me dirigí hacia la puerta donde me encontré con los demás, que entraban en la habitación. Con toda la calma de la que fui capaz, dije:

—He estado dando las buenas noches a la señorita Margovan; es más tarde de lo que creía.

John decidió venir conmigo. Ya en la calle me preguntó si había observado algo de particular en la actitud de Julia.

—Creo que se sentía mal —le dije—. Por eso me marché —añadí sin decir nada más.

La noche siguiente volví tarde al lugar en que me alojaba. Los acontecimientos del día anterior habían conseguido que me sintiera nervioso y enfermo; había intentado curarme procurando aclarar las ideas con un paseo al aire libre, pero sentía la opresión de un terrible presentimiento maligno, un presentimiento que era incapaz de formular. Hacía una noche fría y reinaba la niebla; yo tenía el pelo y la ropa húmedos y sentía escalofríos. Cuando me encontré en bata y zapatillas ante un fuego que ardía con viveza, me sentí todavía más incómodo. Ya no tenía escalofríos, sino que temblaba; y hay diferencia. El temor de una calamidad inminente era tan fuerte y desalentador que intenté desembarazarme de él convocando alguna tristeza real. Procuraba disipar la idea de un futuro terrible sustituyéndola por el recuerdo de un pasado doloroso. Rememoré la muerte de mis padres e intenté concentrar mi mente en las últimas escenas tristes junto a sus lechos y sus tumbas. Todo me parecía vago e irreal, como si le hubiera ocurrido a otra persona hacía muchos años. De repente, surgiendo en mi pensamiento y partiéndolo como se parte una cuerda tensa por el golpe del acero (no encuentro otra comparación), oí un grito agudo parecido al de alguien que estuviera en agonía mortal. La voz era de mi hermano y parecía proceder de la calle. Me acerqué rápidamente a la ventana y la abrí de golpe. La farola que había enfrente proyectaba una luz mortecina y horrible sobre la acera húmeda y en las fachadas de las casas. Un policía, con el cuello del uniforme levantado, se encontraba apoyado en un poste, fumando un cigarro. No se veía a nadie más. Después de cerrar la ventana y bajar la persiana, me senté frente al fuego e intenté concentrar la mente en lo que había a mi alrededor. Para ayudarme, como si fuera un acto familiar, consulté mi reloj; marcaba las once y media. Una vez más ¡volví a oír aquel grito

terrible! Parecía haberse producido en la habitación, a mi lado. Me asusté y durante un rato fui incapaz de realizar un movimiento. Unos minutos después, aunque no recuerdo con precisión el tiempo transcurrido, me encontré corriendo a toda velocidad por una calle desconocida. No sabía dónde estaba, ni hacia dónde me dirigía, pero en ese momento subí de un salto los escalones de una casa. Había dos o tres carruajes, vi luces que se movían y oí un murmullo de voces apagadas. Era la casa del señor Margovan.

Ya sabes, buen amigo, lo que había ocurrido allí dentro. En una habitación yacía Julia Margovan, muerta hacía horas por envenenamiento; en otra John Stevens sangraba por una herida de bala en el pecho infligida por su propia mano. Entré precipitadamente en la habitación, aparté a los médicos y le puse la mano en la frente; John abrió los ojos, me miró sin expresión, volvió a cerrarlos lentamente y murió sin hacer el menor gesto.

No supe nada más hasta seis semanas más tarde, cuando fui devuelto a la vida en tu propia casa gracias a los cuidados de tu santa esposa. Todo esto ya lo conoces, pero lo que no sabes es lo que ahora contaré, y, sin embargo, no tiene nada que ver con el tema de tus investigaciones psicológicas; al menos con la parte de ellas para la que, con una consideración y delicadeza características de ti, has solicitado menos ayuda de la que creo que te he prestado.

Una noche de luna llena, varios años más tarde, pasé por la plaza de la Unión. Era tarde y la plaza estaba desierta. Naturalmente, al acercarme al lugar en que una vez había sido testigo de aquella cita fatídica, me vinieron a la mente recuerdos del pasado y, con esa perversidad inexplicable que nos incita a darle vueltas a pensamientos del carácter más doloroso, me senté en un banco para entregarme a ellos. Entonces apareció un hombre en la plaza y se dirigió hacia mí. Llevaba las manos cogidas por la espalda y la cabeza inclinada; parecía no observar nada. Cuando se acercó a la sombra en donde yo estaba sentado, reconocí en él al individuo que se había encontrado con Julia Margovan en aquel lugar años antes. Pero estaba muy cambiado: triste, agotado y ojeroso. La disipación y el vicio se asomaban en sus ojos; la enfermedad no era menos evidente. Iba muy desastrado, y el pelo le caía sobre la frente de un modo que resultaba a la vez misterioso y pintoresco. Tenía un aspecto que parecía más apropiado para el comedimiento que para la libertad; para el comedimiento de un hospital, claro.

Sin ningún propósito definido me puse en pie y me acerqué a él. Entonces levantó la cabeza y me miró a la cara. No tengo palabras para describir el horrible cambio que se apoderó de él; su mirada era de un horror indescriptible. Creyó encontrarse frente a frente con un fantasma. Pero era un hombre valiente. «¡Maldito John Stevens!», exclamó y, levantando su brazo tembloroso, descargó su débil puño sobre mi rostro y cayó de bruces sobre la grava mientras yo me alejaba.

Alguien le encontró allí, más muerto que una piedra. Nada más se sabe de él, ni siquiera su nombre. Aunque saber de un hombre que está muerto debería ser

suficiente.

EL VALLE ENCANTADO

I

Cómo talan los árboles en China

A media milla hacia el norte desde el bar dejo. Dunfer, en el camino de Hutton a Mexican Hill, la carretera baja hacia un barranco al que no llega el sol, y que se despliega a derecha e izquierda de un modo semiconfidencial, como si tuviera un secreto que revelar en un periodo más conveniente. Nunca cabalgaba por allí sin mirar primero a un lado y luego al otro, para ver si había llegado el momento de la revelación. Si no veía nada, y nunca vi nada, no me decepcionaba, pues sabía que la manifestación sencillamente estaba siendo retenida un tiempo por alguna buena razón que yo no era quién para poner en entredicho. Que un día se me revelarían todas esas confidencias era algo de lo que no dudaba, no más que de la existencia del propio Jo. Dunfer, por cuyas tierras discurría el barranco.

Se decía quejo, había intentado una vez levantar una cabaña en alguna remota parte de él, pero por alguna razón había abandonado la empresa y construido su actual establecimiento hermafrodita, mitad bar, mitad vivienda, junto al camino, en el extremo más alejado de su propiedad; lo más alejado posible, como si tuviera el propósito de mostrar cuán radicalmente había cambiado de idea.

Este Jo. Dunfer, o Whisky Jo., como era conocido familiarmente en los contornos, era un personaje muy importante por estos parajes. Aparentaba unos cuarenta años, y era un tipo alto, greñudo, de facciones contraídas, con un brazo torcido y una mano nudosa como un manojo de llaves de prisión. Era un individuo con mucho vello, que andaba encorvado, como alguien que está a punto de saltar sobre algo para destrozarlo.

Aparte de la peculiaridad a la que debía su apodo local, la característica más destacada del señor Dunfer era una antipatía, profundamente arraigada, hacia lo chino. Una vez le vi sufrir un ataque de rabia porque uno de sus vaqueros había permitido a un asiático rendido por el viaje saciar su sed en el abrevadero de los caballos que hay delante del establecimiento de Jo. Me atreví a reconvenirle con suavidad por su falta de espíritu cristiano, pero él se limitó a responder que el Nuevo

Testamento no decía nada acerca de los chinos, y se marchó a pagar su enfado con el perro, a quien supongo que los inspirados escribas también habían olvidado.

Algunos días después le encontré sentado en el bar, solo, y saqué de nuevo el tema con precaución; observé, para gran alivio mío, que la austeridad habitual de su expresión se había transformado en algo que a mí me pareció condescendencia.

Vosotros, los jóvenes del este —dijo—, vivís muy alejados de estas tierras y no comprendéis nuestra actividad. La gente que no distingue a un chileno de un kanaka puede permitirse expresar ideas liberales sobre la inmigración china, pero el tipo que tiene que luchar por su sustento con un montón de mestizos «coolies» no tiene tiempo para perderlo en tonterías.

Este gran bebedor, que con toda probabilidad no había realizado un día de trabajo honrado en su vida, hizo saltar la tapa de una caja de tabaco china y sacó con el pulgar y el índice un pedazo que parecía un almiar de heno. Sosteniendo el estimulante a cierta distancia, arremetió de nuevo con renovada confianza.

—Por si no lo sabías, son una plaga de langostas devastadoras que atacan todo lo verde que hay en esta bendita tierra de Dios.

En este punto se echó el taco a la boca, y cuando su mecanismo parlante estuvo de nuevo libre, reanudó su inspirado discurso.

—Hace cinco años tuve aquí a uno, en el rancho, y te voy a hablar de él para que comprendas lo esencial de este asunto. En aquella época las cosas no me iban muy bien; bebía más *whisky* del que tenía prescrito y no parecía preocuparme, como patriota, de mis obligaciones de ciudadano americano. Así que contraté a aquel pagano para que fuera algo así como el cocinero. Pero cuando me convertí en religioso practicante en Mexican Hill y me hablaron de presentarme como candidato a la Asamblea Legislativa, me di cuenta de mi error. Pero ¿qué podía hacer? Si le despedía, algún otro le contrataría, y no iba a tratarle bien. ¿Qué podía hacer yo? ¿Qué haría cualquier buen cristiano, especialmente un neófito rebosante de ideas tales como la hermandad entre los hombres y la paternidad de Dios?

Jo. hizo una pausa antes de contestar, poniendo una expresión de frágil satisfacción, como la de alguien que ha resuelto un problema usando un método no muy digno de confianza. Entonces se levantó, bebió un vaso de *whisky* de una botella llena que había en el mostrador y prosiguió su relato.

—Además no servía de mucho, no sabía nada y encima presumía. Todos lo hacen. Le dije que nones, pero se puso testarudo y siguió en esa línea mientras duro; después de poner la otra mejilla setenta y siete veces truque los dados para que no fuera eterno. Y me alegra haber tenido el valor de hacerlo.

La alegría de Jo., que por alguna razón no me impresionó, fue celebrada, debida y ostentadamente, con la botella.

—Hace unos cinco años empecé a levantar una choza. Eso fue antes de que se construyera ésta, y en otro lugar. Puse a Ah Wee y a un tipo pequeño a cortar la madera. Ni que decir tiene que no esperaba que Ah Wee ayudara mucho, porque tenía

una cara como un día de junio y unos grandes ojos negros; creo que debían de ser los ojos más endemoniados de la región.

Mientras lanzaba este ataque mordaz contra el sentido común, el señor Dunfer observaba con aire ausente un agujero en el delgado tablero que separaba el bar del cuarto de estar, como si se tratara de uno de los ojos cuyo tamaño y color habían dejado a su sirviente inútil para el servicio.

—Ahora vosotros, las torpes gentes del este, no queréis creer nada que vaya en contra de los diablos amarillos —estalló de repente con un tono de seriedad no del todo convincente—, pero te aseguro que aquel chino era el canalla más infame que puedes encontrar fuera de San Francisco. Aquel miserable mogol con coleta empezó a horadar los árboles jóvenes alrededor del tronco, como un gusano que royera un rábano. Le indiqué su error con toda la paciencia que pude y le enseñé cómo talarlos sólo por dos lados para que cayeran derechos; pero en cuanto le volvía la espalda, así —dijo volviéndome la espalda y reforzando su explicación con un nuevo trago de licor—, volvía a las andadas. Ocurría del siguiente modo: mientras le miraba, *así* —explicó mirándome de forma un tanto insegura y con problemas evidentes de visión—, todo estaba bien; pero cuando apartaba la vista, *así* —añadió echando un buen trago de la botella—, me desafiaba. Entonces le miraba con cara de reproche, *así*, y parecía que nunca hubiera roto un plato.

Sin duda el señor Dunfer pretendía de un modo honrado que la mirada que me había dirigido era sencillamente reprobatoria, pero en realidad era de lo más adecuada para provocar seria aprensión en cualquier persona inerme que la recibiera; como además había perdido todo interés en su narrativa fútil e interminable, me dispuse a marcharme. Antes de que hubiera terminado de ponerme en pie, se volvió de nuevo hacia el mostrador, y con un casi inaudible «así», vació la botella de un trago.

¡Cielo santo! ¡Qué alarido! Fue como un titán en su última agonía. Jo. retrocedió después de emitirlo, igual que hace un cañón tras el disparo, y se dejó caer en su silla, como si le hubieran «golpeado en la cabeza», igual que a una vaca, con los ojos desviados oblicuamente hacia la pared y mostrando una mirada de terror. Al dirigir la vista en esa dirección observé que el agujero de la pared se había convertido en un ojo humano, grande y negro, que se clavaba en los míos con una total ausencia de expresión, más desagradable que cualquier brillo diabólico. Creo que yo debía de tener la cara tapada con las manos para hacer que aquella horrible ilusión, si es que era eso, se desvaneciera, cuando el pequeño tipo blanco, el hombre para todo de Jo., entró en la habitación y rompió el hechizo; entonces salí de la casa algo aturdido, pensando que el *delirium tremens* podría ser contagioso. Mi caballo estaba amarrado junto al abrevadero; lo desaté, subí a él y le di rienda suelta, pues me encontraba demasiado asustado para preocuparme de hacia dónde me llevaba.

No sabía qué pensar de todo esto y, como le ocurre a todo el que no sabe qué pensar, pensé mucho, y con pocos resultados. La única reflexión que parecía ser completamente satisfactoria era que al día siguiente me encontraría a varias millas de

allí, y con muchas probabilidades de no volver nunca.

Un frío repentino me sacó de mis abstracciones y, al levantar la cabeza, me di cuenta de que estaba llegando a las oscuras sombras del barranco. El día era bochornoso, y este cambio, desde el calor despiadado y visible de los campos secos a la fresca oscuridad, llena de la austeridad de los cedros y del canto de los pájaros que habían sido conducidos a su frondoso asilo, resultaba exquisitamente refrescante. Busqué el misterio, como siempre, pero al no encontrar el barranco muy comunicativo, desmonté, llevé a mi sudoroso caballo hacia la espesura, lo até con firmeza a un árbol y me senté en una roca a meditar.

Comencé por analizar con valor mi superstición preferida sobre aquel lugar. Una vez que hube desglosado sus elementos integrantes, los dispuse en un número oportuno de tropas y escuadrones y, reuniendo todas las fuerzas de la lógica, avancé hacia ellos desde unas premisas inexpugnables, acompañado de un estruendo de conclusiones irresistibles, de un gran ruido de carros y del clamor intelectual general. Entonces, cuando mis tremendos cañones mentales habían vencido toda oposición y su rugido reverberaba de un modo casi imperceptible en la lejanía del horizonte de la pura especulación, el derrotado enemigo se desplegó por la retaguardia, concentró sus fuerzas sigilosamente formando una falange compacta, y me capturó, con todos los bártulos. Me asaltó una sensación de terror indescriptible. Para deshacerme de ella, me puse en pie y empecé a abrirme paso por la estrecha vaguada, siguiendo una vieja cañada llena de hierba que discurría por el fondo, en sustitución del arroyo que la naturaleza había olvidado proveer.

Los árboles entre los que se perdían los caminos eran normales, plantas de buen comportamiento, un poco perversas en el tronco y excéntricas en las ramas, pero sin nada de misterioso en su aspecto general. Unos cuantos peñascos se habían desprendido de las laderas del barranco para establecerse independientemente en el fondo, habían destrozado la cañada, aquí y allá, pero su pétreo reposo no tenía en absoluto la rigidez de la muerte. Había un silencio sepulcral en el valle, es cierto, y por encima de él se escuchaba un misterioso susurro: era el viento, que acariciaba las copas de los árboles; eso era todo.

No se me había ocurrido relacionar el relato del borracho Jo. Dunfer con lo que ahora buscaba; sólo cuando llegué a un espacio abierto y tropecé con los troncos a ras de suelo de algunos árboles pequeños, tuve la revelación. Era el emplazamiento de la cabaña abandonada. El descubrimiento quedó verificado al advertir que algunos de los podridos tocones estaban mellados alrededor, de un modo que nunca se le ocurriría a un leñador, mientras otros aparecían cortados limpiamente, y los extremos de los troncos correspondientes tenían esa forma de cuña roma producida por el hacha de un maestro.

El claro que había entre los árboles no abarcaba más de treinta pasos. A un lado había un pequeño otero, un montículo natural sin arbustos, aunque cubierto de plantas silvestres, sobre las que sobresalía ¡la lápida de una tumba!

No recuerdo haber sentido por aquel descubrimiento nada parecido a sorpresa. Observé aquella tumba solitaria con una sensación semejante a la que Colón debió de experimentar cuando vio las colinas y promontorios del Nuevo Mundo. Antes de acercarme a ella acabé de examinar con calma los alrededores. Incluso fui culpable de la presunción de dar cuerda al reloj en aquella hora tan insólita, sin tomar precauciones ni decisiones innecesarias. Después, me aproximé al misterio.

La tumba, bastante pequeña, se encontraba en mejor estado del que cabría esperar por su edad y aislamiento, y hubo un pequeño gesto de sorpresa en mis ojos cuando descubrieron un manojo de inconfundibles flores cultivadas que daban prueba de haber sido regadas recientemente. Sin lugar a dudas la lápida había servido alguna vez como escalón. Sobre ella aparecía grabada, o mejor dicho excavada, una inscripción que decía lo siguiente:

AH WEE— CHINO

Edad desconocida. Trabajó para Jo. Dunfer.

Este monumento fue erigido por él para mantener fresca la memoria del chino.

Asimismo como aviso a los Celestiales para que no presuman.

¡Que el diablo se los lleve!

Ella era un buen tipo.

Soy incapaz de expresar mi asombro ante aquella extraña inscripción. La escasa, aunque suficiente, identificación del difunto, el candor atrevido de la confesión, el brutal anatema, el absurdo cambio de sexo y sentimiento: todo indicaba que este protocolo era obra de alguien que, como mínimo, debía de haber estado tan loco como afligido. Pensé que cualquier revelación posterior sería una miserable decepción, por lo que, con un respeto inconsciente por el efecto dramático, me di la vuelta completamente y me alejé de allí. No volví por aquella parte de la región en cuatro años.

II

Quien hace a los bueyes ciegos debería él mismo estarlo

—¡Arre, viejo Fuddy-Duddy^[8]!

Esta orden singular salió de los labios de un extraño hombrecillo sentado en lo alto de un carro lleno de leña, tirado por una yunta de bueyes, que avanzaban lentamente simulando un poderoso esfuerzo que evidentemente no engañaba a su amo y señor. Como en aquel momento daba la casualidad de que aquel individuo me estaba mirando a mí, que me encontraba junto a la carretera, directamente a la cara, no quedaba del todo claro si era a mí a quien se dirigía o a sus bestias; tampoco podría decir si se llamaban Fuddy y Duddy, y eran las dos sujeto del imperativo «arre». De cualquier modo, la orden no tuvo ningún efecto sobre nosotros y el extraño hombrecillo apartó sus ojos de los míos mucho antes de golpear alternativamente a Fuddy y a Duddy con una vara larga, mientras juraba en voz baja pero con decisión: «¡Maldita sea vuestra piel!», como si disfrutaran de aquel tegumento en común. Al comprobar que la petición de que me llevara no había atraído su atención lo más mínimo y sintiendo que me iba quedando cada vez más rezagado, coloqué un pie sobre la circunferencia interior de una rueda trasera que, al girar, me elevó lentamente hasta la altura del centro, desde donde abordé la empresa, *sans cérémonie*, de arrastrarme hasta sentarme al lado del cochero, que no me prestó atención hasta que hubo administrado otro castigo indiscriminado a su ganado, acompañado del consejo de «¡esforzaos, malditos incapaces!». Después, el amo del carromato (o mejor dicho, el amo anterior, porque no pude evitar un sentimiento caprichoso de que todo aquel tinglado era mi legítimo premio) apuntó sus grandes ojos negros hacia mí y, mostrando una expresión extraña y en cierto modo desagradable, familiar, dejó a un lado la vara (que ni floreció ni se convirtió en serpiente, como yo casi había esperado), se cruzó de brazos y preguntó solemnemente:

—¿Qué hizo con el viejo Whisky?

Mi respuesta natural habría sido que me lo había bebido, pero había algo en la pregunta que me sugirió un significado oculto, y algo en el hombre que no invitaba a hacer un chiste fácil. Por eso, al no tener ninguna otra respuesta preparada, simplemente contuve la lengua, aunque sentí como si se me estuviera acusando de algo y mi silencio se interpretara como una confesión.

En ese momento una sombra fría me cubrió la mejilla, lo que me obligó a levantar la vista. ¡Estábamos entrando en el barranco! No sé cómo expresar la sensación que me produjo: no había estado allí desde que me abrió su pecho cuatro años antes, y ahora me sentía como alguien a quien un amigo afligido ha confesado un delito acaecido hace tiempo, y al que, por consiguiente, se ha abandonado vilmente. Los viejos recuerdos de Jo. Dunfer, su revelación incompleta y la insuficiente nota aclaratoria en la lápida, volvieron sobre mí con una claridad meridiana. Me pregunté qué habría sido de Jo. Me di la vuelta rápidamente y pregunté a mi prisionero. Estaba vigilando sus bueyes con atención y, sin apartar la vista de ellos, contestó:

—¡Arre, vieja tortuga! Yace al lado de Ah Wee, ahí delante, en el barranco.

¿Quieres verlo? Siempre vuelven al lugar; te estaba esperando. ¡Sooo!

Al oír la larga vocal, Fuddy-Duddy, la tortuga inútil, se detuvieron, y antes de que el sonido se perdiera por el barranco habían doblado sus ocho patas y yacían en el camino polvoriento, sin tener en cuenta las consecuencias sobre su maldita piel. El extraño hombrecillo se deslizó del asiento al suelo y echó a andar por el barranco sin dignarse a volver la cabeza para ver si yo le seguía. Y así era.

Era más o menos la misma estación del año, y casi la misma hora del día, que cuando lo visité por última vez. Los arrendajos vociferaban con fuerza y los árboles susurraban misteriosamente, como la otra vez. Por alguna razón, en los dos sonidos observé una fantástica analogía con la abierta jactancia de la verborrea del señor Jo. Dunfer y la secreta reticencia de sus modales, y con la indistinta severidad y ternura de su única producción literaria: el epitafio. Todo parecía seguir igual en el valle, salvo la cañada, que estaba prácticamente cubierta de maleza. Sin embargo, cuando llegamos al «claro» la alteración era mayor. Entre los tocones y troncos de los pequeños árboles caídos, aquellos que habían sido cortados «al estilo chino» no se distinguían ya de los que lo habían sido «al modo mexicano». Era como si el barbarismo del Viejo Mundo y la civilización del Nuevo hubieran reconciliado sus diferencias por medio del arbitrio de un deterioro imparcial, como ocurre entre los pueblos civilizados. El otero seguía allí, pero los peñascos tudescos habían invadido y casi arrasado las lacias hierbas. Y la patricia violeta de jardín había capitulado ante su hermano plebeyo (tal vez había retornado a su forma original). Otra tumba, un túmulo grande y vigoroso, había sido construida junto a la primera, que parecía encogerse ante la comparación. A la sombra de una nueva lápida, la vieja yacía postrada, con su maravillosa inscripción ilegible por la acumulación de hojas y tierra. En cuanto al mérito literario, la nueva era inferior a la antigua, resultando incluso repulsiva por su humor lacónico y salvaje:

JO. DUNFER. ELIMINADO.

Me aparté de ella con indiferencia y, retirando las hojas que cubrían la lápida del pagano difunto, devolví a la luz las palabras burlonas que, frescas aún después de su largo olvido, daban la impresión de tener un cierto patetismo. Mi guía también pareció adoptar una seriedad añadida al leerla y creí detectar bajo su actitud caprichosa algo de honorabilidad, casi de dignidad. Pero mientras le observaba, su aspecto anterior, tan sutilmente inhumano, tan atormentadamente familiar, volvió a surgir de aquellos enormes ojos, repugnantes y a la vez atractivos. Decidí poner fin a aquel misterio, si es que era posible.

—Amigo —dije señalando la tumba más pequeña—, ¿asesinó Jo. Dunfer a ese chino?

Estaba apoyado contra un árbol, con la vista en la copa de otro o en el cielo azul que había más allá. No apartó la vista, ni varió su postura, mientras decía lentamente:

—No, señor. Cometió un homicidio justificado.

—Entonces, realmente le mató.

—¿Matarle? Debería decir que sí, claro. ¿No lo sabe ya todo el mundo? ¿No se presentó al juez y lo confesó? ¿Y no hubo un veredicto de «encontró la muerte» por un saludable sentimiento cristiano que actuaba en el corazón caucasiano? ¿Y no rechazó la iglesia de Mexican Hill a Whisky por eso? ¿No le eligió el pueblo soberano Juez de Paz para que ajustara las cuentas con los evangelistas? No sé dónde se ha criado usted.

—Pero ¿hizo Jo. eso porque el chino no quería, o no quiso, aprender a talar árboles como lo hacen los blancos?

—¡Claro! Así consta en el protocolo, lo que lo convierte en verdadero y legal. Que yo conozca mejor los hechos no supone ninguna diferencia respecto a la verdad legal; no fue mi funeral y nadie me invitó a pronunciar una oración. Pero el hecho es que Whisky tenía celos de *mí* —añadió aquel tunante, henchido de orgullo como un pavo real, mientras pretendía ajustarse un imaginario lazo de corbata, añadiendo el efecto producido por la palma de su mano, colocada delante de él como si fuera un espejo.

—¡Celos de *usted*! —repetí con una asombrosa mala educación.

—Eso he dicho. ¿Por qué no? ¿No tengo yo buen aspecto? —adoptó una actitud burlona con estudiada gracia y se estiró el raído chaleco para quitarle las arrugas. Después, haciendo que el tono de su voz decreciera hasta un nivel muy bajo, de una dulzura excepcional, prosiguió—: Whisky pensaba mucho en aquel chino; nadie más que yo sabía cómo le mimaba. No podía soportar dejar de verle, ¡el maldito protoplasma! Y cuando un día vino a este claro y nos encontró a él y a mí descuidando el trabajo (a él dormido y a mí quitándole una tarántula de la manga), Whisky agarró mi hacha y nos sacudió, bien y fuerte. Yo conseguí esquivar el golpe, porque la araña me picó, pero a Ah Wee le dio de lleno en un costado y empezó a revolverse. Whisky iba a asestarme un hachazo cuando vio la araña agarrada a mi dedo. Entonces se dio cuenta de que había hecho una barbaridad. Tiró el hacha y se arrodilló junto a Ah Wee quien, dando un pequeño puntapié y abriendo los ojos (que eran iguales que los míos), estiró los brazos, agarró la desagradable cabeza de Whisky y la mantuvo así mientras estuvo allí. Lo que no duró mucho, porque un temblor le recorrió el cuerpo y, tras emitir un quejido, la espichó.

Durante el desarrollo de la historia, el narrador se había ido transfigurando. El elemento cómico, o mejor dicho, sardónico, había desaparecido, y mientras relataba aquella extraña escena me fue difícil mantener la compostura. Este actor consumado me había manejado de tal modo que la compasión debida a sus *dramatis personae* le fue otorgada a él. Avancé para agarrarle la mano, pero de repente una amplia sonrisa apareció en su rostro.

Con una risa ligeramente burlona, continuó:

—Cuando Whisky consiguió sacar el gatzate de allí, verle era todo un

acontecimiento. Sus elegantes ropas (vestía de un modo deslumbrante por entonces) estaban completamente destrozadas. Tenía el pelo revuelto y la cara (lo que pude ver de ella) estaba más blanca que la flor de lis. Me lanzó una larga mirada y apartó la vista hacia otro lado, como si yo no contara; y entonces sentí unos agudos pinchazos que me subían desde el dedo hasta la cabeza, y Gopher se vio rodeado de oscuridad. Por eso no estuve presente en la investigación.

—Pero ¿por qué contuvo la lengua después?

—Mi lengua es así —replicó, sin decir una palabra más sobre ello.

»—Después de aquello —continuó aquel individuo— Whisky se dio cada vez más a la bebida y llegó a convertirse en un fanático «anti-coolie», aunque no creo que se alegrara especialmente de haberse deshecho de Ah Wee. Nunca se dio tanta importancia por ello cuando estábamos solos como la vez en que consiguió un oído tan atento, de una maldita «extravaganza espectacular», como el suyo. Levantó la lápida y excavó con la gubia, de acuerdo con su carácter mutable, esta inscripción. Tardó tres semanas, trabajando cuando no estaba borracho. Yo grabé la suya en un día.

Entonces pregunté con descuido:

—¿Cuándo murió Jo.?

La respuesta me dejó sin respiración:

—Poco después de que yo le viera a través del agujero del tablón, cuando usted le puso algo en el *whisky*, ¡maldito Borgia!

Una vez repuesto de mi sorpresa por tan asombrosa acusación, estaba casi dispuesto a estrangular a aquel difamador audaz, pero la repentina convicción que me asaltó a la luz de aquella revelación, me reprimió. Le miré seriamente y le pregunté, con la mayor tranquilidad que pude:

—¿Y cuándo se volvió usted loco?

—¡Hace nueve años! —exclamó, extendiendo sus puños cerrados—. Hace nueve años, ¡cuando aquel salvaje mató a la mujer que le amaba a él, y no a mí! A mí, que le había seguido desde San Francisco, ¡donde el viejo Whisky la había ganado en una partida de póquer! A mí, que me había preocupado por ella durante años, ¡cuando el canalla al que pertenecía se avergonzaba de reconocerla y tratarla bien! A mí, que por el bien de ella mantuve oculto su terco secreto ¡hasta que la devoró! A mí, que cuando usted envenenó a la bestia ¡cumplí su último deseo de yacer al lado de ella y colocar una lápida junto a su cabeza! Y desde entonces nunca he vuelto a visitar la tumba de Ah Wee, porque no quiero encontrarme con él aquí.

—¿Encontrarse con él? Pero, Gopher, mi pobre amigo, ¡él está muerto!

—Por eso le tengo miedo.

Seguí a aquel desgraciado hasta la carreta y estreché su mano para despedirme. La noche empezaba a caer y, mientras me encontraba allí, junto al camino, observando los vagos contornos del carro que se alejaba en aquella creciente oscuridad, me llegó un sonido a través del viento vespertino, un sonido semejante al

de una serie de golpes vigorosos, y una voz salió de la noche:
—Arre, maldito viejo Geranio^[9].

EL FAMOSO LEGADO DE GILSON

Gilson tuvo un destino cruel. Ése fue el juicio breve, frío aunque simpático, de la opinión pública más cualificada de Mammon Hill, lo que equivale a decir que tal fue el dictamen de las gentes más respetables.

El veredicto del grupo contrario, aunque puede que haya que hablar de los impugnadores de dicho dictamen —la gente que se aparta con los ojos hinchados, inquieta, para meterse en el tugurio de Molí Gurney mientras los más respetables beben en el espléndido *saloon* del señor Jo Bentley—, fue prácticamente el mismo, aunque expresado con cierta y mayor elaboración estilística, por así decirlo, gracias al uso de pintorescas exclamaciones que no viene al caso repetir ahora. Mammon Hill se hallaba así virtualmente unido, en esta ocasión, al menos en un sentido: el asunto Gilson. Y debe señalarse aquí que, al menos en un aspecto, al señor Gilson no le iba nada bien.

Brentshaw lo había conducido hasta el pueblo aquella mañana, donde lo acusaron públicamente como cuatrero; mientras tanto, un oficial pasaba el rato cerca de un árbol, con una soga nueva que manoseaba con deleite, mientras Pete, el carpintero, entre trago y trago, mas sin cesar un segundo en su actividad, iba montando una caja de pino de un largo y un ancho en los que podía caber perfectamente el señor Gilson. Ya emitido el veredicto social, sólo quedaba entre Gilson y la eternidad la digna y breve formalidad de un juicio.

He aquí la breve historia del reo: había residido, hasta poco tiempo atrás, en New Jerusalem, sobre el brazo norte del Little Stony, pero justo antes de que la *corrida*^[10] del oro despoblara el lugar en busca de nuevas vetas, había llegado él a los lavaderos de oro recién descubiertos en Mammón Hill. La nueva de los yacimientos descubiertos había resultado de lo más oportuna para el señor Gilson, puesto que acababa de serle notificado, por la policía de New Jerusalem, que mejoraría mucho su vida, y aun sus posibilidades de seguir viviendo, si se largaba de una vez para dirigirse a cualquier otro lugar. La lista de los sitios a los que podía dirigir sus pasos sin mayor peligro no incluía, empero, cualquiera de los viejos campamentos. Por eso tuvo que instalarse en Mammón Hill. Y como le fueron siguiendo todos sus jueces, bajo tenaz vigilancia, hubo de mantener una conducta intachable, incluso circunspecta. No obstante, jamás se le había visto laborar en cualquier industria de las muchas y muy honestas que habían superado la prueba del código de estricta moralidad de la región, un lugar en el que, salvo jugar al póquer, todo resultaba gravemente sospechoso. Más aún, se presumía que era Gilson el autor de las muchas y muy audaces depredaciones, que así las llamaba alguien, que se habían cometido recientemente en los propios lavaderos de oro.

El señor Brentshaw sobresalía de entre los demás en lo que a sus sospechas se refiere, las cuales, por otra parte, dejaron de ser tales para convertirse en una fuerte

convicción. En todo momento, fuese o no oportuno, Brentshaw manifestaba su convicción de que había unas relaciones evidentes entre el señor Gilson y aquellas nada santas empresas nocturnas, manifestando a la vez que estaba dispuesto a crear los orificios necesarios —a balazos, incluso— para que penetrase el sol de la verdad a través de quien mostrase una opinión contraria a la suya... Como allí todo el mundo amaba la paz por encima de cualquier cosa, nadie osó llevarle la contraria en lo sucesivo.

Sin entrar en el caso, al menos a fondo, cabe decir que Gilson perdía con frecuencia más dinero en la mesa de juego de Jo Bentley que todo el que se supiera había ganado honestamente jugando al póquer durante sus días de estancia en el campamento. Pero al fin el señor Bentley —temiendo, es probable, perder el patronazgo más rentable del señor Brentshaw— se negó perentoriamente a seguir jugando y alegó al mismo tiempo, con su estilo franco y sencillo, que el privilegio de perder dinero en «este banco», decía, era una bendición que pertenecía, provenía en buena lógica —y era sinónimo— de una condición de notoria rectitud comercial y preclara reputación social.

Los vecinos de Mammon Hill pensaron que ya era hora de ocuparse de una persona a la que el más honorable ciudadano de la villa había tenido a bien desairar de tal manera, aun a costa de un sacrificio personal considerable. En especial para el grupo de New Jerusalem comenzó a disminuir entonces la gracia que hiciera a sus componentes su propio disparate de exiliar a un vecino indeseable al lugar donde ellos mismos habían ido a residir. Llegó el momento en que la opinión pública de Mammon Hill fue unánime. No se hablaba mucho de ello, pero que Gilson debía ser ahorcado estaba fuera de toda duda; era algo que, aun sin decirlo, flotaba «en el aire» de todas las conversaciones.

En este momento crítico y crucial para sus asuntos, dio señales de un cambio en su forma de vida, si no de su conciencia. Quizá no fuese sólo que el cierre del *banco* ya no le permitía encontrar uso para su polvo de oro... En cualquier caso, los depósitos ajenos de polvo de oro dejaron de verse amenazados, eso es verdad... Pero era imposible reprimir las abundantes energías de una naturaleza como la suya, y continuó, seguro que por costumbre, nada más, discurriendo por los tortuosos caminos que había recorrido, dando más de una ganancia considerable a Bentley. Tras un par de fallidas tentativas de asalto en los caminos —si es que puede uno aventurarse a dar tan terrible nombre a sus intentos de hacerse con algo en los senderos vecinales—, hizo otro par de intentos más, aunque produciéndose ahora en el robo de caballos... Fue en el desarrollo de una prometedor empresa de este carácter, justamente cuando la marea más alta parecía alejarlo ya de los arrecifes, cuando naufragó... Porque en una brumosa noche de luna, el señor Brentshaw apareó su caballo al de una persona que evidentemente estaba abandonando esa región del país, puso una mano sobre la cuerda que unía la muñeca del señor Gilson con la yegua baya del señor Harper, lo golpeó levemente en su mejilla con el cañón del

revólver de grueso calibre, y le rogó que le diera el placer de acompañarle en la dirección opuesta a aquella en que viajaba.

El destino, sí, fue realmente duro, cruel, con el señor Gilson.

A la mañana siguiente fue juzgado, condenado y sentenciado. Sólo quedaba, en lo que tenía que ver con su carrera terrenal, ahorcarlo, dejando para narrar con más detalle su testamento, que con gran esfuerzo escribió entre rejas, y en el cual, sin duda por causa de una confusa e imperfecta noción sobre los derechos de sus captores, legó cuanto tenía a su «verdugo legal», según escribió él mismo, el señor Brentshaw. El legado, cabe destacarlo, estaba sometido en cualquier caso a la condición de que el legatario quitara el cuerpo del testador del árbol del ahorcado, para darle «cristiana sepultura».

Así es que el señor Gilson iba a ser..., iba a decir que iba a ser *columpiado*, pero no me parece este informe el más adecuado para hacer uso del argot; además, la forma en que la ley llegó a su meta, que no es otra que el necesario resplandor de la justicia, queda mejor descrita en las palabras del juez que dictó sentencia: «condenado a la horca».

A su debido tiempo, el señor Brentshaw, un tanto conmovido por aquel detalle del reo, y seguramente por el vano elogio representado por el legado, se dirigió a donde se alzaba el árbol del ahorcado para hacerse con su fruto... Cuando descolgó el cuerpo encontró en el bolsillo del chaleco que aún tenía puesto el cadáver un codicilo del testamento, debidamente autenticado ante los suficientes testigos. La naturaleza de sus prescripciones explicaba la forma en que se había ocultado, porque de haber sabido Brentshaw las condiciones bajo las cuales iba a heredar los bienes de Gilson, es más que probable que hubiera rehusado semejante responsabilidad legal. En resumidas cuentas, lo más sustancioso del codicilo de marras era lo siguiente:

Dado que, en diversas oportunidades, y en varios lugares, diferentes personas habían afirmado que durante su vida el testador les había robado sus depósitos de oro en polvo, si en los cinco años siguientes a la fecha de aquel documento alguien podía probar tal afirmación ante un tribunal, dicha persona debería recibir en concepto de indemnización todas las propiedades, de orden personal y real, que el testador dejaba al morir, sin que hubieran de tenerse en cuenta, por otra parte, ni las costas del juicio, ni cierta compensación para el albacea y beneficiario, Henry Clay Brentshaw; y si se diera el caso de que más de una persona aportase tal prueba, la sucesión debería repartirse en partes iguales entre todas ellas. Pero en el supuesto de que nadie pudiera establecer tal forma de culpa del testador, todos los bienes, menos los gastos del juicio, como ya se dijo, debían ir a manos de Henry Clay Brentshaw, para que de ellos dispusiera como se establecía en aquellas últimas voluntades del reo.

Admito que la sintaxis de este documento, sucintamente expuesto, pueda ser susceptible de dura crítica, pero me parece que su significado queda expuesto de forma muy clara. La ortografía, por lo demás, no atendía a norma alguna, mas resultando ser esencialmente fonética, al menos no era ambigua. Como bien hizo

notar el probo juez que vio el caso, sólo con cinco ases en la mano se podría rebatir la lógica del documento... Al oír esto, por cierto, el señor Brentshaw sonrió ampliamente y tras officiar los ritos póstumos requeridos con gran ostentación, incluso con una ostentación más jocosa que risueña, juró solemnemente como albacea y heredero condicional, de acuerdo con los términos de una ley rápidamente aprobada con cierto sentido del humor, todo hay que decirlo, por un legislador del distrito de Mammon Hill. Esta ley, se descubrió posteriormente, había creado también tres o cuatro empleos de lo más lucrativos, y autorizado a su vez el gasto de una considerable suma de dineros de fondo público para la construcción de un puente sobre la vía del ferrocarril que quizá con mayor ventaja podría haberse levantado en un lugar donde hubiera... vías del ferrocarril, precisamente.

Claro está, Brentshaw no esperaba enriquecerse con el legado de Gilson, ni quería litigar como consecuencia de tan insólitas disposiciones. Gilson, aunque era un hombre al que todos decían *adinerado*, a veces se había mostrado como uno de esos tipos con quienes los cobradores de impuestos se daban por más que contentos sólo si no perdían dinero... Pero una investigación de sus papeles, hecha no muy a fondo, revelo la existencia de títulos de propiedad sobre valiosas tierras en el este del estado, así como unos cuantos certificados de depósitos por sumas increíbles en bancos no tan escrupulosamente severos, paradójicamente, como el del señor Jo Bentley.

Noticias tan sorprendentes no podían por menos que conocerse de inmediato, dejando a los habitantes de Mammon Hill en un estado de excitación próximo al febril... *The Patriot*, el periódico de Mammon Hill, cuyo editor había sido una de las personalidades más señaladas en el proceso social mediante el que se echó a Gilson de New Jerusalem, publicó una necrológica en términos harto elogiosos para con el ya muerto, y tuvo a bien, incluso, destacar que su más despreciable colega, *The Clarion*, de Squaw Gulch, se burlaba de los virtuosos al adular a quien en vida había despreciado el vil pasquín, expulsándolo de su hogar. Sin dejarse amedrentar por las invectivas de la prensa, los postulantes, de acuerdo con lo dispuesto en el testamento, no tardaron mucho en presentarse con sus pruebas; y fastuosa como era la herencia de Gilson, pareció notablemente mezquina en comparación con el vasto número de depósitos de oro en polvo de los cuales se pretendía afirmar que había sido obtenida. ¡La región se alzó, pues, como un solo hombre!

El señor Brentshaw supo estar a la altura de las circunstancias. Con una muy astuta aplicación de unos cuantos manejos, digamos que de orden secundario, al punto erigió sobre los restos mortales de su benefactor un fastuoso mausoleo que sobresalía por encima de los más grandes del cementerio, haciendo escribir un epitafio, compuesto por él mismo, en el que alababa la honradez del muerto, su espíritu benefactor para con la comunidad, y las innumerables y muy notables virtudes de quien allí había recibido tierra, «víctima de las injustas calumnias de la viperina raza de los difamadores».

No conforme, contrató a los mejores abogados del estado para defender la

memoria del finado, y así, durante cinco largos años, los tribunales se vieron ocupados en los litigios suscitados por el legado de Gilson. A las finas argucias leguleyas, el señor Brentshaw oponía argucias aún más finamente leguleyas, y hasta forenses; a la puja por los favores venales, ofrecía precios que descalabraban el mercado; los jueces encontraron en su hospitalaria mesa acogida para los hombres y para las bestias, con una munificencia jamás registrada en todo el territorio. Cabe decir que fueron enfrentados los falsos testigos con otros de falsía aún mayor.

Pero no quedo confinada la batalla en el templo de la ciega diosa de la Justicia, no; por el contrario, invadió la prensa, los pulpitos de las iglesias, las salas de estar de las casas; corrió por ferias y mercados, tomó asiento en las salas de reunión de los más importantes hombres de negocios, en las aulas de las escuelas; incluso se detuvo largo rato en las esquinas de las calles... Cuando llegó al fin el último día de tan memorable lapso de tiempo al que se reducían las acciones legales seguidas en todo lo referido al legado de Gilson, se puso el sol sobre una región en la que el sentido de la moralidad había muerto irremisiblemente, en la que la conciencia social se había enquistado, en la que la capacidad intelectual de las gentes se había disuelto como un azucarillo en el agua, de tanta debilidad y confusión como había venido mostrando. Brentshaw, empero, ganó en todos los sentidos.

Ocurrió aquella noche que el cementerio, en uno de cuyos rincones yacían los ahora memorables restos mortales del buen Milton, el señor Gilson, el caballero Gilson, se vio inundado por una súbita tromba de agua, lo que es como decir por una tormenta fulminante. Crecido por la lluvia incesante, el arroyo, llamado del Gato, había lanzado a través de sus márgenes agua en auténtica furia, incontenible agua, que después de hacer huecos enormes donde la tierra era menos firme, se había remansado en parte, pero sólo en parte, como avergonzada del sacrilegio, mas dejando a la vista unas cuantas cosas —las imaginará el lector— que antes habían permanecido piadosamente ocultas. Hasta el muy famoso monumento fúnebre dedicado a Gilson, orgullo y gloria de Mammon Hill, había dejado de ser un clamor contra «la viperina raza de los difamadores», sucumbiendo ante la poderosa corriente en tromba, o lo que es igual, derrumbándose parcial pero suficientemente... El fantasmagórico torrente había exhumado, en fin, el pobre cajón de pino, que ahora yacía, a medias expuesto, en un penoso contraste con el pomposo monolito que como una gigantesca nota admirativa destacaba tal aparición.

Hasta ese lugar tan deprimente, como llevado por algún sutil influjo que no había intentado siquiera resistir, ni analizar mínimamente, se dejó ir el señor Brentshaw. Un gran cambio había experimentado, por cierto, el señor Brentshaw. Cinco años de esfuerzo, de ansiedad, de insomnio, habían teñido sus negros rizos con ondas y motas blancas, encorvándose además su elegante figura, afilándosele el rostro y rebajado su andar antes fuerte y seguro a un titubeante arrastre de los pies. Aquel lustro completo de feroz batallar no había dejado huellas menos hirientes en su corazón, y cabe decir que en su intelecto... El buen humor de antaño, aquellas carcajadas con que había

aceptado el legado de Gilson, había cedido el sitio a una melancolía que parecía ya perfectamente enraizada en su espíritu. Su intelecto firme y vigoroso, incluso retador, acaso en exceso maduro, había caído en una blanda, pastosa suavidad, más propia de esa segunda infancia que es la vejez mal llevada. Su amplia capacidad de comprensión se había estrechado a unos límites inimaginables cinco años atrás, para acomodarse en una única y muy fija idea; y en vez de la incredulidad callada y cínica de otros tiempos, de sus días de mayor esplendor, mostraba una fe obsesiva en lo sobrenatural; una fe que volaba y revoloteaba en su espíritu, sombrío como un murciélago de ominosa locura. Errático en todo, su entendimiento se aferraba a una sola convicción con la tenacidad de un intelecto tan arruinado como pugnaz: la creencia inamovible en la total inocencia de Gilson. Había jurado frecuentemente, defendiéndola en los tribunales, la había sostenido de tal manera en sus conversaciones privadas además, la había establecido tan frecuentemente mediante testimonios que mucho dinero le habían costado (ese mismo día, sin ir más lejos, había pagado el último dólar al señor Jo Bentley, el último en testimoniar acerca del buen carácter y absoluta probidad de Gilson), que el asunto fue para él una especie de dogma religioso de imprescindible defensa por el bien de la humanidad. Le parecía ser la única verdad grande, central y básica de la existencia; la única y serena verdad en un mundo poblado por la mentira.

Aquella noche, al sentarse pensativo sobre el mausoleo en ruinas, tratando de descifrar a la incierta luz de la luna el epitafio que él mismo había escrito cinco años atrás con una ya muy olvidada sonrisa en los labios, lágrimas de un remordimiento indecible asomaron a sus ojos cuando recordó que él mismo había sido el principal instrumento para arreglar, mediando un falso testimonio, la muerte de aquel buen hombre, porque en uno de los procedimientos judiciales, el señor Harper, por una razón olvidada había jurado y declarado que en la transacción sin importancia que concernía a su yegua baya, el muerto había actuado estrictamente de acuerdo con los deseos digamos *harperianos*, comunicados confidencialmente al muerto y ocultados fielmente por éste, aunque eso le costara la vida. ¡Todo lo que Brentshaw había hecho desde entonces por la memoria del muerto parecía ya a sus ojos penosamente inadecuado, sumamente mezquino, despreciable y hasta empañado por su propio egoísmo!

Mientras estaba allí sentado, torturándose con inútiles recriminaciones, una vaga sombra cubrió sus ojos. Miró hacia lo alto, a la luna que comenzaba a brillar, y vio algo parecido a una desdibujada y acuosa nube que la oscurecía, una nube un tanto lechosa; pero al moverse percibió la imagen clara, nítida, de una figura humana. La aparición se destacó por un momento y creció visiblemente; se acercaba. Ofuscado como estaba, atrapado a medias por el miedo y el aturdimiento, Brentshaw pudo percibir también, o creer que así ocurría, que se trataba de una forma ultraterrena, algo que tenía al menos una extraña similitud con el aspecto mortal del recordado Milton Gilson poco antes de que lo bajara del árbol donde había sido ahorcado.

El parecido era grande, ciertamente; incluso se parecían en los ojos grandes y de mirada fija; hasta en cierto círculo oscuro alrededor del cuello... No llevaba chaleco, la figura, ni sombrero, tal y como no lucía dichas prendas el pobre Gilson cuando lo metieron sin muchas contemplaciones en el cajón de pino. A Pete el carpintero, por cierto, alguien había tenido que hacerle semejante servicio tiempo atrás... El espectro, si es que lo era, parecía llevar en las manos algo que Brentshaw no lograba distinguir. Se acercó y se detuvo finalmente junto al cajón que había contenido los restos mortales del señor Gilson, cuya tapa estaba a medio levantar mostrando un interior incierto. Inclinandose sobre el cajón, el fantasma, si es que lo era, pareció meter la mano allí, como si buscara algo, pero no, lo que hizo fue meter algo, aquello que llevaba en la mano, o mejor dicho, lo que hizo fue verter lo que llevaba en una especie de cuenco, una sustancia oscura y de consistencia más que dudosa... Luego se deslizó furtivamente hacia la parte más baja del cementerio; allí, el torrente que se remansaba había regado literalmente de ataúdes la tierra, entre los cuales chapoteaba poco después el fantasma con suaves sollozos y ahogados susurros. La aparición se inclinó sobre uno de los ataúdes, cepilló cuidadosamente su contenido, para meter unas cenizas en el mismo cuenco de antes, y regresó a su propio cajón de pino, donde vació el recipiente como lo había hecho antes. Repitió esta misma operación con todos los ataúdes abiertos, remojando varias veces el cuenco cargado en el agua, y agitándolo suavemente para liberarlo del sucio barro, y siempre atesorando el residuo en su cajón. En resumen, la parte inmortal del recordado Milton Gil— son estaba limpiando el polvo de sus vecinos del cementerio y agregándolo generosamente al suyo propio.

Quizá era el fantasma de una mente desequilibrada en un cuerpo consumido por la fiebre... Quizá se trató sólo de una solemne farsa urdida por juguetonas existencias de esas que moran en las sombras a lo largo de la frontera con el otro mundo... Sólo Dios sabe de qué se trató. A nosotros nos queda, únicamente, observar que cuando el sol del día siguiente tocó con gracia áurea el arrasado cementerio de Mammon Hill, su rayo más dulce se posó sobre el blanco e inmóvil rostro de Henry Brentshaw, muerto entre todos los muertos.

LA JARRA DE SIROPE

Este relato comienza con la muerte de su protagonista. Silas Deemer falleció el 16 de julio de 1863 y, dos días después, sus restos recibieron sepultura. Su entierro, según el periódico local, fue «muy concurrido», pues todos los hombres, mujeres y hasta los más jóvenes de su pueblo le habían conocido personalmente. De acuerdo con una costumbre de la época, el féretro fue abierto junto a la tumba para que los amigos y vecinos asistentes desfilaran ante él y pudieran contemplar, por última vez, el rostro del finado. Después, a la vista de todos, Silas Deemer fue inhumado. Se puede afirmar que, aunque no todos los presentes estuvieron muy atentos, el sepelio no pasó inadvertido y cumplió las formalidades exigidas: Silas estaba indudablemente muerto y nadie podría mencionar un solo fallo en la ceremonia que hubiera justificado su regreso desde la tumba. Sin embargo, y a pesar de que el testimonio humano tiene siempre una gran validez en cualquier situación (incluso una vez consiguió acabar con la brujería en Salem), Silas regresó.

Olvidé señalar que estos hechos tuvieron lugar en el pueblecito de Hillbrook, donde Silas había vivido durante treinta y un años. Su profesión fue la que en algunas partes de la Unión (país libre reconocido) se conoce como *tendero*; es decir, tenía un comercio en el que vendía las mercancías propias de este tipo de negocios. Nadie puso nunca su honradez, al menos por lo que sabemos, en tela de juicio, pues todo el mundo le tenía en gran estima. Los más exigentes hubieran podido reprocharle un celo riguroso en su actividad. No lo hicieron, aunque a otros que mostraban menos interés en su trabajo se les juzgaba con más severidad. El negocio de Silas era, en su mayor parte, de su propiedad, y eso, probablemente, pueda haber supuesto una diferencia.

En el momento de su fallecimiento nadie recordaba un solo día, exceptuando los domingos, que no hubiera pasado en la tienda desde su apertura, veinticinco años antes. Su salud había sido siempre estupenda y nunca había sentido una tentación suficientemente fuerte como para abandonar el mostrador. Se cuenta que una vez se le citó como testigo en un importante caso y no se presentó. El abogado que tuvo la osadía de pedir que se le amonestara fue informado solemnemente de que la sala consideraba dicha petición «con extrañeza». Como a los abogados no les gusta provocar la sorpresa judicial, la moción fue rápidamente retirada y se llegó a un acuerdo entre las partes sobre lo que el señor Deemer habría dicho si hubiera estado presente (acuerdo que fue aprovechado hasta el límite por la acusación para que el supuesto testimonio dañara claramente los intereses de la defensa). En resumen, toda la región coincidía en que Silas Deemer representaba la única verdad inamovible en Hillbrook y en que su desplazamiento podría traer consigo una desgracia pública o una calamidad fatal.

La señora Deemer y sus dos hijas mayores ocupaban el piso superior de la tienda,

pero a Silas nunca se le había ocurrido dormir en otro lugar que no fuera su catre tras el mostrador. Y fue precisamente allí donde una noche le encontraron, casi por accidente, agonizando, y donde expiró sin tiempo apenas para echar el cierre. Aunque no hablaba, parecía consciente, y los que mejor le conocieron creen que, si su final se hubiera retrasado más allá de la hora normal de apertura, las consecuencias que tal situación hubiera producido sobre él habrían sido lamentables.

Tal era el carácter de Silas Deemer y tal la precisión e invariabilidad de su vida y costumbres que el humorista del pueblo (que hasta había estado una vez en la universidad) propuso otorgarle el sobrenombre de *Viejo Ibidem*, y señaló sin ningún ánimo de ofender, en la edición del periódico local posterior a su muerte, que Silas se había tomado «un día libre». En realidad fue más de un día, aunque si nos remitimos a las pruebas, parece que el señor Deemer dejó bien claro, en sólo un mes, que no disponía de tiempo para estar muerto.

Uno de los ciudadanos más respetables de Hillbrook era Alvan Creede, el banquero. Residía en la casa más elegante de la localidad, disponía de carruaje y era considerado digno de aprecio por muchas razones. Como solía ir a Boston con frecuencia, conocía las ventajas que proporciona viajar. Se decía incluso que una vez había estado en Nueva York, pero rechazaba con modestia tan admirable distinción. El asunto se menciona aquí con el único propósito de subrayar la valía del señor Creede ya que, en cualquier caso, honra a su inteligencia, si es que había entrado en contacto, aunque fuera temporalmente, con la cultura metropolitana; y a su franqueza, en caso contrario.

Una agradable noche de verano, sobre las diez, el señor Creede, después de cruzar la verja de su jardín y recorrer bajo la luz de la luna el paseo de gravilla, subió los escalones de piedra de su elegante mansión. Se detuvo un instante y metió la llave en la cerradura. Al abrir la puerta se encontró con su esposa, que se dirigía a la biblioteca. Ella le saludó amablemente y sostuvo la puerta para que entrara. Pero Alvan Creede se volvió y, mirando hacia sus pies, exclamó con sorpresa:

—Pero ¿qué diablos ha sido de la jarra?

—¿Qué jarra, Alvan? —preguntó su mujer, que no le entendía.

—Una jarra de sirope de arce que traía de la tienda y dejé ahí para abrir la puerta. ¿Dónde diablos...?

—Alto, alto, Alvan. Deja de hablar así —dijo la señora, interrumpiéndole.

Hay que señalar que Hillbrook no es el único lugar de la cristiandad en que un politeísmo rudimentario prohíbe tomar el nombre del diablo en vano.

La jarra que, gracias a un relajado estilo de vida provinciano, el más ilustre vecino había traído desde la tienda, había desaparecido.

—¿Estás seguro, Alvan?

—Pero, querida, ¿crees que un hombre no sabe cuándo lleva una jarra en las manos? Compré el sirope en la tienda de Deemer. Él mismo la llenó, me la dio y...

La frase permanece hasta hoy inconclusa. El señor Creede entró en la casa

tambaleándose, cruzo el recibidor y se dejó caer sobre un sillón. Le temblaban las extremidades. De pronto se había dado cuenta de que Silas Deemer llevaba tres semanas muerto.

La señora Creede, en pie junto a su esposo, le observaba con sorpresa y preocupación.

—Por el amor de Dios —dijo—, ¿qué te pasa, Alvan?

Como sus males no tenían una relación aparente con un pase a mejor vida, el señor Creede no consideró necesario dar una explicación y permaneció en silencio, con la mirada perdida. Hubo un largo silencio, roto únicamente por el rítmico tic-tac del reloj que, más lento que de costumbre, parecía concederle cortésmente algo de tiempo para recuperar la cordura.

—Jane, me he vuelto loco, eso es lo que ocurre —farfulló con voz apagada—, Me lo podrías haber dicho antes de que los síntomas llegaran a tal extremo que yo mismo los descubriera. Imaginé que pasaba por delante del comercio de Deemer; estaba abierto y había luz dentro, al menos así me lo pareció. Ya, ya sé que lleva tiempo cerrado. Pero Silas estaba de pie detrás del mostrador. Le vi con la misma claridad que te estoy viendo a ti. Recordé que necesitabas un poco de sirope de arce, así que entré y lo compré. Eso fue todo. Compré dos cuartos a Silas Deemer que, desde luego, está bien muerto y enterrado; pero, a pesar de ello, echó el sirope del tonel a la jarra y me la dio. Incluso me dirigió la x palabra; con un tono más grave, eso sí, más grave del que era su tono habitual... pero no me acuerdo de lo que me dijo. ¡Dios santo!, le vi. Le vi y hablé con él... ¡Y está muerto! Bueno, todo esto lo imaginé, porque estoy loco, más loco que una cabra. Y tú sin decirme nada.

Este monólogo dio tiempo a la señora Creede para recuperarse.

—Alvan —dijo—, tú nunca has dado muestras de locura, créeme. Sin duda todo ha sido una ilusión. No puede ser otra cosa, ¡sería horrible! Pero no estás loco; lo que pasa es que trabajas demasiado. No deberías haber asistido esta tarde al consejo de administración. No sé cómo no se dieron cuenta de que estabas enfermo. Sabía que algo iba a ocurrir.

El señor Creede seguramente pensó que el presentimiento de su mujer llegaba demasiado tarde. Pero no dijo nada porque estaba preocupado por su situación. Había conseguido tranquilizarse y ahora empezaba a pensar con coherencia.

—Sin duda el fenómeno fue subjetivo —explicó, con ridículos términos de argot científico—, pues, aunque la aparición de un espíritu e incluso su materialización son posibles, la visión y tangibilidad de una jarra de medio galón, hecha de tosca y ruda cerámica, salida de la nada, es difícilmente concebible.

Cuando estaba acabando de hablar, su hija pequeña, en camisón, entró correteando en la habitación. Se echó sobre su padre y, rodeándole el cuello, dijo:

—Papi malo, olvidaste entrar a darme un beso. Te oímos abrir la puerta y nos levantamos—. Y añadió—: Papi, Eddy dice que si se puede quedar con la jarrita cuando esté vacía.

Mientras el significado completo de aquella revelación llegaba al cerebro de Alvan Creede, éste se estremeció palpablemente. Era evidente que la niña no podía haber entendido una sola palabra de la conversación anterior.

Como las propiedades de Silas Deemer estaban en manos de un administrador que consideraba que lo mejor era deshacerse del negocio, la tienda había sido cerrada a la muerte de su propietario, y los artículos vendidos a otro comerciante que se los había llevado en bloque. También estaban vacías las habitaciones superiores, pues la viuda y sus hijas se habían marchado a otra ciudad.

La tarde siguiente a la aventura de Alvan Creede (que de algún modo ya era de dominio público) una multitud de hombres, mujeres y niños llenaba la acera frente a la tienda. Aunque muchos se mostraban incrédulos, todos los habitantes de Hillbrook sabían que el espíritu de Silas Deemer rondaba por el lugar. Los más agresivos y, en general, los más jóvenes lanzaban piedras contra la fachada, poniendo especial cuidado en no dar a las ventanas que aún tenían las persianas subidas: la incredulidad todavía no llegaba a maldad. Unas pocas almas audaces cruzaron la calle y golpearon en la puerta. Tras encender unas cerillas, las acercaron al escaparate con el fin de poder ver algo en el oscuro interior. Otros espectadores hacían alarde de su ingenio desafiando al fantasma con gritos y chillidos a una carrera.

Pasado un rato sin que ocurriera nada, y cuando algunos comenzaban a marcharse, los que quedaban advirtieron que el interior de la tienda estaba bañado por una luz amarillenta y difusa. En ese instante todas las manifestaciones cesaron. Los intrépidos que se habían acercado a la puerta y a las ventanas retrocedieron hasta la acera y se mezclaron con el gentío; los jóvenes dejaron de tirar piedras. Ahora nadie levantaba la voz sino que, con nerviosos susurros, señalaban hacia aquella claridad que iba en aumento. Era difícil saber cuánto tiempo había pasado desde el primer resplandor, pero al final la luz fue suficiente para iluminar todo el interior de la tienda. Y en ella, de pie tras el mostrador, junto a su mesa, se pudo ver claramente a Silas Deemer.

El efecto sobre la multitud fue increíble. La gente comenzó a dispersarse con rapidez por ambos flancos, y los más asustadizos abandonaron definitivamente el lugar. Muchos corrían con todas las fuerzas que les daban sus piernas; otros, con mayor dignidad, se marchaban despacio y volvían de vez en cuando la cabeza para echar un último vistazo por encima del hombro. Al final sólo quedaron unos veinte, casi todos hombres, que permanecían en silencio, absortos, y mostraban un aspecto nervioso. El fantasma no les prestó la más mínima atención: al parecer estaba ocupado con su libro de cuentas.

Al cabo de unos instantes, tres hombres salieron del grupo que había en la acera y, llevados por un mismo impulso, cruzaron la calle. Cuando uno de ellos, el más robusto, estaba a punto de derribar la puerta con el hombro, ésta, al parecer sin mediación humana, se abrió y los audaces investigadores entraron. Apenas cruzaron el umbral, según pudieron observar los timoratos observadores exteriores,

comenzaron a actuar de un modo inexplicable: tendían sus manos en busca de ayuda, seguían trayectorias tortuosas, chocaban entre ellos, con el mostrador, con las cajas y toneles... Iban de un lado para otro en busca de una salida, pero parecían incapaces de volver sobre sus pasos. A pesar de sus gritos y maldiciones, el fantasma de Silas Deemer seguía sin mostrar el menor interés en lo que ocurría.

Guiados por no se sabe qué impulsos, los de fuera hicieron una simultánea y tumultuosa acometida hacia la puerta. Como todos querían ser los primeros, la entrada quedó bloqueada, por lo que finalmente decidieron ponerse en fila y avanzar de uno en uno. Por algún extraño arte espiritual o físico la observación se transformó en acción: los espectadores comenzaron a tomar parte en el espectáculo y el público ocupó el escenario.

Alvan Creede, único espectador que quedaba al otro lado de la calle, pudo ver claramente lo que ocurría en el interior de la tienda, que aparecía inundado de luz y cada vez con más gente. Para los de dentro, por el contrario, la oscuridad era total: era como si los que cruzaban el umbral quedaran ciegos y enloquecieran por tal desgracia. Andaban a tientas e intentaban salir contra la corriente, a empujones y codazos, por lo que se caían y pisoteaban una y otra vez. Se agarraban de la ropa, del pelo, de la barba; luchaban como fieras y gritaban y se insultaban furiosamente. Cuando el señor Creede vio a la última persona penetrar en aquel espantoso tumulto, la luz que antes todo lo iluminaba se convirtió en una oscuridad tan palpable para él como para los del interior. Alvan Creede dio media vuelta y se alejó de aquel lugar.

A la mañana siguiente, una multitud de curiosos se reunió en torno a la tienda. Entre ellos se encontraban los que habían huido la noche anterior, envalentonados ahora por la luz del sol, y los que iban a sus labores cotidianas. La puerta del inmueble seguía abierta, pero el lugar estaba vacío. Por todo el suelo, sobre las paredes y muebles, se veían jirones de ropa y mechones de pelo. Los virulentos habitantes de Hillbrook habían conseguido, no se sabe cómo, salir de allí y habían vuelto a casa a curar sus heridas; seguro que habían pasado una mala noche. Tras el mostrador, sobre la mesa polvorienta, estaba el libro de cuentas. Las anotaciones, con letra de Deemer, acababan el dieciséis de julio, fecha de su muerte: no quedaba constancia de una posterior venta a Alvan Creede.

Y esta es toda la historia. Las pasiones de la gente se calmaron y la razón volvió a prevalecer. Todo Hillbrook coincidía en que, teniendo en cuenta el carácter respetable e inofensivo de su primera transacción comercial bajo las nuevas condiciones, se podía permitir que Silas Deemer, después de muerto, continuara con su negocio en el viejo local, pero sin atropellos. El cronista de la localidad, de cuya obra inédita se ha extraído el relato de los hechos, tuvo la precaución de mostrarse de acuerdo con esa idea.

LA ALUCINACIÓN DE STALEY FLEMING

De los dos hombres que estaban hablando, uno era médico.

—Le pedí que viniera, doctor, aunque no creo que pueda hacer nada. Quizá pueda recomendarme un especialista en psicopatía, porque creo que estoy un poco loco.

—Pues parece usted perfectamente —contestó el médico.

—Juzgue usted mismo: tengo alucinaciones. Todas las noches me despierto y veo en la habitación, mirándome fijamente, un enorme perro negro de Terranova con una pata delantera de color blanco.

—Dice usted que se despierta; pero ¿está seguro de eso? A veces, las alucinaciones tan sólo son sueños.

—Oh, me despierto, de eso estoy seguro. A veces me quedo acostado mucho tiempo mirando al perro tan fijamente como él a mí... siempre dejo la luz encendida. Cuando no puedo soportarlo más, me siento en la cama: ¡y no hay nada en la habitación!

—Mmmm... ¿qué expresión tiene el animal?

—A mí me parece siniestra. Evidentemente sé que, salvo en el arte, el rostro de un animal en reposo tiene siempre la misma expresión. Pero este animal no es real. Los perros de Terranova tienen un aspecto muy amable, como usted sabrá; ¿qué le pasará a éste?

—Realmente mi diagnosis no tendría valor alguno: no voy a tratar al perro.

El médico se rió de su propia broma, pero sin dejar de observar al paciente con el rabillo del ojo. Después, dijo:

—Fleming, la descripción que me ha dado del animal concuerda con la del perro del fallecido Atwell Barton.

Fleming se incorporó a medias en su asiento, pero volvió a sentarse e hizo un visible intento de mostrarse indiferente.

—Me acuerdo de Barton —dijo—. Creo que era... se informó que... ¿no hubo algo sospechoso en su muerte?

Mirando ahora directamente a los ojos de su paciente, el médico respondió:

—Hace tres años, el cuerpo de su viejo enemigo, Atwell Barton, se encontró en el bosque, cerca de su casa y también de la de usted. Había muerto acuchillado. No hubo detenciones porque no se encontró ninguna pista. Algunos teníamos nuestra «teoría». Yo tenía la mía. ¿Pensó usted algo?

—¿Yo? Por su alma bendita, ¿qué podía saber yo al respecto? Recordará que me marché a Europa casi inmediatamente después, y volví mucho más tarde. No puede pensar que en las escasas semanas que han transcurrido desde mi regreso pudiera construir una «teoría». En realidad, ni siquiera había pensado en el asunto. Pero ¿qué pasa con su perro?

—Fue el primero en encontrar el cuerpo. Murió de hambre sobre su tumba.

Desconocemos la ley inexorable que subyace bajo las coincidencias. Staley Fleming no, o quizá no se habría puesto en pie de un salto cuando el viento de la noche trajo por la ventana abierta el aullido prolongado y lastimero de un perro distante. Recorrió varias veces la habitación bajo la mirada fija del médico, hasta que, parándose abruptamente delante de él, casi le gritó:

—¿Qué tiene que ver todo esto con mi problema, doctor Halderman? Se ha olvidado del motivo de que le hiciera venir.

El médico se levantó, puso una mano sobre el brazo del paciente y le dijo con amabilidad:

—Perdóneme. Así, de improviso, no puedo diagnosticar su trastorno... quizá mañana. Hágame el favor de acostarse dejando la puerta sin cerrar, yo pasaré la noche aquí, con sus libros. ¿Podrá llamarme sin levantarse de la cama?

—Sí, hay un timbre eléctrico.

—Perfectamente. Si algo le inquieta, pulse el botón, pero sin erguirse. Buenas noches.

Instalado cómodamente en un sillón, el médico se quedó mirando fijamente los carbones ardientes de la chimenea y meditando en profundidad, aunque aparentemente sin propósito, pues frecuentemente se levantaba y abría la puerta que daba a la escalera, escuchaba atentamente y después volvía a sentarse. Sin embargo, acabó por quedarse dormido y al despertar había pasado ya la medianoche. Removió el fuego, cogió un libro de la mesa que tenía a su lado y miró el título. Eran las *Meditaciones* de Denneker. Lo abrió al azar y empezó a leer.

«Lo mismo que ha sido ordenado por Dios que toda carne tenga espíritu y adopte por tanto las facultades espirituales, también el espíritu tiene los poderes de la carne, aunque se salga de ésta y viva como algo aparte, como atestiguan muchas violencias realizadas por fantasmas y espíritus de los muertos. Y hay quien dice que el hombre no es el único en esto, pues también los animales tienen la misma inducción maligna, y...».

Interrumpió su lectura una conmoción en la casa, como si hubiera caído un objeto pesado. El lector soltó el libro, salió corriendo de la habitación y subió velozmente las escaleras que conducían al dormitorio de Fleming. Intentó abrir la puerta pero, contrariando sus instrucciones, estaba cerrada. Empujó con el hombro con tal fuerza que ésta se abrió. En el suelo, junto a la cama en desorden, vestido con su camisón, yacía Fleming moribundo.

El médico levantó la cabeza de éste del suelo y observó una herida en la garganta.

—Debería haber pensado en esto —dijo, suponiendo que se había suicidado.

Cuando el hombre murió, el examen detallado reveló las señales inequívocas de unos colmillos de animal profundamente hundidos en la vena yugular.

Pero allí no había habido animal alguno.

EL SUPPLICANTE

Un niño robusto, saltando con mucha alegría en la nieve caída durante la noche, y alentado por la alegría de su hermanita, que seguía las huellas hechas por él en la nieve, un robusto muchachito, el hijo del ciudadano más distinguido de Grayville, tropezó con un objeto del que no había signo visible en la nieve. Esta narración no tiene otra finalidad que la de explicar cómo llegó aquella cosa a dicho lugar.

Nadie que haya tenido alguna vez el privilegio de atravesar Grayville de día puede haber dejado de observar al menos una vez el gran edificio de piedra que corona la baja colina al norte de la estación del ferrocarril, a la derecha, en dirección a Great Mowbray. Es un edificio de aspecto un tanto opaco, no exactamente oscuro, claro, y parece haber sido pensado por un arquitecto que rehuyó toda publicidad, pero que, incapaz de ocultar su trabajo—incluso obligado en esa ocasión a emplazarlo en una elevación a la vista de todo el mundo—, hizo cuanto estuvo en su mano para evitar que fuese mirado más de una vez. En lo que concierne a su aspecto exterior y visible, el Asilo para Ancianos Abersush, que tal es el nombre del edificio, resulta, cuando menos, inhóspito. Pero se trata de un edificio grande, que costó a su magnánimo fundador las ganancias de muchos cargamentos de té, sedas y especias que sus barcos traían de otros mundos cuando él se dedicaba al comercio desde sus oficinas de Boston... Aunque habría que señalar que su gasto principal no fue otro que el de la inauguración, pues tan audaz benefactor había robado a sus herederos no menos de medio millón de dólares, para repartirlo en donaciones de lo más extravagantes. Es posible que con la idea de alejarse del gran testigo silencioso se deshiciera poco después de todas las propiedades que le quedaban en Grayville, que diese luego la espalda al lugar objeto de su derroche, y que partiera, cruzando el mar, oculto en uno de sus propios barcos... Pero los aficionados al cotilleo, que recibían su inspiración más importante del cielo, a lo que parece, declararon que había partido en busca de esposa. Semejante teoría, sin embargo, no casaba fácilmente—nunca mejor dicho— con la del humorista más notable de la villa, quien señaló con harta solemnidad que aquel filántropo soltero había dejado esta vida—o sea, que había abandonado Grayville— porque las señoritas casamenteras del lugar lo perseguían en exceso, más allá de lo debido, que es como decir más allá de la honestidad debida... Fuesen las que fueran sus razones, no volvió; y aunque de vez en cuando corrían por Grayville rumores, tan vagos como desganados, a propósito de sus andanzas por tierras extrañas, nadie parecía saber con certeza de él, por lo que para las nuevas generaciones no era sino un simple apellido que se veía en la piedra del portal del asilo para los ancianos del lugar.

A pesar de todo, sin embargo, el asilo era un lugar de retiro suficientemente cómodo para sobrellevar esas enfermedades con las que tenían que cargar sus huéspedes por el simple hecho de ser pobres y viejos. En la época a la que se refiere

esta breve crónica no había allí más de veinte viejos, los cuales, no obstante, por su amargura e ingratitud en general parecían más de cien... Eso era lo que opinaba el superintendente, Silas Tilbody^[11]. Su más firme convicción consistía en que siempre, al admitir a nuevos viejos para reemplazar a los que se habían ido a otro asilo mejor, al definitivo, los miembros del directorio tenían la evidente intención de perturbar su paz y de poner a prueba su paciencia. En verdad, cuanto más tiempo permanecía relacionado con la institución, más sentía que la benevolencia del fundador se veía desvirtuada por el hecho de aceptar que hubiese ancianos viviendo en el asilo. Del pobre hombre no se puede decir que fuese un tipo imaginativo, pero usaba las pocas luces que tenía para hacer del asilo para los ancianos una especie de castillo español, en el cual él y sólo él era el castellano, y recibía con hospitalidad a una veintena de elegantes y prósperos señores de edad proveya, que gozaban de un excelente sentido del humor y que tenían, naturalmente, el mejor de los deseos de pagar por su alojamiento y manutención. En tal proyecto filantrópico, los directores, a quienes debía su cargo y ante los cuales era responsable de su conducta, no aparecían, felizmente... En lo que les concernía, el ya mencionado humorista local decía que la forma en que administraban tan encomiable obra de caridad era en sí misma una invitación al ahorro. Nada tenemos que ver con la indiferencia que el humorista esperaba se extrajera de su punto de vista; los ancianos del asilo no opinaban ni a favor ni en contra, aun siendo los más interesados en el asunto. Vivían lo poco que les quedaba de vida, entraban silenciosamente en tumbas numeradas con prolijidad, y eran sucedidos por otros ancianos tan parecidos a ellos. Si el asilo era un lugar en el que se sancionaban los pecados devenidos de la prodigalidad, los veteranos transgresores buscaban justicia con una persistencia que atestiguaba la sinceridad de su penitencia. Queremos pedir la atención del lector para uno de ellos.

En lo que a sus trazas se refiere, esa persona no era precisamente atractiva. A no ser por la estación, pleno y muy frío invierno, un observador desaprensivo podría haberlo confundido con aquella inteligente treta del granjero que no está dispuesto a compartir los frutos de su esfuerzo con los cuervos, que ni se esfuerzan ni nada... Un error que no se habría disipado sin una observación más aguda que la que parecía justificar, ya que su desplazamiento por la calle Abersush, hacia el asilo, en la espesura tenebrosa de la noche invernal, no era más rápido que el que hubiera podido observarse en un espantapájaros dotado de mucha salud, de mucha juventud y de mucho descontento.

Aquel hombre iba, desde luego, muy mal vestido; ir bien vestido hubiera sido impropio de él, aunque no es menos verdad que, así y todo, no carecía de cierto buen gusto, ya que postulaba al asilo, donde la pobreza constituía toda una cualificación necesaria para hacerse con un puesto. En el ejército de los indigentes, el uniforme no es otro que los harapos; sirven para distinguir a los soldados de los oficiales de reclutamiento.

Al cruzar los portones, arrastrando los pies sobre la ancha vereda ya blanca por la

nieve que caía copiosamente, el anciano fue inspeccionado por el gran globo de luz que siempre quedaba encendido a la entrada. Para evitar ser descubierto por aquella luz giró a la izquierda, y luego de caminar una distancia considerable alrededor del edificio llamó a una puerta más pequeña. Abrió el propio Tilbody. Al ver al hombre que llamaba, que de inmediato se quitó el sombrero en señal de respeto, y que hasta se enderezó un poco, muy dignamente, el gran hombre, Tilbody, no dio la menor muestra de asombro, ni de sorpresa leve, ni siquiera de disgusto. El señor Tilbody estaba de muy buen humor, algo que podía atribuirse a la alegre circunstancia del momento, ya que celebraba la Navidad con su felicidad de buen cristiano, lo que es como decir dispuesto a propagar por el mundo la bondad y la alegría. Tilbody se hallaba tan rebosante de espíritu navideño que de su rostro redondo y de sus ojos de un azul muy pálido emanaba un resplandor extraordinariamente amable; un resplandor que desde luego era una lástima que no pudiera convertirse en una especie de efluvio contagioso. Iba con sombrero, botas, abrigo y paraguas, como corresponde a una persona que está a punto de exponerse a los rigores de la noche invernal, todo por llevar a cabo alguna acción de índole inequívocamente caritativa. Así era. Tilbody acababa de despedirse de su mujer y de sus hijos para bajar al pueblo y comprar cuanto fuese menester para confirmar esa falsedad anual que concierne al santo barrigón que se cuela por las chimeneas para premiar a los niños que son buenos, y en especial a los que dicen la verdad y todo eso. Así que no hizo entrar al anciano, sino que lo saludó con mucha alegría:

—¡Bien, amigo! Justo a tiempo... Ha tenido suerte; llega a venir un poco después y ya no me encuentra... Vamos, no tengo tiempo que perder. Demos un paseo...

—Gracias —dijo el anciano, sobre cuyo rostro consumido, pálido, pero no del todo embrutecido, es más, bastante noble por el contrario, la luz que salía del interior demostraba una expresión acaso de mucho desaliento—, Pero si tuviera a bien, si mi ruego...

—Bueno, es que los directores —dijo Tilbody cerrando la puerta— han decidido no admitirlo a usted aquí...

Quizá haya sentimientos que no son los más apropiados para la Navidad, pero el humor, como la muerte, hace suyos todos los momentos.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó el anciano con una voz tan débil y ronca que su invocación tuvo de todo menos de impresionante, e incluso pareció a Tilbody risible.

—Sí —prosiguió Tilbody, acomodando el paso al del anciano, que mecánicamente, y de manera bastante pesada, desandaba sobre sus propias huellas el camino de ida recién hecho—. Los directores han decidido que, a la vista de las circunstancias, deberá comprender usted la inconveniencia de que sea recibido en nuestra institución. Como superintendente y secretario *ex officio* del honorable directorio, es mi deber informarle que el diácono Byram, presidente de honor del asilo, considera que su presencia en nuestro benemérito hogar, querido amigo, sería, dadas las actuales circunstancias, repito, particularmente embarazosa. Creí que era mi

deber poner en conocimiento del honorable directorio el relato que me hizo usted ayer mismo acerca de sus necesidades presentes, de su estado de salud y de las dificultades que la Providencia ha tenido a bien oponer a su propósito perfectamente aceptable de explicar sus razones en persona; mas luego de una muy cuidadosa y me atrevo a decir que devota consideración de su caso, y siempre con el mayor de los espíritus debidos a estas fiestas navideñas, se decidió que no nos podíamos permitir hacer nada que pudiera disminuir la utilidad de nuestra institución, confiada, con el beneplácito de la Providencia, a nuestros cuidados.

Ya se habían alejado del asilo; la farola de la calle, frente al portón, apenas se veía de tanto como nevaba. Parecía dudar el anciano a qué lugar dirigirse. Tilbody se había alejado un poco, pero se detuvo y giró a medias hacia él, aparentemente dispuesto a no dejar pasar la ocasión de seguir hablando.

—Dadas las circunstancias, pues, la decisión adoptada... siguió diciendo.

Pero el anciano parecía inaccesible a la persuasión de su verbo fluido; cruzaba en aquel momento la calle hacia un terreno baldío y proseguía avanzando con dificultad entre la nieve, aunque seguía sin saber a qué punto cardinal dirigir sus pasos. Cosa, por lo demás, en la que nada de irracional había; la verdad es que no tenía un maldito lugar al que ir.

Fue así como sucedió que a la mañana siguiente, cuando las campanas de las iglesias de todo Grayville tañían con redoblado fervor, un fervor tan en consonancia con las fiestas que se celebraban, el robusto hijito del diácono Byram, abriéndose paso entre la nieve hacia la iglesia, golpeó con su pie el cuerpo de Amasa Abersush, filántropo.

CONSUNCIÓN DE UNA IDENTIDAD

I

La revista como una manera de la bienvenida

Una noche de verano se hallaba un hombre en una baja colina desde la que se dominaban el bosque y los campos. Gracias a la luna llena, que pendía baja del cielo, por el oeste, supo que aquella noche no sería como las otras; en realidad lo había intuido desde el comienzo de la puesta de sol.

La leve luz de la luna se extendía sobre la tierra, velando parcialmente el paisaje que se avistaba desde la colina, pero los árboles podían contemplarse aún incólumes en sus masas de hojas oscuras, ofreciendo un evidente contraste con la todavía perceptible claridad del cielo. También se avistaban desde allí tres o cuatro granjas, aunque en ninguna de ellas hubiera luz. Nada sugería vida, existencia, salvo el ladrido lejano de un perro, el cual, mecánico en sus repeticiones, acentuaba la soledad de aquel escenario.

El hombre miraba con mucha curiosidad en todas las direcciones, como alguien que, aun hallándose en un escenario que le es suficientemente familiar, no puede determinar su lugar exacto en ese mundo y su papel entre todas las cosas que percibe. Algo parecido, suponemos, a ese instante en que, tocados por la muerte, aguardamos la llamada para rendir cuentas en el juicio.

A cien yardas había un camino estrecho, iluminado en blanco por la luna. A fin de orientarse, como lo harían un explorador o un navegante, el hombre echó un vistazo hasta donde le era posible ver, y a una distancia aproximada de un cuarto de milla en dirección sur vio que un grupo de hombres a caballo ponía rumbo hacia el norte. Tras ellos iban hombres a pie conformando una columna, con los rifles al hombro. Marchaban despacio y en silencio. Otro grupo de hombres a caballo, poco después, seguido de otra columna de Infantería. Y otra más, a poca distancia. Y otra. Y otra... Y al final, una batería de artilleros con los cañones tirados por muías. Una procesión incesante, al cabo, que del sur se dirigía al norte en medio de una oscuridad cada vez más cerrada, de la que no se dejaba sentir una voz, ni, por curioso que pueda parecer, un casco de caballo, ni un rechinar de ruedas.

El hombre que observaba aquel desfile se mostró, por ello, asombrado, sin dar crédito a lo que veía. Llegó a creer que se había vuelto sordo, y al preguntarse en voz alta si así era, comprobó que no, que oía perfectamente, como siempre. Su voz tan conocida lo llenó, por ello, de tranquilidad, incluso le confortó especialmente. Ni el timbre ni la resonancia le habían abandonado. No obstante, y precisamente porque no se había quedado sordo, aquel desfile silencioso volvió a concitar su atención alarmada.

Recordó entonces, sin embargo, haber oído hablar alguna vez de un fenómeno al que llaman «sombra acústica». Algo así como que, si te encuentras en una cierta dirección de algo, puede que no oigas lo que de allí proviene, por iniciarse precisamente en una zona de «sombra acústica». En la batalla de Gaines Mili, una de las más duras de la guerra civil americana, una batalla en la que tomaron parte cientos de cañones, gentes que estaban a milla y media de distancia, en el valle de Chickahominy, nada oían de lo que estaban viendo. El bombardeo de Port Royal se dejó sentir en St. Augustine, a ciento cincuenta millas al sur, pero no fue audible hacia el norte, a la misma distancia. Pocos días antes, en las cercanías de Appomattox^[12], se desencadenó una gran tormenta de truenos. Las fuerzas de Sheridan^[13] y las de Pickett^[14] apenas estaban a una milla de distancia entre sí, pero las del segundo general no se percataron de aquello.

El hombre del que hablamos no estaba al cabo de estos pormenores concretos, pero como había oído hablar del fenómeno al que aludimos algo era capaz de colegir, por lo que el silencio de la tropa que veía pasar no podía escapar a sus consideraciones. A pesar de ese leve conocimiento que sobre el fenómeno tema, se sintió inquieto. Aunque habría que señalar que también a causa de algo distinto a un temor a la tropa que marchaba bajo la luz de la luna. Un temor difícil de precisar, una angustia parecida a la derivada de una premonición.

«¡Dios mío!», exclamo para sí, pero sintió que sus pensamientos no eran tales, sino una voz que se los decía. «Si esos tipos van tranquilamente en la dirección que siguen, quiere decir que hemos perdido la batalla y se dirigen en triunfo a Nashville».

Entonces sintió una aguda aprensión, una consciencia clara del peligro, como si alguien le avisara de lo que podría sucederle. Se refugió al amparo de un árbol. El batallón pasaba ahora muy cerca de donde estaba.

El silbido de la brisa le heló el cuello y la espalda. Se volvió hacia el este y vio a lo lejos una leve franja de luz, el primer signo que avisaba del retorno de la luz diurna. Aquello aumentó su aprensión.

«Debo largarme de aquí cuanto antes —pensó—, o seré descubierto y apresado».

Se dirigió a una zona aún más oscura apretando el paso, hacia el este. Desde la segura cubierta que le ofrecía una formación de cedros quiso observar de nuevo el paso de aquella columna silenciosa. Pero el camino estrecho y blanco a la luz de la luna parecía desnudo y desolado.

Estaba atónito. Era imposible que aquella nutrida fuerza hubiera concluido ya su

marcha. No podía comprender nada. Los minutos pasaban sin que se percatase de que lo hacían. Había perdido la noción del tiempo. Pensó en varias soluciones para el enigma en que se debatía, pero sin hallarlas. Cuando al fin logró salir de su abstracción el sol comenzaba a brillar sobre las colinas, pero en otro orden de cosas cabe señalar que aquella luz era la única que veía, la del sol; su entendimiento, su capacidad de comprensión seguía en la penumbra, sometiéndolo a tantas dudas como antes de que amaneciera.

Por doquier, sin embargo, los campos no mostraban rastro alguno de la guerra, no habían sido arrasados ni había en ellos cadáveres, caballos muertos, armas abandonadas... De las chimeneas de las granjas salían pequeñas columnas de humo azulado, lo que daba cuenta de la pacífica disposición a la tarea diaria de las gentes que allí vivían. Después de haber mantenido su diálogo inmemorial con la luna, a base de ladridos, el perro guardián de una de aquellas granjas ladraba de nuevo, pero para saludar ahora a un negro que, tras poner los aperos de labranza a dos muías, se disponía a trabajar el campo.

El héroe de nuestra historia parecía en éxtasis, estúpidamente en éxtasis, ante aquella escena pastoril, como si nunca hubiese visto algo semejante en toda su vida. Al fin se movió un poco, lo justo para echarse las manos a la cabeza, ahuecarse el cabello con los dedos y luego contemplarse sin más las palmas de las manos, cosa, seguramente, muy interesante.

Recuperado en apariencia por la escena que contemplaba, comenzó a caminar lentamente hacia el camino.

II

Cuando hayas perdido la vida, consulta a un médico

El doctor Stilling Malson, de Murfreesboro, volvía de visitar a un paciente que vivía a unas seis o siete millas de distancia, en el camino que lleva a Nashville, tras pasar la noche entera a su lado. Al amanecer, había salido de vuelta a casa en su coche tirado por un caballo, como era costumbre hacerlo entre los doctores en aquellos lares y en aquel tiempo. Había pasado así entre las aldeas de Stone's River, pero en una de ellas le salió al paso un hombre agitando los brazos. Detuvo su caballo

el médico y aquel hombre se cuadró ante él y lo saludó militarmente. Pero no iba tocado con una gorra militar, ni vestía uniforme militar, ni tenía precisamente un aire marcial.

El doctor respondió civilmente a su saludo, suponiendo que aquel tipo le saludaba por respeto, porque había oído hablar de la mucha consideración que se le tenía en aquellas aldeas. Como era evidente que el extraño quería hablarle, el médico se inclinó cortésmente hacia él.

—Señor —le dijo el extraño—, aunque sea usted civil me parece más que probable que sea un enemigo...

—Sólo soy médico —fue la respuesta lacónica del doctor Stilling Malson.

—Gracias —dijo el otro—. Soy teniente a las órdenes del general Hazen —hizo una pausa y miró inquisitivamente al médico—. Soy teniente del ejército federal del norte.

El médico no dio muestras de sorpresa ni de alteración.

—Dígame, por favor —siguió el extraño—, qué ha pasado aquí, dónde están los ejércitos, quién ha ganado la batalla...

El médico pareció hacer memoria con los ojos entornados. Tras someter a escrutinio al extraño, más allá incluso de lo correcto, respondió:

—Perdone —dijo sonriendo—, pero antes de responder a sus preguntas quiero hacerle otra... ¿Está usted bien?

—Sí, nada importante, me parece.

El hombre se quitó el sombrero que llevaba, nada militar, por cierto, se llevó una mano a la cabeza, se ahuecó el cabello con los dedos y pasó a contemplarse con mucha atención la palma de la mano.

—Me rozó una bala y perdí el conocimiento, sólo eso —dijo—. Fue como si viese una luz, algo que flotaba por encima de mí: pero cuando desperté no sentía dolor ni tenía sangre... No le he interrumpido el viaje para pedirle ayuda médica... Le pido, por favor, que me lleve hasta mis compañeros, a cualquier lugar donde haya una fuerza federal... si es que sabe usted dónde hay acampados soldados de los míos.

Tampoco esta vez respondió el médico de inmediato: estaba aprendiendo mucho más de lo que había leído en los libros propios de su profesión; aprendía algo acerca de la pérdida de la identidad y de los efectos que produce en la persona que la ha perdido una escena familiar pero distinta. Miró al fin directamente a los ojos de aquel hombre, le sonrió y dijo:

—Teniente, no va usted vestido con el uniforme que por su rango le correspondería.

Pareció reparar el hombre, entonces, en sus ropas civiles, bajo los ojos y dijo con gran excitación.

—Es verdad... Yo... yo... ¡No puedo entenderlo!

Mirándolo de nuevo con mucho interés y con bastante simpatía, el hombre de ciencia le preguntó:

—¿Qué edad tiene?

—Treinta y tres años... si es que eso tiene alguna importancia.

—No los aparenta, me hubiera sido muy difícil suponerle esa edad.

El extraño parecía impacientarse.

—No es preciso que discutamos por cosas como ésa —dijo—. Responda, por favor, a las preguntas que le hice antes. Hace apenas dos horas vi una columna de tropas confederadas avanzando hacia el norte por este mismo camino... Seguro que se ha cruzado usted con ellos. Tenga la bondad, por favor se lo pido, de decirme al menos cual era el color de su uniforme, le prometo que no le molestare más.

—¿Está usted seguro de haber visto lo que dice?

—¿Que si estoy seguro? ¡Por Dios, señor! ¡Si hasta los he contado!

—Bien, realmente lo que dice tiene mucho interés... Pero la verdad es que no me he cruzado con ninguna columna de soldados —dijo el médico rememorando el pasaje del barbero de *Las mil y una noches*.

El extraño lo miró fríamente, como si viera en el médico al mentado barbero.

—Está claro —dijo— que no quiere usted atender a mi ruego... Señor, ¡que se lo lleve a usted el diablo!

Se marchó a buen paso a través de los campos feraces mientras el médico, quien había sido para él mitad penitente, mitad verdugo, lo veía alejarse hasta que desapareció por completo entre los árboles.

III

El peligro de mirar el agua de una acequia

Después de abandonar el camino aquel hombre se sintió más en paz, por lo que siguió andando a buen paso, sin experimentar fatiga. No podía explicarse cuál era la razón de aquella locuacidad del doctor, que de nada, sin embargo, le había servido. Ni una respuesta obtuvo a las preguntas que le hiciera.

Finalmente tomó asiento en una roca, descansó las manos sobre sus rodillas, con las palmas hacia arriba, y como casualmente reparó en ellas... Eran blanquecinas, muy lisas. Se llevó ambas manos a la cara y comenzó a recorrerse el rostro, lentamente, con las puntas de los dedos. ¡Qué extraño era todo! Una bala le había

rozado, haciéndole perder el sentido, pero sin dejar una leve señal ni en su cara ni en su cabeza.

—Puede que haya pasado mucho tiempo en un hospital, que allí me curasen y que no lo recuerde ahora —se dijo en voz alta—. ¿Cómo puedo ser tan imbécil? La batalla fue en diciembre y estamos en verano —y se echó a reír—. Seguro que ese médico me tomó por un lunático... Pero se equivoca... Sólo soy un paciente que quizá se fugó del hospital.

A poca distancia, una pradera en la que había un monolito de piedra llamó su atención. Con una intención no muy clara, se levantó despacio e igualmente despacio se dirigió hasta allí. En el mismo centro de aquella pradera había una pequeña plaza de piedra, que rodeaba al monolito.

Se notaba el paso de los años; entre las piedras había musgo y líquenes, crecían la hierba y los matojos. Como respuesta a las ambiciones de los hombres, el tiempo, simplemente, se había dedicado a destruir lentamente la belleza primera del monumento. Había en el monolito una inscripción que captó de inmediato la atención de aquel hombre, más que nada porque lo que vio primero fue un nombre que le resultaba familiar. Y agitado de la cabeza a los pies, se aferró al monolito para no caerse y leyó:

A LA BRIGADA DEL GENERAL HAZEN

*En memoria de los soldados
que cayeron en combate
en Stone's River
el 31 de diciembre de 1862*

El hombre cayó definitivamente, desesperado y enfermo. Un poco más allá de la pequeña plaza de piedra que rodeaba al monolito, el terreno mostraba una leve depresión, como consecuencia de unas fuertes tormentas recientes.

Por allí rodó desmadejado el extraño, hasta llegar a una pequeña acequia de agua muy clara. Quiso beber, en su afán de recuperar el resuello, y logró ponerse en pie haciendo un gran esfuerzo con brazos y piernas. Entonces se acercó a la acequia y vio su rostro reflejado en el agua, como si de un espejo se tratase. Lanzó un grito espantoso. La fuerza abandonó sus brazos. Cayó al agua y allí perdió la vida que ya había perdido mucho tiempo atrás.

UN VAGABUNDO INFANTIL

Difícilmente habría admirado usted al pequeño Jo si lo hubiera visto de pie en la esquina de una calle bajo la lluvia. Aparentemente se trataba de una tormenta otoñal ordinaria, pero el agua que caía sobre Jo (que no era lo bastante mayor para ser justo o injusto, por lo que quizá no entrara bajo la ley de la distribución imparcial) parecía tener una propiedad peculiar: uno diría que era oscura y adhesiva; pegajosa. Pero resulta difícil que fuera así, incluso en Blackburg, donde ocurrían algunas cosas que se salían bastante de lo común.

Por ejemplo, diez o doce años antes había caído una lluvia de ranas pequeñas, tal como atestiguó creíblemente una crónica contemporánea, que concluía con una afirmación, algo oscura, en el sentido de que el cronista consideraba que significaba un buen momento para el progreso de los franceses.

Años más tarde había caído sobre Blackburg una nevada carmesí; en Blackburg hace frío durante el invierno y las nevadas son frecuentes y copiosas. Mas no cabía ninguna duda al respecto: en aquel caso la nieve tenía el color de la sangre y al fundirse en agua seguía manteniendo esa tonalidad, aunque fuera agua y no sangre. El fenómeno había atraído una amplia atención y la ciencia había dado tantas explicaciones como científicos hubo que se preocuparon por ello, sin llegar a saber nada. Pero los hombres de Blackburg —hombres que durante muchos años habían vivido precisamente donde cayó la nieve roja, y podía suponerse que sabían mucho sobre el asunto— sacudieron la cabeza y dijeron que algo iba a pasar.

Y algo pasó, pues el verano siguiente fue memorable por la prevalencia de una enfermedad misteriosa —epidémica, endémica o Dios sabrá qué, porque los médicos no lo supieron— que se llevó a la mitad de la población. La mayor parte de la otra mitad se había alejado voluntariamente de la ciudad, y empezaron a retornar lentamente, y finalmente lo hicieron todos, y se entregaron a crecer y multiplicarse como antes, aunque desde entonces Blackburg no ha llegado a ser la misma.

De un tipo muy distinto, aunque igualmente «fuera de lo común» fue el incidente del fantasma de Hetty Parlow. El nombre de soltera de Hetty Parlow había sido Brownon, que en Blackburg significaba más de lo que uno podría pensar.

Desde tiempo inmemorial, desde los primerísimos días de los antiguos tiempos coloniales, los Brownon habían sido la familia principal de la ciudad. Eran los más ricos y los mejores, hasta el punto de que Blackburg habría derramado hasta la última gota de su sangre plebeya defendiendo la justa fama de los Brownon. Que se supiera, muy pocos miembros de esa familia vivieron permanentemente lejos de Blackburg, aunque casi todos se habían educado en otro lugar y habían viajado lo suyo, por lo que el número de miembros de la familia era abundante. Los hombres se encargaban de la mayor parte de las funciones públicas, mientras las mujeres se dedicaban primordialmente a las buenas obras. De estas últimas, Hetty era la más amada por la

dulzura de su disposición, la pureza de su carácter y su singular belleza personal. Se casó en Boston con un joven bribón llamado Parlow y, como una buena Brownon, lo llevó inmediatamente a Blackburg, haciendo de él un hombre y un consejero municipal. Tuvieron un hijo al que pusieron de nombre Joseph y al que amaron tiernamente, como acostumbraban a hacer entonces los padres de toda aquella región. Murieron después de la misteriosa enfermedad ya mencionada, por lo que a la edad de un año Joseph quedó huérfano.

Por desgracia para Joseph, la enfermedad que le dejó sin padres no se conformó con eso; acabó prácticamente con todo el contingente de Brownon y sus aliados por matrimonio; y los que huyeron, no regresaron. Rota la tradición, los bienes raíces de los Brownon pasaron a manos extrañas y los únicos Brownon que quedaron en aquel lugar estaban bajo tierra en el Cementerio de la Colina del Roble, donde ciertamente había una colonia de ellos lo bastante poderosa como para resistirse a la invasión de las tribus que les rodeaban y retener la parte mejor de aquellos terrenos. Pero volvamos al fantasma:

Una noche, unos tres años después de la muerte de Hetty Parlow, varios jóvenes de Blackburg pasaron en un carro junto al cementerio de la Colina del Roble; si el lector ha estado allí, recordará que la carretera que conduce a Greenton bordea su perímetro meridional. Habían asistido a una fiesta del día de mayo en Greenton; eso nos sirve para fijar la fecha. En total debían de ser una docena, y formaban un grupo bien alegre, si tenemos en cuenta el legado de tristeza que habían dejado las recientes y sombrías experiencias de la ciudad. Al pasar por el cementerio, el que conducía el carro tiró de pronto de las riendas lanzando una exclamación de sorpresa. Sin duda había motivos suficientes para la sorpresa, pues delante de ellos, casi al lado de la carretera, aunque por la parte interior del cementerio, estaba el fantasma de Hetty Parlow. Nadie dudó al respecto, pues la habían conocido personalmente todos los jóvenes y doncellas del grupo. Aquello sirvió para establecer la identidad del fantasma; su carácter de fantasma se significó con todos los signos habituales: el sudario, el cabello largo y despeinado, la «mirada perdida»... es decir, todo. La inquietante aparición extendía los brazos hacia el oeste, como si estuviera suplicando al lucero de la tarde, que aunque era ciertamente atractivo resultaba a todas luces inalcanzable. Mientras permanecieron sentados y en silencio (así lo cuenta la historia), todos los miembros de aquel grupo de juguistas —aunque sólo se habían alegrado con café y limonada— escucharon claramente al fantasma gritar el nombre de Joey. Un momento después, allí no había nadie. Evidentemente, nadie está obligado a creer todo esto.

Ahora bien, en ese momento, tal como se averiguó más tarde, Joey deambulaba por unos matorrales de artemisa al otro lado del continente, cerca de Winnemucca, en el estado de Nevada. Lo habían llevado a esa ciudad unas buenas personas, que eran parientes lejanos de su fallecido padre, y le habían adoptado y atendido tiernamente. Pero aquella tarde el pobre niño se había alejado de su casa y se encontraba perdido

en el desierto.

Su historia posterior está inmersa en la oscuridad y tiene vacíos que sólo podemos llenar con conjeturas. Se sabe que fue encontrado por una familia de indios piute, que se quedaron con el infortunado pequeño durante algún tiempo y luego lo vendieron; lo vendieron realmente por dinero a una mujer que iba en un tren hacia el este, en una estación bastante alejada de Winnemucca. Se asegura que la mujer hizo todo tipo de investigaciones, pero en vano, por lo que, como era viuda y no tenía hijos, lo adoptó. En este punto de su historia da la impresión de que Jo se aleja bastante de su condición de huérfano; la interposición de una multitud de padres entre él mismo y ese infortunado estado le prometía una prolongada inmunidad con respecto a sus desventajas.

Su madre más reciente, la señora Darnell, vivía en Cleveland, Ohio. Pero no permaneció mucho con ella su hijo adoptivo. Una tarde, un policía que era nuevo en la ronda por aquella zona, lo vio alejándose deliberadamente de su casa, y al interrogarle el niño respondió que «volvía a su hogar». Debió viajar en tren, pues tres días más tarde se encontraba en la ciudad de Whiteville, que como el lector sabe está muy lejos de Blackburg. Sus ropas se encontraban en bastante buenas condiciones, pero él estaba terriblemente sucio. Incapaz de explicarlo, fue detenido por vago y sentenciado a prisión en el Hogar Refugio de Niños, donde le lavaron.

Jo escapó del Hogar Refugio de Niños de Whiteville internándose en el bosque, por lo que el Hogar no volvió a saber nunca de él.

Volvemos a encontrarle, o más bien lo recuperamos, desamparado bajo la fría lluvia otoñal en la esquina de una calle de un barrio de Blackburg; en estos momentos parece adecuado explicar que las gotas de lluvia que caían sobre él no eran en realidad ni oscuras ni pegajosas; lo único que sucedía es que no servían para que su rostro y sus manos dejaran de estar menos negros ni viscosos. Pues lo cierto es que Jo estaba terrible y maravillosamente manchado, como si hubiera salido de la mano de un artista. Además, el pequeño y desamparado vagabundo no tenía zapatos, por lo que sus pies estaban descalzos, rojizos e hinchados, y al caminar cojeaba de ambos. En cuanto a la ropa... ah, no creo que el lector tuviera capacidad de describir ni una sola de las prendas que llevaba, o decir por qué acto de magia se mantenían encima de él. Estaba absolutamente helado, lo que no admitía duda alguna; y él mismo lo sabía. Cualquiera hubiera tenido frío allí aquella tarde; pero ésa era también la razón de que no hubiera nadie allí. Cómo había llegado hasta allí el mismo no podría haberlo dicho ni por la escasa y vacilante vida que le quedaba, aunque hubiera estado dotado de un vocabulario que excediera de las cien palabras. Pero por la manera en que miraba a su alrededor cualquiera se hubiera dado cuenta de que no tenía la menor idea de dónde estaba (ni por qué).

Sin embargo, no era tonto del todo para su edad y generación; como tenía frío y hambre, y todavía era capaz de caminar un poco doblando mucho las rodillas y apoyando primero los dedos de los pies, decidió entrar en una de las casas que había a

largos intervalos a un lado de la calle y que parecía tan iluminada y caliente. Mas cuando intentó llevar a cabo tan sensata decisión, se presentó un fornido perro que tiraba de una cadena y le disputo su derecho. Aterrado, y creyendo sin duda (con cierta razón) que los que son brutos por fuera tienen una brutalidad interior, se alejó cojeando de todas las casas y, como tenía a su derecha campos grises y húmedos, y a su izquierda campos húmedos y grises, y como la lluvia casi le cegaba y la noche venía envuelta en niebla y oscuridad, tomó el camino que conduce a Greenton. Es decir, el camino que lleva a Greenton a los que consiguen dejar atrás el cementerio de la Colina del Roble. Pero todos los años había un número considerable de personas que no lo conseguían.

Jo no lo logró.

Le encontraron a la mañana siguiente muy húmedo, muy frío, pero ya sin hambre. Por lo visto había cruzado la puerta del cementerio —esperando quizá que condujera a una casa que no tuviera perro—, lo recorrió torpemente en la oscuridad, cayó sobre muchas tumbas, sin duda, hasta que se cansó de todo y se abandonó. El pequeño cuerpo yacía de costado, con una mejilla manchada apoyada en una mano sucia, y la otra mano metida entre los harapos para calentarla, mientras la mejilla restante estaba por fin limpia y blanca, como si la hubiera besado uno de los ángeles de Dios. Se observó que el pobrecillo yacía sobre la tumba de Hetty Parlow, aunque en aquel momento no se pensó que aquello significara nada, pues el cuerpo todavía no había sido identificado. Pero la tumba no se abrió para recibirle. Uno desearía, sin llegar a ser irreverente, que esa circunstancia hubiera sido distinta.

UN VIGILANTE JUNTO AL MUERTO

I

En una habitación del piso superior de una vivienda desocupada situada en esa parte de San Francisco que se conoce con el nombre de North Beach, yacía bajo una sábana el cadáver de un hombre. La hora estaba próxima a las nueve de la noche; la habitación, apenas iluminada por una sola vela. Aunque el tiempo era bueno, las dos ventanas estaban cerradas con las persianas bajadas, contrariando la costumbre de dar mucho aire a los muertos. El mobiliario se componía tan sólo de tres piezas: un sillón, una pequeña mesita de lectura sobre la que estaba la vela y una mesa de cocina alargada sobre la cual estaba el cadáver del hombre. Los tres muebles, lo mismo que el cadáver, parecían haber sido llevados recientemente, pues un observador, de haber existido alguno, habría visto que no tenían polvo, mientras que el resto de la habitación tenía una capa espesa, e incluso había telarañas en los ángulos de las paredes.

Bajo la sábana podían perfilarse los rasgos del cuerpo, incluso los del rostro, pues tenían esa definición tan innaturalmente nítida que parece pertenecer a los rostros de los muertos, aunque en realidad es característica sólo de aquellos que han sido desgastados por la enfermedad. Por el silencio de la habitación se podía deducir, correctamente, que no estaba situada en la parte delantera de la casa ni daba a una calle: en realidad sólo daba a un promontorio rocoso, pues la parte trasera del edificio se había asentado en una colina.

Cuando el reloj de una iglesia cercana dio las nueve con una indolencia que parecía dar a entender tal indiferencia por el paso del tiempo que uno no podía dejar de preguntarse por qué se tomaba la molestia de dar las horas, se abrió la única puerta de la habitación y entró por ella un hombre que se dirigió hacia el cadáver. Al hacerlo, la puerta se cerró, dando la apariencia de que lo hacía por sí sola; pero se escuchó también un rechinar metálico, como de una llave que girara con dificultad, y el chasquido de un cerrojo al encajarse. Después sonaron unos pasos que se alejaban por el pasillo y el hombre dio toda la impresión de haber quedado allí como un prisionero. Al dirigirse hacia la mesa, se detuvo un momento para examinar el cadáver; pero después, con un ligero encogimiento de hombros, fue hacia una de las ventanas y levantó la persiana. La oscuridad exterior era absoluta, pues los cristales

estaban cubiertos de polvo, pero al limpiarlos pudo ver que la ventana estaba fortificada con fuertes barras de hierro que la cruzaban a escasos centímetros del cristal, incrustándose a cada lado en la mampostería. Examinó la otra ventana, encontrando la misma disposición. No manifestó gran curiosidad por el asunto y ni siquiera llegó a levantar el marco de la ventana. Si era un prisionero, parecía bastante dócil. Tras haber completado el examen de la habitación, se sentó en el sillón, sacó un libro del bolsillo, acercó la mesita con la vela y empezó a leer.

Era un hombre joven, de no más de treinta años, de tez oscura, bien afeitado y cabellos castaños. Su rostro era delgado y la nariz alta, con una frente ancha y una «firmeza» de la barbilla y la mandíbula que se dice denota resolución en los que la tienen. Los ojos, grises y firmes, no se movían si no era con un propósito concreto. La mayor parte del tiempo los mantenía fijos en el libro, aunque ocasionalmente los apartaba para dirigirlos hacia el cadáver de la mesa, aunque era evidente que no lo hacía con esa fascinación tétrica que se supone que esas circunstancias podrían ejercer incluso sobre una persona valiente, ni con esa rebelión consciente contra una influencia contraria que podría dominar a un tímido. Lo contemplaba como si durante la lectura hubiera encontrado algo que le recordara la sensación de su entorno. Evidentemente, este vigilante del muerto estaba desempeñando su cometido con inteligencia y compostura, tal como le correspondía.

Tras llevar leyendo quizá una media hora, pareció llegar al final de un capítulo y dejó tranquilamente el libro. Se levantó, alzó del suelo la mesita de lectura y la trasladó a una esquina de la habitación que estaba junto a una de las ventanas, cogió la vela y regresó frente a la vacía chimenea delante de la cual había estado sentado.

Un momento más tarde fue hacia el cuerpo de la mesa, levantó la sabana y le dio la vuelta desde la cabeza, dejando al descubierto una masa de cabellos oscuros y un fino paño que le cubría el rostro y bajo el cual los rasgos se revelaban todavía con mayor definición que antes. Dando sombra a los ojos, al interponer su mano libre entre éstos y la vela, se quedó mirando a su compañero inmóvil con una contemplación grave y tranquila. Satisfecho con la inspección, volvió a cubrir el rostro con la sábana y regresó a la silla, cogió algunas cerillas que había junto al candelera, las metió en el bolsillo lateral de su abrigo y se sentó. Levantó luego la vela separándola del candelera y la examinó críticamente, como si estuviera calculando cuánto tiempo duraría. Apenas medía cinco centímetros, por lo que al cabo de una hora se encontraría en la oscuridad. Volvió a ponerla en el candelera y sopló para apagarla.

II

En la consulta de un médico, en Kearny Street, había tres hombres sentados junto a una mesa, bebiendo ponche y fumando. Era ya bastante tarde, casi la medianoche, y desde luego que el ponche no había faltado. El más solemne de los tres era el doctor Helberson, que era el anfitrión, pues se encontraban en sus habitaciones. Tenía unos treinta años; los otros eran más jóvenes, aunque todos eran médicos.

—El temor supersticioso con que los vivos consideran a los muertos es hereditario e incurable —decía el doctor Helberson—. Uno no tiene por qué avergonzarse de eso, como tampoco debería hacerlo por el hecho de heredar, por ejemplo, una incapacidad para las matemáticas o la tendencia a mentir.

Los otros dos se echaron a reír.

—¿No debería un hombre avergonzarse de ser mentiroso? —preguntó el más joven de los tres, que en realidad era un estudiante de medicina que todavía no se había graduado.

—Mi querido Harper, yo no he dicho nada semejante. Una cosa es la tendencia a mentir y otra el hecho de hacerlo.

—Pero ¿piensa usted que ese sentimiento supersticioso, ese miedo a los muertos, tan irracional como nos parece, es universal? —intervino el tercer hombre—. No soy consciente de tenerlo.

—Ah, pero pese a todo está «en su sistema» —contesto Helberson—. Sólo requiere de las condiciones adecuadas —lo que Shakespeare llama «la estación confederada»— para manifestarse de alguna manera muy desagradable que le abra los ojos. Aunque desde luego los médicos y los soldados están más liberados que los demás de ese miedo.

—¡Los médicos y los soldados! ¿Por qué no añadir a los decapitadores y los verdugos de la horca? Añadamos a todos los grupos de asesinos.

—No, mi querido Mancher; los jurados no permiten que los verdugos públicos lleguen a adquirir una familiaridad suficiente con la muerte como para no sentirse en absoluto conmovidos por ella.

El joven Harper, que había ido junto a una mesa de servicio para coger un nuevo cigarro, volvió a su asiento.

—¿Cuáles consideraría usted que son las condiciones bajo las que cualquier hombre nacido de mujer llegaría a tener una conciencia insoportable de compartir a este respecto nuestra debilidad común? —preguntó con un exceso, quizá, de verbosidad.

—Bien, diría que si un hombre se encontrara una noche entera encerrado con un cadáver, a solas, en una habitación oscura de una casa vacía, sin cobertores de cama con los que taparse la cabeza, y pasara por todo ello sin enloquecer totalmente, podría jactarse entonces de no haber nacido de mujer ni ser tampoco, como Macduff, un producto de la cesárea.

—Pensé que no terminaría nunca de añadir condiciones —intervino Harper—. Pues conozco a un hombre que no es ni médico ni soldado y que las aceptaría todas por cualquier apuesta que quisieran ustedes hacer.

—¿De quién se trata?

—Se llama Jarette: aquí es un desconocido; procede de la misma ciudad que yo, en el estado de Nueva York. Carezco de dinero para apoyarle en la apuesta, pero él mismo la sostendrá con todo lo que haga falta.

—¿Cómo sabe eso?

—Antes preferiría apostar que comer. Y en cuanto al miedo... me atrevo a decir que opina que es algún trastorno cutáneo, o quizá un tipo particular de herejía religiosa.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó Helberson que, evidentemente, se estaba interesando por el asunto.

—Se parece a Manchen, hasta podría ser su hermano gemelo.

—Acepto el desafío —respondió de inmediato Helberson.

—¿Porque se parece a mí? Muy agradecido por el cumplido —dijo Mancher arrastrando las palabras, pues tenía cada vez más sueño—, ¿Puedo intervenir?

—No contra mí —contestó Helberson—, No quiero ganar *su* dinero.

—De acuerdo —replicó Mancher—, Entonces yo seré el cadáver.

Los otros se echaron a reír.

El resultado de aquella loca conversación, ya lo hemos visto.

III

La intención del señor Jarette al apagar su magra ración de vela fue la de conservarla para alguna necesidad imprevista. También pudo pensar, o intuir, que la oscuridad no sería peor en un momento que en otro, y que si la situación llegaba a volverse insoportable sería mejor contar con algún medio de alivio o incluso de liberación. En cualquier caso, era prudente guardar una pequeña reserva de luz, aunque sólo fuera para poder mirar su reloj.

Nada más apagar la vela y dejarla en el suelo, a su lado, se arrellanó cómodamente en el sillón, se echó hacia atrás y cerró los ojos esperando dormirse. Pero en esto se decepcionó: jamás en su vida había sentido menos sueño, por lo que al cabo de unos minutos abandonó el intento. ¿Qué hacer? No podía pasear a tientas en una oscuridad absoluta con riesgo de herirse, o de chocar contra la mesa y turbar

descortésmente al muerto. Todos reconocemos el derecho que tienen al descanso, a salvo de todo lo que sea duro y violento. Jarette consiguió casi hacerse creer a sí mismo que eran consideraciones de este tipo las que le llevaban a no correr el riesgo de la colisión y le permitían permanecer inmóvil en el asiento. Mientras pensaba en este tema, creyó haber oído un débil sonido que procedía de la mesa... no era capaz de explicarse de qué tipo de sonido se trataba. No volvió la cabeza. ¿De qué iba a servirle en la oscuridad? Pero escuchó con gran atención: ¿por qué no iba a hacerlo? Y mientras escuchaba, se fue sintiendo mareado hasta el punto de que se aferró a los brazos del sillón en busca de apoyo. Percibía por sus oídos un zumbido extraño; tenía la sensación de que la cabeza le iba a estallar; la ropa que llevaba puesta le constreñía y oprimía el pecho. Se preguntó por el motivo de todo aquello; y si serían los síntomas del miedo. Luego, tras una larga y potente espiración, tuvo la impresión de que el pecho se le hundía, pero con la gran inspiración con la que rellenó sus pulmones agotados perdió el vértigo y se dio cuenta de que había estado escuchando con tanta intensidad que había retenido la respiración casi hasta el punto de ahogarse. Aquella revelación le resultó vejatoria; se levantó, empujó el sillón con el pie y caminó hasta el centro de la habitación. Pero no es posible caminar a zancadas en la oscuridad; empezó a avanzar a tientas, encontró una pared y la siguió hasta un ángulo, giró, pasó junto a las dos ventanas y en la otra esquina entró en violento contacto con la mesita de lectura, derribándola. Produjo un estrépito que le hizo sobresaltarse. Se sintió molesto.

—¿Cómo diablos pude olvidar dónde estaba? —murmuró, y empezó a abrirse camino a tientas, a lo largo de la tercera pared, hasta la chimenea—. He de poner las cosas en su sitio —añadió mientras buscaba la vela por el suelo.

Tras recuperarla, la encendió y volvió inmediatamente la mirada hacia la mesa, donde como es natural nada había cambiado. La mesita de lectura permaneció en el suelo: se había olvidado de «ponerla en su sitio». Miró por toda la habitación dispersando las sombras más profundas con el movimiento de la vela que llevaba en la mano y, cruzándola hasta la puerta, la comprobó girando el pomo y tirando de él con toda su fuerza. No cedió y aquello pareció proporcionarle cierta satisfacción, incluso la aseguró con mayor firmeza mediante un pestillo que antes no había observado. Regresó al sillón y miró el reloj, comprobando que eran las nueve y media. Se sorprendió al darse cuenta de que se había llevado el reloj al oído: no se había parado. La vela era ahora visiblemente más corta. La volvió a apagar y la colocó en el suelo a su lado, lo mismo que antes.

El señor Jarette no se encontraba tranquilo; se sentía claramente inquieto en ese entorno, e insatisfecho consigo mismo por ello.

—¿Qué he de temer? —pensó en voz alta—. Esto resulta ridículo; no voy a comportarme como un estúpido.

Pero el valor no venía por el hecho de que se dijera «voy a ser valiente», ni por reconocer que la valentía era lo más apropiado para la ocasión. Cuanto más se

condenaba Jarette a sí mismo, más razones se estaba dando para condenarse; cuanto mayor era el número de variaciones que había intentado sobre el único tema de que los muertos son inofensivos, más insoportable se volvía la discordancia de sus emociones.

—¿Cómo? —gritó en voz alta por la angustia de su espíritu—. ¡Cómo! ¿Es que yo, que no tengo la menor sombra de superstición en mi naturaleza, yo, que no creo en la inmortalidad, yo, que sé (y nunca lo supe con tanta claridad como ahora) que la otra vida es el sueño de un deseo, voy a perder mi apuesta, mi honor y el respeto que a mí mismo me tengo, quizá hasta mi razón, porque algunos antepasados salvajes que habitaban en cuevas y madrigueras concebían la idea monstruosa de que los muertos caminan por la noche?... Eso...

Clara e inequívocamente, el señor Jarette oyó tras él el sonido ligero y suave de unos pasos deliberados, regulares y cada vez más cercanos.

IV

Poco antes del amanecer de la mañana siguiente, el doctor Helberson y su joven amigo Harper avanzaban lentamente en el *coupé* del doctor por las calles de North Beach.

—¿Sigues teniendo la confianza de la juventud en el valor o la imperturbabilidad de su amigo? —preguntó el de más edad—, ¿Cree que he perdido esta apuesta?

—Sé que la ha perdido —contestó el otro con débil énfasis.

—Pues bien, por mi alma que espero que así sea.

Había pronunciado aquello con seriedad, casi solemnemente. Después se produjo un silencio momentáneo.

—Harper, no me siento totalmente tranquilo con este asunto —volvió a hablar el doctor, que parecía muy serio bajo las luces cambiantes y débiles que penetraban en el carruaje cuando pasaban junto a los faroles de la calle—. Si su amigo no me hubiera irritado con la actitud despreciativa con la que trató mis dudas acerca de su resistencia, una cualidad puramente física, y con la fría descortesía de su sugerencia de que el cadáver fuera el de un médico, no habría seguido con ello. Si sucediera cualquier cosa, estamos arruinados, y me temo que merecidamente.

—Pero ¿qué puede suceder? Aunque el asunto hubiera tomado un giro grave, lo que no temo en absoluto, Mancher solo tendría que «resucitar» y explicar el asunto. Con un «sujeto» auténtico de la sala de disección, o uno de sus últimos pacientes, la

cosa podría ser distinta.

De modo que el doctor Mancher había cumplido su promesa: sirvió de «cadáver».

El doctor Helberson guardó silencio durante mucho tiempo mientras el coche, a paso de tortuga, siguió deslizándose por la misma calle que ya había recorrido en dos o tres ocasiones. Finalmente, rompió el silencio:

—Bien, esperemos que Mancher, si ha tenido que levantarse de entre los muertos, lo haya hecho discretamente. Un error en esa dirección podría haber empeorado las cosas, en lugar de mejorarlas.

Ciertamente, Jarette le mataría —contestó Harper—. Pero doctor, son ya las cuatro en punto —añadió mirando su reloj cuando pasaron bajo un farol de gas.

Un momento después ambos habían bajado del vehículo y se dirigían a paso vivo hacia la casa que llevaba mucho tiempo desocupada, que pertenecía al doctor, en la que habían encerrado al señor Jarette de acuerdo con los términos de la loca apuesta. Al acercarse a ella se encontraron con un hombre que corría.

—Por favor, ¿saben dónde puedo encontrar un médico? —gritó deteniendo repentinamente su carrera.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Helberson en un tono que no le comprometía.

—Vayan a verlo por sí mismos —contestó el hombre reanudando la carrera.

Echaron a correr. Al llegar a la casa vieron a varias personas que entraban en ella con prisa y excitación. En algunas de las casas cercanas, a lo largo del camino, las ventanas estaban abiertas y salían por ellas varias cabezas. Todas hacían preguntas, aunque sin dirigírselas unos a otros. Algunas ventanas que tenían las persianas cerradas estaban iluminadas; los que habitaban en ellas se estaban vistiendo para bajar. Directamente enfrente de la puerta de la casa que buscaban, un farol arrojaba sobre la escena una luz amarillenta e insuficiente, que parecía decir que podía revelar mucho más si lo deseaban. Harper se detuvo junto a la puerta y puso una mano sobre el brazo del compañero.

—Todo está perdido para nosotros, doctor —dijo presa de una agitación extrema que contrastaba extrañamente con la tranquilidad con la que pronunció esas palabras—. El juego se ha puesto en nuestra contra. No entremos allí; prefiero no asomar la cabeza.

—Soy médico y puede que necesiten uno —contestó con calma el doctor Helberson.

Subieron las escaleras de la casa y se dispusieron a entrar. La puerta estaba abierta; la farola de la acera de enfrente iluminaba el pasillo. Estaba lleno de hombres. Algunos habían subido las escaleras hasta el final y, como no se les permitía entrar, aguardaban mejor suerte. Todos hablaban y ninguno escuchaba. De pronto se produjo una gran conmoción en el rellano de arriba; un hombre había salido de una puerta y trataba de abrirse paso entre los que se esforzaban por retenerle. Llegó abajo por entre la masa de hombres ociosos y espantados, apartándolos, aplastándolos contra la pared de un lado o contra la barandilla de la escalera del otro,

aforrándolos por la garganta, golpeándolos salvajemente, lanzándolos escaleras abajo y caminando sobre los que habían caído. Sus ropas estaban en desorden y no llevaba sombrero. Su mirada, salvaje e inquieta, contenía algo más aterrador todavía que su fuerza aparentemente sobrehumana. Su rostro, afeitado, carecía de color, sus cabellos habían encanecido.

Cuando la masa de gente que había al pie de las escaleras, que disfrutaban de más libertad de espacio, se apartó para dejarle pasar, Harper se adelantó.

—¡Jarette! ¡Jarette! —gritó.

El doctor Helberson cogió a Harper por el cuello y le hizo retroceder.

El hombre les miró al rostro sin que pareciera reconocerlos y salió a toda prisa por la puerta, bajó los escalones hasta la calle y se perdió. Un robusto policía que había tenido menos éxito para bajar las escaleras apareció un momento después e inició la persecución, ayudado por los gritos indicativos de todas las cabezas que salían por las ventanas, que ahora eran sólo las de mujeres y niños.

Como la escalera se había vaciado parcialmente, pues la mayor parte de la gente se había precipitado a la calle para observar la fuga y la persecución, el doctor Helberson subió al rellano seguido por Harper. En una puerta del pasillo superior un oficial les impidió el paso.

—Somos médicos —dijo el doctor, y así pudieron entrar.

La habitación estaba llena de hombres, apenas visibles por la oscuridad, amontonados junto a una mesa. Los recién llegados se acercaron y miraron por encima de los hombros de los que estaban delante. Sobre la mesa, con los miembros inferiores cubiertos por una sábana, yacía el cuerpo de un hombre, bien iluminado por el haz de un ojo de buey que sostenía un policía situado a los pies. Los demás, salvo los que estaban cerca de la cabeza, y el propio oficial, se encontraban en la oscuridad. ¡El rostro del cuerpo parecía amarillo, repulsivo, horrible! Los ojos estaban parcialmente abiertos, mirando hacia arriba, y la mandíbula caída; rastros de espuma manchaban los labios, la barbilla y las mejillas. Un hombre alto, evidentemente médico, se inclinaba sobre el cuerpo introduciendo la mano bajo la parte delantera de la camisa. La retiró y colocó dos dedos sobre la boca abierta.

—Este hombre lleva muerto unas seis horas. Es un caso para el forense —dijo.

Sacó una tarjeta del bolsillo, se la entregó al oficial de policía y se dirigió a la puerta.

—¡Salgan de la habitación... todos! —gritó el oficial, y el cadáver desapareció como si alguien lo hubiera arrebatado cuando la linterna desvió sus haces de luz aquí y allá contra los rostros de la multitud. ¡El efecto fue sorprendente! Los hombres, cegados, confusos y casi aterrados, corrieron tumultuosamente hacia la puerta, empujándose y tropezando unos con otros en su huida, como las huestes de la noche ante los rayos de Apolo. El policía derramó su luz sin piedad e incesantemente sobre la masa que luchaba y tropezaba. Atrapados en esa corriente, Helberson y Harper fueron barridos fuera de la habitación y descendieron las escaleras hasta la calle como

impulsados por un torrente.

—¡Dios mío, doctor! ¿No le dije que Jarette le mataría? —exclamó Harper en cuanto se hubieron alejado de la multitud.

—Creo recordar que lo dijo —contestó el otro sin ninguna emoción aparente.

Caminaron en silencio recorriendo una manzana tras otra. En el oriente grisáceo se percibían las siluetas de las casas de las colinas. La conocida carreta de la leche recorría ya las calles; el panadero aparecería pronto en escena; el vendedor de periódicos ya estaba en ella.

—Me parece, jovencito, que usted y yo últimamente hemos respirado demasiado los aires de la mañana. No son muy sanos y necesitamos un cambio. ¿Qué le parecería un viaje por Europa?

—¿Cuándo?

—Me da lo mismo. Aunque supongo que las cuatro de esta tarde sería conveniente.

—Entonces nos encontraremos en el barco —añadió Harper.

V

Siete años más tarde, los dos hombres estaban sentados en un banco de Madison Square en Nueva York, conversando amistosamente. Otro hombre, que llevaba observándoles algún tiempo sin ser visto, se acercó a ellos y, levantando cortésmente su sombrero, que dejó al descubierto un cabello tan blanco como la nieve, dijo:

—Les ruego que me perdonen, caballeros, pero cuando uno vuelve a la vida y mata a un hombre, lo mejor es cambiar la ropa con él y a la primera oportunidad buscar la libertad.

Helberson y Harper intercambiaron miradas significativas; evidentemente aquello les divertía. Pero el primero miró amablemente a los ojos del desconocido y contestó.

—Siempre he pensado que ése era el mejor plan. Estoy totalmente de acuerdo con usted en cuanto a las ventajas...

De pronto se detuvo, se levantó y se quedó blanco de asombro. Se quedó mirando fijamente al desconocido, con la boca abierta y temblando visiblemente.

¡Ah! —exclamó el desconocido—. Me parece que está usted indispuerto, doctor. Si no es capaz de tratarse a sí mismo, estoy seguro de que el doctor Harper podrá hacer algo por usted.

—¿Quién diablos es usted? —preguntó Harper enérgicamente.

El desconocido se acercó más, e inclinándose hacia ellos dijo con un murmullo de voz:

—A veces digo que mi nombre es Jarette, pero dada nuestra antigua amistad no me importa decirles que soy el doctor William Mancher.

La revelación hizo que Harper se pusiera en pie de un salto.

—¡Mancher! —gritó.

—¡Dios mío, es cierto! —añadió Helberson.

—Así es —añadió el desconocido, sonriendo vagamente—. Sin duda es cierto.

Vaciló mientras parecía tratar de recordar algo, pero enseguida empezó a silbar una melodía popular. Por lo visto se había olvidado de la presencia de los otros dos.

—Mancher, se lo ruego —dijo el mayor de los otros—. Díganos lo que sucedió aquella noche... a Jarette, ya sabe.

—Ah, sí, a Jarette. Resulta extraño que me haya olvidado de contárselo... lo cuento tanta veces. ¿Saben?, al oírle hablar consigo mismo me di cuenta de que estaba terriblemente asustado, así que no pude resistir la tentación de volver a la vida y divertirme un poco con él... de verdad que no pude evitarlo. Estuvo muy bien, aunque lo cierto es que no pensé que fuera a tomárselo tan en serio; de verdad que no lo pensé. Y después... bueno, fue un trabajo duro cambiar de puesto con él, y entonces... ¡maldita sea! ¡Ustedes no me ayudaron a salir de aquello!

Nada podría exceder a la ferocidad con la que fueron pronunciadas estas últimas palabras.

Ambos hombres retrocedieron alarmados.

—¿Nosotros?... Pero... ¿por qué? —dijo Helberson tartamudeando, pues había perdido totalmente el dominio de sí mismo—. Nosotros no tuvimos nada que ver.

—¿No dije que eran ustedes los doctores Hell-born y Sharper^[15]? —preguntó el hombre echándose a reír.

—Mi nombre es Helberson, ciertamente; y este caballero es el señor Harper —replicó el primero que se había tranquilizado con aquella risa—. Pero ya no somos médicos; somos... bueno, que me ahorquen, anciano: somos jugadores.

Y ésa era la verdad.

—Una profesión muy buena; verdaderamente buena; y dicho sea de paso, espero que este señor, Sharper, haya pagado su dinero a Jarette como un apostador honesto. Una profesión muy buena y honorable —repitió pensativamente, mientras se alejaba con despreocupación—. Yo sigo siendo lo que fui. Soy el jefe médico del Asilo de Bloomingdale; es mi deber curar al superintendente.

LOS SUCESOS NOCTURNOS EN EL BARRANCO DEL MUERTO

Un relato que es falso

Hacía una noche especialmente fría y clara, como el corazón de un diamante. Las noches claras tienen la peculiaridad de ser perspicaces.

En la oscuridad puedes tener frío y no darte cuenta; sin embargo, cuando ves, sufres. Esa noche era suficientemente sagaz para morder como una serpiente. La luna se movía de modo misterioso tras los pinos gigantes que coronaban la montaña del sur, haciendo que la dura corteza de la nieve produjera destellos y subrayando contra el negro oeste los contornos fantasmales de la cordillera de la costa, más allá de la cual se extendía el Pacífico invisible. La nieve se amontonaba en los claros del fondo del barranco, en las extensas sierras que subían y bajaban, y en las colinas, donde parecía que el rocío manaba y se desbordaba. Rocío que en realidad era la luz del sol, reflejada dos veces: una desde la luna, y otra desde la nieve.

Sobre ésta, muchas de las barracas del abandonado campamento minero aparecían destruidas (un marinero podría haber dicho que se habían ido a pique). La nieve cubría a intervalos irregulares los altos caballetes que una vez habían soportado el peso de un arroyo al que llamaban «flume»; porque «Hume», claro está, viene de *flumen*. El privilegio de hablar latín se cuenta entre las ventajas de las que las montañas no pueden privar al buscador de oro. Éste, al referirse a un compañero muerto dice: «Se ha ido “flume” arriba», que es una bonita forma de decir: «Su vida ha retornado a la Fuente de la Vida».

Mientras se ponía la armadura contra los ataques del viento, la nieve no había descuidado ninguna posición estratégica. Cuando es perseguida por el viento, la nieve no es muy distinta a un ejército que se repliega. En campo abierto se alinea en grados y batallones. Si puede ganar una posición, opone resistencia; donde puede refugiarse, lo hace. Detrás de un trozo de pared derruida pueden verse pelotones completos de nieve encogidos de miedo. La vieja carretera tortuosa, excavada en la ladera de la montaña, estaba llena de ellos. Un escuadrón tras otro se habían afanado por escapar por este flanco, pero el hostigamiento había cesado de repente. Es imposible imaginar un lugar más desolado y espantoso que el Barranco del Muerto en una noche de invierno. A pesar de ello, el señor Hiram Beeson, su único habitante, eligió vivir allí.

En la ladera de la montaña del norte, muy arriba, su pequeña cabaña, construida con troncos de pino, proyectaba un delgado rayo de luz desde el único cristal de la ventana, y parecía un escarabajo negro sujeto a la ladera con un flamante y luminoso alfiler. En el interior, el señor Beeson se sentaba delante de una lumbre que ardía con

fuerza, con la vista clavada en el foco candente, como si nunca hubiera visto una cosa igual en toda su vida. No era un hombre atractivo. Tenía el pelo cano y su atuendo estaba raído y sucio. La cara tenía un aspecto pálido y ojeroso, y los ojos le brillaban con excesiva fuerza. En cuanto a su edad, si alguien hubiera intentado adivinarla, primero podría haber dicho que rondaba los cuarenta y siete, después corregiría y diría setenta y cuatro. En realidad tenía veintiocho. Estaba demacrado; quizá, hasta donde podía arriesgarse, pues en Bentley's Fiat había una funeraria muy necesitada y en Sonora un forense muy emprendedor. La pobreza y el celo son como las piedras superior e inferior de un molino. Es peligroso colocar una tercera en esa especie de «sandwich».

Mientras el señor Beeson permanecía allí sentado, con sus raídos codos apoyados sobre unas rodillas aún más raídas y sus esqueléticas mandíbulas hundidas entre sus esqueléticas manos, sin ninguna intención aparente de irse a la cama, parecía que el más ligero movimiento podía dejarlo hecho añicos. Sin embargo, durante la última hora había pestañado no menos de tres veces.

Entonces se oyeron unos golpes secos en la puerta. Esto, a aquella hora de la noche y con aquel tiempo, podría haber sorprendido a cualquier común mortal que llevara viviendo dos años en el barranco sin ver una cara humana y que, por tanto, no podía desconocer que la zona estaba intransitable; pero el señor Beeson ni siquiera apartó la vista del fuego. Incluso al abrirse la puerta, se limitó a encogerse un poco más, como quien espera algo que preferiría no ver. Se puede observar este gesto entre las mujeres, en una capilla mortuoria, mientras se coloca el féretro en el pasillo que hay junto a ellas.

Pero cuando un anciano alto envuelto en un capote, con la cabeza rodeada por un pañuelo y la cara prácticamente oculta por una bufanda, con anteojos verdes y un color de tez (donde se podía apreciar) de una blancura deslumbrante, entró sigilosamente en la habitación y colocó una mano rígida y enguantada sobre el hombro del señor Beeson, olvidó sus buenos modales hasta el grado de levantar la vista y poner una expresión de considerable asombro; fuera quien fuera aquel a quien estaba esperando, evidentemente no contaba con encontrarse a alguien semejante. A pesar de ello, la visión de aquel inesperado invitado produjo en el señor Beeson la siguiente secuencia: una sensación de asombro; después un sentimiento de gratificación; y, por último, una impresión de profunda buena voluntad. Levantándose del asiento, retiró aquella mano nudosa de su hombro y la estrechó con un fervor inexplicable, pues el aspecto del anciano no tenía nada de atractivo y sí mucho de repulsivo. Sin embargo, la atracción es una característica demasiado general para que no sea compartida por la repulsión. El objeto más atractivo del mundo es el rostro que instintivamente cubrimos con un paño. Cuando se hace incluso más atractivo, fascinante, echamos siete pies de tierra sobre él.

—Amigo —dijo el señor Beeson soltando la mano del anciano, que al desplomarse contra su muslo produjo un golpe seco—, hace una noche muy

desagradable. Por favor, tome asiento; me alegro mucho de verle.

El señor Beeson habló con un tono bastante educado, un tono que uno nunca habría esperado teniendo en cuenta la situación. Realmente, el contraste entre su aspecto y sus modales fue suficientemente sorprendente para ser uno de los fenómenos sociales más comunes en las minas. El anciano dio un paso adelante, hacia el fuego, que se reflejaba sobre los anteojos verdes como en una caverna. El señor Beeson añadió:

—¡Ya lo creo que me alegro!

La elegancia del señor Beeson no era muy refinada; había hecho razonables concesiones al gusto local. Hizo una pausa y recorrió con la vista desde la embozada cabeza de su invitado, pasando por la hilera de enmohecidos botones que cerraban su capote, hasta sus verdosas botas de cuero manchadas de nieve, que había empezado a fundirse y escurría por el suelo formando pequeños regueros. Hizo un inventario de aquel personaje y quedó satisfecho. ¿Y quién no habría quedado? Entonces prosiguió:

—La comida que puedo ofrecerle está, por desgracia, en relación con mis posibilidades; pero me sentiría tremendamente agraciado si se dignara a aceptarla en vez de buscar algo mejor en Bentley's Fiat.

Con un especial refinamiento de humildad hospitalaria, el señor Beeson hablaba como si la estancia en su cálida cabaña una noche como aquélla, comparada con una caminata de catorce millas con la nieve hasta el cuello y un mendrugo en el bolsillo, fuera una desgracia insoportable. En respuesta, el invitado se desabrochó el capote. El anfitrión echó leña seca al fuego; después barrió el hogar con una cola de lobo y añadió:

—Aunque creo que sería mejor que se largara.

El anciano tomó asiento junto al fuego y, sin quitarse el sombrero, acercó las grandes suelas de sus botas a las llamas. En las minas sólo se quita uno el sombrero si también se quita las botas. Sin más comentarios, el señor Beeson se sentó en una silla que había sido anteriormente un tonel y que, por su carácter original, parecía haber sido diseñada para recoger sus cenizas cuando quisiera desmenuzarse. Durante un rato no hubo más que silencio; luego, desde algún lugar entre los pinos, llegó el fuerte gruñido de un coyote y, simultáneamente, el crujido de la puerta en el marco. Entre los dos incidentes no había otra relación que la aversión del coyote por las tormentas y el alboroto del viento; sin embargo, parecía existir una especie de conspiración sobrenatural entre los dos, y el señor Beeson se estremeció con una imprecisa sensación de terror. En un momento se recuperó y volvió a dirigirse a su invitado:

—Aquí ocurren cosas extrañas. Voy a contárselo todo, y si decide marcharse le acompañaré durante el primer tramo del camino; hasta donde Baldy Peterson disparó contra Ben Hike; seguro que conoce el sitio.

El anciano asintió con ampulosidad, como si diera a entender que no sólo conocía el lugar, sino que lo conocía de verdad.

—Hace dos años —comenzó el señor Beeson—, otros dos compañeros y yo

ocupamos esta casa; pero cuando todo el mundo se marchó hacia Bentley's Fiat, nosotros nos fuimos con ellos. En diez horas el barranco quedó desierto. Aquella tarde, sin embargo, me di cuenta de que había olvidado una pistola muy valiosa (ésa) y volví a por ella; pasé la noche solo aquí, tal y como he hecho todas las noches desde entonces. He de explicar que unos cuantos días antes de que nos marcháramos nuestro criado chino tuvo la desgracia de morir cuando la tierra estaba tan helada que era imposible cavar una tumba de la manera habitual. Así que el día de nuestra precipitada partida cavamos ahí, en el suelo, y le enterramos como pudimos. Pero antes de hacerlo, tuve el mal gusto de cortarle la coleta y clavarla sobre su tumba, en aquella viga donde usted la ve ahora; o mejor dicho, ahora que el calor le ha dado a usted la oportunidad de verla.

»¿He dicho ya (creo que sí), que el chino murió por causas naturales? Por supuesto, yo no tuve nada que ver con eso, y volví, no por una atracción irresistible o por una fascinación morbosa, sino sencillamente porque había olvidado la pistola. Esto queda claro ¿verdad, amigo?

El visitante asintió solemnemente. Parecía ser hombre de pocas palabras, casi de ninguna. El señor Beeson continuó:

—De acuerdo con la religión china, el hombre es como una cometa: no puede subir al cielo sin su coleta. Bien; para abreviar esta tediosa historia (que, a pesar de todo, creo mi obligación relatar), aquella noche, mientras me encontraba aquí solo, pensando en cualquier cosa menos en él, el chino volvió por la coleta.

»Pero no se la llevó.

En este punto el señor Beeson cayó en un silencio incomprensible. Quizá estaba fatigado por el insólito ejercicio de hablar; o quizá había evocado un recuerdo que exigía su total atención. El viento soplaba ahora cerca de la casa y los pinos de la ladera susurraban con singular claridad. El narrador prosiguió:

—Usted dice que no ve nada especial en ello, y debo confesar que yo tampoco.

»¡Pero la cuestión es que sigue viniendo!

Se produjo otra larga pausa, durante la cual se dedicaron a mirar fijamente al fuego, sin mover un miembro. Entonces, clavando los ojos sobre lo que podía ver de la cara impasible de quien le escuchaba, el señor Beeson estalló, casi con fiereza:

—¿Dársela? Mire, no tengo ninguna intención de molestar a nadie pidiéndole consejo sobre este asunto. Usted me perdonará, estoy seguro (aquí se mostró especialmente persuasivo), pero me he arriesgado a sujetar con clavos esa coleta y he asumido, en cierto modo, la onerosa obligación de conservarla. Por tanto, me es imposible llevar a cabo su considerada sugerencia.

»¿Es que me toma usted por un pelele?

Nada podría superar la repentina ferocidad con que hundió este reproche indignado en el oído de su invitado. Era como si le hubiera golpeado en la cara con un guantelete de acero. Se trataba de una protesta, pero también de un desafío. Ser confundido con un cobarde, ser tomado por un pelele: estas dos expresiones son la

misma. A veces es un chino. «¿Es que me toma usted por un chino?», es una pregunta que se hace con frecuencia a los que mueren bruscamente.

La bofetada del señor Beeson no tuvo ningún efecto, y tras una pausa durante la cual el viento estuvo resonando en la chimenea como si echaran terrones de tierra sobre un ataúd, prosiguió:

—Aunque, como usted dice, está acabando conmigo. Siento que mi vida durante los dos últimos años ha sido un completo error, un error que se corrige a sí mismo; ya ve cómo. ¡La tumba! No; no hay quien la cave. El terreno también está helado. Pero sea usted bienvenido. Aunque no es importante, puede usted decirlo en Bentley's. Sí, fue difícil cortarla: suelen colocar seda trenzada dentro de sus coletas. Uaagh.

El señor Beeson hablaba con los ojos cerrados mientras paseaba de un lado a otro. Su última palabra fue un ronquido. Al cabo de un rato, respiró hondo, abrió los ojos haciendo un esfuerzo y, tras un simple comentario, se quedó profundamente dormido. Lo que dijo fue lo siguiente:

—¡Están robando mis cenizas!

Entonces el extraño anciano, que no había dicho una palabra desde su llegada, se levantó del asiento y, pausadamente, se quitó la ropa de abrigo, dejando ver una figura en ropa interior de lana tan delgada como la de la difunta Signorina Festorazzi, una mujer irlandesa de seis pies de altura y cincuenta y seis libras de peso, que solía exhibirse en camisola ante la gente de San Francisco. Luego, después de haber situado un revólver a mano según la costumbre de la región, se metió en uno de los camastros. Lo había cogido de una repisa, y era el revólver que el señor Beeson había mencionado y por el que había vuelto al barranco dos años antes.

El señor Beeson se despertó al cabo de un rato y, al ver que su invitado se había retirado, hizo lo mismo. Pero antes se acercó al largo y trenzado mechón pagano y le dio un fuerte tirón para asegurarse de que estaba bien sujeto. Las dos camas (meras tablas cubiertas con mantas no muy limpias) estaban situadas una frente a la otra en sendos extremos de la habitación, y la pequeña trampilla cuadrada que daba acceso a la tumba del chino quedaba entre ellas. Ésta, por cierto, estaba atravesada por una doble fila de clavos. En su resistencia a lo sobrenatural, el señor Beeson no había olvidado tomar precauciones materiales.

El fuego había languidecido y sus llamas azuladas y mortecinas centelleaban de vez en cuando proyectando sombras espectrales en las paredes; sombras que deambulaban misteriosamente, separándose o juntándose. Sin embargo, la sombra de la coleta, suspendida del tejado en el extremo más alejado de la habitación, permanecía melancólica y distante, como si fuera una llamada de admiración. El susurro de los pinos en el exterior había aumentado hasta alcanzar la dignidad de un himno triunfal. En los momentos de pausa el silencio era espantoso.

Fue precisamente en uno de esos momentos cuando la trampilla del suelo comenzó a levantarse. Se iba alzando lenta pero ininterrumpidamente, del mismo modo que la embozada cabeza del anciano se elevaba del camastro para verla.

Entonces, con un golpetazo que estremeció la casa hasta los cimientos, fue lanzada completamente hacia atrás y se quedó con las puntas de los clavos, horrorosas y amenazantes, hacia arriba. El señor Beeson se despertó y, sin levantarse, se tapó los ojos con los dedos. Temblaba; los dientes le rechinaban. Su invitado descansaba sobre un codo mientras observaba la evolución de los hechos con los anteojos, que relucían como lámparas.

De pronto, el bramido de una ráfaga de viento se precipitó por la chimenea, desparramando cenizas y humo en todas direcciones y dejando la habitación a oscuras durante un rato. Cuando el fuego de la chimenea volvió a iluminar la habitación, se pudo ver, sentado calladamente en el borde de un taburete que había junto al hogar, a un hombre pequeño, de tez morena, aspecto agradable y vestido con buen gusto, que asentía en dirección al anciano con una sonrisa amigable y simpática. «De San Francisco, claro está», pensó el señor Beeson, que había conseguido recuperarse del susto e intentaba buscar una solución a aquellos acontecimientos nocturnos.

Pero en ese momento apareció otro actor en escena. Desde el negro agujero cuadrado que había en medio del suelo surgió la cabeza del difunto chino que, con ojos vidriosos y concentrado en la coleta que pendía sobre él, dirigió desde sus pronunciadas hendiduras la mirada hacia arriba con un gesto de ansiedad indescriptible. El señor Beeson emitió un gemido y volvió a cubrirse la cara con las manos. Un suave olor a opio inundaba la habitación. El fantasma, vestido sólo con una corta túnica azul de seda acolchada, cubierta del moho de la sepultura, se incorporó lentamente, como impulsado por un débil resorte. Tenía las rodillas a nivel del suelo cuando, tras dar un rápido salto hacia arriba semejante al de una llama que arde de repente, estiró el cuerpo, agarró la coleta con las dos manos y mordió la punta con sus horribles dientes amarillos. Así quedó colgado, con aparente frenesí y sin emitir sonido alguno; gesticulaba de un modo espantoso, saltando y hundiéndose una y otra vez en sus esfuerzos por desenganchar su propiedad de la viga. Era como un cadáver convulsionado artificialmente por medio de una batería eléctrica. ¡El contraste entre su actividad sobrehumana y su silencio resultaba horroroso!

El señor Beeson se encogió en la cama. El hombrecillo de tez morena descruzó las piernas, dio con impaciencia unos cuantos golpes con la punta de la bota y consultó su pesado reloj de oro. El anciano se incorporó y cogió el revólver con sigilo.

¡Bang!

Como un cuerpo que se desploma en la horca, el chino se hundió pesadamente en el agujero oscuro, con la coleta entre los dientes. La trampilla giró y se cerró de un fuerte golpe. El hombrecillo de San Francisco dio un ágil brinco desde su taburete, atrapó con el sombrero algo en el aire, como un niño caza una mariposa, y desapareció por la chimenea como si hubiera sido succionado.

A través de la puerta abierta, desde algún lugar lejano en la oscuridad llegó un

grito débil y distante, un lamento de sollozos, parecido al de un niño estrangulado en el desierto, o al de un alma perdida capturada por el Adversario. Aunque pudo haber sido el coyote.

Durante los primeros días de la primavera siguiente, un grupo de mineros que se dirigía hacia las nuevas explotaciones pasó por el barranco y, al recorrer las cabañas abandonadas, encontraron en una el cuerpo de Hiram Beeson, tendido sobre un catre, y con un agujero de bala en el corazón. La bala había sido disparada, evidentemente, desde el otro extremo de la habitación, pues en una de las vigas superiores de roble había una pequeña abolladura de color azul: la bala había dado en un nudo de la madera y se había desviado posteriormente hacia abajo hasta alcanzar el pecho de la víctima. Sujeto fuertemente a la misma viga, se encontraba lo que parecía ser el extremo de una trenza de pelo de caballo, que había sido segada por la bala en su trayectoria. No se descubrió nada más de interés, salvo unas ropas mohosas y estrafalarias, de las que varias prendas fueron después identificadas por testigos respetables como las que llevaban ciertos ciudadanos del Barranco del Muerto cuando fueron enterrados años antes. Pero no es fácil comprender cómo pudo ocurrir eso, a menos que, claro está, las prendas hubieran sido utilizadas como disfraz por la misma Muerte, lo que resulta difícil de creer.

AL OTRO LADO DE LA PARED

Hace muchos años, cuando iba de Hong Kong a Nueva York pasé una semana en San Francisco. Hacía mucho tiempo que no había estado en esa ciudad y durante todo aquel periodo mis negocios en Oriente habían prosperado más de lo que esperaba. Como era rico, podía permitirme volver a mi país para restablecer la amistad con los compañeros de juventud que aún vivían y me recordaban con afecto. El más importante para mí era Mohum Dampier, un antiguo amigo del colegio con quien había mantenido correspondencia irregular hasta que dejamos de escribirnos, cosa muy normal entre hombres. Es fácil darse cuenta de que la escasa disposición a redactar una sencilla carta de tono social está en razón del cuadrado de la distancia entre el destinatario y el remitente. Se trata, simple y llanamente, de una ley.

Recordaba a Dampier como un compañero, fuerte y bien parecido, con gustos semejantes a los míos, que odiaba trabajar y mostraba una señalada indiferencia hacia muchas de las cuestiones que suelen preocupar a la gente; entre ellas la riqueza, de la que, sin embargo, disponía por herencia en cantidad suficiente como para no echar nada en falta. En su familia, una de las más aristocráticas y conocidas del país, se consideraba un orgullo que ninguno de sus miembros se hubiera dedicado al comercio o a la política, o hubiera recibido distinción alguna. Mohum era un poco sentimental y su carácter supersticioso le hacía inclinarse al estudio de temas relacionados con el ocultismo. Afortunadamente gozaba de una buena salud mental que le protegía contra creencias extravagantes y peligrosas. Sus incursiones en el campo de lo sobrenatural se mantenían dentro de la región conocida y considerada como certeza.

La noche que le visité había tormenta. El invierno californiano estaba en su apogeo: una lluvia incesante regaba las calles desiertas y, al ser empujada por irregulares ráfagas de viento, se precipitaba contra las casas con una fuerza increíble. El cochero encontró el lugar, una zona residencial escasamente poblada cerca de la playa, con dificultad. La casa, bastante fea, se elevaba en el centro de un terreno en el que, según pude distinguir en la oscuridad, no había ni flores ni hierba. Tres o cuatro árboles, que se combaban y crujían a causa del temporal, parecían intentar huir de su tétrico entorno en busca de mejor fortuna, lejos, en el mar. La vivienda era una estructura de dos pisos, hecha de ladrillo, que tenía una torre en una esquina, un piso más arriba. Era la única zona iluminada. La apariencia del lugar me produjo cierto estremecimiento, sensación que se vio aumentada por el chorro de agua que sentía caer por la espalda mientras corría a buscar refugio en el portal.

Dampier, en respuesta a mi misiva informándole de mi deseo de visitarle, había contestado: «No llames, abre la puerta y sube». Así lo hice. La escalera estaba pobremente iluminada por una luz de gas que había al final del segundo tramo. Conseguí llegar al descansillo sin destrozar nada y atravesé una puerta que daba a la

iluminada estancia cuadrada de la torre. Dampier, en bata y zapatillas, se acercó, tal y como yo esperaba, a saludarme, y aunque en un principio pensé que me podría haber recibido más adecuadamente en el vestíbulo, después de verle, la idea de su posible inhospitalidad desapareció.

No parecía el mismo. A pesar de ser de mediana edad, tenía canas y andaba bastante encorvado. Le encontré muy delgado; sus facciones eran angulosas, y su piel, arrugada y pálida como la muerte, no tenía un solo toque de color. Sus ojos, excepcionalmente grandes, centelleaban de un modo misterioso.

Me invitó a sentarme y, tras ofrecirme un cigarro, manifestó con sinceridad obvia y solemne que estaba encantado de verme. Después tuvimos una conversación trivial durante la cual me sentí dominado por una profunda tristeza al ver el gran cambio que había sufrido. Debió captar mis sentimientos porque inmediatamente dijo, con una gran sonrisa:

—Te he desilusionado: *non sum qualis eram*.

Aunque no sabía qué decir, al final señalé:

—No, qué va, bueno, no sé: tu latín sigue igual que siempre.

Sonrió de nuevo.

—No —dijo—, al ser una lengua muerta, esta particularidad va aumentando. Pero, por favor, ten paciencia y espera: existe un lenguaje mejor en el lugar al que me dirijo. ¿Tendrías algún inconveniente en recibir un mensaje en dicha lengua?

Mientras hablaba su sonrisa iba desapareciendo, y cuando terminó, me miró a los ojos con una seriedad que me produjo angustia. Sin embargo, no estaba dispuesto a dejarme llevar por su actitud ni a permitirle que descubriera lo profundamente afectado que me encontraba por su presagio de muerte.

—Supongo que pasará mucho tiempo antes de que el lenguaje humano deje de sernos útil —observé—, y para entonces su necesidad y utilidad habrán desaparecido.

Mi amigo no dijo nada y, como la conversación había tomado un giro desalentador y no sabía qué decir para darle un tono más agradable, también yo permanecí en silencio. De repente, en un momento en que la tormenta amainó y el silencio mortal contrastaba de un modo sobrecogedor con el estruendo anterior, oí un suave golpeteo que provenía del muro que tenía a mis espaldas. El sonido parecía haber sido producido por una mano, pero no como cuando se llama a una puerta para poder entrar, sino más bien como una señal acordada, como una prueba de la presencia de alguien en una habitación contigua; creo que la mayoría de nosotros ha tenido más experiencias de este tipo de comunicación de las que nos gustaría contar. Miré a Dampier. Si había algo divertido en mi mirada no debió captarlo. Parecía haberme olvidado y observaba la pared con una expresión que no soy capaz de definir, aunque la recuerdo como si la estuviera viendo. La situación era desconcertante. Me levanté con intención de marcharme; entonces reaccionó.

—Por favor, vuelve a sentarte —dijo—, no ocurre nada, no hay nadie ahí.

El golpeteo se repitió con la misma insistencia lenta y suave que la primera vez.

—Lo siento —dije—, es tarde. ¿Quieres que vuelva mañana?

Volvió a sonreír, esta vez un poco mecánicamente.

—Es muy gentil por tu parte, pero completamente innecesario. Te aseguro que ésta es la única habitación de la torre y no hay nadie ahí. Al menos...

Dejó la frase sin terminar, se levantó y abrió una ventana, única abertura que había en la pared de la que provenía el ruido.

—Mira.

Sin saber qué otra cosa podía hacer, le seguí hasta la ventana y me asomé. La luz de una farola cercana permitía ver claramente, a través de la oscura cortina de agua que volvía a caer a raudales, que «no había nadie». Ciertamente, no había otra cosa que la pared totalmente desnuda de la torre.

Dampier cerró la ventana, señaló mi asiento y volvió a tomar posesión del suyo.

El incidente no resultaba en sí especialmente misterioso; había una docena de explicaciones posibles (ninguna de las cuales se me ha ocurrido todavía). Sin embargo, me impresionó vivamente el hecho de que mi amigo se esforzara por tranquilizarme, pues ello daba al suceso una cierta importancia y significación. Había demostrado que no había nadie, pero precisamente eso era lo interesante. Y no lo había explicado todavía. Su silencio resultaba irritante y ofensivo.

—Querido amigo —dije, me temo que con cierta ironía—, no estoy dispuesto a poner en cuestión tu derecho a hospedar a todos los espectros que desees de acuerdo con tus ideas de compañerismo; no es de mi incumbencia. Pero como sólo soy un simple hombre de negocios, fundamentalmente terrenales, no tengo necesidad alguna de espectros para sentirme cómodo y tranquilo. Por ello, me marchó a mi hotel, donde los huéspedes aún son de carne y hueso.

No fue una alocución muy cortés, lo sé, pero mi amigo no manifestó ninguna reacción especial hacia ella.

—Te ruego que no te vayas —observó—. Agradezco mucho tu presencia. Admito haber escuchado un par de veces con anterioridad lo que tú acabas de oír esta noche. Ahora sé que no eran ilusiones mías y esto es verdaderamente importante para mí; más de lo que te imaginas. Enciende un buen cigarro y ármate de paciencia mientras te cuento toda la historia.

La lluvia volvía a arreciar, produciendo un rumor monótono, que era interrumpido de vez en cuando por el repentino azote de las ramas agitadas por el viento. Era bastante tarde, pero la compasión y la curiosidad me hicieron seguir con atención el monólogo de Dampier, a quien no interrumpí ni una sola vez desde que empezó a hablar.

—Hace diez años —comenzó—, estuve viviendo en un apartamento, en la planta baja de una de las casas adosadas que hay al otro lado de la ciudad, en Rincón Hill. Esa zona había sido una de las mejores de San Francisco, pero había caído en desgracia, en parte por el carácter primitivo de su arquitectura, no apropiada para el gusto de nuestros ricos ciudadanos, y en parte porque ciertas mejoras públicas la

habían afeado. La hilera de casas, en una de las cuales yo habitaba, estaba un poco apartada de la calle; cada vivienda tenía un diminuto jardín, separado del de los vecinos por unas cercas de hierro y dividido con precisión matemática por un paseo de gravilla bordeado de bojés, que iba desde la verja a la puerta.

»Una mañana, cuando salía, vi a una chica joven entrar en el jardín de la casa izquierda. Era un caluroso día de junio y llevaba un ligero vestido blanco. Un ancho sombrero de paja decorado al estilo de la época, con flores y cintas, colgaba de sus hombros. Mi atención no estuvo mucho tiempo centrada en la exquisita sencillez de sus ropas, pues resultaba imposible mirarla a la cara sin advertir algo sobrenatural. Pero no, no temas; no voy a deslucir su imagen describiéndola. Era sumamente bella. Toda la hermosura que yo había visto o soñado con anterioridad encontraba su expresión en aquella inigualable imagen viviente, creada por la mano del Artista Divino. Me impresionó tan profundamente que, sin pensar en lo impropio del acto, descubrí mi cabeza, igual que haría un católico devoto o un protestante de buena familia ante la imagen de la Virgen. A la doncella no parecía disgustarle mi gesto; me dedicó una mirada con sus gloriosos ojos oscuros que me dejó sin aliento, y, sin más, entró en la casa. Permanecí inmóvil por un momento, con el sombrero en la mano, consciente de mi rudeza y tan dominado por la emoción que la visión de aquella belleza incomparable me inspiraba, que mi penitencia resultó menos dolorosa de lo que debería haber sido. Entonces reanudé mi camino, pero dejé el corazón en aquel lugar. Cualquiera otro día habría permanecido fuera de casa hasta la caída de la noche, pero aquél, a eso de la media tarde, ya estaba de vuelta en el jardín, interesado por aquellas pocas flores sin importancia que nunca antes me había detenido a observar. Mi espera fue en vano; la chica no apareció.

»A aquella noche de inquietud le siguió un día de expectación y desilusión. Pero al día siguiente, mientras caminaba por el barrio sin rumbo, me la encontré. Desde luego no volví a hacer la tontería de descubrirme; ni siquiera me atreví a dedicarle una mirada demasiado larga para expresar mi interés. Sin embargo, mi corazón latía aceleradamente. Tenía temblores y, cuando me dedicó con sus grandes ojos negros una mirada de evidente reconocimiento, totalmente desprovista de descaro o coquetería, me sonrojé.

»No te cansaré con más detalles; sólo añadiré que volví a encontrármela muchas veces, aunque nunca le dirigí la palabra ni intenté llamar su atención. Tampoco hice nada por conocerla. Tal vez mi autocontrol, que requería un sacrificio tan abnegado, no resulte claramente comprensible. Es cierto que estaba locamente enamorado, pero ¿cómo puede uno cambiar su forma de pensar o transformar el propio carácter?

»Yo era lo que algunos estúpidos llaman, y otros más tontos aún gustan ser llamados, un aristócrata; y, a pesar de su belleza, de sus encantos y elegancia, aquella chica no pertenecía a mi clase. Me enteré de su nombre (no tiene sentido citarlo aquí) y supe algo acerca de su familia. Era huérfana y vivía en la casa de huéspedes de su tía, una gruesa señora de edad, inaguantable, de la que dependía. Mis ingresos eran

escasos y no tenía talento suficiente como para casarme; debe de ser una cualidad que nunca he tenido. La unión con aquella familia habría significado llevar su forma de vida, alejarme de mis libros y estudios y, en el aspecto social, descender al nivel de la gente de la calle. Sé que este tipo de consideraciones son fácilmente censurables y no me encuentro preparado para defenderlas. Acepto que se me juzgue, pero, en estricta justicia, todos mis antepasados, a lo largo de generaciones, deberían ser mis codefensores y debería permitírseme invocar como atenuante el mandato imperioso de la sangre. Cada glóbulo de ella está en contra de un enlace de este tipo. En resumen, mis gustos, costumbres, instinto e incluso la sensatez que pueda quedarme después de haberme enamorado, se vuelven contra él. Además, como soy un romántico incorregible, encontraba un encanto exquisito en una relación impersonal y espiritual que el conocimiento podría convertir en vulgar, y el matrimonio con toda seguridad disiparía. Ninguna criatura, argüía yo, podría ser más encantadora que esta mujer. El amor es un sueño delicioso; entonces, ¿por qué razón iba yo a procurar mi propio despertar?

»El comportamiento que se deducía de toda esta apreciación y parecer era obvio. Mi honor, orgullo y prudencia, así como la conservación de mis ideales me ordenaban huir, pero me sentía demasiado débil para ello. Lo más que podía hacer —y con gran esfuerzo— era dejar de ver a la chica, y eso fue lo que hice. Evité incluso los encuentros fortuitos en el jardín. Abandonaba la casa sólo cuando sabía que ella ya se había marchado a sus clases de música, y volvía después de la caída de la noche. Sin embargo, era como si estuviera en trance; daba rienda suelta a las imaginaciones más fascinantes y toda mi vida intelectual estaba relacionada con ellas. ¡Ah, querido amigo! Tus acciones tienen una relación tan clara con la razón que no puedes imaginarte el paraíso de locura en el que viví.

»Una tarde, el diablo me hizo ver que era un idiota redomado. A través de una conversación desordenada, y sin buscarlo, me enteré por la cotilla de mi casera que la habitación de la joven estaba al lado de la mía, separada por una pared medianera. Llevado por un impulso torpe y repentino, di unos golpecitos suaves en la pared. Evidentemente, no hubo respuesta, pero no tuve humor suficiente para aceptar un rechazo. Perdí la cordura y repetí esa tontería, esa infracción, que de nuevo resultó inútil, por lo que tuve el decoro de desistir.

»Una hora más tarde, mientras estaba concentrado en algunos de mis estudios sobre el infierno, oí, o al menos creí oír, que alguien contestaba a mi llamada. Dejé caer los libros y de un salto me acerqué a la pared donde, con toda la firmeza que mi corazón me permitía, di tres golpes. La respuesta fue clara y contundente: uno, dos, tres, una exacta repetición de mis toques. Eso fue todo lo que pude conseguir, pero fue suficiente; demasiado, diría yo.

»Aquella locura continuó a la tarde siguiente, y en adelante durante muchas tardes, y siempre era yo quien tenía *la última palabra*. Durante todo aquel tiempo me sentí completamente feliz, pero, con la terquedad que me caracteriza, me mantuve en

la decisión de no ver a la chica. Un día, tal y como era de esperar, sus contestaciones cesaron. «Está enfadada —me dije— porque cree que soy tímido y no me atrevo a llegar más lejos»; entonces decidí buscarla y conocerla y... Bueno, ni supe entonces ni sé ahora lo que podría haber resultado de todo aquello. Sólo sé que pasé días intentando encontrarme con ella, pero todo fue en vano. Resultaba imposible verla u oírla. Recorrí infructuosamente las calles en las que antes nos habíamos cruzado; vigilé el jardín de su casa desde mi ventana, pero no la vi entrar ni salir. Profundamente abatido, pensé que se había marchado; pero no intenté aclarar mi duda preguntándole a la casera, a la que tenía una tremenda ojeriza desde que me habló de la chica con menos respeto del que yo consideraba apropiado.

»Y llegó la noche fatídica. Rendido por la emoción, la indecisión y el desaliento, me acosté temprano y conseguí conciliar un poco el sueño. A medianoche hubo algo, un poder maligno empeñado en acabar con mi paz para siempre, que me despertó y me hizo incorporarme para prestar atención a no sé muy bien qué. Me pareció oír unos ligeros golpes en la pared: el fantasma de una señal conocida. Un momento después se repitieron: uno, dos, tres, con la misma intensidad que la primera vez, pero ahora un sentido alerta y en tensión los recibía. Estaba a punto de contestar cuando el Enemigo de la Paz intervino de nuevo en mis asuntos con una picara sugerencia de venganza. Como ella me había ignorado cruelmente durante mucho tiempo, yo le pagaría con la misma moneda. ¡Qué tontería! ¡Que Dios sepa perdonármela! Durante el resto de la noche permanecí despierto, escuchando y reforzando mi obstinación con cínicas justificaciones.

»A la mañana siguiente, tarde, al salir de casa me encontré con la casera, que entraba:

»—Buenos días, señor Dampier —dijo—; ¿se ha enterado usted de lo que ha pasado?

»Le dije que no, de palabra, pero le di a entender con el gesto que me daba igual lo que fuera. No debió captarlo porque continuó:

»—A la chica enferma de al lado. ¿Cómo? ¿No ha oído nada? Llevaba semanas enferma y ahora...

»Casi salto sobre ella.

»—Y ahora... —grité—, y ahora ¿qué?

»—Está muerta.

»Pero aún hay algo más. A mitad de la noche, según supe más tarde, la chica se había despertado de un largo estupor, tras una semana de delirio, y había pedido — éste fue su último deseo— que llevaran su cama al extremo opuesto de la habitación. Los que la cuidaban consideraron la petición un desvarío más de su delirio, pero accedieron a ella. Y en ese lugar aquella pobre alma agonizante había realizado la débil aspiración de intentar restaurar una comunicación rota, un dorado hilo de sentimiento entre su inocencia y mi vil monstruosidad, que se empeñaba en profesar una lealtad brutal y ciega a la ley del ego.

»¿Cómo podía reparar mi error? ¿Se pueden decir misas por el descanso de almas que, en noches como ésta, están lejos, «por espíritus que son llevados de acá para allá por vientos caprichosos», y que aparecen en la tormenta y la oscuridad con signos y presagios que sugieren recuerdos y augurios de condenación?

»Ésta ha sido su tercera visita. La primera vez fui escéptico y verifiqué por métodos naturales el carácter del incidente; la segunda, respondí a los golpes, varias veces repetidas, pero sin resultado alguno. Esta noche se completa la «tríada fatal» de la que habla Parapelius Necromantius. Es todo lo que puedo decir.

Cuando hubo terminado su relato no encontré nada importante que decir, y preguntar habría sido una impertinencia terrible. Me levanté y le di las buenas noches de tal forma que pudiera captar la compasión que sentía por él; en señal de agradecimiento me dio un silencioso apretón de manos. Aquella noche, en la soledad de su tristeza y remordimiento, entró en el reino de lo Desconocido.

EL HOMBRE Y LA SERPIENTE

En fuentes bien informadas se asegura —y lo confirman tantas personas que no sería ni sabio ni prudente contradecirlas—, que los ojos de la serpiente tienen la propiedad magnética de atraer, aun contra su voluntad, a aquellos que caen bajo su mirada, pereciendo miserablemente a causa de su mordedura.

I

Recostado plácidamente en el sofá del cuarto, en bata y zapatillas, Harker Brayton sonrió al leer ese párrafo en el viejo libro de Morrister, *Maravillas de la ciencia*. «La única maravilla en todo esto —se dijo— es que los hombres de probada inteligencia y cultura de la época de Morrister hayan creído tonterías de las que se ríen en nuestros tiempos hasta los más ignorantes».

Siguió reflexionando, pues era Brayton un hombre muy reflexivo; inconscientemente bajó el libro, sin cambiar la dirección de su mirada, sin embargo, y apenas hubo apartado el volumen de la altura de sus ojos, algo captó su atención desde un rincón en la penumbra del cuarto. Lo que veía, hundidos en la sombra, bajo su cama, eran dos pequeños destellos, separados entre sí apenas por una pulgada de distancia. Acaso no fuese más que el reflejo de la lámpara de gas que daba la luz justa para que pudiera leer, colgada de un clavo en la pared. No reparó más en ello y siguió leyendo.

Un momento después, algo, un impulso que no se detuvo a analizar, no obstante tratarse de un hombre muy reflexivo, le obligó de nuevo a bajar el libro para buscar con la mirada lo que había observado antes. Allí seguían los destellos. Parecían aún más brillantes y poseían un cierto resplandor verdoso que no había percibido antes. Incluso le dio la impresión de que se habían movido, que se hallaban algo más cerca. Pero tampoco le concedió mayor atención; cosas de la penumbra, pensó; una cierta pereza, por lo demás, le hizo pensar que no merecía la pena levantarse para escrutar en la penumbra.

De pronto, algo, cualquier cosa en el texto, le hizo concebir una idea inquietante; por tercera vez bajó el libro, dejándolo reposar sobre el brazo del sofá. El libro se deslizó entonces y cayó ruidosamente sobre el suelo de madera. A medias

incorporado, Brayton escrutó la oscuridad debajo de su cama, donde los destellos persistían —le pareció— e incluso eran más intensos. Ahora sí se mostraba en verdad atento; ahora sí era ansiosa e imperativa su mirada. Tanto, que al fin se percató de la presencia de una gran serpiente, enrollada sobre sí misma, bajo su cama, sobre la pequeña alfombra. Los destellos eran sus ojos. La horrible cabeza se erguía pesadamente desde la parte interior del rollo de su cuerpo y descansaba en la última vuelta de la espiral, dirigida en todo momento hacia él, como para observar sus movimientos. El contorno de la mandíbula, ancha y estremecedora, su estúpida frente, servían para advertir la dirección de la perversa mirada. Los ojos de la serpiente ya no eran dos simples puntos luminosos, pues miraban a los suyos con aviesa intención.

II

Encontrarse una serpiente en el dormitorio de un edificio de la mejor construcción, y en una ciudad moderna, no es cosa tan común como en las casas de campo, por lo que cabe hacer algunas observaciones.

Harker Brayton, hombre soltero, de treinta y cinco años, culto, elegante y bastante ocioso, atlético, rico y famoso, de buena salud, había regresado a San Francisco después de viajar por los más recónditos y extraños lugares del mundo. Sus gustos, siempre un poco extravagantes, incluso los propios de un sibarita, se habían exacerbado a causa de ciertas privaciones padecidas durante alguno de aquellos viajes, y como ni siquiera todo lo que ofrecía el Castle Hotel bastaba para dejarlo satisfecho, aceptó con gusto la hospitalidad de su amigo, un distinguido científico, el doctor Druring. La casa del doctor Druring, grande, antigua, situada en lo que es hoy un barrio oscuro y triste de la ciudad, tan lejos del esplendor de otro tiempo, mostraba un aspecto exterior de orgullosa dignidad y buena fortuna. Era, a todas luces, la casa más llamativa de todo el vecindario, que por aquel entonces comenzaba a venirse a menos, si bien lentamente... Era, igualmente, una casa a través de cuya observación se podía suponer que la habitaba un excéntrico, como suelen serlo los científicos.

La casa tenía, en fin, alguna de esas características debidas al aislamiento común de los excéntricos... Una de esas características era un pabellón, irrelevante desde el punto de vista de su arquitectura, y hasta incongruente en cuanto a su porqué: constituía en sí mismo una mezcla de laboratorio, de zoológico y de museo. Allí era donde el doctor daba rienda suelta a su vocación, estudiando las formas de la vida

animal que mayor interés despertaban en él y hasta coincidían con sus gustos; unos gustos que propendían, hay que señalarlo, hacia las especies inferiores. Los animales, para caer en gracia a sus refinados sentidos de científico excéntrico, debían conservar algunas características rudimentarias que los vincularan con los dragones de la prehistoria, como es el caso de los sapos y de las serpientes. Las simpatías del doctor, pues, estaban decididamente volcadas en el género de los reptiles. Adoraba las especies digamos pedestres; se describía, muy orgulloso él, como «el Zola de la zoología». A su esposa y a sus hijas, que para su desgracia no compartían tan iluminada curiosidad por los trabajos y mucho menos por los hábitos de tan notable científico, las excluía austera e inútilmente del serpentario —no habían pretendido jamás pisarlo, ésa es la verdad—, sentenciándolas a la compañía de sus pares, aunque para aligerar los rigores de su suerte, y merced a la gran fortuna de que era dueño, les daba autorización para que superasen en la casa el brillo que sus reptiles mostraban en el serpentario, por lo que todas ellas, es cierto, lucían con gran esplendor su belleza.

En lo que a la arquitectura y mobiliario se refiere, el serpentario gozaba de una severa sencillez, de acuerdo con la humilde condición de sus ocupantes, a muchos de los cuales, como es lógico, no se les podía dejar en libertad, por cuanto atesoraban la molesta particularidad de que estaban vivos. En su propio hábitat, sin embargo, no sufrían ningún tipo de restricción, digamos personal, salvo aquella que los protegiese del funesto hábito de morderse los unos a los otros. Y como le habían advertido prolijamente a Brayton, era común encontrarse a alguno de aquellos seres, a veces en lugares donde resultaba un tanto complicado explicar su presencia. Pero a pesar del serpentario y sus pavorosas asociaciones —a lo que no dio mucha importancia, en cualquier caso—, Brayton encontraba muy de su gusto la estancia en la mansión de los Druring.

III

Más allá de la primera sorpresa y de un cierto estremecimiento, provocado por la repugnancia, el señor Brayton no pareció muy afectado al descubrir a la serpiente. Pensó primero en hacer sonar la campanilla para llamar a un sirviente de la casa, pero aunque el cordón colgaba a su alcance, desistió de inmediato. Quizá le habrían tomado por un cobarde, aunque no podía decirse otra cosa que aceptar que, al menos allí y en ese preciso momento, lo era en cierta medida... Tenía algo de miedo... Pero

prefería aguantarse el miedo a hacer el ridículo. Una situación tan desagradable como absurda. Pero no quería quedar mal ante las damas de la casa, tan exquisitas.

El reptil, por lo demás, pertenecía a una especie desconocida por Brayton. Sólo podía conjeturar su longitud; en la zona más gruesa parecía del tamaño de un brazo. ¿Y cuál y cuánto sería su peligro, si lo tenía? ¿Era una serpiente venenosa? ¿Era una constrictor? Su conocimiento de las señales que del peligro de la naturaleza tenía, no le permitía darse una respuesta fiel. Nunca antes se había visto obligado a descifrar un código semejante, a pesar de lo mucho y en muy malas condiciones que había viajado.

La criatura, en cualquier caso, le resultaba repugnante, fuese o no peligrosa. Una criatura fuera de lugar, *de trop...* Una impertinencia más que evidente. Ni siquiera el bárbaro gusto imperante en nuestro tiempo y en nuestro país —que ha sobrecargado las paredes con cuadros, el piso con muebles y los muebles con adornos— daba lugar a ese trozo de vida salvaje... Además —¡oh, qué insoportable idea!—, las exhalaciones de su aliento se mezclaban con el mismo aire que él respiraba. Tales pensamientos fueron cobrando forma en su mente de forma tan afilada, que Brayton no tuvo otro remedio que decirse que había que hacer algo, que era necesario abandonar aquellas hirientes meditaciones y pasar a la acción. Es, en suma, lo que solemos llamar un proceso de consideración de las circunstancias; algo que requiere de un alto grado de decisión, en definitiva. Así es, por lo demás, como se diferencian los listos de los tontos, los juiciosos de los aletargados por su propio magma mental; así es como una hoja marchita y arrastrada por los vientos del otoño muestra mayor o menor inteligencia que las demás hojas, cayendo sobre la tierra o sobre las aguas de un lago, sin dejarse arrastrar por el viento hasta los vertederos. El secreto de las acciones humanas no es tal, pues se trata de un secreto a voces; un espasmo que contrae nuestros músculos. ¿Tiene alguna importancia que a los cambios necesarios para ello, que hacen instintivamente nuestras moléculas, les demos el nombre tan simple de *voluntad*?

Brayton se incorporó, alerta para retroceder lentamente y sin molestar con sus movimientos a la serpiente, para poder llegar bien a la puerta. Así es como los hombres se retiran de la presencia de los más grandes, pues la grandeza supone poder y el poder es, siempre y en cualquier circunstancia, una amenaza. Brayton estaba seguro de que conseguiría retroceder sin tropezarse con nada. Si la criatura monstruosa lo seguía, aquel mal gusto que decoraba las paredes con cuadros había provisto igualmente a la habitación de una más que notable panoplia en la que había armas orientales que no podían por menos que evocar actos sanguinarios; lo más necesario, en su caso, para defenderse. Mientras, los ojos de la serpiente ardían, más perversos y malévolos que antes.

Brayton levantó su pie derecho para dar el primer paso hacia atrás. Pero no pudo evitar sentirse inundado por un inequívoco sentimiento de vergüenza al hacerlo. «En esta casa se me considera un hombre valiente —pensó—, pero no estoy muy seguro

de que el valor sea otra cosa que orgullo... ¿Me puedo permitir la cobardía de retroceder poco a poco y con mil precauciones, sólo porque no hay nadie ahora mismo que me pueda ver?».

Tenía la mano derecha sobre el respaldo de una silla, suspendido en el aire el pie.

—¡Esto es absurdo! —dijo entonces en voz alta—. No soy tan cobarde como para tener miedo de descubrir a los otros mis temores...

Levantó el pie un poco más, doblando ligeramente la rodilla, y lo plantó entonces con decisión en el suelo, algo más atrás, sólo un poco más atrás que el otro pie... No pudo saber cómo lo hizo. Un intento con el pie izquierdo tuvo el mismo resultado: le quedó algo más atrás que el derecho. La mano aferraba el respaldo de la silla, con el brazo más extendido ahora, levemente, apenas perceptible aquella extensión; el brazo, rígido, tiraba de la silla, como si no se atreviese a soltar aquel apoyo. La pérfida cabeza de la serpiente se erguía como para contemplar la maniobra. No se había movido, no se había desenrollado aún, pero sus ojos tenían destellos eléctricos, como si lanzasen contra él un sinfín de agujas luminosas.

Brayton estaba muy pálido; más bien, tenía su rostro un tono color ceniza. Volvió a retroceder un paso, y luego otro, siempre muy lentamente, arrastrando con suavidad la silla. No pudo, empero, evitar que la silla cayese al suelo, haciendo un gran estrépito al estrellarse contra la madera del piso. Sintió el pobre hombre que lanzaba un gemido; mas la serpiente no emitió ruido alguno, ni se movió, aunque sus ojos eran ahora dos soles deslumbrantes; toda la serpiente, en fin, parecía agazapada tras sus ojos, que emitían ondas concéntricas de ricos y vividos colores, los cuales, a medida que crecían sucesivamente, se desvanecían como las pompas de jabón al caer al suelo. Ondas que parecían acercarse hasta casi tocar su cara, pero que de inmediato se alejaban a distancias que deseaba Brayton inimaginables. En algún lugar sonaba un tambor, con súbitas interrupciones de una música lejana e inusualmente dulce, como si saliera de las notas de un arpa. Reconoció la melodía del sol naciente en la estatua de Memnon y tuvo la grata sensación de hallarse junto al Nilo, entre los juncos de sus riberas, escuchando a través del silencio de los siglos aquel himno inmortal.

La música cesó. Poco a poco fue transformándose insensiblemente en el ruido distante de una tormenta de truenos que se desvanece. Ante sus ojos se extendía un paisaje bañado por el sol y la lluvia, surcado por un hermoso arco iris que enmarcaba en su curva excesiva hasta un centenar de bellas ciudades. A mitad de camino, una inmensa serpiente lucía una gran corona y levantaba la cabeza desde sus espectaculares circunvoluciones para mirarlo mejor... Tenía los mismos ojos de su difunta madre. De pronto, aquel paisaje encantado pareció ocultarse tras el telón en el acto final de un drama y desapareció en el vacío. Algo golpeó con mucha dureza su cara y su plexo. Cayó al suelo. Sangraba por la nariz, que supo tenía rota, y por los labios hinchados. Así estuvo un momento, aturdido, con los ojos cerrados y la barbilla hundida en el pecho, pero se recuperó pronto. Advirtió entonces que la caída,

al desviarle la vista del prodigio, había roto aquel encantamiento que le había cautivado. Tuvo la certeza de que si mantenía apartados de allí los ojos podría retroceder. Pero la idea de tener a una serpiente a tan corta distancia —aunque no la viera—, una serpiente que quizá pretendiese enroscarse en su cuello, era en verdad terrible. Levantó la cabeza y miró, valiente, aquellos ojos malditos. Y quedó otra vez encantado.

La serpiente no se había movido. Parecía haber perdido sus poderes sobre la imaginación: ya no se repetían aquellas magníficas imágenes de unos momentos antes. Bajo aquella cabeza achatada y estúpida, descerebrada, las cuencas negras de los ojos simplemente resplandecían como antes, con una expresión de malignidad inefable. Era como si la criatura monstruosa, segura de su inminente triunfo, hubiese decidido no poner en práctica su astucia seductora última.

Pero sucedió una escena espantosa. El hombre postrado en el suelo, a muy corta distancia de la vil criatura, levantó la parte superior del cuerpo, apoyándose en los codos, hacia atrás la cabeza, extendidas las piernas al máximo... Tenía la cara tan blanca que parecía enharinada, y había puntitos rojos, de sangre, en su frente, en la nariz, en la barbilla y en las mejillas; sus ojos estaban desmesuradamente abiertos y de sus labios goteaba lenta y espesa espuma mientras unas fuertes convulsiones sacudían su cuerpo, haciéndolo temblar como tiemblan en el aire las serpentinatas. Consiguió doblarse sobre el estómago, buscando a la vez acercarse cuanto más pudiera a la serpiente, moviendo para ello las piernas hacia los lados e impulsándose sobre los codos, aunque con las manos abiertas y extendidas como si quisiera evitar aquel avance.

IV

El doctor Druring y su esposa estaban sentados en la biblioteca de la casa. El doctor Druring tenía muy buen humor aquel día.

—Querida, acabo de hacerme con un magnífico ejemplar de *ophiophagus* —anunció a su esposa.

—¿Y qué es eso? —preguntó ella sin mostrar el menor interés.

—¡Cuán grande es tu ignorancia, cariño! Si después de casarse, un hombre descubre que su esposa nada sabe ni de latín ni de griego, tendrá todo el derecho del mundo a pedir el divorcio... El *ophiophagus*, querida, como su propio nombre lo indica, es una serpiente que se come a las otras...

—Pues a ver si se come a todas las que tienes —dijo ella mientras se acercaba la lámpara con aire ausente—. ¿Y cómo se las come? Bueno, me imagino que hipnotizará primero a las otras serpientes, ¿no?

—Una tontería semejante sólo se te podría ocurrir a ti, cariño —dijo el doctor con cierta petulancia—. Parece mentira que digas esas cosas, sabiendo lo mucho que me molesta cualquier alusión vulgar a las supersticiones populares que hablan del poder hipnótico de las serpientes...

Interrumpió tan grata conversación un alarido que rompió de rincón a rincón el silencio de la casa. Era como la voz de un demonio que gritase en su tumba. Se dejó sentir una y otra vez, claramente. Ambos saltaron para ponerse en pie, confuso el hombre y muy asustada la mujer. No había desaparecido el eco del último grito cuando el doctor ya estaba fuera del salón, subiendo la escalera de dos en dos peldaños. En el corredor, ante la habitación que habían ofrecido a Brayton, ya había algunos sirvientes. Se lanzaron contra la puerta, que cedió fácilmente. Brayton yacía de bruces, muerto. Tenía la cabeza y los brazos parcialmente ocultos bajo la cama. Tiraron de los pies y dieron la vuelta al cuerpo. Su cara estaba cubierta de sangre y espuma, desorbitados sus ojos.

—Ha debido de morir de un síncope —dijo aquel gran hombre de ciencia, dejándose caer de rodillas junto al cadáver y poniendo la mano sobre el pecho de Brayton para comprobar si aún le latía el corazón.

Mas cuando así estaba se le ocurrió apartar la vista del cadáver, lo que llevó su mirada bajo la cama.

—¡Santo cielo! —gritó el doctor Druring—. ¿Qué demonios hace esto aquí?

Raudo metió el brazo bajo la cama, sacó a la serpiente y la arrojó hacia el otro extremo de la habitación. Con un sonido áspero se deslizó sobre la madera del piso encerado hasta chocar contra la pared, donde quedó inmóvil. Era una serpiente disecada. Por eso tenía dos botones por ojos.

UN NAUFRAGIO PSICOLÓGICO

En el verano de 1874 me encontraba en Liverpool, donde había ido en viaje de negocios representando a la sociedad mercantil Bronson & Jarret de Nueva York. Mi nombre es William Jarret, y el de mi socio era Zenas Bronson. La compañía quebró el año pasado y Bronson, incapaz de soportar el salto de la opulencia a la pobreza, murió.

Una vez concluidos mis asuntos financieros y viendo cercana una crisis de agotamiento y desaliento, decidí que una larga travesía marítima podría resultar al mismo tiempo agradable y beneficiosa para mí; por ello, en vez de embarcarme a la vuelta en uno de aquellos excelentes buques de pasajeros, hice una reserva para Nueva York en el velero *Morrow*, donde había hecho cargar una abundante y valiosa remesa de los artículos que había comprado. El *Morrow* era un barco inglés dotado con pocos camarotes para pasajeros, entre los que sólo nos contábamos yo y una joven con su doncella, una mujer negra de mediana edad. Me pareció extraño que una joven inglesa viajara tan bien atendida, pero ella me explicó más tarde que la doncella había estado al servicio de un matrimonio de Carolina del Sur, y que fue recogida por su familia al morir ambos cónyuges el mismo día en casa de su padre, en Devonshire. Dicha circunstancia, por su rareza, permanecería en mi memoria con bastante claridad, aunque no hubiera salido a relucir en una posterior conversación con la joven dama que el marido se llamaba William Jarret, igual que yo. Sabía que una rama de mi familia se había establecido en Carolina del Sur, pero desconocía completamente su historia y lo que había sido de ellos.

El *Morrow* partió del estuario del río Mersey el 15 de junio y durante varias semanas tuvimos brisas ligeras y cielos cubiertos. El patrón del barco, un marinero admirable (pero nada más), no nos ofreció, salvo a la hora de comer, demasiada hospitalidad, por lo que la joven señorita Janette Harford y yo hicimos amistad enseguida. A decir verdad, estábamos casi siempre juntos y, con una disposición de ánimo introspectiva, procuré varias veces analizar y definir el sentimiento novelesco que me inspiraba: una atracción secreta y sutil, pero poderosa, que me impulsaba constantemente a buscarla. Mis intentos fueron vanos. Sólo pude asegurarme de que, al menos, no se trataba de amor. Una vez convencido de esto y confiando en que ella me era bastante incondicional, una tarde (recuerdo que era el 3 de julio), mientras estábamos sentados en cubierta, me aventuré a preguntarle entre risas si podría ayudarme a resolver una duda psicológica.

Al principio se quedó callada, mirando hacia otro lado. Empecé a temer que había sido extremadamente descortés e inoportuno. Pero entonces clavó su mirada solemne sobre la mía. En un instante mi mente se vio dominada por una ilusión extraña y nunca registrada en la consciencia humana. Daba la impresión de que me miraba, desde una lejanía inconmensurable, *no* con sino *a través* de sus ojos, y que otras

personas, hombres, mujeres y niños, en cuyos rostros creí ver efímeras expresiones extrañamente familiares, se arremolinaban a su alrededor, pugnando todos, con una ligera impaciencia, por mirarme a través de las mismas órbitas. El barco, el océano, el cielo: todo había desaparecido. No era consciente más que de las figuras de esa extraordinaria y fantástica escena. Entonces, de repente, una profunda oscuridad se abatió sobre mí, y desde ella y poco a poco, como quien se va acostumbrando despacio a una luz más débil, el entorno anterior de la cubierta, el mástil y las jarcias, fue reapareciendo lentamente ante mi vista. La señorita Harford, que había cerrado los ojos y parecía estar dormida, seguía sentada en su silla con el libro que había estado leyendo abierto sobre su regazo. Impulsado por no sé qué motivo, me fijé en la parte superior de la página; era un ejemplar de una obra rara y curiosa, *Las meditaciones de Denneker*, y el dedo índice de la dama descansaba sobre este pasaje:

«A todos y a cada uno se les concede alejarse y separarse del cuerpo una temporada; porque, igual que en los riachuelos que confluyen uno en otro, el más débil es arrastrado por el más fuerte, existen ciertos parientes cuyos caminos se entrecruzan y sus almas guardan relación mientras sus cuerpos siguen caminos anteriormente fijados, sin que lo sepan».

La señorita Harford se despertó temblando; el sol se había ocultado tras el horizonte, pero no hacía frío. Tampoco hacía nada de viento ni había nubes en el cielo; sin embargo, no se veía una estrella. Unos pasos precipitados resonaron fuertemente sobre la cubierta; el capitán, al que habían hecho subir, se reunió junto al barómetro con el primer oficial. «¡Dios mío!», le oí exclamar.

Una hora más tarde, la figura de Janette Harford, invisible en medio de la oscuridad y la espuma, me fue arrebatada de las manos por el vórtice cruel del barco al hundirse, mientras yo perdía el conocimiento entre las jarcias del mástil flotante al que me había amarrado.

Me despertó la luz de una lámpara. Yacía en una litera rodeado por el característico ambiente del camarote de un buque. Frente a mí, un hombre sentado en un canapé y medio desnudo para irse a dormir, leía un libro. Reconocí el rostro de mi amigo Gordon Doyle. Me había encontrado con él el día que me embarqué en Liverpool, cuando estaba a punto de subir al buque *Ciudad de Praga*, y me había pedido encarecidamente que le acompañara en él.

Pasados unos instantes, pronuncié su nombre. Él se limitó a decir «bien», y pasó la hoja del libro sin apartar la vista de la página.

—Doyle —repetí—, ¿la salvaron a ella?

Entonces se dignó mirarme y sonrió divertido. Evidentemente creyó que estaba medio dormido.

—¿A ella? ¿A quién te refieres?

—A Janette Harford.

Su diversión se convirtió en asombro; me miró fijamente, sin decir nada.

—Me lo dirás dentro de un rato —proseguí—; supongo que me lo dirás dentro de un rato.

Un momento después pregunté:

—¿Qué barco es éste?

Doyle volvió a mirarme fijamente.

—El *Ciudad de Praga*, que partió de Liverpool con rumbo a Nueva York y lleva tres semanas de travesía con el eje de una hélice roto. Principal pasajero: el señor Gordon Doyle; ídem lunático: el señor William Jarret. Estos dos distinguidos viajeros embarcaron juntos, pero están a punto de separarse, siendo la decisión irrevocable del primero tirar por la borda al segundo.

Me incorporé de repente.

—¿Quieres decir que llevo tres semanas como pasajero de este barco?

—Sí, casi tres. Hoy es 3 de julio.

—¿Es que he estado enfermo?

—Sano como una manzana y siempre puntual en las comidas.

—¡Dios santo! Doyle, aquí hay algún misterio. Por favor, te ruego que seas serio. ¿No fui rescatado del naufragio del velero *Morrou*?

A Doyle le cambió el color, se acercó a mí y me cogió por la muñeca. Al rato preguntó con calma:

—¿Qué sabes de Janette Harford?

—Primero dime qué sabes tú.

El señor Doyle me observó durante unos instantes como si estuviera pensando qué hacer. Después se volvió a sentar en el canapé y dijo:

—¿Por qué no? Estoy comprometido con Janette Harford, a la que conocí hace un año en Londres. Su familia, una de las más ricas de Devonshire, se ofendió por ello y nos fugamos, o mejor dicho, estamos fugándonos, porque el día que tú y yo nos dirigíamos al embarcadero para subir a este barco, ella y su fiel doncella, una mujer negra, nos adelantaron y se dirigieron al velero *Morrow*. No consintió que fuéramos en el mismo barco y creyó más oportuno embarcar en un velero para evitar que nos vieran y reducir el riesgo de ser descubiertos. Ahora estoy muy preocupado porque esa maldita rotura de nuestra maquinaria puede que nos retrase tanto que el *Morrow* llegue a Nueva York antes que nosotros y, en ese caso, la pobre chica no sabrá dónde ir.

Me quedé quieto en la litera, tan quieto que apenas respiraba. Pero el asunto no parecía desagradar a Doyle pues, tras una breve pausa, continuó:

—A propósito, ella es sólo hija adoptiva de los Harford. Su madre murió en su tierra al caer de un caballo durante una cacería, y su padre, loco de tristeza, se suicidó el mismo día. Nadie reclamó a la niña y los Harford la adoptaron después de un tiempo razonable. Aunque ella ha crecido en la creencia de que es su hija.

—Doyle, ¿qué libro estás leyendo?

—Oh, se llama *Las meditaciones de Denneker*. Es muy raro; Janette me lo dio. Por casualidad tenía dos ejemplares. ¿Quieres verlo?

Me arrojó el volumen, que se abrió al caer. En una de las páginas había un pasaje subrayado:

«A todos y a cada uno se les concede alejarse y separarse del cuerpo una temporada; porque, igual que en los riachuelos que confluyen uno en otro, el más débil es arrastrado por el más fuerte, existen ciertos parientes cuyos caminos se entrecruzan y sus almas guardan relación mientras sus cuerpos siguen caminos anteriormente fijados, sin que lo sepan».

—Tenía, es decir, tiene, un gusto muy singular a la hora de leer —conseguí decir, dominando mi nerviosismo.

—Sí. Tal vez ahora tengas la amabilidad de explicarme cómo llegaste a conocer su nombre y el del velero en que se embarcó.

—Te oí hablar de ellos en sueños —señalé.

Una semana después atracamos en el puerto de Nueva York. Pero del *Morrow* nunca se volvió a saber nada.

EL DEDO CORAZÓN DEL PIE DERECHO

I

Es bien sabido que la vieja casa Mantón está hechizada. En toda la zona rural que la rodea, e incluso en la ciudad de Marshall, situada a una milla de distancia, no hay una sola persona de mente imparcial que tenga la menor duda al respecto; la incredulidad se limita a esas personas que recibirán el término de «chifladas» en cuanto esta útil palabra haya penetrado en la esfera intelectual del *Advance* de Marshall. La evidencia de que la casa está hechizada es doble: el testimonio de testigos desinteresados que han aportado la prueba ocular, y el de la propia casa. Los primeros pueden ser rechazados por cualquiera de las diversas objeciones que se le ocurra plantear al ingenuo; pero los hechos que están al alcance de la observación de todos son materiales y pueden controlarse.

En primer lugar, la casa Mantón no ha sido ocupada por los mortales desde hace más de diez años, y junto con sus edificios exteriores está entrando lentamente en decadencia: circunstancia que, por sí sola, nadie en su sano juicio se aventuraría a ignorar. Está un poco alejada del tramo más solitario de la carretera que une Marshall con Harriston, en un claro que en otro tiempo fue una granja, y sigue desfigurado por secciones de valla podrida y medio cubierta por zarzas que antaño cercaba un suelo estéril y pedregoso que hace ya muchísimo tiempo que no sabe lo que es un arado. La casa se encuentra en condiciones tolerablemente buenas, aunque muy despintada por el tiempo y con una gran necesidad de atención del vidriero, ya que la población masculina infantil de la región ha dado pruebas, de la manera que le es habitual, de su desaprobación a esa casa sin habitantes. Tiene una altura de dos pisos, es de planta casi cuadrada y la fachada delantera está traspasada por una sola puerta flanqueada a cada lado por una ventana, totalmente recubiertas ambas de tablones. Las ventanas correspondientes del piso superior, que no están protegidas, permiten la entrada de la luz y la lluvia en las habitaciones del segundo piso. Hierbas buenas y malas crecen a su antojo por todas partes, y algunos árboles de sombra, algo estropeados por el viento, se inclinan todos en la misma dirección, dando la impresión de que estuvieran haciendo un esfuerzo concertado por escapar de allí. En resumen, tal como el humorista de la ciudad de Marshall explicaba en las columnas del *Advance*, «la proposición de que la casa Mantón está hechizada es la única conclusión lógica que

puede obtenerse». El hecho de que fuera en aquella misma morada donde al señor Mantón le pareció adecuado una noche de hace unos diez años levantarse y cortar la garganta a su esposa y a sus dos hijos pequeños, yéndose a vivir enseguida a otra parte del país, tiene sin duda su parte de responsabilidad en el hecho de que a la atención pública el lugar le parezca adecuado para los fenómenos sobrenaturales.

Una tarde de verano llegaron a la casa cuatro hombres montados en una carreta. Tres de ellos se bajaron enseguida, y el que iba conduciendo ató la yunta al único poste que quedaba de lo que había sido una valla. El cuarto permaneció sentado en el carro.

—Vamos —dijo uno de sus compañeros acercándose a él, mientras los otros dos se dirigían a la casa—. Éste es el lugar.

—¡Dios mío! —respondió sin moverse el otro—. Esto es una broma y me parece que están todos en el ajo.

—Quizá yo lo esté —contestó el otro mirándole directamente a la cara y hablándole con un tono que tenía algo de desprecio—. Pero recordará que la elección del lugar se la dejaba a los otros con su consentimiento. Claro que si tiene miedo de los espectros...

—Yo no le tengo miedo a nada —le interrumpió el otro con un juramento antes de saltar al suelo. Los dos se unieron a los otros en la puerta, que uno de ellos había abierto ya con cierta dificultad porque la cerradura estaba oxidada. Entraron todos. Dentro estaba oscuro, pero el que había abierto la puerta sacó una vela y cerillas y la prendió. Abrió después una puerta que tenía a su derecha en cuanto estuvieron en el pasillo. Daba paso a una habitación grande y cuadrada que la vela sólo podía iluminar muy débilmente. El suelo tenía una espesa capa de polvo que ahogaba parcialmente el ruido de sus pisadas. Había telarañas en los ángulos de las paredes y colgando del techo como tiras de un encaje podrido, y que con la agitación del aire que produjo su entrada iniciaron unos movimientos ondulantes. La habitación tenía dos ventanas en los lados, pero desde ninguna de ellas podía verse nada salvo la tosca superficie interior de los tablones clavados a escasos centímetros del cristal. No había chimenea ni muebles; no había nada: aparte de las telarañas y el polvo, los cuatro hombres eran los únicos seres que no formaban parte de la estructura.

Debían de tener un aspecto extraño bajo la luz amarillenta de la vela. El que se había bajado del carro con mayor desgana resultaba especialmente espectacular: casi podría decirse que sensacional. Era de mediana edad, de fuerte constitución, pecho y hombros anchos. Viendo su figura cualquiera habría dicho que tenía la fuerza de un gigante, y si se le miraba a los rasgos de la cara, cualquiera se convencería de que estaba dispuesto a utilizarla como tal. Iba bien afeitado y con el pelo, grisáceo, muy corto. Su frente baja estaba cruzada por arrugas encima de los ojos, que se volvían verticales sobre la nariz. Las cejas, negras y espesas, seguían la misma ley, y sólo un último giro hacia arriba impedía lo que se habría convertido en un punto de contacto. Muy hundidos bajo las cejas, brillando bajo la luz oscura, había unos ojos de color

incierto pero evidentemente demasiado pequeños. Su expresión tenía algo formidable que no mejoraba con la boca cruel y las mandíbulas anchas. La nariz estaba, sin embargo, bastante bien, en cuanto que nariz; pero nadie espera demasiado de las narices. Todo lo que tenía de siniestro el rostro de aquel hombre parecía acentuado por una palidez que no era natural: daba la impresión de que careciera totalmente de sangre.

El aspecto de los otros hombres era bastante común: eran personas de esas que uno conoce y se olvida de haber conocido. Todos eran más jóvenes que el hombre que hemos descrito, y entre ellos y el de mayor edad, que se mantenía apartado, no parecía existir ningún sentimiento amable. Evitaban mirarse el uno al otro.

—Caballeros —dijo el hombre que sostenía la vela y las llaves—. Creo que todo está bien. ¿Está dispuesto, señor Rosser?

El hombre que se encontraba apartado del grupo inclinó la cabeza y sonrió.

—¿Y usted, señor Grossmith?

El hombre pesado inclinó la cabeza y frunció el ceño.

—Si me hacen el favor de quitarse las prendas exteriores.

Enseguida se quitaron los sombreros, abrigos, chalecos y pañuelos de cuello, que arrojaron fuera de la puerta, al pasillo. El hombre que llevaba la vela asintió y el cuarto hombre —el que había presionado a Grossmith para que bajara del carro— sacó del bolsillo de su abrigo dos largos machetes de aspecto asesino que extrajo inmediatamente de sus vainas de cuero.

—Son exactamente iguales —dijo dándole a cada uno de los dos personajes principales uno de los cuchillos, pues en ese momento hasta el observador más torpe habría comprendido la naturaleza de la reunión. Iba a ser un duelo a muerte.

Cada luchador cogió un cuchillo, lo examinó críticamente cerca de la vela y comprobó la fuerza de la hoja y del mango sobre su rodilla levantada. Después, el ayudante de cada uno de ellos se dirigió al otro.

—Si le parece bien, señor Grossmith —dijo el hombre que sostenía la luz—, se colocará usted en esa esquina.

Indicó el ángulo de la habitación más alejado de la puerta, y hacia allí se retiró Grossmith, después de que su ayudante se despidiera de él con un apretón de manos que no tenía nada de cordial. En el ángulo más cercano a la puerta se colocó el señor Rosser, y tras una consulta en susurros con su ayudante, éste le dejó y se unió al otro ayudante junto a la puerta. En ese momento se apagó la vela dejando la habitación en una oscuridad profunda. Quizá se debiera a una corriente provocada por la puerta abierta, pero con independencia de cuál fuera la causa, el efecto resultó sorprendente.

—Caballeros —dijo una voz que parecía extrañamente desconocida en esas condiciones alteradas que afectan a las relaciones de los sentidos—: no se moverán hasta que oigan que se ha cerrado la puerta exterior.

Se escucharon sonidos de pisadas, después el de la puerta interior al cerrarse y, finalmente, la puerta exterior, con un golpe que sacudió el edificio entero.

Unos minutos más tarde, el hijo de un granjero que se había retrasado se encontró con un carro ligero que conducían furiosamente hacia la ciudad de Marshall. Afirmó que tras las dos personas del asiento delantero había una tercera, con las manos sobre los hombros inclinados de los otros, quienes parecían luchar en vano para liberarse del tercero. A diferencia de las otras, esa figura iba vestida de blanco y sin la menor duda se había subido al carro cuando éste pasó junto a la casa hechizada. Como el muchacho podía jactarse de haber tenido muchísimas experiencias anteriores en esa zona sobrenatural, su palabra tenía con justicia el peso del testimonio de un experto. La historia (en relación con los acontecimientos del día siguiente) apareció en el *Advance*, con algunos ligeros embellecimientos literarios y la sugerencia, a modo de conclusión, de que a esos caballeros se les permitiría utilizar las columnas del periódico para dar su versión acerca de la aventura nocturna. Pero nadie reclamó ese privilegio.

II

Los acontecimientos que habían llevado a aquel «duelo en la oscuridad» fueron bastante simples. Una noche, tres jóvenes de la ciudad de Marshall estaban sentados en una tranquila esquina del porche del hotel del pueblo, fumando y discutiendo acerca de los asuntos que es natural interesen a hombres jóvenes y educados de un pueblo del sur. Sus nombres eran King, Sancher y Rosser. A una distancia escasa desde la que era fácil escucharles, pero sin tomar parte en la conversación, se sentaba un cuarto hombre que aquellos tres no conocían. Simplemente sabían que cuando a primera hora de la tarde había llegado en la diligencia, se había registrado en el hotel con el nombre de Robert Grossmith. No se le había visto hablar con nadie salvo con el recepcionista del hotel. Sin embargo, parecía apreciar singularmente su propia compañía; o tal como lo expresó el *personnel* del *Advance*, era «muy adicto a las malignas asociaciones». Pero habría que añadir entonces, para hacer justicia al desconocido, que el *personnel* era de una disposición demasiado alegre como para poder juzgar a alguien diferentemente dotado, y que además había experimentado un ligero rechazo cuando intentó hacerle una «entrevista».

—Odio cualquier tipo de deformidad en una mujer —estaba diciendo King—. Ya sea natural o... adquirida. Sostengo la teoría de que cualquier defecto físico tiene su correlativo defecto mental y moral.

—Deduzco de ello —intervino con solemnidad Rosser—, que una dama que

carezca de la ventaja moral de una nariz encontraría que la lucha por convertirse en la señora King sería una empresa ardua.

—Desde luego que puede expresarlo de ese modo —le respondió el otro—. Pero hablando en serio, en una ocasión abandoné a una joven de lo más encantadora al enterarme accidentalmente de que había sufrido la amputación de un dedo de un pie. Mi conducta fue brutal, si quieren considerarlo así, pero si me hubiera casado con esa joven me habría sentido desgraciado durante toda la vida, y habría hecho que también ella se sintiera así.

—Mientras que al casarse con un caballero de opiniones más liberales, escapó a ese destino y se encontró con que le abrieron la garganta —intervino Sancher con una ligera risotada.

—Ah, ya sabe a quién me refiero. Ciertamente, se casó con Mantón, pero nada sé de su liberalidad; no estoy seguro de que no le cortara la garganta al descubrir que le faltaba eso que es tan excelente en una mujer: el dedo corazón del pie derecho.

—¡Fíjense en ese tipo! —dijo Rosser en voz baja fijando su mirada en el desconocido.

Evidentemente aquel tipo estaba escuchando la conversación intensamente.

—¡Vaya descaró! —murmuró King—. ¿Qué podemos hacer?

—Eso es fácil —contestó Rosser levantándose— Señor —dijo dirigiéndose al desconocido—: creo que sería mejor que se fuera con su silla al otro extremo del porche. La presencia de unos caballeros es una situación que, evidentemente, no le resulta familiar.

El hombre se puso en pie y avanzó hacia ellos con los puños cerrados y el rostro blanco por la rabia. Ahora estaban todos en pie y Sancher se interpuso entre los beligerantes.

—Ha sido usted apresurado e injusto —le dijo a Rosser—, Este caballero no ha hecho nada que merezca ese lenguaje.

Pero Rosser no retiró ninguna palabra. Dada la costumbre del país y de la época, aquella disputa sólo podía tener una consecuencia.

—Exijo la satisfacción debida a un caballero —dijo el desconocido, ya más tranquilo—. No tengo ningún conocido en esta región. Quizá usted, señor, tendrá la amabilidad de representarme en este asunto —añadió haciendo un gesto a Sancher.

Sancher aceptó la misión; hay que confesar que con cierta desgana, pues ni el aspecto ni las maneras de aquel hombre eran totalmente de su agrado. King, que durante el coloquio apenas había apartado la mirada del rostro del desconocido y no había dicho ni una sola palabra, consintió con un gesto actuar como ayudante de Rosser, y como consecuencia de todo aquello, una vez se hubieron retirado los elementos principales, se acordó un encuentro para la noche siguiente. La naturaleza de las disposiciones tomadas ya se ha revelado. El duelo a cuchillo en una habitación oscura fue en otro tiempo algo común en la vida del suroeste. Lo que veremos más adelante es la delgada capa de barniz de «caballería» que ocultaba la brutalidad

esencial de dicho código.

III

Bajo el calor de un mediodía de verano, la antigua casa Mantón resultaba verdaderamente fiel a sus tradiciones. Era terrena, de la tierra. La luz del sol la acariciaba cálida y afectuosamente, despreciando evidentemente su mala reputación. La hierba que verdeaba toda el área frontal parecía crecer no sólo espesamente, sino con una exuberancia natural y gozosa, mientras las matas florecían como si fueran plantas. Formando encantadores juegos de luces y sombras, y poblados de pájaros de agradables cantos, los olvidados árboles de sombra ya no luchaban por escapar, sino que se inclinaban reverentemente bajo su carga de sol y de cantos. Incluso en las ventanas altas, sin cristales, había una expresión de paz y alegría debida a la luz interior. Sobre los campos pedregosos el calor visible danzaba con un temblor vivo incompatible con esa gravedad que es atributo de lo sobrenatural.

Ése era el aspecto que presentaba el lugar ante el *sheriff* Adams y los dos hombres que le habían acompañado desde Marshall para ir a verla. Uno de ellos era el señor King, ayudante del *sheriff*; el otro, llamado Brewer, era un hermano de la fallecida señora Mantón. Según una benéfica ley del Estado relativa a cualquier propiedad que hubiera sido abandonada durante un cierto periodo de tiempo por un propietario cuya residencia no podía averiguarse, el *sheriff* era el custodio legal de la granja Mantón y de las dependencias que le pertenecieran. Aquella visita se debía a una simple conformidad superficial al mandato de un tribunal al que había acudido el señor Brewer con el fin de tomar posesión de la propiedad en cuanto que heredero de su hermana fallecida. Por una simple coincidencia, la visita se realizó al día siguiente de la noche en que el ayudante del *sheriff*, King, había abierto la casa con un propósito muy distinto. Su presencia actual no la había decidido él: le habían ordenado que acompañara a su superior y en aquel momento no se le ocurrió nada que fuera más prudente que simular prontitud en obedecer la orden.

Abriendo cuidadosamente la puerta principal, que para su sorpresa no estaba cerrada, el *sheriff* se alarmó al ver en el suelo del pasillo al que daba ésta un confuso montón de prendas masculinas. El examen reveló que se componía de dos sombreros y el mismo número de abrigos, chalecos y pañuelos de cuello, todos en un estado de conservación notablemente bueno, aunque algo manchados por el polvo sobre el que yacían. El señor Brewer quedó igualmente asombrado, pero no se registró la emoción

del señor King. Con un renovado y vivo interés por aquel acto, el *sheriff* abrió y empujó una puerta que daba a la derecha y los tres hombres entraron por ella. La habitación parecía vacía... pero no, cuando sus ojos se acostumbraron a la escasa luz pudieron ver algo en el ángulo más alejado de la pared. Era una figura humana: la de un hombre acurrucado en la esquina. Había algo en su actitud que obligó a los intrusos a detenerse cuando apenas habían traspasado el umbral. La figura fue definiéndose con mayor claridad cada vez. El hombre estaba apoyado sobre una rodilla, la espalda contra un ángulo de la pared, los hombros elevados hasta la altura de las orejas, las manos delante del rostro con las palmas hacia afuera, los dedos extendidos y curvados como si fueran garras; el rostro blanco y vuelto hacia arriba sobre el cuello echado hacia atrás tenía la expresión de un temor indescriptible, con la boca abierta a medias y los ojos increíblemente abiertos. Estaba muerto. Sin embargo, con la excepción de un machete que había caído, evidentemente, de su propia mano, no había ningún otro objeto en la habitación.

Sobre el espeso polvo que cubría el suelo encontraron algunas huellas confusas cerca de la puerta y a lo largo de la pared que daba a ésta. En una de las paredes adjuntas, más allá de las ventanas entabladas, estaba el rastro que él mismo había hecho hasta llegar a aquella esquina. Para acercarse al cuerpo, los tres hombres siguieron ese rastro. El *sheriff* tocó uno de sus brazos extendidos; estaba tan rígido como el hierro, y la aplicación de una fuerza suave hizo oscilar el cuerpo entero sin alterar la relación de sus partes. Brewer, pálido por la excitación, contempló fijamente el rostro distorsionado.

—¡Que Dios se apiade de nosotros! —gritó de pronto—. ¡Es Mantón!

—Tiene usted razón —añadió King, en un evidente intento de mantenerse tranquilo—. Conocí a Mantón. Entonces llevaba barba y el cabello largo, pero es él.

Podría haber añadido: «Lo reconocí cuando desafió a Rosser. Le dije a Rosser y a Sancher quién era él antes de que le preparáramos esta trampa horrible. Cuando Rosser salió de esta habitación oscura detrás de nosotros, olvidando sus prendas exteriores por la excitación, y viniéndose con nosotros en mangas de camisa, durante todo aquel deshonesto procedimiento, sabíamos que estábamos tratando con ese cobarde y asesino».

Pero el señor King no dijo nada de aquello. Estaba esforzándose por penetrar en el misterio de la muerte de aquel hombre. Que no se había movido de la esquina que le habían asignado; que su postura no era ni de ataque ni de defensa; que había dejado caer el arma; que evidentemente había perecido por un horror terrible a algo que había *visto*: éstas eran las circunstancias que la inteligencia turbada del señor King no podía comprender correctamente.

Buscando a tientas en su oscuridad intelectual una pista que le permitiera salir de ese laberinto de dudas, su mirada, dirigida mecánicamente hacia abajo como acostumbra a hacer quien medita profundamente, vio algo que allí, a la luz del día y en presencia de sus compañeros, le afectó poderosamente llenándole de terror. En el

polvo que se había acumulado en el suelo a lo largo de tantos años, desde la puerta por la que ellos habían entrado, cruzando la habitación y deteniéndose a un metro del cadáver acurrucado de Mantón, había tres líneas paralelas de huellas: las impresiones ligeras pero claras de unos pies desnudos, las dos del exterior, de unos niños pequeños, y la interior, de una mujer. No habían regresado desde el punto en que terminaban: todas señalaban en una dirección. Brewer, que se había dado cuenta de ellas en ese mismo momento, se inclinó hacia adelante en una actitud de atención reconcentrada, pero horriblemente pálido.

—¡Miren! —gritó señalando con ambas manos la huella más cercana del pie derecho de la mujer, donde ésta evidentemente se había detenido—. Falta el dedo del centro... ¡era Gertrude!

Gertrude era la fallecida señora Mantón, la hermana del señor Brewer.

UN HORROR SAGRADO

I

Nadie mostró el menor interés por aquel recién llegado a Hurdy-Gurdy. Ni siquiera lo motejaron con esos pintorescos apodosos que tan a menudo son la expresión de bienvenida cordial que se da al recién llegado a un campamento minero. En cualquier otro campamento de los alrededores le podían haber llamado, por ejemplo, *El enigma de la cabeza blanca o No Saber*, expresión que, suponían ingenuamente muchos, aludía al *quién sabe* español. Llegó sin provocar el más mínimo temblor en la superficie social de Hurdy-Gurdy, lugar donde se daba acaso como en ninguna otra parte ese generalizado desprecio californiano por la historia y los antecedentes de sus pobladores. Hacía ya mucho tiempo que no interesaba la llegada de alguien, si es que llegaba alguien... Ocurría, simple y llanamente, que ya nadie habitaba en Hurdy-Gurdy.

Dos años antes, el campamento se vanagloriaba de tener una población de casi tres mil hombres y una docena de mujeres. La mayoría de los humanos mencionados en primer lugar, lo que es como decir los hombres, habían trabajado con ahínco unas pocas semanas para descubrir, para el mayor disgusto de los humanos mencionados en segundo lugar, lo que es como decir las mujeres, el carácter singularmente embustero de esa persona cuyas ingeniosas historias acerca de los ricos yacimientos de oro que había en la región los había llevado hasta allí. Una situación, en fin, de la que no se podía sacar satisfacción ni material ni espiritual. Seguramente por eso, al tercer día de acampada en vano, una bala de revólver, disparada por un ciudadano al que preocupaba seriamente el bien público, puso al caballero de las ingeniosas historias acerca de los ricos yacimientos de oro más allá de cualquier posible difamación... No obstante, fueron unos cuantos los que aún siguieron en Hurdy-Gurdy un tiempo, aunque poco a poco acabaron marchándose.

Quedaron, en cualquier caso, abundantes vestigios de aquellas acampadas. Desde donde las aguas del Injun Creek se precipitan al río St. John Smith, hasta el lugar donde se encuentra el cañón que le da origen, se extendía una doble fila de cabañas de madera desiertas, levantadas en otro tiempo por quienes consideraron que eran mejores y más duraderas que las tiendas de lona, cabañas que parecían a punto de caerse las unas contra las otras llorando entre sí aquel abandono. Un número similar

parecía haber trepado con dificultad a ambos lados de la colina, desde cuyos desfiladeros se estiraban para tener una buena visión del paisaje, realmente único... Digamos que casi todas aquellas cabañas, en suma, mostraban un aspecto parecido al de las personas que han perdido la salud, a causa de la inanición o de cualquier enfermedad grave. En definitiva, que las cabañas habían desmejorado bastante, hasta quedar reducidas en su mayor parte a auténticos esqueletos.

El pequeño valle, herido de mala manera por picos y palas, mostraba un aspecto desolador, el propio del desarrollo interrumpido, que en un país nuevo es la gracia real que sustituye a la gracia solemne, sólo solemne, de las ruinas devenidas del paso del tiempo. Donde no habían cavado aquellos ilusos con pico y pala, abundaba la maleza; de entre sus sombras húmedas y malsanas, el viajero curioso podría haber obtenido innumerables recuerdos de la gloria pasada del campamento: botas cubiertas de musgo, algún viejo sombrero de fieltro, trozos de camisas de franela, cajas de latas de sardinas en conserva, y una enorme cantidad de botellas, distribuida con rigurosa imparcialidad, diríamos que con una imparcialidad muy católica, por todas partes.

II

El recién llegado a Hurdy-Gurdy no parecía tener interés alguno en el descubrimiento de aquella suerte de arqueología. Más bien experimentó cansancio y desazón al contemplar todo aquello. Retiró de su viejo burro el equipo de minero que llevaba —un equipo que abultaba más que el propio burro—, ató a la pobre criatura, y tomando un hacha de entre sus herramientas se dirigió con bríos renovados, a través del lecho seco del Injun Creek, hacia la cima de una loma.

Al cruzar entre los arbustos una cerca de la que ya sólo quedaban maderas carcomidas, tomó un tablón, lo dividió en cinco partes y afiló las puntas. Pareció iniciar después la búsqueda de algo, inclinándose de vez en vez como si examinara algo con mayor interés, algo que había en el suelo. Tan paciente búsqueda pareció coronada por el más grande de los éxitos, ya que de pronto se irguió, hizo un gesto de evidente satisfacción, y gritó «¡ya está!», alejándose de inmediato a grandes pasos, que iba contando. Se detuvo y clavó en el suelo una de las estacas obtenidas del tablón. Miró con mucha atención en torno suyo, midió cierto número de pasos a través del terreno despejado, y clavó otra. Ahora, midiendo el doble de la distancia, en ángulo recto con la dirección que llevaba, clavó una tercera estaca, y repitiendo el procedimiento clavó la cuarta y luego la quinta. Hizo una hendidura en la parte

superior de la última estaca clavada e insertó en ella un viejo sobre de correos cubierto con un intrincado sistema de instrucciones escritas a lápiz. En definitiva, había marcado sobre la colina el área sobre la que hacía constar sus derechos, de acuerdo con las leyes de Hurdy-Gurdy para las explotaciones mineras.

Hay que decir, sin embargo, que una de las dependencias de Hurdy-Gurdy, de la cual el pueblo se hizo más tarde dependiente a su vez, era un cementerio. Había sido trazado concienzudamente por un comité de probos ciudadanos, ya en la primera semana del campamento. Al día siguiente de hacerlo se suscitó un debate entre dos miembros de dicho comité, a propósito de la elección de un sitio mejor, y al tercer día quedó inaugurada al fin la necrópolis con la celebración de un par de funerales con su correspondiente entierro. A medida que la actividad decrecía en el campamento, aumentaba la clientela del cementerio.

Y mucho antes de que el último minero, vencedor de una malaria insidiosa y de algún que otro revólver humeante, hubiera dado la grupa de su burro a Injun Greek, la dependencia se había convertido en un populoso —aunque no popular— suburbio.

Con aquella especie de senilidad que había caído sobre el lugar, como una hoja amarillenta, el cementerio —si bien irreconocible como y tal con el paso del tiempo y ese afán por desenterrar que tienen los coyotes— respondía perfectamente a las humildes necesidades de sus habitantes, digamos que con razonable entereza... Comprendía el camposanto dos generosos acres de tierra, seleccionados con un sentido del ahorro tan extraordinario como recomendable, e inútil, en cualquier caso, por su nulo valor mineral, y contaba con dos o tres árboles secos —uno de los cuales tenía una robusta rama en paralelo al suelo, de la que colgaba una cuerda más que elocuente, bastante desgastada ya, sin embargo, por el paso del tiempo y a buen seguro por el mucho uso que se había hecho de ella—, medio centenar de túmulos de piedras amontonadas, una veintena de groseras tablas con las peculiaridades literarias y gramaticales propias de los mineros, y una más que enfermiza colonia de higueras de tuna. En conjunto, la parte más poblada de tan interesante heredad fue el lugar escogido por el señor Jefferson Doman para establecer sus derechos. Difícilmente hubiera podido encontrar un punto en donde hubiese mayor desolación que en el camposanto; no obstante, parecía contento. Ya enterrarían a los muertos, a buen seguro, en otro lado, más cerca del pueblo.

III

El señor Jefferson Doman era natural de Elizabethtown, Nueva Jersey, donde seis años atrás había dejado su corazón al cuidado de una joven de cabellos dorados y modales muy dulces, llamada Mary Mathews, como prenda que aseguraba su regreso para pedirla en matrimonio.

—Sé bien que no regresarás a mi lado, que no regresarás con vida... Eres un fracasado, nunca te salen bien las cosas —le había dicho la dulce *Miss Mathews*, ilustrando a las claras cuáles eran sus concepciones a propósito del éxito en la vida, y de las que se podía inferir su punto de vista sobre las actividades del hombre—. Pero ten por seguro que si no regresas, yo también iré a California... Puedo ayudarte... Por ejemplo, a ir metiendo las moneditas que ganes, y las pepitas de oro, en los sacos...

Esta voluntad, o acaso teoría, tan típicamente femenina, a propósito de lo que ha de hacerse con los depósitos auríferos, no parecía muy brillante a una inteligencia masculina como la de Jefferson Doman. Creía él, por el contrario, que el oro se hallaba en estado líquido. Reprobó las intenciones de la joven dama con gran entusiasmo, trató de enjugar sus sollozos acariciándole la boca, rió al besar sus lágrimas, y con un muy alegre «bueno, bueno, ya está bien...», se largó a California a trabajar para ella, en definitiva, aun a despecho de tantos y tan largos años sin su amor, con el corazón empecinado, con una esperanza entusiástica y una muy firme disposición a la fidelidad, que en ningún momento cedió a las tentaciones.

Durante todo ese tiempo, la señorita Mathews le otorgó el monopolio humilde de su talento para embolsar las moneditas al señor J. Seeman, de Nueva York, un auténtico tahúr que acabó dando con sus huesos en la cárcel, como consecuencia de ser descubierto en varias fechorías. La señorita Mathews, a fuerza de perder dinero en las timbas que organizaba el señor Seeman, se ganó el *sobriquet* de Molí Cara Cortada, y fue por aquel tiempo cuando escribió al señor Doman una conmovedora carta, en la que le adjuntaba una foto suya mostrando cierta cicatriz que daba fe del porqué del mote recibido, con una curiosa dedicatoria en la que le decía que ya no tenía razones para seguir soñando con ella, pues no era digna de convertirse en la señora de Doman, jugadora empedernida con aquellos dineros tan duramente ganados, y hasta borracha. Pero fracasó la carta en sus propósitos. La fidelidad, cosa que había sido para Doman hasta ese momento una cuestión de amor, se convirtió entonces en una cuestión de orgullo y honor. La fotografía que mostraba a la que antes fuera bella, desfigurada ahora por lo que parecía un buen tajo hecho a cuchillo, arraigó muy profundamente en el sentir del hombre, que pasó a tratar con absoluto desdén otra foto que de ella tenía, en la que aparecía bellísima, al punto de que un día acabó rompiéndola en mil pedazos. No obstante, fue haciéndose más espaciada la correspondencia entre ambos, hasta que cesó por completo. Cosas del paso del tiempo.

Doman tenía otro corresponsal, el señor Barney Bree, de Hurdy-Gurdy, que antes había residido en Red Dog. El caballero en cuestión, aunque muy conocido entre los

mineros, no se dedicaba al negocio. De la minería sabía sólo el argot de los mineros, al que hacía más que notables contribuciones con sus frases afortunadas, si bien más reseñables por su propiedad que por su refinamiento; frases que impresionaban sobre todo a los novatos, que de inmediato parecían rendidos ante lo que tenían por gran inteligencia de aquel hombre extraño, superior a ellos... Un hombre que se dedicaba, por otra parte, a barrer las pistas de baile y a limpiar los retretes de unos cuantos locales, siempre y cuando, naturalmente, no estuviera entreteniendo con sus cosas a los mineros.

Barney no tenía más que dos pasiones en la vida: el amor a Jefferson Doman, quien alguna vez le había prestado ayuda con algunas monedas, y el amor al *whisky*. Fue de los primeros en poner rumbo a Hurdy-Gurdy, pero no logró prosperar lo más mínimo, por lo que pronto hubo de compaginar su trabajo como limpiador de retretes con el de enterrador. No es que tuviera vocación de enterrador, pero no le quedaba más remedio que hacerlo, aun con las manos temblorosas y el corazón encogido, por ejemplo cuando un par de jugadores se liaban a tiros en la mesa de juego. Un día recibió Doman, que se hallaba en Red Dog, una carta con un sencillo matasellos postal: *Hurdy, California*. Quizá por estar ocupado en algún asunto de importancia, la dejó en algún rincón de su cabaña, para leerla más tarde. Unos dos años después encontró la carta accidentalmente, entre un montón de papeles y de camisas sucias, y la leyó. Decía así:

Hurdy, 6 de junio:

Mi querido amigo Jejf, me encontré de lleno con ella en el cementerio. Es ciega y piojosa. Estoy dispuesto a dividir. Así soy yo. No diré nada hasta que silbes.

Tu amigo, Barney

ES. La enterré bajo un letrero que pone La Cortada.

Como algo sabía del argot de los mineros, y de la particular manera de expresarse de Barney, supo Doman que éste, en el cumplimiento de su deber como enterrador, había descubierto una veta intacta de cuarzo, lo que suponía que podía tratarse de un terreno rico en oro; y que llevado de su amistad estaba dispuesto a compartir con él el producto de tan importante hallazgo, sin decir palabra a nadie del mismo hasta que el otro se pronunciase. De la posdata se infería fácilmente que para ocultar el tesoro había enterrado en el lugar preciso los restos mortales de alguien a quien llamaban *La Cortada*.

De algunos hechos más, tal como le fueron referidos a Doman en Red Dog, podría colegirse que antes de tomar tales precauciones el señor Bree debió de extraer al menos una modesta cantidad de oro; no obstante, fue más o menos por aquel tiempo cuando dio en dedicarse a unas memorables libaciones y brindis que se han

convertido en toda una leyenda popular en la región del St. John Smith, y de la que se habla con respeto en lugares tan lejanos como Ghost Rock y Lone Hand. Al término de sus días, los devotos ciudadanos de Hurdy-Gurdy tuvieron a bien hacerle sitio entre los muchos a los que él había enterrado, incluso cuando se encontraba borracho, para que también él tuviera un buen descanso.

IV

Después de señalar el terreno sobre el que hacía valer sus derechos, Doman se dirigió al centro de la extensión y se detuvo una vez más en el punto donde su búsqueda entre las tumbas había terminado con la exclamación de «¡ya está!». Allí, en efecto, había un túmulo de piedras sobre el que un letrero escrito malamente en una tabla ponía *La Cortada*. Se inclinó entonces sobre el mismo, y como para reforzar los sentidos de la vista y del oído, dejó deslizar su índice a lo largo de las letras toscamente escritas. Irguiéndose luego, agregó a la inscripción este epitafio, llamativo por la agresividad que desprendía:

«¡Era un horror!».

Si se le hubiera pedido a Doman que explicara el sentido de aquello, no habría podido sino decir que era lo que le sugerían las historias oídas de labios de otros. Cuando *La Cortada* se hizo famosa en los campamentos de mineros de la región, Doman trabajaba duramente buscando oro, sobre todo en las montañas, asociado hoy a un tipo y mañana a otro. Nada sabía él de *La Cortada*, aunque varios de sus socios hablaban sin parar de ella, por lo que sí se hizo una opinión. Nunca tuvo, empero, la dudosa ventaja de tratarla, ni la oportunidad, en consecuencia, de gozar de sus no menos dudosos favores. Y cuando un día leyó por casualidad una elegía dedicada a tan singular dama en el *Herald*, se limitó Doman a sonreír, rindiendo así homenaje a la buena pluma del autor de aquel recuerdo a la mujerzuela muerta.

Ahora, de pie ante la tumba de aquella Mesalina de los campamentos de mineros, recordó los hechos de su más turbulenta trayectoria, como los había oído celebrar tan a menudo al amparo de las hogueras nocturnas de los campamentos; acaso con un inconsciente esfuerzo por justificarse, repitió que todo aquello era un horror, un gran horror, y hundió su pico entre el túmulo de piedras que cubría la tumba, para

comenzar a destrozar la tumba. Justo en ese preciso momento, un cuervo, que se había posado silencioso en la rama de un árbol, hizo crujir su pico solemnemente, como para opinar con un graznido de aprobación acerca de las palabras del hombre.

Entusiasmado con el descubrimiento de la veta de oro, con un celo sin duda atribuible a su empeño como enterrador, el señor Barney Bree había cavado una tumba más honda de lo que era común; casi anocheecía cuando Doman, trabajando con la firmeza de quien sabe que ha de obtener beneficio de su esfuerzo, llegó al fin hasta la modesta caja, lo que le hizo reparar en la dificultad que ahora se le presentaba: el ataúd —una especie de cáscara de tablas de pino— no tenía asas y llenaba el fondo. Lo mejor que podía hacer, sin cometer una impía profanación, era ampliar el hoyo como para poder situarse ante el ataúd y, metiendo sus manos poderosas bajo el mismo, levantarlo sobre su extremo más angosto; eso fue, naturalmente, lo que hizo.

La proximidad de la noche apresuró sus esfuerzos. No tenía intención de abandonar su tarea para continuarla a la mañana siguiente bajo condiciones más favorables. El estímulo febril de la codicia y la fascinación del terror lo mantuvieron atado a su lúgubre propósito con una voluntad férrea. Ya no descansaba, sino que se empleaba con una feroz dedicación. Con la cabeza descubierta, desabrochadas su camisa y su chaqueta hasta descubrirle el pecho robusto por el que corrían gruesos chorros de sudor, el sufrido buscador de oro y ahora profanador de tumbas se empleaba con una energía inusitada; la más necesaria, suponemos, cuando uno se empeña en consumir un propósito siniestro, aunque no sepa del todo que lo es... Y cuando el sol comenzaba a extinguirse en los límites de las montañas occidentales, cuando la luna ya empezaba a mostrarse sobre la llanura teñida de púrpura, levantó el ataúd, apoyándolo de pie contra la pared del hoyo. Entonces, frente a la caja, mientras percibía en sus tablas el brillo incipiente de la luna, quedó paralizado de golpe, preso de un espanto indecible, al observar cómo se reflejaba la sombra de su propia cabeza en la madera. Algo tan sencillo y comprensible, sin embargo, lo desconcertó. Su propia respiración le dio miedo, de tan agitada y difícil como se le hacía. No podía contenerla, por más que se esforzaba. Se echó a reír sin mucho entusiasmo, como para darse ánimos, e hizo varios movimientos con la cabeza, para ver cómo se movía su sombra y convencerse de que, naturalmente, nada de extraño había en todo aquello. Pero no podía apartar de sí la sensación de que invisibles fuerzas del mal lo acechaban. Sentía la vaga necesidad de ganar tiempo, aunque no podía ni decirse para qué.

Un segundo después comenzó a percatarse de hechos extraños, incomprensibles. La superficie del cajón sobre la que sus ojos estaban fijos no era perfectamente lisa; presentaba dos salientes, uno longitudinal y otro transversal. Donde los salientes confluían, en la parte más ancha de la caja, había una placa metálica, mohosa, que reflejaba la luz cada vez más intensa de la luna con un brillo siniestro, fúnebre. A lo largo de los bordes exteriores del cajón, a intervalos largos, se veían las herrumbrosas

cabezas de los clavos. Tan frágil producto del arte del carpintero estaba, empero, en el lado que no se correspondía con la tapa.

Quizá se tratase de una de esas bromas a las que son tan dados, por igual, los carpinteros que hacen cajas para muertos y los enterradores... Una manifestación del jocosos espíritu del pueblo, como la elegía publicada por aquel poeta satírico de Hurdy-Gurdy en el *Herald*... O quizá tuviese aquello un significado especial, oculto a la capacidad de comprensión de los que no conocían las tradiciones locales... Una hipótesis más piadosa, sin embargo, le hizo suponer que no era más que un error del señor Barney Bree, quien, al haberse visto obligado a hacer el enterramiento sin ayuda de otras manos (bien para que nadie pudiera descubrir su secreto, bien porque ningún hombre quisiera echarle una mano), había cometido aquella torpeza, no pudiendo después repararla, o no queriendo hacerlo... Cualquiera que fuese el motivo, lo cierto es que la pobre muerta, *La Cortada*, había sido enterrada boca abajo, mirando a la tierra en vez de al cielo.

Cuando el terror y el absurdo se alían, el resultado suele ser bastante malo, por no decir horrible... Aquel hombre de valeroso corazón, de gran audacia, de tan estupenda fortaleza física, aquel denodado buscador de oro, paciente excavador ahora entre los muertos, aquel desafiante antagonista de la oscuridad, las sombras y la desolación, acabó por sucumbir ante una sorpresa ridícula. Sintió el latigazo de un escalofrío paralizante, que lo sacudió de arriba abajo agitando sus hombros poderosos, que parecían sentir sobre ellos una mano helada. Ya no respiraba. En sus venas, la sangre, incapaz de abatir su ímpetu, corría caliente bajo su piel fría. Carente de oxígeno, se le agolpó la sangre en la cabeza hasta congestionarle el cerebro. Digamos que sus funciones físicas se habían pasado al enemigo; su corazón también parecía haber desertado. No se podía mover. No podía gritar. Sólo necesitaba un féretro para estar completamente muerto, tan muerto como la muerte que lo enfrentaba con nada más que aquel hoyo y la superficie de una caja de muertos.

Poco a poco, sin embargo, fueron volviendo sus sentidos a someterse a la en principio débil voluntad del hombre; poco a poco, la marea de terror que había anulado sus facultades mentales empezó su reflujos. Pero con el regreso de sus sentidos se volvió especialmente inconsciente, como si se olvidara del objeto de su terror. Vio la luz de la luna, que patinaba cada vez más intensamente sobre la caja; levantó los ojos y contempló, con sorpresa no exenta de curiosidad, las ramas del árbol seco. Trató de calcular entonces la longitud de la cuerda que pendía de la rama paralela al suelo, mientras el monótono aullido de los coyotes le pareció algo que había escuchado antes, en un sueño reciente. Una lechuza voló sobre su cabeza. Sus oídos percibieron los pasitos silenciosos de un ratón de campo. Lo observaba todo con una intensidad que a él mismo le parecía extraña. Estaba en una alerta máxima. Pero no veía el ataúd. Igual que puede uno mirar al sol hasta que parece un punto negro y se disipa, así, su mente, agotada la capacidad de temer, ya no tenía conciencia de la existencia separada de nada temible. El asesino siempre oculta su cuchillo.

Fue durante aquella especie de tregua en la batalla cuando comenzó a sentir un olor asqueroso. Al principio pensó que podría ser una serpiente de cascabel y miró a sus pies, que por lo demás resultaban invisibles en la oscuridad cada vez más acentuada del hoyo. Un sonido ronco, gutural, como el propio del estertor humano que antecede a la muerte, pareció provenir del cielo, y al instante una sombra enorme, como si aquel sonido se le apareciera ante los ojos, se dejó caer en curva desde la rama del árbol de la que pendía la cuerda, aleteó a muy corta distancia de su rostro y remontó de inmediato el vuelo para perderse en la bruma que comenzaba a exhalar el arroyo. Era el cuervo, evidentemente... El incidente devolvió al hombre a la realidad, y una vez más sus ojos buscaron el ataúd, iluminado ahora casi en su totalidad por la luna. Observó de nuevo el brillo de la placa, y trató, casi sin moverse, de descifrar la inscripción. No pudo hacerlo, por lo que comenzó a preguntarse quién sería la persona allí metida... Su imaginación, cada vez más extravagantemente desbocada, a causa de la oscuridad creciente, le presentó una vivida imagen. Las tablas de la caja ya no parecían un obstáculo para su visión; contempló, así, el cuerpo amarillento de la muerta, de pie, envuelta en su pobre mortaja de arpillera, mirándolo con los ojos vacíos, sin párpados, arrugados... La mandíbula inferior, caída; los X dientes, donde tuvo el labio superior. Pudo distinguir perfectamente en las mejillas las huellas de la putrefacción. Mediante algún misterioso proceso, su mente recordó por primera vez ese día la foto de Mary Mathews con la cara cortada... Contrastó en su evocación la rubia belleza de la muchacha, en otro tiempo, con aquella doliente faz que presentaba en esa foto. Comparó aquel rostro, también, con el de la muerta: el rostro más adorable que había conocido con el más espantoso que podía concebir.

Pero el asesino avanzó entonces para poner la hoja de su cuchillo en el cuello de la víctima; es decir, el hombre, primero de forma vaga y luego indefectiblemente cierta, cobró conciencia de una impresionante coincidencia —una relación, un paralelismo evidente— entre el rostro de la foto y el nombre que había en su tumba. *La Cortada*. La de la cara cortada. Un rostro y una cicatriz. Un rostro desfigurado por el paso del tiempo y la voracidad de la muerte. Aquella idea se apoderó de Doman, sacudiéndole de nuevo el cuerpo, revolviéndole las tripas. Aquella idea transformó el rostro que su imaginación había forjado para suponer el que se hallaba oculto por las tablas de la caja de muertos. El contraste se trocó en similitud. La similitud dio paso a la convicción. La convicción se hizo identificación. Recordó de golpe las muchas descripciones que de *La Cortada* había oído a sus socios y otros compañeros de aventura; lo que faltaba en su memoria quedó prontamente sustituido por su imaginación, torrencial entonces. De nuevo la más firme convicción, el desvelamiento de la duda, la confirmación plena de sus temores. En el esfuerzo enloquecedor por recordar aquellos retazos de la historia de la mujer que le habían sido referidos en los campamentos, a la luz y el grato calor de las hogueras, los músculos de sus brazos y las manos quedaron a tal punto yertos, pero en tensión, que parecía hubiera acabado de levantar el más grande de los pesos. Su cuerpo se doblaba

y retorció por el agotamiento. Los tendones del cuello aparecían tan tirantes como las cuerdas anudadas de un látigo temible; la respiración de Doman se hizo mucho más entrecortada, jadeante de pavor. No podía demorarse mucho más la proclamación inevitable de la catástrofe que todos aquellos signos anunciaban; de otra forma, la agonía de la anticipación no dejaría nada para concluir en el *coup de grâce* de la verificación. El rostro desfigurado lo mataría, aun a través de la madera.

Un movimiento del ataúd lo distrajo de sus funestas meditaciones. Se inclinó, corriéndose en la tierra, hasta quedar apenas a un palmo de su cara, haciéndose aún más visible la placa con aquella inscripción, que parecía mirarlo fijamente a los ojos. O eso le pareció. Decidido a no retroceder, no obstante, trató de apoyar los hombros con mayor firmeza contra la pared contraria del hoyo, y a punto estuvo de caer hacia atrás al hacerlo. Nada había que le pudiera dar apoyo, ya que él mismo había agrandado la tumba con su pico y la pala cuando creyó conveniente levantar el ataúd, por lo que decidió enfrentarse de cara al temible enemigo, empuñando con fuerza el machete que había sacado de su cinturón. En realidad no se había inclinado hacia delante el ataúd, había sido una impresión suya auspiciada por la oscuridad, y sonrió al percatarse de que había agrandado el hoyo de tal manera que ahora no encontraba un punto de apoyo a su espalda. Levantó el machete, golpeó con todas sus fuerzas la placa metálica. Se produjo una especie de percusión aguda, restallante con un estrépito sordo en toda la madera de la caja... El ataúd se hizo pedazos. El cadáver y quien aún vivía se enfrentaron al fin cara a cara. Un hombre desesperado, que gritaba su pánico. Una mujer tranquila, inmóvil, de pie, en absoluto silencio. He ahí la escena. ¡Era un horror!

V

Varios meses después, un grupo de hombres y mujeres que pertenecían a la mejor sociedad de San Francisco pasaron por Hurdy-Gurdy en dirección a Yosemite Valley, siguiendo una nueva ruta muy ponderada por los excursionistas en los últimos tiempos. Hicieron un alto para cenar, cuando comenzaba a caer la tarde, y durante la preparación de la comida exploraron el campamento desierto.

Uno de los miembros del grupo de excursionistas había estado en Hurdy-Gurdy en los días de su dudosa gloria; había sido, en realidad, uno de los pocos que se beneficiaron con aquella avalancha de gente que hubo cuando se creyó en la existencia de una mina extraordinaria. Se decía que por su mesa de juego habían

pasado más gente y dinero en una sola noche que por todas las mesas juntas del estado. Millonario ahora, se dedicaba a empresas más importantes, como es lógico, por lo que nada contaba de aquellos tiempos a las gentes que ahora buscaban su amistad. Su esposa, inválida, una mujer muy conocida en San Francisco, anfitriona de recepciones de un lujo extraordinario por las que pasaba lo mejor de la ciudad, formaba parte de la expedición. En el transcurso del paseo entre las chozas del campamento abandonado, el señor Porfer llamó la atención de su mujer y del resto del grupo hacia un árbol seco.

—Como creo que ya les he dicho —señaló—, pasé por este campamento en 1852, y me contaron que no menos de cinco hombres fueron ahorcados, todos en este árbol... Acerquémonos más, puede que aún siga ahí la cuerda...

El señor Porfer no dijo, empero, que la cuerda en cuestión era la misma de cuyo abrazo fatal había escapado su propio cuello, una vez por tan poco que una hora de demora en alejarse de aquella región hubiera servido para verlo columpiándose.

Caminando con tranquilidad arroyo abajo —bien acomodada en la silla de un caballo la esposa inválida del prócer Porfer—, el grupo llegó hasta el esqueleto de un animal perfectamente descarnado; un meticuloso examen que hizo Porfer de los huesos le permitió comunicar a los demás que se trataba de un burro. Las largas orejas habían desaparecido, claro está, pero buena parte de la gran cabeza del asno estaba intacta, al menos en lo que a su estructura ósea se refiere, al igual que la brida y la estaca a la que estaba amarrada. Cerca del asno había varias herramientas y otros útiles comunes entre los mineros. Las observaciones de la concurrencia fueron las normales en estos casos: cínicas por parte de los hombres y piadosas por parte de las mujeres. Un momento después, ante el árbol seco, Porfer rebajó su dignidad lo suficiente como para colocarse justo bajo la cuerda y ponérsela despreocupadamente alrededor del cuello, entre sonoras carcajadas. Su esposa, por el contrario, pareció horrorizada ante aquella pantomima.

Un grito de alguien del grupo, a buen seguro una mujer, los llevó a todos en reunión alrededor de una tumba abierta, en cuyo fondo vieron una confusa masa de huesos humanos y tablas. Los coyotes y los búhos habían llevado a cabo su lamentable ritual alimentario. Se veían perfectamente las calaveras, y para investigar en ellas y en lo otro uno de los más jóvenes se mostró lo suficientemente audaz como para saltar allí y comenzar a tirar huesos a los demás entre las risas de todos, hasta que la señora Porfer, desde aquella especie de trono que era la silla de su montura, gritó con suma majestad pidiendo que cesara el joven en aquel acto evidentemente impío... El joven, no obstante, siguió buscando entre aquel osario, aunque sin arrojar ni un solo hueso más a los otros, y encontró así una herrumbrosa placa con una inscripción groseramente grabada, que Porfer pudo descifrar con dificultad, y que leyó en voz alta, aguantándose la risa para que su esposa no lo reprendiera. Decía así:

Manuelita Murpby

*Nacida en la Misión San Pedro.
Murió en Hurdy-Gurdy, a los 47 años de edad.
El infierno está lleno de mujerzuelas como ella.*

Por respeto a los probablemente píos sentimientos del lector y a los nervios de los delicados integrantes de la hermandad integrada por personas tan bondadosas como la misma señora Porfer, no nos extendemos sobre la dolorosa impresión producida por aquella inscripción grabada toscamente en la placa. Baste decir que la oratoria del señor Porfer nunca antes halló reconocimiento tan espontáneo y apabullante como el que se produjo tras leer aquello, tan simple, por lo demás.

El morbosos joven que rebuscaba en la tumba obtuvo un nuevo trofeo: una abundante mata de pelo negro parcialmente cubierto de barro seco. Era tan poca cosa el premio, sin embargo, que apenas le prestaron atención los otros. Mucho más importante había sido lo de la placa... Pero de repente, a medias entre la sorpresa y la alegría, el joven gritó para llamar la atención de sus amigos mientras desenterraba un fragmento de roca gris, que después de limpiarlo entregó a Porfer. Al alumbrarlo, resplandeció con un brillante color amarillo. Tenía puntitos luminosos, destellos inequívocos bajo el candil que le arrimaron y bajo el sol en poniente de la tarde. Porfer se lo arrancó de las manos al joven, inclinó la cabeza para mejor ver aquel fragmento, y luego lo arrojó lejos con esta exclamación despectiva:

—¡Bah! Piritas de hierro, el oro de los incautos...

El hombre se quedó un tanto desconcertado. La señora Porfer, entonces, incapaz de soportar por más tiempo las estupideces de aquel joven morbosos, hizo caminar a su caballo hasta el árbol seco y allí pidió que la ayudaran a sentarse sobre las raíces. Mientras se acomodaba parte del dorado cabello que había escapado de la prisión de su pañuelo, fue atraída por lo que parecía ser y era realmente un trozo de abrigo. Mirando a su alrededor, para asegurarse de que nadie la observaba, alargó la mano llena de valiosas joyas, metió la mano en el bolsillo de lo que quedaba del abrigo y extrajo una vieja billetera. Contenía lo que a continuación se refiere:

Varias cartas con el matasellos de Elizabethtown, Nueva Jersey.

Un mechón de cabello rubio, atado con una cinta.

La fotografía de una muchacha desfigurada, con una dedicatoria escrita al dorso: «Para Jefferson Doman».

Unos momentos más tarde todos rodeaban a la señora Porfer, presos de gran angustia. Yacía la dama con una arrugada fotografía apretada entre los dedos. Su marido le levantó la cabeza, y vieron todos cómo aquella cicatriz, que ningún arte había logrado ocultar, aquella cicatriz tan conocida de todos, cobraba una intensidad espantosa en la lividez de su rostro. Una intensidad más terrible que la que nunca había tenido antes.

Mary Mathews Porfer había tenido la mala, la pésima fortuna de morir.

EL FUNERAL DE JOHN MORTONSON^[16]

John Mortonson había muerto: había recitado su parlamento en la tragedia titulada «Hombre» y había abandonado el escenario.

Su cuerpo descansaba en un rico ataúd de caoba cubierto con una lámina de vidrio. Todos los preparativos para el funeral habían sido tan bien ejecutados que si el difunto los hubiera conocido, sin duda los habría aprobado. Su rostro, tal y como aparecía bajo el cristal, no resultaba desagradable a la vista: mostraba una ligera sonrisa y, como la muerte no había sido dolorosa, no parecía desfigurado después de la tarea reparadora llevada a cabo por la funeraria. A las dos en punto de la tarde, sus amigos iban a reunirse para ofrecer el último tributo de respeto a un hombre que ya no tenía necesidad de amigos ni de respeto. Los miembros que quedaban de la familia se fueron acercando uno tras otro al ataúd con aspecto serio para derramar sus lágrimas sobre los plácidos rasgos que reposaban tras el cristal. Esto no les servía de nada; ni tampoco a John Mortonson. Pero en presencia de la muerte, la filosofía y la razón tienen poco que decir.

Cuando eran casi las dos, los amigos empezaron a llegar y, después de ofrecer consuelo a los afligidos familiares tal y como mandan los cánones, tomaron solemnemente asiento en la habitación con una elevada consciencia de su importancia dentro del esquema fúnebre. Entonces llegó el ministro y, ante su ensombrecida presencia, las más pequeñas luces comenzaron a eclipsarse. Su entrada fue seguida por la de la viuda, cuyos lamentos inundaron la habitación. Se acercó al ataúd y, después de apoyar su rostro contra el frío cristal durante un rato, fue conducida gentilmente a un asiento junto a su hija. Tristemente, y en voz baja, el hombre de Dios comenzó a hacer el elogio de los muertos y su tono lúgubre, mezclado con los sollozos que pretendía estimular y mantener, se elevaba y descendía, iba y venía, como el murmullo de un mar pesaroso. El lúgubre día se oscurecía aún más a medida que hablaba; una cortina de nubes cubrió el cielo y unas sonoras gotas de lluvia empezaron a caer. Era como si la naturaleza llorara por John Mortonson.

Cuando el reverendo concluyó su elogio con una oración, se cantó un himno, y los que iban a llevar el féretro a hombros ocuparon su sitio junto al mismo. Mientras se extinguían las últimas notas del himno, la viuda corrió hacia el féretro, se arrojó sobre él y empezó a llorar de un modo histérico. Poco a poco, sin embargo, cedió a la disuasión y adquirió una cierta compostura. Mientras el ministro la conducía a su asiento, los ojos de la mujer buscaron la cara del muerto bajo el cristal. Entonces estiró los brazos y, dando un grito, cayó hacia atrás y perdió el conocimiento.

Los dolientes se precipitaron hacia delante, sobre el féretro, y los amigos tras ellos. Entonces el reloj que había sobre la repisa de la chimenea dio ceremoniosamente las tres y todos se quedaron observando el rostro de John Mortonson, difunto.

Cuando se dieron la vuelta, todos los presentes parecían enfermos y pálidos. Uno de ellos, intentando escapar aterrorizado de aquella horrible visión, tropezó con el ataúd con tal fuerza que derribó uno de sus frágiles soportes. El féretro se fue al suelo y el cristal se hizo añicos por el golpe.

Por la abertura salió arrastrándose el gato de John Mortonson; saltó al suelo con pereza, se sentó, se atusó con calma su hocico color carne— sí con una zarpa y abandonó dignamente la habitación.

EL REINO DE LO IRREAL

I

En un tramo que hay entre Auburn y Newcastle, siguiendo en primer lugar la orilla de un arroyo y luego la otra, la carretera ocupa todo el fondo de un desfiladero que está en parte excavado en las pronunciadas laderas, y en parte levantado con las piedras sacadas del lecho del arroyo por los mineros. Las colinas están cubiertas de árboles y el curso del río es sinuoso.

En noches oscuras hay que conducir con cuidado para no salirse de la carretera e irse al agua. La noche de mi recuerdo había poca luz, y el riachuelo, crecido por una reciente tormenta, se había convertido en un torrente. Venía de Newcastle y me encontraba a una milla de Auburn, en la zona más oscura y estrecha del desfiladero, con la vista atenta a la carretera que se extendía por delante de mi caballo. De pronto, y casi debajo del hocico del animal, vi a un hombre; di un tirón tan fuerte a las riendas que poco faltó para que la criatura quedara sentada sobre sus ancas.

—Usted perdone —dije—, no le había visto.

—No se podía esperar que me viera —replicó con educación el individuo mientras se aproximaba al costado de la carreta—; y el ruido del desfiladero impidió que yo le oyera.

Aunque habían pasado cinco años, reconocí aquella voz enseguida. No me agradaba especialmente volver a oírla.

—Usted es el doctor Dorrimore ¿verdad? —pregunté.

—Exacto; y usted es mi buen amigo el señor Manrich. Me alegra muchísimo verle —añadió esbozando una sonrisa—, sobre todo porque vamos en la misma dirección y, como es natural, espero que me invite a ir con usted en la carreta.

—Cosa que yo le ofrezco de todo corazón.

Lo que no era verdad en absoluto.

El doctor Dorrimore me dio las gracias mientras se sentaba a mi lado, y yo reanudé la marcha como antes, con precaución. Sin duda son imaginaciones mías, pero ahora me parece que recorrimos la distancia que nos quedaba en medio de una niebla gélida; yo pasé un frío espantoso. El camino resultó más largo que nunca y la ciudad, cuando llegamos al fin a ella, aparecía sombría, lúgubre y desolada. Debía de estar cayendo la noche, y sin embargo no recuerdo haber visto luz en las casas ni

ningún ser vivo por las calles. Dorrimore me explicó con cierto detenimiento por qué se encontraba allí y dónde había pasado los años anteriores, desde que le había visto por última vez. Recuerdo que me lo contó, pero no consigo acordarme de lo que me dijo. Se había ido al extranjero y había vuelto; eso es todo de lo que conservo memoria, y era algo que ya sabía. En cuanto a mí, no recuerdo haber dicho una palabra, aunque seguramente lo hice. Hay algo de lo que sí tengo conciencia clara: la presencia de aquel hombre a mi lado me resultaba singularmente desagradable e inquietante; tanto que, cuando por fin detuve el carro bajo el anuncio luminoso del Hotel Putnam, experimenté la sensación de haber escapado a algún peligro espiritual de naturaleza especialmente funesta. Esa sensación de alivio se vio modificada al descubrir que el doctor Dorrimore también se alojaba en el mismo hotel.

II

Como explicación parcial de mis sentimientos hacia el doctor Dorrimore, relataré brevemente las circunstancias en las que le conocí unos años antes. Una noche, media docena de hombres, yo entre ellos, estábamos sentados en la biblioteca del Club Bohemio de San Francisco. La conversación había derivado hacia el tema de la destreza manual y las proezas de los *prestidigitateurs*, uno de los cuales actuaba por aquel entonces en un teatro de la localidad.

—Esos tipos no son más que aspirantes en un doble sentido —dijo un individuo del grupo—; no saben hacer nada a lo que merezca la pena prestar atención. El más humilde malabarista ambulante de la India podría dejarles perplejos y al borde de la locura.

—¿Por ejemplo...?

—Pues, por ejemplo, ejecutando sus juegos más usuales y conocidos: lanzando al aire grandes objetos que no vuelven a caer; haciendo que las plantas broten, crezcan y florezcan en un terreno estéril elegido por los espectadores; poniendo a un hombre en una cesta de mimbre y atravesándolo una y otra vez con una espada mientras grita y sangra, y luego, al abrir la cesta, revelando que no hay nada dentro; agitando el extremo libre de una escala de seda en el aire, ascendiendo por ella y desapareciendo.

—¡Tonterías! —exclamé, de un modo bastante grosero, me temo—. ¿No creerá usted tales cosas?

—Desde luego que no: las he visto con mucha frecuencia.

—Pero yo sí —dijo un periodista que tenía fama en la localidad como reportero

pintoresco—. Las he relatado tantas veces que sólo la observación directa podría debilitar mi convicción. Bueno, caballeros, va mi propia palabra en ello.

Nadie se rió; todos miraban a algo que había detrás de mí. Al darme la vuelta en el asiento vi a un hombre con traje de etiqueta que acababa de entrar en la sala. Su piel era atezada, casi oscura; llevaba una barba negra y poblada, una mata de pelo negro algo revuelto, y tenía la nariz afilada y unos ojos que resplandecían con una expresión tan desalmada como los de una cobra. Alguien del grupo se levantó y lo presentó como el doctor Dorrimore, de Calcuta. Mientras íbamos siendo presentados uno a uno, él contestaba a nuestro saludo con una profunda reverencia al estilo oriental, a la que le faltaba la solemnidad de Oriente. Su sonrisa me resultó cínica y un poco despectiva. Sólo sé describir su conducta como desagradablemente atractiva.

Su presencia hizo que la conversación derivara hacia otros temas. Habló poco (no recuerdo nada de lo que dijo). Su voz me pareció especialmente rica y melodiosa, pero me produjo la misma impresión que sus ojos y su sonrisa. Tras unos minutos me puse en pie para marcharme. Él también se levantó y cogió su abrigo.

—Señor Manrich —dijo—, voy en su misma dirección.

—¡Menudo diablo! —pensé—, ¿Cómo sabe usted en qué dirección voy?

—Estaré encantado de que me acompañe —contesté.

Salimos juntos del edificio. No había ningún coche a la vista, los tranvías se habían ido a acostar, había luna llena y el aire fresco de la noche resultaba delicioso. Subimos caminando por la calle California. Naturalmente, tomé esa dirección creyendo que él tomaría otra, hacia uno de los hoteles.

—Usted no cree lo que se dice de los malabaristas hindúes —dijo sin más preámbulo.

—¿Y usted cómo lo sabe? —pregunté.

Sin contestar a mi pregunta, apoyó una mano ligeramente sobre mi brazo mientras con la otra me señalaba los adoquines de la acera por la que caminábamos. En ella, y casi a nuestros pies, ¡yacía el cuerpo muerto de un hombre, con una cara muy pálida por la luz de la luna, vuelta hacia arriba! Tenía una espada, en cuya empuñadura relucían piedras preciosas, clavada en el pecho; sobre los adoquines de la acera se había formado un charco de sangre.

Me quedé pasmado y aterrorizado, no sólo por lo que veía, sino por las circunstancias en las que lo hacía. Durante nuestra ascensión, mis ojos, al menos eso creía, habían recorrido varias veces toda la distancia de la acera, de calle a calle. ¿Cómo habían podido ser insensibles a aquel objeto horroroso ahora tan visible bajo la luz de la luna?

Cuando recobré mis aturdidas facultades observé que el cuerpo vestía traje de etiqueta. El abrigo, completamente abierto, dejaba ver el frac, la corbata blanca, la amplia pechera penetrada por la espada. Y (¡horrible revelación!) la cara, exceptuando la palidez, ¡era la de mi acompañante! Hasta el más diminuto detalle y característica coincidía con el mismísimo doctor Dorrimore. Perplejo y horrorizado,

me di la vuelta para buscar al hombre vivo. No se le veía por ningún sitio; con gran espanto, me alejé de aquel lugar calle abajo, en la misma dirección por la que había venido. Apenas había dado unos cuantos pasos cuando sentí que me agarraban por el hombro; me detuve. Por poco no grité de terror: el muerto, con la espada todavía clavada en el pecho, estaba allí, ¡a mi lado! Después de sacarse el arma con la mano libre, la arrojó lejos: la luz de la luna centelleó sobre las gemas de la empuñadura y el inmaculado acero de la hoja. Al estrellarse sobre la acera, ¡la espada desapareció! Aquel individuo, con la tez tan morena como antes, retiró la mano de mi hombro y me miró con la misma mirada cínica que yo había observado la primera vez que le vi. Los muertos no tienen esa mirada; eso me reanimó y, al volver la vista hacia atrás, contemplé la amplitud lisa y blanca de la acera, vacía de calle a calle.

—¿Qué es esta insensatez, maldito diablo? —inquirí con fiereza, a pesar de que me temblaban todos los miembros.

—Es lo que algunos gustan llamar malabarismos —contestó con una sonora carcajada.

Se metió por la calle Dupont y no le volví a ver hasta que me lo encontré en el desfiladero de Auburn.

III

No vi al doctor Dorrimore al día siguiente de mi segundo encuentro con él: el recepcionista del hotel me dijo que una ligera enfermedad le tenía confinado en sus habitaciones. Aquella tarde, en la estación de ferrocarril, me vi sorprendido y complacido por la inesperada llegada de la señorita Margaret Corray y su madre, que venían de Oakland.

Esto no es una historia de amor. No soy un cuentista, y un sentimiento como el amor no puede ser descrito en una literatura dominada y cautivada por la tiranía degradante que «condena a las letras» en nombre de la Joven. Bajo el marchito reinado de la Joven, o mejor dicho, bajo el gobierno de esos falsos Ministros de la Censura que se han nombrado a sí mismos custodios de su bien, el amor

cubre con un velo sus sagrados fuegos,
e, ignorante, la Moralidad expira,

famélica sobre la comida pasada por el tamiz y sobre el agua destilada de unas provisiones melindrosas.

Baste decir que la señorita Corray y yo nos comprometimos en matrimonio. Su madre y ella se dirigieron al hotel en que yo me alojaba y durante dos semanas la vi a diario. No hace falta decir lo feliz que me sentía; el único obstáculo a mi perfecta alegría de aquellos días dorados era la presencia del doctor Dorrimore, a quien me vi obligado a presentar a las damas.

Evidentemente fue muy bien aceptado por ellas. ¿Qué podía decir yo? No conocía nada que pudiera desacreditarle. Sus modales eran los de un caballero culto y considerado; y para las mujeres los modales de un hombre son lo esencial. En un par de ocasiones en que vi a la señorita Corray paseando con él me puse furioso, y en una de ellas tuve la indiscreción de protestar. Cuando la señorita Corray me preguntó por las razones, no pude dar ninguna y creí ver en su expresión una sombra de desprecio hacia los caprichos de una mente celosa. Entonces empecé a volverme hosco y desagradable a conciencia y, en mi locura, decidí regresar a San Francisco al día siguiente. Sin embargo, no dije nada de todo el asunto.

IV

En Auburn había un cementerio viejo y abandonado. Estaba casi en el centro de la ciudad, pero por la noche resultaba un lugar tan horroroso que sólo podría ser anhelado por el más tétrico de los temperamentos humanos. Las verjas que separaban las distintas parcelas estaban caídas, podridas e incluso algunas habían desaparecido. Muchas de las tumbas se habían hundido; en otras crecían pinos robustos cuyas raíces habían cometido un pecado horrible. Las lápidas se habían desplomado y sus pedazos yacían desperdigados por el suelo; la valla que rodeaba el cementerio había desaparecido y los cerdos y las vacas rondaban por allí a placer. Aquel lugar era una vergüenza para los vivos, una calumnia sobre los muertos y una blasfemia contra Dios.

El día que ciego de rabia tomé la loca decisión de separarme de todo lo que más quería, deambulé por la noche por aquel agradable lugar. La luz de la media luna, al atravesar el follaje de los árboles, producía un efecto fantasmal, formando manchas de claridad y oscuridad que revelaban las zonas más repugnantes; las negras sombras parecían conjuraciones que ocultaban, hasta que llegara el momento oportuno, revelaciones de un significado lúgubre. Cuando caminaba por lo que había sido un

camino de grava, vi surgir de la oscuridad la figura del doctor Dorrimore. Yo me encontraba en la penumbra y me quedé allí, inmóvil, con los puños cerrados y los dientes apretados, intentando controlar el impulso de saltar sobre él y estrangularlo. Al cabo de un rato una segunda figura se le unió y le cogió del brazo. ¡Era Margaret Corray!

Soy incapaz de relatar adecuadamente lo que sucedió. Sé que salté hacia delante, dispuesto al asesinato. También sé que me encontraron al amanecer, magullado y lleno de sangre, con las marcas de unos dedos en la garganta. Me llevaron al hotel Putnam, donde estuve delirando durante varios días. Todo esto lo sé porque me lo han contado. Lo que sí recuerdo por mí mismo es que cuando recobré la consciencia, aún convaleciente, mandé buscar al recepcionista del hotel.

—¿Están la señora Corray y su hija todavía aquí? —pregunté.

—¿Qué nombre dijo usted?

—Corray.

—No se ha alojado aquí nadie con ese nombre.

—Le ruego que no juegue conmigo —le dije con cierto malhumor—. Ya ve que estoy bien; haga el favor de decirme la verdad.

—Le doy mi palabra —repuso con evidente sinceridad— de que no hemos tenido ningún huésped con ese nombre.

Su afirmación me dejó estupefacto. Permanecí en silencio durante unos instantes; después le pregunté:

—¿Dónde está el doctor Dorrimore?

—Se marchó la misma mañana en que ustedes se pelearon, y desde entonces no sabemos nada de él. Desde luego, le dio a usted con ganas.

V

Tales son los hechos de este caso. Margaret Corray es ahora mi esposa. Nunca ha estado en Auburn, y durante las semanas en que tuvo lugar la historia que he intentado relatar, tal y como fue concebida por mi cerebro, permaneció en su casa, en Oakland, preguntándose dónde se encontraba su amor y por qué no le escribía. El otro día leí en el *Sun* de Baltimore el siguiente párrafo:

«El Profesor Valentine Dorrimore, hipnotizador, reunió una gran audiencia anoche. El conferenciante, que ha pasado la mayor parte de su vida en la India, realizó varias demostraciones de su poder, hipnotizando a todo aquel que se prestó al

experimento únicamente con mirarle. De hecho, hipnotizó a todo el público (salvo a los periodistas) en dos ocasiones, haciendo que todos concibieran las ilusiones más extraordinarias. La característica más valiosa de la conferencia fue la revelación de los métodos empleados por los malabaristas hindúes en sus famosas actuaciones, muy conocidas por boca de los viajeros. El profesor declaró que estos taumaturgos han adquirido tal destreza en el arte que él aprendió de ellos, que realizan sus milagros arrojando a los “espectadores” a un estado de hipnosis y diciéndoles lo que deben ver y oír. Su afirmación de que un sujeto especialmente sensible puede mantenerse en el reino de lo irreal durante semanas, meses, e incluso años, dominado por las ilusiones y alucinaciones que el operador pueda sugerirle de vez en cuando, resulta un tanto inquietante».

CIRCUNSTANCIAS APROPIADAS

La noche

Una noche de verano, el hijo de un granjero que vivía a unas diez millas de la ciudad de Cincinnati atravesaba un oscuro y muy denso bosque por una estrecha senda. Se había perdido mientras buscaba algunas vacas extraviadas, y ya casi a medianoche se encontraba aún lejos de su casa, en una zona que le era por completo desconocida.

Se trataba, en realidad, de un muchacho fuerte y valiente, de corazón templado; por eso, intuyendo apenas en qué dirección estaba su casa, se adentró sin vacilar en el bosque, guiado por las estrellas. Al llegar al sendero pudo apreciar que iba en la dirección deseada, por lo que echó a caminar confiado.

La noche era clara, pero en el bosque no podía evitar sobrecogerse, no obstante su carácter decidido. El muchacho avanzaba por el sendero guiado más por el tacto que por la vista. En cualquier caso, no era difícil desorientarse, porque la maleza, a ambos lados del camino, resultaba tan espesa como impenetrable. Había recorrido ya más o menos una milla cuando le sorprendió ver, a través del follaje, un destello de luz a la izquierda. Aquello hizo que le diera un vuelco el corazón, que comenzó a latir desbocado.

«La vieja casa de Breede; éste debe de ser el extremo contrario del camino que da a nuestra casa... ¿Cómo es que hay luz ahí?», se dijo.

Siguió adelante, tratando de sobreponerse a la impresión recibida. Un momento después accedía a un claro del bosque donde se veían los restos de una cerca de madera. A corta distancia del sendero, en medio del claro, estaba la casa de la que salía aquella luz a través de una ventana sin cristales. Los había tenido tiempo atrás, pero habían sucumbido ante las piedras de los niños de la región, que daban así testimonio de su valentía y hostilidad hacia lo sobrenatural. La casa de Breede tenía la mala fama de hallarse encantada. Es más que seguro que aquello fuese una patraña, pero ni el más escéptico podía negar que la casa impresionaba.

Mientras contemplaba la misteriosa y débil luz que brillaba tras la ventana sin cristales de la casa, recordó el muchacho, con bastante miedo, que también él había apedreado en repetidas ocasiones la casa y aquella misma ventana, incluso cuando ya no tenía un cristal sano. Ahora mostraba arrepentimiento, tan tardío como ineficaz. Casi esperaba verse rodeado por todas las malas bestias ultraterrenas y fantasmagóricas a las que había enfurecido turbando su paz a pedradas... Pero el joven, empecinado, aunque temblaba apenas sin poder controlarse, no parecía dispuesto a batirse en retirada. La sangre que corría por sus venas tenía mucho del

buen temple propio de los pioneros. Sólo estaba a dos generaciones de distancia de quienes habían sometido a los indios. Así que siguió caminando.

Mientras lo hacía, sin embargo, no podía quitar ojo de la ventana abierta, lo que hizo que viese algo realmente extraño... Y terrible... Un hombre estaba sentado justo en medio de la habitación, ante una mesa sobre la que había unas hojas de papel. Descansaba sus codos sobre la mesa mientras con las manos se sostenía la cabeza. A cada lado, los dedos se hundían en su poblada cabellera. Su rostro parecía mortalmente amarillo a la luz de la única vela que ardía sobre la mesa. La débil llama alumbraba ese lado del rostro, pero el otro quedaba por completo en la penumbra. El hombre parecía tener clavados los ojos en la ventana, y en su mirada un observador más viejo y probablemente menos impresionable podría haber discernido algo de temor. Al muchacho, sin embargo, le pareció la mirada de un muerto. Creyó realmente que aquel hombre estaba muerto.

La situación le parecía horrible, aunque también le atraía. El muchacho se detuvo y respiró profundamente, dispuesto a saber de qué demonios se trataba aquello. Había estado a punto de desvanecerse a consecuencia del miedo y de la agitación de sus latidos, aún notaba que la sangre no le había vuelto al rostro, pero se pidió calma, se dijo que ya estaba bien de tanta cobardía. Así que apretó los dientes y se dirigió a la casa. En realidad, más que para enterarse de lo que pasaba, iba para probarse, para dominar su miedo. Llegó hasta la ventana y asomó su cabeza. Pero justo en ese instante un chillido áspero rompió el silencio de la noche. No era más que una lechuza. El hombre, entonces, se puso en pie, volcó la mesa al hacerlo y se apagó la vela. El muchacho no pudo soportar aquello. Echó a correr despavorido.

El día antes

—Buenos días, Colston... Parece que estoy de suerte... Usted suele decir que mis elogios a su trabajo literario no son más que un detalle, una muestra de mi educación, pero le aseguro que estoy absorto, realmente embobado con el cuento que acaba de publicar en el *Messenger*...

—La prueba es más significativa de lo que usted supone —dijo el otro—. Tanta es su ansiedad por leer mi cuento, que está dispuesto a dejar de lado toda consideración egoísta y renunciar al placer que su lectura podría proporcionarle.

—No lo entiendo —dijo el otro, doblando el periódico y metiéndoselo en el bolsillo de la chaqueta—. Ustedes los escritores son gente extraña... Dígame qué he dicho que pueda molestarle... ¿Es que depende de mí, y sólo de mí, el que yo obtenga un gran placer al leer uno de sus cuentos? ¿Nada tiene que ver en ello usted? ¿Tan poco valora su trabajo?

—Todo depende, amigo mío... ¿Cree usted que podría disfrutar realmente de su desayuno, por bueno que sea, si lo tomara en este tranvía? Imaginemos que el fonógrafo fuese tan perfecto como para ofrecerle una ópera completa, con sus coros, la orquestación..., todo, en fin... ¿Cree usted que, así y todo, obtendría el mismo placer del fonógrafo si lo pusiera en su oficina mientras se aplica a su trabajo? ¿De veras cree que le resultaría grato oír una serenata de Schubert mientras atiende las reclamaciones de un italiano inoportuno? ¿Acaso está usted siempre preparado para disfrutar de todo? Permítame recordarle, mi querido amigo, que el cuento que usted me ha hecho el honor de comenzar a leer, para olvidarse de lo incómodo que es viajar en este tranvía, es una historia de fantasmas, nada más...

—¿Y qué?

—¡Vaya! ¿Acaso no tiene el lector ningún deber proporcional a sus privilegios? Usted ha pagado cinco centavos por ese diario, así que le pertenece... Por lo menos le pertenece ese ejemplar... Tiene todo el derecho a leerlo cuando quiera y donde le venga en gana. Gran parte de lo que contiene no se ve favorecido ni dañado por el momento y el lugar, ni por el estado de ánimo; incluso parte del material que contiene el diario debe ser leído prontamente, para que no se pase de actualidad... Pero no mi cuento; no es exactamente lo mismo. No es una especie de prontuario acerca de una hipotética Fantasmalandia... No se espera que usted se mantenga *au courant* sobre lo que sucede en la tierra de los espíritus improbables... Es un asunto que puede esperar, pues, hasta que usted tenga el tiempo disponible para caer en una situación mental apropiada al espíritu de ese cuento, lo que respetuosamente le sugiero no puede hacerse en un tranvía, aunque fuese usted el único pasajero... Creo que un autor tiene ciertos derechos que debe respetar el lector.

—¿Cuáles son esos derechos?

—En primer lugar, el derecho a la atención completa por parte del lector. Negarle eso a un autor es inmoral. Obligarlo a compartir su obra con el traqueteo de un tranvía, con el fluido paisaje de las multitudes en las aceras y los edificios que se alzan a cada lado de la calle, con cualquiera de las mil distracciones que componen nuestro entorno habitual..., todo eso, en fin, es tratar al autor con una grosería imperdonable. ¡Una infamia, caballero!

Se había puesto en pie el orador y lograba mantener a duras penas el equilibrio agarrándose a una de las correas que colgaban del techo del tranvía. El otro lo miró sorprendido, preguntándose cómo una ofensa tan leve, en cualquier caso, podría justificar una expresión tan violenta por parte del escritor. Observó que el rostro de su amigo estaba pálido y que le brillaban los ojos como brasas al rojo vivo.

—Creo que usted puede comprenderme —siguió diciendo el escritor torrencialmente, atropellándose incluso—. Usted puede comprenderme, Marsh. En el *Messenger* de esta mañana se avisa claramente que mi escrito es una historia de fantasmas. Creo que es suficiente. Un lector honesto comprendería que ahí se explicitan todas las condiciones bajo las cuales ha de ser leído el cuento.

El hombre apellidado Marsh se estremeció levemente. Luego preguntó con una sonrisa que pretendía ser amable:

—¿De qué condiciones me habla? Usted sabe que sólo soy un hombre normal y corriente, dedicado a sus negocios; un hombre, en fin, del que no cabe esperar que atienda a las razones de los hombres de letras... Soy un simple lector, amigo mío... ¿Cómo, cuándo, dónde, según usted, debería leer yo su cuento, su excelente historia de fantasmas?

—A solas, caballero... De noche, a la luz de una vela... Y sin pensar en que le aguarda su mujer en la cama... Hay ciertas emociones que un escritor puede suscitar fácilmente, tales como la compasión, o la risa... Puedo hacerle llorar o reír en cualquier circunstancia. Pero para que mi historia de fantasmas resulte eficaz, es preciso hacerle sentir miedo —o una fuerte sensación de presencia de lo sobrenatural—, y eso resulta muy difícil... Tengo, pues, el derecho de creer que si usted llegara a leerme como se lo sugiero, me daría la oportunidad de demostrarle mi tesis.

El tranvía había llegado a su destino. El viaje que acababa de completar era el primero del día y la conversación de los dos pasajeros seguía.

Las calles aparecían aún bastante silenciosas y un tanto desoladas; el sol apenas rozaba las azoteas de las casas. Al bajar del coche y alejarse caminando juntos, Marsh miró detenidamente al otro, de quien se decía, como de casi todos los literatos, que era adicto a unos cuantos vicios, muy dañinos todos ellos. Tal es la venganza de los débiles de mente sobre los más brillantes y originales. Tal es la muestra de su resentimiento ante la evidente superioridad intelectual de los otros. Todos tenían al señor Colston por un hombre de probado genio. Y hay pobres espíritus que creen que el genio es un exceso. Se sabía, por lo demás, que Colston no bebía alcohol, pero no eran pocos los que decían que era un comedor de opio... Y la verdad es que algo en su aspecto, aquella mañana —una cierta ansiedad en la mirada, una palidez más acusada de lo acostumbrado en él, una cierta dificultad en la expresión y su mucha y paradójica verbosidad—, confirmó a Marsh esa opinión que la gente sostenía. No quiso, empero, renunciar al tema de discusión que suscitaba el escritor, y que tan interesante le parecía, por más que el otro pudiera enojarse.

—¿Quiere usted decir —comenzó— que si me tomo la molestia de seguir sus indicaciones, la soledad, la noche, una vela..., puede lograr con su cuento que tenga yo la desagradable sensación de lo sobrenatural, de lo incontrolable? ¿Puede hacer usted, así, que se me acelere el pulso, que me sobresalte con cualquier ruido, hasta con el más común, que un escalofrío me recorra la espalda como un latigazo y que se me erice el vello?

Colston se dio media vuelta repentinamente y lo miró con mucha dureza.

—Usted no se atrevería, no tiene el valor necesario para hacer todo eso que le sugiero —le dijo con mucho desdén—. Usted sólo es valiente para leer esa historia en un tranvía, rodeado de gente... Pero en una casa abandonada, solo en el bosque, de noche... ¡Bah! Mire, llevo conmigo un manuscrito inédito, que en esas condiciones

lo mataría a usted del susto, se lo aseguro...

Marsh pareció molesto. Se sabía valiente y las palabras del escritor lo herían, lo humillaban.

—Si sabe usted de un lugar verdaderamente aislado —dijo retador—, lléveme esta noche y déjeme allí con su manuscrito y una vela. Ya verá, ya... Vaya a verme cuando haya pasado el tiempo suficiente como para que lo lea, que le relataré el argumento y lo echaré a usted a patadas de allí, por haber dudado de mi hombría...

Fue así como sucedió que el hijo del granjero, mirando a través de una ventana sin cristales en la casa de Breede, vio a un hombre sentado a la luz de una vela.

El día después

Ya muy tarde, al día siguiente, tres hombres y un muchacho se acercaron a la casa de Breede, de donde había salido corriendo el muchacho la noche anterior. Los hombres parecían contentos; hablaban en voz alta y no paraban de reírse y hacer chistes. Sus observaciones eran jocosas, más que irónicas; incluso groseras y vulgares, no obstante lo cual, por dirigirse al muchacho, resultaban bienintencionadas aunque pueda parecer lo contrario, pero así es la gente de las granjas. El muchacho aceptaba aquellas bromas serio pero sin rechistar. Era bastante ecuánime, a pesar de su juventud, y sabía que quien afirma haber visto a un muerto levantarse de una silla de golpe y volcar una mesa, no es un testigo que sea muy digno de confianza... Al llegar a la casa y encontrarse con que la puerta tenía un cerrojo, aquella pandilla de investigadores tan sorprendentes entró sin mayores preámbulos, lo que quiere decir que echaron la puerta abajo. En el corredor hacia el que se abría la puerta de entrada había dos puertas más, una a la derecha y otra a la izquierda. Entraron en la de la izquierda, la que tenía la ventana sin cristales. Encontraron el cadáver de un hombre.

El manuscrito

Antes de hacer lo que, acertada o equivocadamente, he decidido; antes de presentarme ante el Sumo Hacedor para ser juzgado, yo, James R. Colston, creo mi deber como periodista hacer una declaración pública. Supongo que mi nombre será bastante conocido como el debido a un escritor de cuentos macabros, pero ni la imaginación más sombría podría dar a la prensa una historia tan terrible como esa de la que soy culpable ante Dios y ante los hombres. No hablo de hechos, pues mi

vida jamás se ha visto inmersa en aventuras destacables, sino de mi carrera digamos intelectual, que ha sido espantosa, jalonada de experiencias de las que matan y condenan. No las relataré aquí, pues algunas ya están escritas y sólo aguardan el momento oportuno para ver la luz pública. El objeto de esta carta no es otro que el de explicar a quien pueda serle de interés que mi muerte voluntaria es fruto de mis acciones intelectuales. Moriré a las doce en punto de la noche del día 15 de julio, aniversario significativo para mí, ya que fue en esa fecha y en esa hora cuando mi amigo por encima del tiempo y de la eternidad, el buen Charles Breede, cumplió la promesa que me había hecho mediante el mismo acto que su fidelidad a nuestro juramento me obliga a tomar la decisión antes expuesta. Terminó sus días en la casita del bosque Copetón. Se dio el acostumbrado veredicto de enajenación mental transitoria. Mas si yo hubiese dado mi testimonio durante la investigación, si hubiera confesado cuanto sabía, me habrían condenado a mí por loco.

Después seguía un párrafo largo, que el lector sólo leyó para sí. El resto lo dijo en voz alta.

Aún me resta una semana de vida, que aprovecharé para ordenar mis asuntos terrenales así como para prepararme para el Juicio Final. Será tiempo suficiente, porque tengo pocas cosas de las que ocuparme; además, la muerte, desde hace cuatro años, es para mí un asunto tan ineludible como imperioso. Quien encuentre este manuscrito junto a mi cadáver, que tenga a bien entregárselo al forense.

James R. Colston

R S. Willard Marsh, en este fatal 15 de julio le hago entrega a usted de este manuscrito, para que lo abra y lea bajo las condiciones acordadas en nuestra conversación y en el lugar convenido. Renuncio a mi propósito de conservarlo para que dé explicación de mi muerte, cosa que carece de la menor importancia. Servirá, no obstante, para explicar cómo murió usted mismo... Lo visitaré durante la noche para asegurarme de que lo ha leído. Usted me conoce lo suficiente como para saber que lo haré... Pero, mi querido amigo, será después de las doce... ¡Y que Dios se apiade de nuestras pobres almas!

J. R. C.

Antes de que acabara la lectura, alguien recogió la vela y la encendió. Cuando el hombre acabó entonces de leer, puso tranquilamente el papel sobre la llama y, a pesar de las protestas de los otros, lo mantuvo allí hasta que sólo quedaron cenizas. Quien hizo eso y después soportó tranquilamente una severa reprimenda de las autoridades era uno de los yernos del fallecido Charles Breede. Durante la investigación no hubo nada que permitiera extraer de los hechos una versión inteligible de cuanto aquel

papel contenía.

Del Times

En el día de ayer, la Comisión directiva del Sanatorio para enfermos mentales decidió el ingreso en dicha institución del señor James R. Colston, escritor y periodista muy conocido, habitual en las páginas del Messenger. Recordarán los lectores que durante la noche del 15 de julio, el señor Colston fue conducido al manicomio por uno de sus amigos, con quien compartía vivienda en la Baime House, quien le observó actuando de manera sospechosa, con el cuello desnudo, afilando una navaja barbera y probando su filo en la piel de su brazo, como ya se informó en su momento. Al ser entregado a la policía, el infortunado escritor se resistió violentamente, y desde entonces ha mostrado un comportamiento tan vesánico que es obligatorio reducirlo con una camisa de fuerza. Obsérvese, sin embargo, que son muchos los escritores, contemporáneos del señor Colston, que andan aún sueltos.

EL RELOJ DE JOHN BARTINE

El relato de un médico

—¿La hora exacta? ¡Dios mío! ¿Por qué insiste, amigo? Uno creería... pero qué importa eso; es casi la hora de irse a la cama. ¿Le sirve así? Aunque, mire: si tiene que poner el reloj en hora, tome el mío y véalo usted mismo.

Entonces separó el reloj (tremendamente pesado y muy anticuado) de la cadena y me lo entregó; luego se dio la vuelta y, cruzando la habitación, se dirigió hacia la estantería y empezó a examinar los lomos de los libros. Su nerviosismo y angustia evidentes me sorprendieron; no parecían tener motivo. Después de poner en hora mi reloj por el suyo, me acerqué donde él estaba y dije:

—Gracias.

Mientras cogía el reloj y lo volvía a enganchar a su cadenilla observé que le temblaban las manos. Con una discreción de la que me enorgullecí en grado sumo, me aproximé lenta y perezosamente al aparador y me serví un poco de coñac y agua; luego, pidiéndole excusas por mi descuido, le rogué que tomara algo y, dejando que se sirviera él mismo tal y como teníamos por costumbre, volví a mi asiento junto al fuego. Una vez servido, se unió a mí junto al hogar tan tranquilo como siempre.

Este pequeño incidente tuvo lugar en mi apartamento, donde John Bartine estaba pasando la noche. Habíamos cenado juntos en el club y llegado a casa en coche; en resumen: todo había sido hecho del modo más prosaico. El por qué John Bartine tenía que interrumpir el orden natural y establecido de las cosas para llamar la atención con un alarde de emoción, al parecer para entretenerse, era algo que de ninguna manera podía entender. Cuanto más pensaba en ello, mientras sus brillantes dotes de conversación se encomendaban a mi falta de atención, más curiosidad me producía y, por supuesto, no tuve ninguna dificultad en convencerme de que tal sentimiento no era otra cosa que solicitud amistosa. Éste es el disfraz que la curiosidad adopta para eludir el resentimiento. Por eso, sin más ceremonia, arruiné una de las mejores frases de su menospreciado monólogo.

—John Bartine —dije—, perdóneme si me equivoco, pero con los datos que tengo hasta ahora no puedo concederle el derecho a sufrir un ataque de nervios cuando le pregunto la hora. No puedo admitir que sea aceptable mostrar una misteriosa renuencia a consultar su propio reloj y a abrigar, en mi presencia y sin explicación, emociones dolorosas que están ocultas para mí y que no son de mi incumbencia.

Bartine no dio una respuesta inmediata a este absurdo discurso, sino que se quedó sentado mirando el fuego con preocupación. Temiendo haberle ofendido, estaba a

punto de pedirle excusas y rogarle que olvidara el asunto cuando, tranquilamente, me miró a los ojos y dijo:

—Querido amigo, la ligereza de sus modales no atenúa en absoluto la terrible insolencia de su requerimiento; pero, afortunadamente, yo ya había decidido contarle lo que quiere saber, y ninguna manifestación de su indignidad modificará mi decisión. Sea tan amable de prestarme atención y sabrá todo lo referente a ese asunto.

»Este reloj —dijo—, antes de que me fuera legado, perteneció a mi familia durante tres generaciones. Su primer propietario, el hombre que lo hizo, fue mi bisabuelo, Bramwell Olcott Bartine, un colono acomodado de Virginia, y un Conservador tan leal como ningún otro: pasaba las noches sin dormir, tramando nuevas formas de maldecir la jefatura del señor Washington e ideando nuevos métodos para ayudar y apoyar al buen rey Jorge. Un día este digno caballero tuvo la mala fortuna de realizar un servicio de capital importancia para su causa, que no fue considerado legítimo por aquellos que sufrieron sus inconvenientes. Lo que importa no es de qué se trataba, sino que entre sus consecuencias secundarias se cuenta el arresto de mi ilustre antepasado, llevado a cabo una noche en su propia casa por las fuerzas rebeldes del señor Washington. Se le permitió despedirse de su afligida familia, y luego desapareció en la oscuridad, que se lo tragó para siempre. Nunca se encontró el más mínimo indicio de su destino. Después de la guerra, ni una investigación diligente ni la oferta de grandes recompensas consiguieron revelar la identidad de quienes le capturaron o algún hecho relacionado con su desaparición. Había desaparecido, eso es todo.

No sé qué fue, pero hubo algo en la actitud de Bartine, no en sus palabras, que me impulsó a preguntarle:

—¿Y cuál es su opinión del asunto, de su justicia?

—Mi opinión —exclamó acalorado, golpeando con el puño en la mesa como si estuviera jugando a los dados con una panda de pillos en un casino—, ¡mi opinión es que fue un vil asesinato cometido por el maldito traidor, Washington, y por los granujas de sus rebeldes!

Durante unos minutos permanecimos en silencio: Bartine se dedicó a recuperar su temple y yo a esperar. Después pregunté:

—¿Y eso fue todo?

—No; hubo algo más. Unas semanas después de la detención de mi bisabuelo se encontró su reloj en el porche de la puerta principal de la casa. Estaba envuelto en un papel de carta que llevaba escrito el nombre de Rupert Bartine, su único hijo, mi abuelo. Y ahora lo tengo yo.

Bartine hizo una pausa. Sus inquietos ojos negros, con un destello de luz roja en cada uno, reflejo del carbón candente, miraban fijamente el fuego. Parecía haberse olvidado de mí. La repentina sacudida de las ramas de un árbol detrás de una de las ventanas y, casi al mismo tiempo, el golpeteo de la lluvia contra el cristal, le devolvieron la consciencia de lo que le rodeaba. Precedida por una ráfaga de viento,

se había levantado una tormenta y, tras unos instantes, el continuo chapoteo del agua sobre la acera se hizo claramente perceptible. Realmente no sé por qué cuento este incidente, pero parecía tener un cierto significado y relevancia que actualmente soy incapaz de discernir. Al menos, añadía un elemento de seriedad, casi de solemnidad. Bartine prosiguió:

—Siento algo especial por este reloj, una especie de cariño hacia él. Me gusta tenerlo cerca aunque, en parte por lo que pesa y en parte por una razón que ahora le explicaré, casi nunca lo utilizo. La razón es la siguiente: cada noche, cuando lo llevo encima, siento un inexplicable deseo de abrirlo y consultarlo, incluso cuando no tengo ninguna razón especial para querer saber la hora. Pero si cedo a él, en el momento en que mi vista descansa sobre la esfera, me siento lleno de una misteriosa aprensión, de una sensación de calamidad inminente. Y ésta se hace más y más insoportable a medida que se acercan las once en punto por este reloj; no importa la hora que realmente sea. Después, cuando las manecillas han pasado de las once, el deseo de mirar desaparece; me da exactamente igual. Entonces puedo consultarlo con la frecuencia que quiera, sin sentir más emoción que la que usted siente al consultar el suyo. Naturalmente me he acostumbrado a no mirar el reloj por la noche antes de las once; nada conseguiría inducirme a hacerlo. Su insistencia hace un momento me trastornó un poco. Siento lo que un consumidor de opio, supongo, sentiría si la ansiedad por su especial y particular infierno se viera reforzada por la oportunidad y el consejo.

»Bien, ésta es mi historia, y la he relatado en interés de su fútil ciencia; pero si alguna noche de aquí en adelante me ve llevando este maldito reloj y tiene el descuido de preguntarme la hora, le ruego que me dé permiso para ponerle en la tesitura de ser golpeado.

Su sentido del humor no me hizo gracia. Pude observar que al relatar su ensoñación se había sentido molesto de nuevo. Su sonrisa final era claramente horrible, y sus ojos habían evidenciado algo más que la primitiva inquietud; recorrían de un lado a otro la habitación sin objetivo aparente y me dio la impresión de que habían adoptado una expresión salvaje, semejante a la que a veces se observa en los casos de demencia. Quizá fuera sólo mi imaginación, pero de todos modos estaba convencido de que mi amigo se veía afectado por una monomanía de lo más singular e interesante. Sin ninguna disminución en mi afectuosa solicitud hacia él como amigo, al menos confío que así fuera, comencé a considerarle como paciente, y vi que tenía muchas posibilidades de estudiarlo con provecho. ¿Por qué no? ¿Acaso no había descrito su ensoñación en interés de la ciencia? Ah, pobre amigo, estaba haciendo por la ciencia más de lo que se imaginaba: no sólo su historia, sino también él, eran prueba de ello. Tenía que curarle, si es que podía, claro, pero antes debía hacer un pequeño experimento psicológico; no, incluso el propio experimento podía suponer un paso en su recuperación.

—Bartine —le dije cordialmente—, eso es muy franco y amigable por su parte, y

me siento muy orgulloso de su confianza. Realmente, es todo muy raro. ¿Le importaría enseñarme el reloj?

Lo sacó de su chaleco, con cadena y todo, y me lo pasó sin decir una palabra. La montura era de oro, muy gruesa y dura, y tenía unos grabados muy curiosos. Después de examinar detalladamente la esfera y observar que eran casi las doce, lo abrí por detrás y resultó interesante descubrir una caja interior de marfil, sobre la cual había un retrato en miniatura, pintado de aquel modo exquisito y delicado que estuvo tan de moda durante el siglo XVIII.

—¡Caramba! —exclamé, mostrando un profundo placer artístico—. ¿Cómo consiguió que le hicieran esto? Creía que la miniatura pintada sobre marfil era un arte perdido.

—Ése no soy yo —replicó con una sonrisa solemne—; es mi ilustre bisabuelo, el difunto caballero Bramwell Olcott Bartine, de Virginia. Entonces era más joven; de mi edad más o menos. Dicen que me parezco a él. ¿Usted qué cree?

—¿Que si se parece a él? ¡Desde luego! Aparte de las ropas, que suponía que usted había adoptado en honor al arte o por *vraisemblance*, por así decirlo, y de la ausencia del bigote, este retrato es el suyo en cada rasgo, detalle, y hasta en la expresión.

Nada más se dijo en aquel momento. Bartine cogió un libro de la mesa y empezó a leer. Yo seguía oyendo el incesante chapoteo de la lluvia en la calle. De vez en cuando se escuchaban pasos apresurados por las aceras; entonces unas pisadas más lentas y firmes se detuvieron ante la puerta. «Será un policía», pensé, «que busca refugio en la entrada». Las ramas de los árboles golpeaban de un modo significativo, como si pidieran entrar, contra los cristales de las ventanas. Después de años y años de una vida más prudente y seria, lo recuerdo perfectamente.

Aprovechando que no me prestaba atención, cogí la anticuada llave que colgaba de la cadenilla y, girando hacia atrás las manecillas del reloj, lo retrasé una hora; luego cerré la caja, devolví a Bartine su propiedad y vi cómo se la guardaba.

—Creo que usted ha dicho —comencé, con una fingida indiferencia— que después de las once la visión de la esfera ya no le afecta. Como son casi las doce —añadí mirando mi reloj—, quizá, si es que no toma a mal mis ganas de comprobarlo, podría mirarla ahora.

Sonrió en tono amistoso, sacó el reloj de nuevo, lo abrió e inmediatamente se puso en pie de un salto y soltó un grito que el Cielo no ha tenido la compasión de permitirme olvidar. Sus ojos, de una negrura acrecentada de modo sorprendente por la palidez del rostro, se quedaron clavados sobre el reloj, que agarraba con ambas manos. Durante unos instantes permaneció en esa actitud sin emitir sonido alguno; luego, con una voz que debería no haber reconocido como suya, exclamó:

—¡Maldición! ¡Faltan dos minutos para las once!

Yo me estaba preparando para un arrebató como ése; sin levantarme, repliqué con bastante tranquilidad:

—Lo siento; debo de haber visto mal al poner mi reloj en hora por el suyo.

Cerró la tapa de golpe y se guardó el reloj en el bolsillo. Entonces me miró e intentó sonreír, pero le temblaba el labio superior y parecía incapaz de cerrar la boca. Después apretó las manos, también temblorosas, y se las metió en los bolsillos del chaqué. El espíritu valiente pugnaba claramente por dominar al cuerpo cobarde. El esfuerzo fue demasiado grande; Bartine, como si tuviera un ataque de vértigo, comenzó a tambalearse de un lado a otro y, antes de que pudiera levantarme de la silla para sostenerle, las rodillas le fallaron, se inclinó violentamente hacia delante y cayó de bruces. Me puse en pie para ayudarle a levantarse; pero cuando John Bartine se levante, todos lo haremos.

La autopsia no reveló nada especial; todos los órganos eran normales y estaban sanos. Sin embargo, cuando se preparó el cuerpo para el entierro, se le apreció un ligero círculo de color oscuro alrededor del cuello; al menos eso fue lo que me aseguraron varias personas que decían haberlo visto, si bien, basándome en mi propio conocimiento, no puedo afirmar que fuera verdad.

Tampoco puedo poner limitaciones a la ley de la herencia. No sé si, en el mundo espiritual, un sentimiento o emoción podrá sobrevivir al corazón que lo cobijó y buscar expresión siglos más tarde en una vida semejante. Ciertamente, si tuviera que imaginar el destino de Bramwell Olcott Bartine, debería suponer que fue ahorcado a las once de la noche y que le habían concedido varias horas para prepararse para el cambio.

En cuanto a John Bartine, mi amigo, mi paciente durante cinco minutos y, ¡que el Cielo me perdone!, mi víctima para la eternidad, no hay más que decir. Está enterrado, y su reloj con él; me encargué de eso. Que Dios acepte su alma en el Paraíso y el alma de su antepasado de Virginia si, claro está, realmente se trataba de dos almas.

EL ENGENDRO MALDITO

I

No siempre se come lo que está sobre la mesa

A la luz de una vela de sebo colocada en un extremo de una rústica mesa, un hombre leía algo escrito en un libro. Era un viejo libro de cuentas muy usado, y al parecer su escritura no era demasiado legible porque a veces el hombre acercaba el libro a la vela para ver mejor. En esos momentos la mitad de la habitación quedaba en sombra y sólo era posible entrever unos rostros borrosos, los de los ocho hombres que estaban con el lector. Siete de ellos se hallaban sentados, inmóviles y en silencio, junto a las paredes de troncos rugosos y, dada la pequeñez del cuarto, a corta distancia de la mesa. De haber extendido un brazo, cualquiera de ellos habría rozado al octavo hombre, tendido boca arriba sobre la mesa, que con los brazos pegados a los costados estaba parcialmente cubierto con una sábana. Era un muerto.

El hombre del libro leía en voz baja. Salvo el cadáver todos parecían esperar que ocurriera algo. Una serie de extraños ruidos de desolación nocturna penetraban por la abertura que hacía de ventana: el largo aullido innombrable de un coyote lejano; la incesante vibración de los insectos en los árboles; los gritos extraños de las aves nocturnas, tan diferentes del canto de los pájaros durante el día; el zumbido de los grandes escarabajos que vuelan desordenadamente, y todo ese coro indescifrable de leves sonidos que, cuando de golpe se interrumpe, creemos haber escuchado sólo a medias, con la sospecha de haber sido indiscretos. Pero nada de esto era advertido en aquella reunión; sus miembros, según se apreciaba en sus rostros hoscos con aquella débil luz, no parecían muy partidarios de fijar la atención en cosas superfluas. Sin duda alguna eran hombres de los contornos, granjeros y leñadores.

El que leía era un poco diferente; tenía algo de hombre de mundo, sagaz, aunque su indumentaria revelaba una cierta relación con los demás. Su ropa apenas habría resultado aceptable en San Francisco; su calzado no era el típico de la ciudad, y el sombrero que había en el suelo a su lado (era el único que no lo llevaba puesto) no podía ser considerado un adorno personal sin perder todo su sentido. Tenía un semblante agradable, aunque mostraba una cierta severidad aceptada y cuidada en

función de su cargo. Era el juez, y como tal se hallaba en posesión del libro que había sido encontrado entre los efectos personales del muerto, en la misma cabaña en que se desarrollaba la investigación.

Cuando terminó su lectura se lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. En ese instante la puerta se abrió y entró un joven. Se apreciaba claramente que no había nacido ni se había educado en la montaña: iba vestido como la gente de la ciudad. Su ropa, sin embargo, estaba llena de polvo, ya que había galopado mucho para asistir a aquella reunión.

Sólo el juez le hizo un breve saludo.

—Le esperábamos —dijo—. Es necesario acabar con este asunto esta misma noche.

—Lamento haberles hecho esperar —dijo el joven, sonriendo—. Me marché, no para eludir su citación, sino para enviar a mi periódico un relato de los hechos como el que supongo quiere usted oír de mí.

El juez sonrió.

—Ese relato tal vez difiera del que va a hacernos aquí bajo juramento.

—Como usted guste —replicó el joven enrojeciendo con vehemencia—. Aquí tengo una copia de la información que envié a mi periódico. No se trata de una crónica, que resultaría increíble, sino de una especie de cuento. Quisiera que formara parte de mi testimonio.

—Pero usted dice que es increíble.

—Eso no es asunto suyo, señor juez, si yo juro que es cierto.

El juez permaneció en silencio durante un rato, con la cabeza inclinada. El resto de los asistentes charlaban en voz baja sin apartar la mirada del rostro del cadáver. Al cabo de unos instantes el juez alzó la vista y dijo:

—Continuemos con la investigación.

Los hombres se quitaron los sombreros y el joven prestó juramento.

—¿Cuál es su nombre? —le preguntó el juez.

—William Harker.

—¿Edad?

—Veintisiete años.

—¿Conocía usted al difunto Hugh Morgan?

—Sí.

—¿Estaba usted con él cuando murió?

—Sí, muy cerca.

—Y ¿cómo se explica?... su presencia, quiero decir.

—Había venido a visitarle para ir a cazar y a pescar. Además, también quería estudiar su tipo de vida, tan extraña y solitaria. Parecía un buen modelo para un personaje de novela. A veces escribo cuentos.

—Y yo a veces los leo.

—Gracias.

—Cuentos en general, no me refería sólo a los suyos.

Algunos de los presentes se echaron a reír.

En un ambiente sombrío el humor se apreciaba mejor. Los soldados ríen con facilidad en los intervalos de la batalla, y un chiste en la capilla mortuoria, sorprendentemente, suele hacernos reír.

—Cuéntenos las circunstancias de la muerte de este hombre —dijo el juez—. Puede utilizar todas las notas o apuntes que desee.

El joven comprendió. Sacó un manuscrito del bolsillo de su chaqueta y, tras acercarlo a la vela, pasó las páginas hasta encontrar el pasaje que buscaba. Entonces empezó a leer.

II

Lo que puede ocurrir en un campo de avena silvestre

... Apenas había amanecido cuando abandonamos la casa. Íbamos en busca de codornices, cada uno con su escopeta, y nos acompañaba un perro. Morgan dijo que la mejor zona estaba detrás de un cerro, que señaló, y que cruzamos por un sendero rodeado de arbustos. Al otro lado el terreno era bastante llano y estaba cubierto espesamente de avena silvestre. Cuando salimos de la maleza Morgan iba unas cuantas yardas por delante de mí. De repente oímos, muy cerca, a nuestra derecha y también enfrente, el ruido de un animal que se revolvía con violencia entre unas matas.

—Es un ciervo —dije—. Ojalá hubiéramos traído un rifle.

Morgan, que se había parado a examinar los arbustos, no dijo nada, pero había cargado los dos cañones de su escopeta y se disponía a disparar. Parecía algo excitado, y esto me sorprendió, pues era célebre por su sangre fría, incluso en momentos de súbito e inminente peligro.

—Venga —dije—. No esperarás acabar con un ciervo a base de perdigones, ¿verdad?

No contestó, pero cuando se volvió hacia mí vi su rostro y me quedé impresionado por su expresión tensa. Comprendí que algo serio ocurría, y lo primero que pensé fue que nos habíamos topado con un oso. Colgué mi escopeta y avancé

hasta donde estaba Morgan.

Los arbustos ya no se movían y el ruido había cesado, pero mi amigo observaba el lugar con la misma atención.

—Pero ¿qué pasa? ¿Qué diablos es? —le pregunté.

—¡Ese maldito engendro! —contestó sin volverse. Su voz sonaba ronca y extraña. Estaba temblando.

Iba a decir algo cuando vi que la avena que había en torno al lugar se movía de un modo inexplicable. No sé cómo describirlo. Era como si, empujada por una ráfaga de viento, no sólo se cimbreara sino que se tronchaba y no volvía a enderezarse; y aquel movimiento se acercaba lentamente hacia nosotros.

Aunque no recuerdo haber pasado miedo, nada antes me había afectado de un modo tan extraño como aquel fenómeno insólito e inenarrable. Recuerdo —y lo saco a colación porque me vino entonces a la memoria— que una vez, al mirar distraídamente por una ventana, confundí un cercano arbolito con otro de un grupo de árboles, mucho más grandes, que estaban más lejos. Parecía del mismo tamaño que éstos, pero al estar más claro y marcadamente definido en sus detalles, no armonizaba con el resto. Fue un simple error de perspectiva, pero me sobresaltó y llegó incluso a aterrorizarme. Confiamos tanto en el buen funcionamiento de las leyes naturales que su suspensión aparente nos parece una amenaza para nuestra seguridad, un aviso de alguna calamidad inconcebible. Del mismo modo, aquel movimiento de la maleza, al parecer sin causa, y su aproximación lenta e inexorable resultaban inquietantes. Mi compañero estaba realmente asustado; apenas pude dar crédito a mis ojos cuando le vi arrimarse la escopeta al hombro y vaciar los dos cañones contra el cereal en movimiento. Antes de que el humo de la descarga hubiera desaparecido oí un grito feroz —un alarido como el de una bestia salvaje—, y vi que Morgan tiraba su escopeta y desaparecía a todo correr de aquel lugar. En ese mismo instante fui arrojado al suelo por el impacto de algo que ocultaba el humo: una sustancia blanda y pesada que me embistió con gran fuerza.

Cuando me puse en pie y recuperé mi escopeta, que me había sido arrebatada de las manos, oí a Morgan gritar como si agonizara. A sus gritos se unían aullidos feroces, como cuando dos perros luchan entre sí. Completamente aterrorizado, me incorporé con gran dificultad y dirigí la vista hacia el lugar por el que mi amigo había desaparecido. ¡Que Dios me libre de otro espectáculo como aquél! Morgan estaba a unas treinta yardas: tenía una rodilla en tierra, la cabeza, con su largo cabello revuelto, descoyuntada espantosamente hacia atrás, y era presa de unas convulsiones que zarandeaban todo su cuerpo. Su brazo derecho estaba levantado y, por lo que pude ver, había perdido la mano. Al menos yo no la veía. El otro brazo había desaparecido. A veces, tal como ahora recuerdo aquella escena extraordinaria, no podía distinguir más que una parte de su cuerpo; era como si hubiera sido parcialmente borrado (ya sé, es extraño, pero no sé expresarlo de otra forma) y al cambiar de posición volviera a apreciarse de nuevo en su totalidad.

Debió de ocurrir todo en unos pocos segundos, durante los cuales Morgan adoptó todas las posturas posibles del obstinado luchador que es derrotado por un peso y una fuerza superiores. Yo sólo le veía a él y no siempre con claridad. Durante el incidente soltaba gritos y profería maldiciones acompañadas de unos rugidos furiosos como nunca antes había oído salir de la garganta de un hombre o de una bestia.

Permanecí en pie por un momento sin saber qué hacer, hasta que decidí tirar la escopeta y correr en ayuda de mi amigo. Creí que estaba sufriendo un ataque o una especie de colapso. Antes de llegar a su lado, le vi caer y quedar inerte. Los ruidos habían cesado, pero volví a ver, con un sentimiento de terror como jamás había experimentado, el misterioso movimiento de la avena que se extendía desde la zona pisoteada en torno al cuerpo de Morgan hacia los límites del bosque. Sólo cuando hubo alcanzado los primeros árboles, aparté la vista de aquel insólito fenómeno y miré a mi compañero. Estaba muerto.

III

Un hombre, aunque esté desnudo, puede estar hecho jirones

El juez se levantó y se acercó al muerto. Tiró de un extremo de la sábana y dejó el cuerpo al descubierto. Estaba desnudo y, a la luz de la vela, mostraba un color amarillento. Presentaba unos grandes hematomas de un azul oscuro, causados sin duda alguna por las contusiones, y parecía que le habían golpeado en el pecho y los costados con un garrote. Había unas horribles heridas y tenía la piel desgarrada, hecha jirones.

El juez llegó hasta el extremo de la mesa y desató el nudo que sujetaba un pañuelo de seda por debajo de la barbilla hasta la parte superior de la cabeza. Al retirarlo vimos lo que tenía en la garganta. Los miembros del jurado que se habían levantado para ver mejor lamentaron su curiosidad y volvieron la cabeza. El joven Harker fue hacia la ventana abierta y se inclinó sobre el alféizar, a punto de vomitar. Después de cubrir de nuevo la garganta del muerto, el juez se dirigió a un rincón de la habitación en el que había un montón de prendas. Empezó a coger una por una y a examinarlas mientras las sostenía en alto. Estaban destrozadas y rígidas por la sangre

seca. El resto de los presentes prefirió no hacer un examen más exhaustivo. A decir verdad, ya habían visto este tipo de cosas con anterioridad. Lo único que les resultaba nuevo era el testimonio de Harker.

—Señores —dijo el juez—, éstas son todas las pruebas que tenemos. Ya saben su cometido; si no tienen nada que preguntar, pueden salir a deliberar.

El presidente del jurado, un hombre de unos sesenta años, alto, con barba y toscamente vestido, se levantó y dijo:

—Quisiera hacer una pregunta, señor. ¿De qué manicomio se ha escapado este último testigo?

—Señor Harker —dijo el juez con tono grave y tranquilo—; ¿de qué manicomio se ha escapado usted?

Harker enrojó de nuevo, pero no contestó, y los siete individuos se levantaron y abandonaron solemnemente la cabaña uno tras otro.

—Si ha terminado ya de insultarme, señor —dijo Harker tan pronto como se quedó a solas con el juez—, supongo que puedo marcharme, ¿no es así?

—En efecto.

Harker avanzó hacia la puerta y se detuvo con la mano en el picaporte. Su sentido profesional era más fuerte que su amor propio. Se volvió y dijo:

—Ese libro que tiene ahí es el diario de Morgan, ¿verdad? Debe de ser muy interesante, porque mientras prestaba mi testimonio no dejaba de leerlo. ¿Puedo verlo? Al público le gustaría...

—Este libro tiene poco que añadir a nuestro asunto —contestó el juez mientras se lo guardaba—; todas las anotaciones son anteriores a la muerte de su autor.

Al salir Harker, el jurado volvió a entrar y permaneció en pie en torno a la mesa en la que el cadáver, cubierto de nuevo, se perfilaba claramente bajo la sábana. El presidente se sentó cerca de la vela, sacó del bolsillo lápiz y papel y redactó laboriosamente el siguiente veredicto, que fue firmado, con más o menos esfuerzo, por el resto:

«Nosotros, el jurado, consideramos que el difunto encontró la muerte al ser atacado por un puma, aunque alguno cree que sufrió un colapso».

IV

Una explicación desde la tumba

En el diario del difunto Hugh Morgan hay ciertos apuntes interesantes que pueden tener valor científico. En la investigación que se desarrolló junto a su cuerpo el libro no fue citado como prueba porque el juez consideró que podría haber confundido a los miembros del jurado. La fecha del primero de los apuntes mencionados no puede apreciarse con claridad por estar rota la parte superior de la hoja correspondiente; el resto expone lo siguiente:

«... corría describiendo un semicírculo, con la cabeza vuelta hacia el centro, y de pronto se detenía y ladraba furiosamente. Al final echó a correr hacia el bosque a gran velocidad. En un principio pensé que se había vuelto loco, pero al volver a casa no encontré otro cambio en su conducta que no fuera el lógico del miedo al castigo».

«¿Puede un perro ver con la nariz? ¿Es que los olores impresionan algún centro cerebral con imágenes de las cosas que los producen?».

«2 sept. Anoche, mientras miraba las estrellas en lo alto del cerco que hay al este de la casa, vi cómo desaparecían sucesivamente, de izquierda a derecha. Se apagaban una a una por un instante, y en ocasiones unas pocas a la vez, pero todas las que estaban a un grado o dos por encima del cerco se eclipsaban totalmente. Fue como si algo se interpusiera entre ellas y yo, pero no conseguí verlo, pues las estrellas no emitían suficiente luz para delimitar su contorno. ¡Uf! Esto no me gusta nada...».

Faltan tres hojas con los apuntes correspondientes a varias semanas.

«27 sept. Ha estado por aquí de nuevo. Todos los días encuentro pruebas de su presencia. Me he pasado la noche otra vez vigilando en el mismo puesto, con la escopeta cargada. Por la mañana sus huellas, aún frescas, estaban allí, como siempre. Podría jurar que no me quedé dormido ni un momento... en realidad apenas duermo. ¡Es terrible, insoportable! Si todas estas asombrosas experiencias son reales, me voy a volver loco; y si son pura imaginación, es que ya lo estoy».

«3 oct. No me iré, no me echará de aquí. Ésta es *mi* casa, *mi* tierra. Dios aborrece a los cobardes...».

«5 oct. No puedo soportarlo más. He invitado a Harker a pasar unas semanas. Él tiene la cabeza en su sitio. Por su actitud podré juzgar si me cree loco».

«7 oct. Ya encontré la solución al misterio. Anoche la descubrí de repente, como por revelación. ¡Qué simple, qué horriblemente simple!».

«Hay sonidos que no podemos oír. A ambos extremos de la escala hay notas que no hacen vibrar ese instrumento imperfecto que es el oído humano.

Son muy agudas o muy graves. He visto cómo una bandada de mirlos ocupan la copa de un árbol, de varios árboles, y cantan todos a la vez. De repente, y al mismo tiempo, todos se lanzan al aire y emprenden el vuelo. ¿Cómo pueden hacerlo si no se ven unos a otros? Es imposible que vean el movimiento de un jefe. Deben de tener una señal de aviso o una orden, de un tono superior al estrépito de sus trinos, que es inaudible para mí. He observado también el mismo vuelo simultáneo cuando todos estaban en silencio, no sólo entre mirlos, sino también entre otras aves como las perdices, cuando están muy distanciadas entre los matorrales, incluso en pendientes opuestas de una colina».

«Los marineros saben que un grupo de ballenas que se calienta al sol o juguetea sobre la superficie del océano, separadas por millas de distancia, se zambullen al mismo tiempo y desaparecen en un momento. La señal es emitida en un tono demasiado grave para el oído del marinero que está en el palo mayor o el de sus compañeros en cubierta, que sienten la vibración en el barco como las piedras de una catedral se conmueven con el bajo del órgano».

«Y lo que pasa con los sonidos, ocurre también con los colores. A cada extremo del espectro luminoso el químico detecta la presencia de los llamados rayos “actínicos”. Representan colores —colores integrales en la composición de la luz— que somos incapaces de reconocer. El ojo humano también es un instrumento imperfecto y su alcance llega sólo a unas pocas octavas de la verdadera “escala cromática”. No estoy loco; lo que ocurre es que hay colores que no podemos ver».

«Y, Dios me ampare, ¡el engendro maldito es de uno de esos colores!».

LA VENTANA SELLADA

En 1830, a pocas millas de lo que hoy es la gran ciudad de Cincinnati, había un gran bosque casi virgen. La región entera estaba poco poblada y quienes allí vivían eran gentes de la frontera, espíritus pioneros que después de alzar cabañas bastante confortables en la tierra conquistada al bosque, y después de alcanzar una prosperidad que hoy no nos parecía tal, sino pura indigencia, abandonaban todo, empujados por una cierta inquietud, por algo misterioso aunque probablemente debido a su afán de aventura, para dirigirse al oeste y hacer frente a nuevos peligros y a mayores privaciones, hasta conquistar esas escasas comodidades que habían abandonado.

Muchas de aquellas gentes ya se habían marchado hacia tierras remotas, pero permanecía en la región uno de los primeros hombres en llegar. Vivía solo en una cabaña hecha de troncos y rodeada no ya de bosque sino de selva, podría decirse... La cabaña de aquel hombre parecía formar parte del bosque, de tan silenciosa y oscura; y él mismo.

Nadie le había visto jamás esbozar una sonrisa y nadie le había oído decir nunca una palabra de más, ni mucho menos una lisonja. Satisfacía sus pocas necesidades mediante el trueque o la venta de pieles de los animales que cazaba, una actividad a la que se dedicaba, pues nada cultivaba en aquella tierra que, por derecho, podría haber llamado suya sin que ninguna autoridad pudiera reclamársela. El hombre, en cualquier caso, no era un tipo de esos que se abandonan; había hecho mejoras tales, alrededor de su casa, como despejar un espacio de bosque mediante la sencilla aunque dura tarea de tirar con su hacha algunos árboles, de manera que los troncos y las raíces ya podridas de aquéllos se vieron cubiertas de maleza con el paso de los meses. Era conocido que aquel hombre no es que no se preocupara de la agricultura, sino que mostraba cierto desdén hacia los agricultores.

Su cabaña, en la que tenía una buena estufa de leña para calentarse en invierno, una cabaña de techo de tablones sostenidos por vigas transversales, y con los troncos de las paredes recubiertos de barro agrietado con el paso del tiempo, tenía sólo una puerta y una ventana. La ventana, sin embargo, quedó tapiada muy pronto, por decisión del hurano habitante de la cabaña, a tal punto que nadie recordaba haberla visto abierta alguna vez; en realidad casi nadie recordaba haber visto allí una ventana. Y no es que a aquel hombre le disgustasen la luz diurna o el aire puro y vivificante; en las pocas ocasiones en que cualquier otro cazador de la región se adentraba por aquel lugar en lo más profundo del bosque, había visto al hurano tomando el sol a la puerta de su casa, con el rifle descansando sobre sus piernas. Supongo que son pocos los que conocen el secreto de aquella ventana. Yo sí. Hablaré de ello.

Decían que se llamaba Murlock. Aparentaba unos sesenta años, aunque sólo tenía cincuenta. Algo que no eran precisamente los años había contribuido a hacer que el tiempo se le echara encima, envejeciéndolo. Tenía largos el cabello y la barba, muy

grises; sus ojos, de un azul grisáceo y muy apagados, parecían hundidos en sus cuencas; su rostro, completamente surcado por arrugas muy profundas que parecían pertenecer a sendos sistemas convergentes, en cualquier caso, era el que mejor se hubiera podido imaginar para su delgadez y su gran estatura. Tenía los hombros caídos, como los hombres que se han desempeñado mucho tiempo cargando y descargando en los muelles.

Yo nunca lo vi, debo decirlo antes que nada; todo lo que sé de él me lo contó mi abuelo, gracias al cual supe también su historia. Mi abuelo incluso lo tuvo por vecino un tiempo, antes de que el huracán decidiera levantar su cabaña en lo más apartado del bosque.

Un día encontraron a Murlock muerto en su cabaña. No era un tiempo en el que abundaran los periódicos, ni mucho menos los forenses, por lo que supongo que todo el mundo pensó que había muerto por causas naturales. De no ser así me lo habrían dicho y supongo que aún lo recordaría, tengo buena memoria... Sólo sé que gracias a lo que probablemente era simple sentido común, su cuerpo recibió sepultura cerca de la cabaña que había habitado, donde él, a su vez, había enterrado tiempo atrás a la que fuera su esposa; tanto tiempo atrás que apenas la recordaba ya nadie cuando murió Murlock. Con su muerte, pues, se cierra el capítulo final de su historia. Aunque años después, acompañado por un alma igualmente audaz, entré en el bosque y me aproximé lo suficiente a la cabaña abandonada y casi a punto de irse al suelo, para tirar una piedra y alejarme a toda prisa, como hacen los niños bien informados acerca de la existencia de fantasmas en las casas abandonadas.

Hablemos, sin embargo, de algo más importante, de aquel capítulo referido a Murlock que me contó mi abuelo.

Cuando el hombre levantó su choza y empezó a emplearse con el hacha enérgicamente para hacerse un claro, cosa a la que se dedicaba cuando dejaba descansar el rifle que le daba de comer, era joven, fuerte; incluso albergaba ciertas esperanzas, como cualquier aventurero en tierras extrañas e inhóspitas. En la región del este de la que provenía se había casado, como era costumbre en aquel tiempo, con una joven digna, desde luego, de la mayor de sus devociones. Aquella mujer compartía con él peligros y privaciones, siempre con el mejor espíritu y el corazón alegre, henchido también de esperanzas. No sabemos cuál fue su nombre. La tradición, por lo demás, guarda silencio a propósito de sus encantos físicos, por lo que cada cual es libre de creer o no que los tenía. Pero no permita Dios que yo comparta esas dudas. De su alegría, probable consecuencia de su belleza, hay testimonios suficientes por lo que sabemos de la vida de Murlock una vez quedó viudo. Sólo el magnetismo de un recuerdo imborrable pudo haber encadenado su espíritu siempre aventurero a aquel lugar, una vez que ella se hubo ido.

Un día regresó Murlock de cazar en algún lugar distante de su cabaña, y encontró a su esposa enferma, delirando por culpa de la fiebre. No había un solo médico en muchas millas a la redonda; tampoco tenían vecinos. No estaba ella en un estado que

permitiese dejarla sola para ir en busca de ayuda, por lo que Murlock se dio a prestarle los cuidados debidos. Al tercer día, empero, la mujer perdió el conocimiento y falleció poco después sin volver a recuperarlo.

Gracias a lo que sabemos de un carácter como el de aquel hombre, podemos atrevernos a interpolar algunos detalles en el esbozo del cuadro hecho por mi abuelo. Cuando comprobó que estaba irremisiblemente muerta, Murlock conservó la calma necesaria, a pesar de su dolor, para recordar que los muertos deben tener entierro, y no sólo eso, sino que deben ser preparados para recibir sepultura. Pero al tratar de llevar a cabo un deber tan sagrado, se equivocó repetidamente; hizo unas cuantas cosas mal, y las que hizo bien, simplemente, las repitió. Sus fracasos en cosas sencillas y comunes no dejaban de sorprenderle, como el borracho que se asombra ante la aparente suspensión de las leyes naturales más conocidas, como la del equilibrio. Se sorprendió igualmente de no haber llorado una sola lágrima al verla muerta, a pesar del gran dolor de corazón que sentía, una sorpresa en la que había mucho de vergüenza, pues al fin y al cabo puede que no resulte un detalle, una demostración de cariño y compungimiento no llorar por los muertos.

—Mañana —dijo Murlock en voz alta, como si quisiera convencerse—, tendré que hacerle una caja y cavar la tumba; entonces la extrañaré más, cuando ya no pueda verla. Ahora está muerta, pero ya ha dejado de sufrir. La situación no puede ser tan terrible, por ello, como parece.

De pie junto al cuerpo de su esposa, en la luz que se desvanecía, la peinó mecánicamente, con un cuidado desprovisto de voluntad. Mientras lo hacía corría por su conciencia, como un torrente subterráneo, la convicción de que las cosas sucedían de la manera más natural, de que todo iba según debía, de que el hecho de tenerla a su lado, aunque muerta, explicaba su aparente tranquilidad. En realidad, no sabía cuán fuertemente le había golpeado la pérdida de la esposa. Esa noción, esa conciencia de su dolor, le llegaría después para no abandonarlo ya nunca.

La pena es un artista que maneja poderes tan diversos como los instrumentos de los que se vale para ejecutar la marcha fúnebre, evocando en algunos seres las notas más brillantes y agudas y en otros las más suaves y graves, esas que vibran de manera recurrente, como el ritmo que marcan los tambores. Algunos espíritus, en un trance doloroso como aquel por el que hubo de pasar Murlock, se sobresaltan; otros, quedan estupefactos, sin capacidad de reacción. A algunos un trance doloroso como el de Murlock les llega cual si la herida de una flecha se tratase, una herida que irrita y alerta toda su sensibilidad, agudizándosela; a otros, como un mazazo que al aplastar insensibiliza. Podemos suponer que Murlock se vio afectado de esta manera, ya que —y en esto tenemos certezas, no hacemos conjeturas— apenas hubo terminado su piadoso trabajo, se dejó caer en una silla junto a la mesa de la cabaña, donde había puesto el cuerpo de su mujer, y notando cuán blanco parecía su perfil en la espesura de las sombras de la tarde, puso los brazos sobre el borde de la mesa y se dejó caer entre ellos, con los ojos sin derramar aún una lágrima, pero completamente exhausto.

Entonces llegó a través de la ventana abierta un sonido largo y sollozante como el grito de un niño perdido en lo más hondo del bosque... Aquel bosque que empezaba a sumirse en la oscuridad. Mas el hombre no se movió. Otra vez, más cerca que antes, se dejó sentir aquel grito ultraterreno. Quizá fuese una bestia del bosque. Quizá fuese un sueño. Murlock, agotado, se había quedado dormido.

Horas después, como se llegó a saber posteriormente, el que velaba el cadáver de manera tan descuidada despertó, y levantando la cabeza de entre sus brazos escuchó con atención, sin saber por qué lo hacía... En la negra oscuridad que se hacía alrededor de la muerta, recordando cuanto había pasado, aunque sin sobresaltarse por esa constatación, esforzó sus ojos para ver no sabía bien qué... Tenía los sentidos alerta, la respiración entrecortada; la sangre, detenida en su circulación, parecía ahondar el silencio... ¿Quién se le había aparecido? ¿Qué le había despertado? ¿Dónde estaba?

Repentinamente, la mesa tembló bajo sus brazos; justo en ese momento escuchó, o creyó oírlo, un paso suave y otro y otro... Los pasos de unos pies descalzos.

Aterrorizado e impotente para gritar entonces, o para moverse siquiera, tuvo que esperar y así lo hizo, en la más completa oscuridad ya, a lo largo de un tiempo que fue como siglos de terror. Intentó decir en vano el nombre de la esposa muerta; intentó, también en vano, alargar las manos para tocarla, para comprobar si seguía allí. Creía haberse vuelto mudo. Sus brazos y sus manos parecían de plomo.

Lo que sucedió fue realmente espantoso. Algo sumamente pesado pareció caer sobre la mesa, de forma tal que ésta, estrellándose contra su peso, a punto estuvo de tirarlo al suelo de espaldas; mientras, se oyó y sintió la caída de algo al suelo, con un golpe tan violento que toda la casa pareció sacudida por el impacto. Sucedió a todo aquello algo parecido a un forcejeo y una confusión de sonidos difíciles de describir. Murlock consiguió ponerse de pie. El pánico se había apoderado por completo de sus fuerzas. Haciendo un esfuerzo en verdad denodado consiguió poner las manos sobre la mesa. Y comprobó que estaba vacía.

Hay un extremo en el que el terror puede llevar a la locura; y la locura incita a la acción. Sin un propósito firme, sin otro motivo que no fuese el desorientado impulso de un loco, Murlock se lanzó contra la pared, con alguna dificultad logró hacerse con su rifle y lo disparó repetidamente a un lado y a otro, sin preocuparse de hacia dónde apuntaba. A la luz de los fogonazos que salían de la bocacha del arma con cada tiro vio un felino salvaje y enorme que arrastraba a la muerta hacia la ventana, con los colmillos clavados en su garganta. Después, la oscuridad más negra que antes; y el silencio aún más hondo. Cuando volvió en sí el sol estaba alto y el bosque resonaba con los cantos de los pájaros.

El cadáver de la esposa yacía cerca de la ventana, donde lo había dejado aquella bestia cuando huyó asustada por los disparos del rifle de Murlock. La muerta tenía desordenadas las ropas y completamente despeinado el cabello. Mostraba un desmadejamiento absoluto. Desde su cuello, espantosamente destrozado, había

manado sangre hasta hacer un charco. Sus dientes sostenían aún un pedazo de oreja de la fiera.

HAÏTA, EL PASTOR

Las ilusiones de su juventud nunca pudieron ser superadas, en el corazón de Haïta, por la experiencia que otorga la edad. Sus pensamientos eran puros, felices; pero su vida era ramplona y su alma se debatía en diversas ambiciones. Se levantaba con el sol e iba de inmediato a rezar a Hastur, el dios de los pastores, que recibía con gran placer sus preces. Después de entregarse al piadoso ritual, Haïta abría la puerta a su rebaño y partía feliz. Comía, mientras pastaba el rebaño, carne y algún pastel de frutas, y bebía el agua de un arroyo que nacía en las colinas y cruzaba el valle donde se apacentaban sus ovejas.

Durante los largos días del verano, mientras su ganado daba cuenta de la buena hierba que los dioses le procuraban, Haïta se tumbaba tranquilamente con las manos entrelazadas a la altura del pecho, o se echaba a la sombra de un árbol, sin más, o tomaba asiento en una roca y sacaba de su gaita dulces melodías, todo ello sin perder de vista a su rebaño, que vigilaba por el rabillo del ojo, atento a cualquier ruido extraño que pudiera dejarse sentir. También, en ocasiones, le parecía descubrir de pronto la presencia de alguna deidad remota, mas en cuanto fijaba la vista allá donde había creído verla, la visión se desvanecía.

De ahí —de su pensar que cualquier día iba a convertirse en una más de sus ovejas, tan monótona era su vida— extrajo la consecuencia de que si bien la felicidad en ocasiones llega sin que se la busque, probablemente fuese mejor tratar de ver, de descubrir algo que jamás había visto. Y cuando estos pensamientos le ocupaban, pedía con fervor a Hastur, que nunca le defraudaba, seguir siendo tan apreciado por sus vecinos y gozar por mucho tiempo de la inmortal compañía del arroyo y de los árboles, ya que otra cosa, estaba seguro, no le podía ser dada. Después, al caer la noche, agrupaba a su rebaño y lo conducía de nuevo a su corral, se aseguraba de que la puerta quedase bien trancada e iba a su casa para refrescarse y soñar plácidamente.

Así era su vida, así transcurrían sus días uno tras otro, a salvo en su morada cuando las tormentas parecían la ira de algún dios ofendido. Si tronaba, Haïta se cubría con la manta hasta el cuello y se tapaba la cara con las manos, y rezaba como si sólo él fuera culpable de los pecados del mundo, pidiendo clemencia y rogando para que ese mundo de cuyos pecados se hacía responsable no fuese destruido por la furia de la tormenta. En ocasiones, cuando llovía sin tregua, cuando el arroyo se desbordaba, cosa que le obligaba a conducir su ganado hasta zonas más altas, rezaba también por la gente que vivía en las ciudades que se extendían entre las dos colinas que se alzaban al extremo del valle.

—¡Te pido, oh, Hastur —suplicaba—, que mantengas siempre cerca de mí estas montañas que dan amparo a mi casa y a mi cabaña de ovejas, para que así podamos estar a salvo de las riadas... Y te pido también por ese mundo del que nada sé, del que tú, sin embargo, lo sabes todo, pues yo no puedo salvarlo!

Y Hastur, sabedor de que Haïta era un joven que mantenía su palabra bajo cualquier circunstancia, salvaba las ciudades y hacía desembocar los ríos en el mar.

Vivía así desde siempre, por lo que no podía recordar y concebir otra manera de existir. La ermita que se alzaba a la entrada del valle, apenas a una hora a pie desde su cabaña, era cuanto tenía por horizonte. Y a veces pensaba con dolor en esas ciudades de las que alguna vez había oído hablar, esas grandes ciudades en las que la gente, ¡pobres almas!, no tenía ganado, y en las que esas pobres almas que las habitaban se veían tan desamparadas como un corderillo recién nacido cuando se desataba la tormenta.

Pero fue pensando en esos misterios y en esas maravillas, envuelto por el silencio que lo envolvía, mientras cuidaba una mañana de su rebaño, una mañana en la que sólo se oía el canto de los pájaros, cuando Haïta fue consciente de cuán miserable y carente de esperanzas era su existencia.

«Es preciso —se dijo entonces— que sepa de dónde vengo y cómo llegué aquí, antes de que me atreva a juzgar cosas de las que nada sé... ¿Cómo he de hacer un juicio justo si lo desconozco todo del pasado de mi linaje, tanto como desconozco lo que ocurre más allá del valle? Quizá pueda cambiar de parecer y dedicarme a otras cosas, aunque, entonces, ¿quién cuidará de mis ovejas? ¿Y qué será de mí?».

Esas consideraciones, más que decidirle a un cambio de vida, hicieron de Haïta un ser melancólico y moroso. Poco a poco dejó de hablar a su rebaño con la dulzura de antes. Ya no rezaba a Hastur con la devoción de otro tiempo. Ahora oía en la brisa el susurro de deidades malignas. Cada nube era un portento que sugería desastres y la oscuridad se le antojaba llena de terrores. Cuando se llevaba a los labios su gaita, no extraía de ella una dulce melodía, sino silbidos carentes de la menor armonía. Las inteligencias que antes creía hallar en las piedras y en la hierba, en los árboles y en la corriente del arroyo, aquellas inteligencias que siempre había supuesto que lo arropaban, incluso las flores y las hojas de los árboles, se le antojaban ahora estúpidas, siempre en el mismo lugar, sin nada interesante que decirle. Dejó incluso de velar por su ganado, y muchas de sus ovejas se perdieron, sin que hiciera nada por hallarlas. Todo le parecía enfermo, si no muerto; los buenos pastos no eran otra cosa que una condena que día tras día lo llevaba al mismo lugar. Todo le resultaba tan abstracto que comenzó a pensar en la vida y en la muerte, olvidándose de la eternidad en la que siempre había creído, algo que ya ni se tomaba la molestia de considerar como posible porque no lo conocía.

Un día, sumido en estas reflexiones, se puso de pie súbitamente en la roca en la que se había sentado y proclamó a los cuatro vientos con gesto de tanta determinación como crispado:

—¡Nunca más pediré a los dioses que me alumbren con su sabiduría! ¡Nunca más permitiré que me lleven a considerar erróneamente el mundo, como lo han hecho hasta ahora! ¡Haré lo que me venga en gana y, si me equivoco, que sea yo y sólo yo quien lo haga!

De repente, mientras así hablaba, una gran oscuridad cayó sobre él, obligándole a alzar los ojos al cielo por creer que el sol se había ocultado tras las nubes. Pero no había nubes. Y apenas a un brazo de distancia de donde se encontraba observó la presencia de una hermosa Virgen. Tan hermosa era, que las flores que había a sus pies se despojaron de sus pétalos para ofrecérselos e inclinaron sus tallos como quien inclina la cabeza en señal de sumisión. Tan dulce era su presencia que los pájaros hasta fueron capaces de entornar los ojos y hacer aún más melodioso y fino su canto, y las abejas acudieron a los labios de la Virgen para libar su dulzura. Y tan luminosa era que todo a su alrededor parecía en completa penumbra.

Haïta entró en trance. Cayó de rodillas para adorarla. Ella le puso una mano en la cabeza.

—Vamos —le dijo la Virgen con una voz que era la música de todas las campanillas de su rebaño—, vamos... No debes adorarme, yo no soy una divinidad, pero si tienes fe y buen corazón estaré siempre contigo.

Haïta tomó la mano de la Virgen, y ambos se sonrieron mirándose a los ojos. Él la miraba en un raptó reverencioso y le dijo:

—Te rezaré siempre, dama adorable... Dime cómo te llamas, y de dónde y por qué has venido hasta aquí.

Ella se puso un dedo en los labios y le pidió silencio. La hermosa presencia comenzó a transformarse entonces, mostró unas alteraciones claramente perceptibles, que no iban sin embargo en detrimento de su belleza. Todo parecía en penumbra, como si una gran sombra se hubiera cernido sobre el valle. En la oscuridad cada vez más acusada la hermosa Virgen sugería estar aquí y allá, ir rápidamente de un lugar a otro, por lo que su voz parecía llegarle desde muy variados y distantes puntos. Y la oyó decir, en tono de reproche dolorido:

—¡Joven presuntuoso e ingrato! ¿Y si te dejara solo? ¿Por qué te empeñas en romper la armonía eterna?

Haïta, con la expresión congelada, cayó de nuevo de rodillas y rogó a la aparición que siguiera a su lado, pero fue en vano. No pudo verla por mucho más tiempo, pero en el fondo de su corazón resonaba la voz de la Virgen, que le decía:

—No, no puedo quedarme ahora a tu lado... Ve a tu labor, pastor sin fe, vuelve a ser el de antes, o nunca más volverás a verme.

Cayó la noche. Aullaban los lobos en la colina y el rebaño, aterrorizado, rodeó a Haïta. Ante aquello, olvidó sus reproches a los dioses, su acritud de antes, condujo su rebaño hasta el corral donde estaría a salvo de los lobos al acecho, y después oró para dar de nuevo gracias a Has— tur, esta vez por haberle iluminado a tiempo de poner a salvo a sus ovejas. Luego se fue a la cama y se quedó dormido.

Cuando despertó Haïta, el sol estaba en lo más alto y lo llenaba todo con tintes gloriosos. Y allí, a su lado, vio a la dulce y hermosa Virgen. Ella le sonreía de tal manera que su rostro parecía la música más exquisita de su gaita. No habló, temiendo ofenderla y porque nada era capaz de decir ante tan venturosa presencia.

—Como cuidaste bien de tus ovejas, poniéndolas a salvo de los lobos —dijo la Virgen—, y porque luego diste gracias a Hastur por haberte iluminado para hacerlo, he venido a verte de nuevo... ¿Te agrada mi compañía?

—¿Quién no querría estar a tu lado para siempre? —dijo al fin Haïta—. ¡Oh, nunca vuelvas a dejarme! Al menos... hasta que... hasta que... deje de hablar y de moverme...

Haïta no quiso hablar de la muerte.

—Además quisiera —siguió diciendo el pastor— que tú fueses alguien de mi sexo, de manera que resultáramos idénticos y corriésemos juntos por el campo y nunca nos cansáramos el uno del otro.

Al oír esas palabras, la Virgen se fue de la habitación de Haïta, que salió tras ella echando a un lado la manta, embelesado por la fragante estela que la bella aparición dejaba a su paso. Salió Haïta a la puerta de su casa y vio atónito que la lluvia caía con fuerza y que las aguas del arroyo comenzaban a desbordarse. En su corral, las ovejas temblaban y gemían aterrorizadas pues el agua comenzaba a llegar hasta allí. Pensó también Haïta en la amenaza que podría suponer el torrente desbordado para las ciudades que había más allá y que no conocía.

Pasaron varios días hasta que Haïta volvió a ver a la Virgen. Volvía del valle, donde había almorzado leche y un pastel de carne, y se desvió hacia la ermita para procurarse arándanos de los que crecían muy cerca de allí, sabroso alimento que le daba el viejo ermitaño.

—¡Pobre anciano! —dijo Haïta en voz baja recordando las dificultades que tenía el anciano para llevar a cabo su tarea—. Vendré mañana y lo llevaré sobre mi espalda hasta mi propia casa. Vivirá conmigo y así podré cuidar de él. Seguro que para eso Hastur me ha dado salud y fuerza.

Y mientras así decía, la Virgen, vestida con unos ropajes preciosos, se le apareció sonriente en el sendero.

—Aquí me tienes otra vez —le dijo—; he venido para estar contigo, si es que así lo quieres... Has demostrado tanta sabiduría como bondad, pero deberás tomarme tal y como soy, sin hacer más preguntas.

Haïta cayó rendido a sus pies.

—¡Belleza indecible! —clamó—. Si te quedas conmigo te daré la mayor devoción nacida de mi alma y de mi corazón, te adoraré por siempre y para siempre, en tanto Hastur me permita hacerlo... Pero temo que seas caprichosa y vuelvas a dejarme solo mañana, cuando amanezca y salga el sol... Dime si es que, acaso en mi ignorancia, te ofendí el otro día... Si así fue, perdóname, nunca volveré a hacerlo... Y quédate a mi lado para siempre.

Apenas había dicho estas palabras cuando varios osos bajaban de una colina próxima, dirigiéndose hacia él con las bocas fieras y los ojos amenazantes. De nuevo desapareció la Virgen y Haïta temió por su vida. Echó a correr y no paró hasta llegar a la ermita. Entró aprisa, cerró la puerta cuando los osos ya estaban a punto de

alcanzarle, y se arrojó de bruces al suelo, echándose a llorar.

—Hijo mío —oyó entonces la voz del ermitaño, que le ofrecía arándanos a manos llenas—, no creo que llores precisamente por culpa de los osos... Dime qué te aflige y trataré de darte consuelo... A veces la edad es mejor bálsamo que la juventud...

Haïta se sinceró con él, contándosele todo: las veces que se le había aparecido la radiante Virgen, las veces que lo había abandonado... También contó minuciosamente al anciano los pormenores de las conversaciones que habían tenido, sin omitir una sola palabra.

Cuando acabó de hablar, el santo ermitaño guardó silencio unos instantes y después dijo:

—Hijo mío, ahora entiendo bien qué te ocurre... Conozco a la Virgen. La he visto muchas veces. Debes saber que su nombre, aunque no quiera decirlo, es Felicidad. Es caprichosa, bien es cierto, pues impone condiciones que los hombres muchas veces no pueden cumplir. Por eso se va, cuando se siente contrariada o decepcionada. Aparece cuando le viene en gana y jamás admite una pregunta. Una simple demostración de curiosidad, o una señal de duda, por leve que sea, o una expresión inquisidora, y desaparece... ¿Cuánto tardó en esfumarse, cada vez que lo hizo?

—Nada, un instante —respondió Haïta con gesto de suma tristeza—. Apenas me dio tiempo de darme cuenta, la perdí en un momento.

—¡Desventurado joven! —dijo el santo ermitaño—. Por culpa de tu indiscreción la has perdido para nosotros dos.

LOS OJOS DE LA PANTERA

No siempre se casa uno cuando está loco

Cierta vez, al caer la tarde, un hombre y una mujer —unidos por la naturaleza, como es costumbre— estaban sentados en un banco. Él era ya maduro, delgado, moreno; tenía la expresión propia de un poeta y la complexión física de un pirata. Un hombre en el que repararía cualquiera. La mujer era joven, rubia, hermosa, con algo en su cuerpo y en su manera de moverse que sugería de inmediato el término *flexibilidad*. Lucía un vestido gris con lunares marrones. Puede que en otro tiempo fuese aún más hermosa. Sus ojos, de tan expresivos, llamaban la atención por encima de cualquier otra cosa. Eran de un verde suave, grandes, un poco rasgados, indescifrables. Sólo se podía decir que aquella mujer tenía la mirada inquieta. Cleopatra pudo haber tenido unos ojos como los suyos.

El hombre y la mujer hablaban.

—Sí, claro que te amo —decía ella—; bien sabe Dios que te amo, no te quepa la menor duda... Pero casarme... no, no puedo, no lo haré...

—Irene, siempre dices lo mismo pero nunca me das una razón. Creo que tengo derecho a saber el porqué; no temas decírmelo, soy fuerte... Dame una razón, por favor, te lo ruego...

—¿Una razón para amarte?

La mujer sonreía un tanto burlonamente, a pesar de las lágrimas que afloraban a sus ojos, a pesar de su palidez, de su expresión disgustada. Sus palabras, empero, no consiguieron hacer sonreír al hombre.

—No, para eso supongo que no hay razones, se ama o no se ama —dijo él, molesto—. Quiero que me digas por qué no deseas casarte conmigo, por qué dices que no puedes hacerlo... Estoy en mi derecho a preguntártelo... Quiero saberlo... Y te juro que lo sabré, de una u otra manera.

Se había puesto de pie y estaba frente a ella, apretados los puños con fuerza, fruncido su ceño, en una actitud que hacía evidente su enojo. Alguien que los hubiera visto a cierta distancia habría pensado que iba a estrangularla.

Ella dejó de sonreír, limitándose a mirarlo fríamente, con bastante dureza ahora; si alguien la hubiese observado a una cierta distancia habría supuesto que era un ser desprovisto de sentimientos y emociones. Pero algo hubo en su mirada que consiguió que el hombre se calmase.

—¿De veras quieres que te diga por qué? —dijo ella en un tono mecánico y frío, como si se hubiese hecho palabra su mirada.

—Hazlo, por favor, creo que no es mucho pedir...

El hombre, aparentemente, el hombre, o sea, un rey de la creación, comenzaba a ceder parte de su dominio en favor de la mujer.

—Muy bien, te lo diré sin más: es que estoy loca.

El hombre pareció sobresaltarse, dando un pasito atrás; luego, sin embargo, mostró una expresión de absoluta incredulidad, y hasta sonrió, como si las palabras de la mujer tuvieran forzosamente que hacerle gracia, que parecerle una broma ingeniosa. Mas no tuvo, de nuevo, sentido del humor, por mucho que lo necesitara en aquellos momentos. No obstante la incredulidad que denotaba su expresión, se quedó anonadado, turbado por las palabras de ella, que no parecía comprender. La verdad es que a veces resulta muy difícil aunar convicciones, emociones y capacidad de comprensión.

—Eso, que estoy loca; es lo que dirían los médicos, seguro —prosiguió la mujer—. Si supieran... Pero para mí que se trata de un caso de *posesión*, eso es lo que me ocurre... Siéntate y escucha pacientemente.

El hombre obedeció, sentándose de nuevo a su lado en silencio. Detrás y por encima del banco, en la región más oriental del valle, las colinas parecían inflamarse con el crepúsculo; la quietud del ambiente era la propia de los momentos inmediatamente anteriores al ocaso. Algo de aquella misteriosa y significativa solemnidad de la tarde se había impuesto al estado de ánimo del hombre. En el mundo espiritual, como en el material, hay siempre signos y presagios inequívocos de la noche.

Casi sin ver sus ojos, consciente del temor inexplicable que siempre le causaban a pesar de su felina belleza, Jenner Brading escuchó en silencio la historia narrada por Irene Marlowe... Para evitarle al lector esfuerzos, e incluso prejuicios, el autor tratará de aquí en adelante de ofrecer la historia de la manera más verosímil posible, no exenta, empero, de interpretaciones.

Una habitación puede ser muy pequeña para tres, aunque uno de ellos se encuentre fuera

En una pequeña cabaña de troncos que tenía sólo un cuarto, de dimensiones reducidas y amueblado lo justo, se hallaba una mujer acurrucada en el suelo de madera, contra una de las paredes, sosteniendo a una niña contra su pecho. La cabaña estaba en un bosque que se extendía a lo largo de muchas millas. Un bosque impenetrable. Era de noche y la habitación estaba a oscuras. Un ojo humano no hubiera podido contemplar ni a la mujer ni a la niña. Pero eran observadas de cerca, persistentemente, sin que decayera la atención de aquella mirada. Sobre este hecho concreto gira la narración.

Charles Marlowe pertenecía a la estirpe, ya extinguida en nuestro país, de los pioneros del bosque, esos hombres que encontraban el ambiente ideal para vivir en soledades que podemos llamar selváticas más que boscosas, o lo que es igual, en las tierras que se extienden a lo largo de las colinas al este del Valle del Mississippi, desde los Grandes Lagos hasta el Golfo de México. Durante más de cien años aquellos hombres fueron acercándose lenta pero tenazmente al oeste, en un avance imparable, generación tras generación, con sus rifles, sus machetes y sus hachas, reclamando la rendición de la Naturaleza y de sus criaturas salvajes, y trabajando tierras en las que poder hundir el arado para hacerlas más feraces. Tierras conquistadas, tierras cultivadas, de las que con el paso de los años sacarían buen provecho sus sucesores, quizá no tan valientes pero sí más ahorrativos. Salieron al fin a campo abierto aquellos hombres, una vez consumada su conquista, y desaparecieron como si se esfumaran, o como si se hubiesen precipitado desde lo más alto de un barranco.

Ya no existe la figura del pionero de los bosques; el pionero de las llanuras — aquel cuya fácil tarea consistió en someter a la civilización las dos terceras partes del país en el transcurso de una generación— es distinto... Y probablemente inferior en sus cualidades.

Con Charles Marlowe compartían los peligros del bosque —o acaso habría que hablar de los peligros de la selva— su mujer y su pequeña hija, a las que amaba por encima de cualquier cosa, como todos los de su raza, para los que las virtudes domésticas eran una especie de religión. La mujer era atractiva y lo suficientemente joven como para serlo; llevaba tan poco tiempo en aquella soledad del bosque que aún se mostraba contenta. Encontraba provisiones abundantes para cumplir adecuadamente sus tareas domésticas y era feliz atendiendo a su hijita y a su marido, y leyendo a ratos perdidos en sus pocos y sencillos libros.

Una mañana de verano Marlowe descolgó su rifle de la percha de madera en la que lo tenía y dijo que se iba de caza.

—Hay carne suficiente, no hace falta que vayas a cazar —le dijo su esposa—. No salgas, por favor; anoche soñé algo terrible... No puedo recordarlo bien, pero estoy segura de que pasará algo malo si te vas...

Resulta doloroso tener que decir que Marlowe recibió aquella confesión de su esposa con menos seriedad de la que cabía esperar ante el anuncio de algo realmente calamitoso. Se echó a reír con ganas.

—Intenta recordar tu sueño —dijo a su esposa—. No habrás soñado que la niña se quedaba muda, ¿verdad?

Decir aquello se lo sugirió precisamente su hijita, que colgada de su chaqueta parecía expresar sus opiniones al respecto diciendo alegremente *gu-gu* mientras trataba de echar mano al gorro de piel de coatí que llevaba su padre.

La mujer se rindió: carecía del sentido del humor suficiente como para dar réplica al marido. Dio Marlowe un beso a la mujer y otro a su hijita, y dejó la cabaña,

abandonando el hogar y la felicidad del mismo.

Cayó la noche y no había regresado. La mujer preparó la cena y esperó. Transcurrió largo rato sin que apareciese Marlowe y acostó a la niña, arrullándola con una canción muy dulce hasta que se quedó dormida. El fuego del hogar, en el que había hecho la cena, se extinguió al fin; no había en toda la casa, por ello, más luz que la que daba una vela, que puso en la ventana abierta con la esperanza de que fuese el faro que guiara el camino de regreso a casa de su esposo. Había tenido la buena esposa la precaución de cerrar y trancar bien la puerta, por el temor de que entrase en la casa alguna bestia salvaje del bosque. En realidad no tenía idea de cuáles eran las costumbres de los animales salvajes, pero creía que ninguno se atrevería a entrar por una ventana en la que había una vela encendida. Algo de eso había oído decir.

Según corría la noche aumentaba su inquietud. Y al cabo aumentó también su cansancio, quedándose al fin dormida, con los brazos y la cabeza sobre la pequeña cama de la hija. Ardió la vela de la ventana hasta extinguirse. La mujer soñaba.

Soñó que estaba sentada junto a la cuna de un segundo hijo, un varón, y que la niña había muerto. Y que su marido también estaba muerto. No se hallaba en la cabaña del bosque, sino en una casa que le resultaba por completo desconocida. Una casa con puertas de roble grandes y muy pesadas que siempre estaban cerradas, y fuera de las ventanas, sujetos a las gruesas paredes de piedra, había barrotes de hierro, una precaución necesaria contra el posible asalto de los indios.

Todo aquello le producía una gran pena, aunque no sorpresa; una emoción, la de la sorpresa, que jamás se da en los sueños. No podía ver a la criatura que estaba en su cuna, bajo la manta. Pero algo la obligó a descubrirla, y cuando lo hizo vio, en vez de la cabeza de su hijo vio la de un animal salvaje. El sobresalto producido por aquel descubrimiento hizo que la mujer despertase de golpe de su sueño, temblorosa, angustiada.

Mientras recobraba el sentido de las cosas e identificaba de nuevo la cabaña como la suya, palpó a su hijita, aquella criatura que no era un sueño sino real, para asegurarse así, escuchando atentamente su respiración, de que nada malo le ocurría. No pudo evitar rozarle ligeramente la carita. Luego, movida por algún impulso que no hubiera podido explicarse, se puso de pie y tomó a la niña en sus brazos, apretándola contra su pecho con una gran ternura. La cabecera de la cama se apoyaba contra la pared de troncos, a la que daba la espalda la mujer. Y al levantar los ojos vio dos botones que iluminaban la oscuridad como dos estrellas brillantes, con un resplandor verde sobre un fondo rojizo. Pensó que serían dos brasas del fuego, mas gracias a su sentido de la orientación adivinó de inmediato, con gran miedo, que el hogar no estaba en la dirección de aquellos dos botones luminosos que se veían casi a la misma altura de sus ojos. Eran los ojos de una pantera.

La bestia temible estaba en la ventana abierta, a menos de cinco pasos de donde se encontraba la madre. Sólo se le veían sus ojos terribles, pero en el horrible tumulto

de sus sentidos, a medida que la situación de peligro se hacía más evidente para la mujer, supo ésta que la fiera estaba sobre sus patas traseras y se apoyaba con sus garras delanteras en el alféizar de la ventana. Eso suponía, desde luego, un interés perverso de la bestia por lo que ocurría en la casa, no la mera satisfacción de una curiosidad indolente. Aquello supuso para la mujer un horror que acentuaba la amenaza de los ojos de la pantera, unos ojos en los que el fuego de su fortaleza y coraje de mujer entusiasta desaparecían. Bajo aquella silenciosa interrogación de la mirada de la fiera, la madre se descompuso estremecida. Se le aflojaron las rodillas, y tratando de evitar un movimiento convulso que alentara el ataque de la pantera, tomó a la niña en brazos y se acurrucó contra la pared, mientras trataba de hurtar su cuerpecito a los ojos pérfidos que no dejaban de mirarla. Ningún recuerdo de su marido le llegó durante aquella agonía espantosa; ninguna esperanza de que alguien o algo la rescatase de su destino fatal. Su capacidad de raciocinio y hasta su capacidad de sentir se habían debilitado a tal punto que sólo cabía en ella el terror paralizante, el abandono ante el salto inminente del animal. Ya inmóvil y en absoluto silencio aguardó su destino. Los segundos se le hacían horas, años, siglos; los diabólicos ojos de la pantera mantenía su acecho.

Marlowe regresó muy tarde a la cabaña, cargando un pesado ciervo sobre sus hombros. Trató de abrir la puerta, que no cedió. Llamó para que su esposa le abriese, sin obtener respuesta. Dejó el ciervo en el suelo y se dirigió a la ventana. Al doblar la esquina de la casa creyó oír un sonido como de leves pisadas y el susurro de la maleza cercana. Pero ni siquiera sus oídos, acostumbrados a la selva y a la oscuridad, pudieron decirle de qué se trataba. Al llegar a la ventana y comprobar que estaba abierta, pasó una pierna por el alféizar y entró. Todo estaba oscuro y en silencio. Fue a tientas hasta el hogar, prendió un fósforo y encendió una vela. Miró en derredor suyo con la vela en la mano. Contra la pared, con gesto ido, con expresión de terror, su mujer apretaba a la hijita contra su pecho. Corrió hacia ella, que al ver a su marido se puso de pie prorrumpiendo en una risa desencajada, desprovista por completo de alegría; una risa que sonaba como las cadenas cuando alguien las arrastra por el suelo. El hombre extendió sus brazos y ella le puso en ellos a la criatura. Había muerto asfixiada por el abrazo de la madre.

Teoría de la defensa

Eso fue cuanto sucedió en el bosque, cierta noche, pero Irene Marlowe no se lo contó todo a Jenner Brading; la verdad es que tampoco ella lo sabía todo... Cuando hubo concluido su relato el sol se encontraba casi bajo el horizonte y el largo crepúsculo estival empezaba a sumergirse en las profundidades de los valles.

Brading, por unos momentos, se quedó en silencio, esperando que la narración de la mujer prosiguiera hasta dar sentido a la conversación que la había suscitado. Mas la narradora también permanecía en silencio, con el rostro apartado ahora de la mirada del hombre, abriendo y cerrando sus manos de continuo sobre su regazo, como si actuaran independientemente, al margen de su voluntad.

—Es una historia terrible —dijo Brading al fin—, pero no sé qué tiene que ver... Llamas a Charles Marlowe tu padre, cosa que sabe todo el mundo; que está más viejo de lo que en realidad es, también lo puede comprobar cualquiera... Pero dijiste que tú, tú...

—Que estoy loca —dijo la mujer impávida, sin hacer el menor movimiento al decirlo.

—Irene, por favor, querida... Mírame... Dices que la niña estaba muerta, no comprendo... ¿Y lo de tu locura?

—La niña murió... Yo soy su hermana, la segunda hija de mis padres. Mi madre estaba embarazada entonces, nací tres meses después de aquella espantosa noche... Mi madre entregó piadosamente su vida al darme la mía.

Brading se quedó otra vez en silencio. Parecía aturdido, no sabía qué decir. La mujer seguía sin mirarle. Confundido, fue a tomar las manos de ella entre las suyas; las manos de la mujer seguían abriéndose y cerrándose mecánicamente, cada vez con mayor rapidez y violencia. Algo —no hubiera podido decir qué— lo detuvo. Vagamente recordó entonces que ella nunca había querido que él le tomara las manos.

—¿Te parece posible que una persona nacida en tales circunstancias sea normal? —le preguntó ella—. ¿Crees que alguien que haya nacido como yo puede estar cuerdo?

Brading no respondió. Estaba preocupado por una idea que tomaba cuerpo en su mente: lo que un hombre de ciencia llamaría una hipótesis y para un detective sería una teoría. Algo que podría arrojar luz sobre el asunto de la cordura o no de su amada, pero una luz terrible.

La región era aún casi virgen y estaba escasamente poblada. El cazador era un personaje familiar; entre sus trofeos se contaban, como es lógico, cabezas y pieles de las fieras de mayor tamaño que conseguía abatir. Aún corrían de boca en boca historias que hablaban de encuentros nocturnos con animales salvajes en los caminos más solitarios y angostos del bosque. Historias que pasaban por las habituales etapas de mayor interés, para seguir otras etapas de progresiva decadencia y sepultarse definitivamente en el olvido. Una historia reciente que añadir a las más populares e incluso a las apócrifas aún vigentes; una historia originada, al parecer, por generación espontánea y al mismo tiempo en varios hogares, hablaba de una pantera que había aterrorizado a los miembros de varias familias observando por las ventanas el interior de sus casas por la noche. El cuento había causado un impacto estremecedor en no pocas comunidades de la región, y hasta había obtenido los honores de aparecer como un relato en el periódico local. Pero Brading no le había prestado mayor atención,

leyéndolo superficialmente; en realidad no prestaba mayor atención a los periódicos. Su semejanza con la historia que acababa de escuchar de labios de su amada le pareció ahora, sin embargo, algo más que una simple coincidencia. ¿Y si una historia real hubiese sugerido aquella que tenía toda la pinta de ser ficticia? ¿Y si una trágica historia real hubiese inspirado a la imaginación morbosa de un escritor aquello que había leído sin darle mayor importancia entonces?

Brading recordó algunas circunstancias del pasado de la muchacha, y de ciertas actitudes suyas que hasta entonces, con la falta de curiosidad crítica del amor, no había tenido en cuenta: su vida solitaria con el padre, el viejo o avejentado Marlowe, en cuya casa nadie parecía ser bien recibido, de tan hosco como se mostraba el viejo; el extraño temor que invadía a la mujer cuando comenzaba a anochecer, lo que hacía que rara vez aceptase salir de su casa cuando ya se había puesto el sol... A buen seguro, la imaginación, una vez desatada, podría arder de manera incontrolable en una mente como la de Brading, hasta invadir, hasta consumir febrilmente todo su ser. Ya no dudaba de que Irene estuviese loca, por mucho que esa convicción le produjera el más agudo dolor; simplemente, había confundido un efecto de su enfermedad mental con la causa de la misma, relacionando en su imaginación desbordada, con la personalidad de la mujer, las vaguedades fantásticas de los hacedores locales de mitos. Así, con la no del todo explícita intención de probar una nueva *teoría*, y sin una noción clara de cómo hacerlo, dijo sin vacilar, gravemente:

—Irene, amor mío, dime una cosa, aunque te ruego que no te enfades...

—Ya te he dicho —lo interrumpió ella con firmeza, con una pasión que él no le conocía— que no podemos casarnos... ¿Qué más quieres que te diga? ¿Por qué insistes?

Antes de que pudiera evitarlo, se había levantado ella para alejarse entre los árboles sin decir una palabra más, hacia la casa de su padre. Brading se incorporó con la intención de retenerla a su lado, pero hubo de conformarse con verla irse hasta que desapareció en la oscuridad. Y repentinamente se estremeció como si acabara de golpearlo una bala; adquirió su rostro entonces una expresión de asombro y alarma. En una de las negras sombras en la que ella había desaparecido, advirtió un rápido relámpago, el de unos ojos encendidos. Durante unos instantes se sintió mareado e indeciso; luego se lanzó tras ella, adentrándose en el bosque.

—¡Irene! ¡Irene! —gritaba—, ¡Cuidado, Irene! ¡Hay una pantera!

Llegó corriendo a un pequeño claro justo para ver cómo el vestido de la mujer entraba en la puerta de la casa de su padre. No vio a la pantera que temía ver.

Apelar a la comprensión divina

Jenner Brading, abogado, vivía en una casita al borde del pueblo. Inmediatamente detrás de ella estaba el bosque. Inmediatamente detrás de la casa, el bosque y sólo el bosque... Por ser soltero, y estar por ello sujeto a esa especie de código draconiano —código moral de aquel tiempo y de aquellos lugares—, según el cual le estaban negados los servicios de una criada, comía en la fonda del pueblo, donde también tenía su despacho. La casita junto al bosque no era más que una vivienda mantenida a bajo coste como prueba de su prosperidad, como prueba de que era un hombre respetable. No era conveniente que un hombre al que el periódico local llamaba con orgullo indisimulado «el mejor jurista de nuestra época» no tuviese un hogar propio, aunque sospechara él, con más que fundadas razones, que los términos *hogar* y *casa* no son necesariamente sinónimos. Por el contrario, su convicción acerca de ello y su voluntad de armonizar dichos términos eran cosas lógicamente inferibles, ya que poco después de construir la casita su propietario había hecho un intento vano de contraer matrimonio; en realidad había sido rechazado por la hermosa pero excéntrica hija del viejo Marlowe, como todo el mundo sabía. El mismo se lo había contado así a quienes querían escucharle; ella, por el contrario, jamás se dignó contestar las preguntas que, más o menos tímidamente, se le hicieron al respecto.

El dormitorio de Brading daba a la parte trasera de la casa, con una única ventana que se asomaba al bosque profundo. Una noche lo despertó un ruido en la ventana. Un ruido que no supo identificar pero que le causó el suficiente temor como para sentarse en la cama y empuñar el revólver que tenía bajo la almohada, precaución que debe observar todo aquel que viva en el bosque, en una planta baja, y duerma solo. La habitación estaba en la más completa oscuridad, pero supo hacia dónde dirigir sus miradas expectantes, tratando de dominar su terror, a la espera de otro ruido acaso parecido. Tan abiertos tenía los ojos que muy pronto pudo discernir la ventana, un cuadrado más claro que el resto de la habitación. Poco después aparecieron en el borde inferior de aquel cuadrado dos ojos resplandecientes que ardían con un brillo maligno, inefablemente demoníaco. El corazón de Brading pegó un vuelco y pareció detenerse. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal y erizó sus cabellos mientras notaba cómo la sangre abandonaba de golpe sus mejillas. No hubiera podido gritar, aunque en su grito le fuese la vida. Pero como es cierto que se trataba de un hombre valiente y capaz de sobreponerse a cualquier impresión angustiada, tampoco era de los que gritan a las primeras de cambio. Su cuerpo, como acobardado, como vencido por el pánico, más bien, podía echarse a temblar, pero su espíritu era de un barro más noble, por así decirlo... Los ojos malignos se elevaron lentamente con un movimiento firme de aproximación; mas al tiempo, también lentamente, se elevaba la mano derecha de Brading empuñando el revólver. Y apretó el gatillo.

Cegado por el fogonazo del tiro y aturdido por la detonación, Brading no dejó de oír, sin embargo, o acaso pensaba que oía, el agudo y salvaje chillido de la pantera herida, tan humano en su timbre, tan diabólico en cuanto sugería... Saltó rápidamente de la cama, se vistió aprisa, y siempre empuñando con fe su revólver se lanzó hacia la

puerta... Vio venir entonces a tres hombres que corrían por el sendero que desembocaba en su casa alertados por el tiro. Una breve explicación de Brading fue el preámbulo de una minuciosa inspección de la casa y sus alrededores. La hierba estaba húmeda de rocío; bajo la ventana nacía una huella sinuosa que se prolongaba hasta desaparecer entre los arbustos. Uno de los hombres tropezó y cayó sobre sus manos; al levantarse se las frotó; le resbalaban; se las miró a la luz del candil y vio que estaban rojas de sangre. Una sangre que no era suya.

Temían, claro está, encontrarse inopinadamente con una pantera herida, algo que temen sobremanera los cazadores, por lo que no fueron más allá... Salvo Brading, que con luz en una mano y el revólver en la otra se adentró valientemente en el bosque. Pasó a través de una maleza enmarañada hasta llegar a un breve claro, donde su valentía halló el merecido premio: el cuerpo de la víctima de su certero disparo. No era una pantera, sin embargo. Hasta donde se sabe a día de hoy, bajo una lápida del cementerio del pueblo, parcialmente resquebrajada, yace la hija del viejo Marlowe, el cual acude allí a orar a diario. Que haya paz para su alma y la de su infeliz y extraña criatura. Paz y alguna comprensión del cielo.

EL DESCONOCIDO

Un hombre salió de la oscuridad y penetró en el pequeño círculo iluminado por nuestro lánguido fuego de campamento, sentándose en una roca.

—No son los primeros en explorar esta región —comentó con voz grave.

Nadie puso en duda su afirmación; él mismo era prueba de esa verdad, pues no formaba parte de nuestro grupo y debía de encontrarse en algún lugar cercano cuando acampamos. Además, debía de tener compañeros no muy lejos, pues no era un lugar en el que resultara conveniente vivir o viajar solo. Durante una semana, sin contarnos a nosotros ni a nuestros animales, los únicos seres vivos que habíamos visto eran serpientes de cascabel y sapos cornudos. En un desierto de Arizona no se puede coexistir demasiado tiempo tan sólo con criaturas como aquéllas: uno debe llevar animales, suministros, armas: «un equipo». Y todo eso significa camaradas. Pudo surgir quizá una duda con respecto a qué tipo de hombres podían ser los camaradas de aquel desconocido tan escasamente ceremonioso, a lo que hay que añadir que había en sus palabras algo que podía interpretarse como un desafío, y que hizo que cada uno de la media docena de «caballeros aventureros» que éramos nosotros nos irguiéramos, sin dejar de estar sentados, y lleváramos una mano al arma: un acto que en aquel tiempo y lugar era significativo, una posición de expectativa. El desconocido no prestó ninguna atención a aquel acto y volvió a hablar con el mismo tono monótono y carente de inflexión con el que había pronunciado su primera frase:

—Hace treinta años, Ramón Gallegos, William Shaw, George W. Kent y Berry Davis, todos ellos de Tucson, cruzaron los montes de Santa Catalina y viajaron hacia el oeste, hasta el punto más lejano que permitía la configuración del país. Nos dedicábamos a la prospección y teníamos la intención de, si no encontrábamos nada, cruzar el río Gila en algún punto cercano a Big Bend, donde teníamos entendido que había un asentamiento. Llevábamos un buen equipo, pero carecíamos de guía: tan sólo Ramón Gallegos, William Shaw, George W. Kent y Berry Davis.

El hombre repitió los nombres lenta y claramente, como si pretendiera fijarlos en la memoria de su público, cada uno de los cuales le observaba ahora atentamente, pues se había reducido algo la aprensión de que sus posibles compañeros estuvieran en algún lugar de la oscuridad que parecía rodearnos como si fuera un muro negro; en las maneras de ese historiador voluntario no se sugería ningún propósito no amistoso. Sus actos se asemejaban más a los de un lunático inofensivo que a los de un enemigo. No éramos tan nuevos en el país como para no saber que la vida solitaria de muchos hombres de las llanuras había producido una tendencia a desarrollar excentricidades de conducta y de carácter que no siempre eran fáciles de distinguir de la aberración mental. Un hombre es como un árbol: dentro de un bosque de compañeros crecerá tan recto como su naturaleza individual y genérica se lo permita, pero a solas y en campo abierto cede a las tensiones y torsiones deformadoras que le rodean. Pensamientos

semejantes cruzaron mi mente mientras observaba al hombre desde la sombra de mi sombrero, que tenía inclinado para que la luz del fuego no me diera en los ojos. Sin duda se trataba de un grillado, ¿pero qué podía estar haciendo allí, en el corazón de un desierto?

Puesto que he decidido contar esta historia, me gustaría ser capaz de describir el aspecto de ese hombre: eso sería lo natural. Desgraciadamente, y en cierta medida extrañamente, me siento incapaz de hacerlo con algún grado de confianza, pues más tarde ninguno de nosotros coincidió en cuanto a la ropa que llevaba o el aspecto que tenía; y cuando traté de anotar mis impresiones, ese aspecto me fue esquivo. Cualquiera puede contar una historia: la narración es una de las facultades elementales de nuestra raza. Pero el talento para la descripción es un don.

Como nadie rompiera el silencio, el visitante siguió hablando:

—El país no era entonces lo que es ahora. No había ni un solo rancho entre el Gila y el Golfo. Había un poco de caza desperdigada por las montañas, y cerca de las infrecuentes charcas, hierba suficiente para evitar que nuestros animales murieran de hambre. Si teníamos la suerte de no encontrarnos con los indios, podríamos seguir avanzando. Pero al cabo de una semana el propósito de la expedición había cambiado: en lugar de descubrir riquezas, intentábamos conservar la vida. Habíamos llegado demasiado lejos para poder regresar, de manera que lo que teníamos delante no podía ser peor que lo que nos aguardaba detrás; así que seguimos avanzando, cabalgando por la noche para evitar a los indios y el calor intolerable, y ocultándonos durante el día lo mejor que podíamos. En ocasiones, cuando habíamos agotado el suministro de carne de animales salvajes y vaciado nuestras cantimploras, teníamos que pasar varios días sin comer ni beber; luego, una charca o una pequeña laguna en el fondo de un arroyo nos permitían restaurar nuestras fuerzas y salud, por lo que éramos capaces de disparar a algún animal salvaje que también hubiera buscado el agua. A veces era un oso, otras un antílope, un coyote, un puma... lo que Dios quisiera: todo era comida.

»Una mañana, cuando rodeábamos una cordillera tratando de encontrar algún paso, nos atacó un grupo de apaches que había seguido nuestro rastro hasta un barranco que no está lejos de aquí. Sabiendo que nos superaban en número de diez a uno, no tomaron ninguna de sus habituales y cobardes precauciones, sino que se lanzaron sobre nosotros al galope, disparando y gritando. La lucha era inevitable: presionamos a nuestros débiles animales para que subieran el barranco mientras hubiera espacio para poner una pezuña, bajamos de nuestras sillas y nos dirigimos hacia el chaparral que había en una de las pendientes, abandonando todo nuestro equipo al enemigo. Pero todos conservamos el rifle: Ramón Gallegos, William Shaw, George W. Kent y Berry Davis.

—El mismo y viejo grupo —comentó el humorista que había entre nosotros. Era un hombre del oeste que no estaba familiarizado con las costumbres decentes de la relación social. Un gesto de desaprobación de nuestro jefe le hizo callar, permitiendo

al desconocido proseguir el relato:

—Los salvajes también desmontaron y algunos de ellos subieron el barranco hasta más allá del punto por el que nos habíamos ido, cortándonos cualquier retirada en esa dirección y obligándonos a ascender. Desgraciadamente, el chaparral sólo se extendía una corta distancia por la pendiente, y cuando llegamos al campo abierto que había más arriba recibimos los disparos de una docena de rifles; pero los apaches disparaban muy mal cuando lo hacían de prisa, y quiso Dios que ninguno de nosotros cayera. Veinte metros más arriba, más allá del borde de los matorrales, había unos riscos verticales y, directamente enfrente de nosotros, una estrecha abertura. Corrimos hacia ella y nos encontramos en una caverna tan grande como una habitación ordinaria de una casa. Allí estaríamos a salvo durante algún tiempo: un solo hombre con un rifle de repetición podría defender la entrada contra todos los apaches del mundo. Pero contra el hambre y la sed no teníamos defensa. Conservábamos el valor, pero la esperanza era un término del recuerdo.

»No vimos después a ninguno de aquellos indios, pero por el humo y el resplandor de las hogueras que habían encendido en el barranco, sabíamos día y noche que nos vigilaban, con los rifles preparados, desde el margen de los matorrales: sabíamos que si intentábamos salir, ni uno solo de nosotros podría dar tres pasos sin caer abatido. Resistimos durante tres días, vigilando por turnos, hasta que nuestro sufrimiento se hizo insoportable. Entonces, la mañana del cuarto día, Ramón Gallegos dijo:

»—Señores, no sé mucho del buen Dios ni de lo que a éste le complace. He vivido sin religión y no conozco la de ustedes. Perdónenme, señores, si les sorprende, pero para mí ha llegado el momento de ganarle la partida al apache.

»Se arrodilló en el suelo rocoso de la cueva, acercó la pistola a su sien y dijo:

»—Madre de Dios, ven a por el alma de Ramón Gallegos.

»Y así nos dejó: a William Shaw, George W. Kent y Berry Davis.

»Yo era el jefe y me correspondía hablar.

»—Fue un hombre valiente. Supo cuándo morir y cómo. Es una estupidez morir de sed y caer bajo las balas de los apaches, o ser despellejados vivos: eso es de mal gusto. Unámonos a Ramón Gallegos.

»—Tiene razón —dijo William Shaw.

»—Tiene razón —dijo George W. Kent.

»Extendí los miembros de Ramón Gallegos y le puse un pañuelo sobre el rostro.

Entonces William Shaw dijo:

»—Me gustaría seguir teniendo ese aspecto... un poco más.

»Y George W. Kent dijo que pensaba lo mismo.

»—Así será —dije yo—, los diablos rojos aguardarán una semana. William Shaw y George W. Kent, venid y arrodillaos.

»Así lo hicieron, y yo quedé en pie delante de ellos.

»—Dios Todopoderoso, Padre Nuestro —dije yo.

»—Dios Todopoderoso, Padre Nuestro —dijo William Shaw.

»—Dios Todopoderoso, Padre Nuestro —dijo George W. Kent.

»—Perdónanos nuestros pecados —dije yo.

»—Perdónanos nuestros pecados —dijeron ellos.

»—Y recibe nuestras almas.

»—Y recibe nuestras almas.

»—¡Amén!

»—¡Amén!

»Les coloqué junto a Ramón Gallegos y cubrí sus rostros.

Se produjo una rápida conmoción al otro lado del fuego del campamento: un miembro de nuestro grupo se había puesto en pie pistola en mano.

—¿Y tú te atreviste a escapar? —gritó—. ¿Has tenido el valor de permanecer vivo? ¡Eres un perro cobarde y yo haré que te unas a ellos aunque luego me ahorquen a mí!

Pero saltando como una pantera, nuestro capitán se lanzó sobre él y le sujetó la muñeca.

—¡Detente, Sam Yountsey, detente!

Todos nos habíamos puesto en pie, salvo el desconocido, que permanecía sentado, inmóvil y aparentemente sin prestar atención. Alguien cogió a Yountsey por el otro brazo.

—Capitán, aquí hay algo que no concuerda —dije yo—. Este tipo es un lunático o simplemente un mentiroso: un sencillo mentiroso al que Yountsey no tiene derecho a matar. Si formó parte de ese grupo, es que había cinco hombres, y no ha nombrado a uno de ellos, probablemente a sí mismo.

—Cierto —contestó el capitán soltando al insurgente, que se sentó—. Aquí hay algo... inusual. Hace años encontraron cuatro cuerpos de hombres blancos, vergonzosamente mutilados y sin el cuero cabelludo, en los alrededores de la boca de esa cueva. Los enterraron allí; yo mismo he visto las tumbas y mañana las veremos todos.

El desconocido se levantó y nos pareció muy alto bajo la luz del fuego menguante, pues por prestar atención a su historia nos habíamos olvidado de alimentarlo.

—Había cuatro —repitió él—: Ramón Gallegos, William Shaw, George W. Kent y Berry Davis.

Reiterando su lista de muertos, caminó hacia la oscuridad y no volvimos a verle.

En ese momento se aproximó a nosotros un miembro del grupo que habla estado de guardia llevando el rifle en la mano y algo excitado.

—Capitán, durante la última media hora he visto a tres hombres allí arriba —dijo señalando en la dirección que había tomado el desconocido—. Pude verlos claramente, pues la luna está alta, pero como no tenían armas y yo les cubría con la mía, pensé que les correspondía a ellos hacer cualquier movimiento. ¡Pero no

hicieron ninguno, maldita sea! Y me han puesto nervioso.

—Vuelve a tu puesto y quédate allí hasta que vuelvas a verlos —contestó el capitán—. Los demás acostaos de nuevo u os arrojaré al fuego a patadas.

El centinela se retiró obediente, lanzando juramentos, y no regresó en toda la noche. Cuando estábamos preparando nuestras mantas, Yountsey, que era un temperamental, dijo:

—Le ruego que me perdone, capitán, ¿pero quién diablos piensa usted que son?

—Ramón Gallegos, William Shaw y George W. Kent.

—¿Y qué me dice de Berry Davis? Tendría que haberle disparado. —Habría sido totalmente innecesario: no podrías haberle matado otra vez. Duérmete.

CUERPOS DE LA MUERTE

Sobre Granny Magone

A unas diez millas al sudeste de Whitesburg, Kentucky, junto a una pequeña cueva de las montañas Cumberland, vivió muchos años una mujer llamada Sarah (o Mary) Magone. Su casa, hecha de leños, tenía dos habitaciones y estaba a milla y media de la casa más próxima, en la parte más agreste de la región, y rodeada de bosque excepto por un lado, donde un pequeño campo baldío, casi un sendero de apenas medio acre, servía a la mujer de huerto. Cómo lograba subsistir es cosa que nadie supo jamás; la anciana tenía fama de miserable y huraña; es cierto, sin embargo, que pagaba por las pocas cosas que compraba en sus muy espaciadas visitas a las tiendas del pueblo.

Muchos de sus ignorantes vecinos la tenían por una bruja, o pensaban que poseía algún tipo de poder sobrenatural. Murió en noviembre de 1881. Por suerte, un cazador encontró su cuerpo aún caliente tras ver la puerta de la cabaña abierta, y corrió a comunicar la nueva a los lugareños.

Varias personas acudieron a la cabaña con la piadosa intención de enterrarla; otras dijeron que se limitarían a seguir el cortejo fúnebre cuando se diera tierra a los restos de la anciana. Entre las personas que fueron a la cabaña con la intención de enterrar a *Granny*^[17] Magone estaba el reverendo Elias Atney, ministro metodista de Whitesburg, que se hallaba en la región montañosa por haber ido a visitar a un pariente. Oficiaría él las modestas exequias. El señor Atney es, o fue, más bien, muy conocido en Whitesburg y otras localidades cercanas, y todos los que supieron de su vida le consideraban un hombre piadoso, de buena cuna y mejor educación. Estaba muy unido a los Marshall y otras familias distinguidas, y gracias a él se conocieron los hechos que a continuación se relatan; hechos que, punto por punto, han sido confirmados y ampliados incluso por gentes dignas de todo crédito, tales como John Hershaw, William C. Wrightman y Catharine Doub, vecinos de la región todos ellos y testigos principalísimos del caso.

El cuerpo sin vida de *Granny* Magone yacía sobre un tablón puesto entre dos sillas, al fondo de la habitación más grande de las dos que tenía su cabaña, al otro extremo del lugar donde estaba la chimenea. Las personas antes mencionadas velaban el cadáver, según la tradición local. Un extremo de la habitación, el de la chimenea, se hallaba bien iluminado por el fuego del hogar y por abundantes velas; el otro quedaba en la penumbra. Quienes velaban a la muerta se habían sentado cerca de la chimenea y hablaban en un tono de voz bajo. De repente, un ruido extraño, que salía del otro extremo, donde estaba el cadáver, hizo que todos se callaran y dirigiesen

hacia allí sus miradas. En una negra sombra que había junto a los restos mortales de *Granny* vieron dos ojos flotantes que les miraban fijamente; antes de que pudieran exhalar un grito de espanto, cuando sólo se habían podido poner en pie al unísono, un gran gato negro saltó sobre el cadáver y clavó sus dientes en el velo que cubría el rostro de la anciana muerta. Quienes allí estaban observaron aterrados que la mano derecha del cuerpo, entonces, se alzó violentamente y, con los dedos crispados, agarró al gato y lo lanzó con fuerza inusitada contra la pared, estrellándolo. El gato huyó maullando lastimeramente a través de una ventana abierta de la habitación contigua para perderse en la oscuridad de la noche y no volver a ser visto.

Profundamente horrorizados, los que velaban el cadáver siguieron de pie un buen rato, incapaces de articular una palabra; finalmente, haciendo acopio de todo el valor del que eran capaces, se acercaron al cuerpo de la anciana. El velo que había cubierto el rostro de la muerta estaba en el suelo; sus mejillas mostraban terribles mordiscos; el brazo derecho pendía a ese lado... No había en aquel cuerpo el menor signo de vida. Los que velaban a *Granny* volvieron a cubrirle con el velo la frente y las mejillas pálidas mordidas por el gato y la trasladaron más cerca de la chimenea, como si quisieran ponerla a salvo de las sombras. El funeral se retrasó hasta el cuarto día posterior a la muerte de la anciana, por si acaso volvía a la vida, en vista de cómo se había defendido del ataque del gato. Pero fue en vano. Hubo de ser enterrada *Granny* al fin, pues su cuerpo comenzaba a mostrar las evidencias de la descomposición.

—¡Ah, tus ojos delatan tu decepción! —dijo aquel a quien el reverendo contó lo sucedido—. El cuerpo quedó bastante maltrecho por culpa del gato, y aunque se defendiera lanzándolo contra la pared, no resucitó.

—No —dijo el reverendo—. La mano derecha se le tronchó en el esfuerzo... Tenía las uñas muy largas y la piel que la cubría era muy negra.

Dormir a la luz de la esperanza

John Hoskin vivía en San Francisco y estaba casado con una mujer muy bella, por la que sentía un amor rayano en la devoción. En la primavera de 1871 la señora Hoskin viajó al este, sin su marido, para visitar a sus padres que vivían en Springfield. Una semana después de su llegada murió de repente, a causa, según dijeron los médicos, de algún mal de corazón... Eso fue todo lo que acertaron a decir los médicos... El señor Hoskin fue avisado de la desgracia mediante un telegrama, y contestó rápidamente ordenando que el cuerpo de su esposa fuese trasladado a San Francisco cuanto antes.

Nada más llegar se procedió a la apertura del féretro metálico que contenía los restos. El cuerpo yacía como no es común que lo hagan los muertos: sobre el lado

derecho, con la mano derecha bajo la mejilla del mismo lado y con la mano izquierda en el pecho. Era la postura en la que suelen dormir los niños, y en una carta enviada al señor Martin L. Whitney, de Springfield, padre de la difunta, el atribulado viudo de ésta le expresaba su gratitud por haber puesto el cuerpo de tal manera, de forma que nada en él expresara la tortura de la muerte.

Aquella carta, sin embargo, sorprendió mucho al padre de la muerta, pues él no había hecho nada de eso. Se había limitado a colocar el cadáver como suele hacerse, yacente de espaldas y con los brazos extendidos a los lados del cuerpo. Cuando llegó aquella carta al señor Martin L. Whitney, el cadáver ya estaba en el depósito del cementerio de Laurel Hill, a la espera de que se concluyese la tumba encargada por el viudo.

Hoskin, muy inquieto al recibir del padre de su difunta esposa la noticia de que el cadáver no había sido colocado en el féretro como él lo había hallado, no pudo sino colegir que la naturalidad de aquella apariencia de la muerta, la plácida expresión que mostraba, todo eso, en fin, no era otra cosa que la manifestación de la vida simplemente suspendida, y por ello recuperable, lo que podría producirle al cabo una muerte cierta por sofocación si no se la sacaba cuanto antes del féretro metálico. Insistió en que su esposa no había muerto, en que todo aquello era la consecuencia de la incapacidad de los médicos, lo que desató en el pobre viudo un odio desmedido hacia aquéllos. Bajo el influjo de sus sentimientos volvió a escribir al señor Whitney, expresándole en términos de dolorido apasionamiento su horror y su profundo desamparo ante lo ocurrido. Días después, algo le sugirió que acaso el féretro fuera abierto *en route* por alguien, probablemente, que había querido robar al cuerpo las joyas que llevaba. Pero se dijo poco después que hubiera sido muy difícil hacer todo eso rápidamente en el reducido espacio del féretro y hallándose éste continuamente vigilado. Decidió entonces abrir el féretro.

Aquello le deparó un nuevo horror: el cuerpo yacía ahora sobre su lado izquierdo. La postura parecía muy forzada, hartamente incómoda incluso para cualquier vivo. Su cara mostraba una expresión evidente de dolor. Los dedos, en efecto, tenían todos los anillos y las sortijas con que había sido depositada allí la muerta. Profundamente conmovido por lo que viera, el señor Hoskin perdió la razón, muriendo años después en el asilo para locos de Stockton.

Un médico que decidió investigar por su cuenta el caso, haciendo para ello un reconocimiento minucioso del cadáver, aseguró que la mujer estaba indefectiblemente muerta, ordenando acto seguido que el féretro fuese cerrado y sellado definitivamente.

—Está más que muerta —dijo.

El cuerpo había sido embalsamado en Springfield.

El misterio de Charles Farguharson

Una noche del verano de 1843, William Hayner Gordon, de Filadelfia, se hallaba tumbado en la cama leyendo *El viajero*, de Goldsmith, a la luz de una vela. Eran casi las once de la noche. Su habitación estaba en la tercera planta de aquel hotel y tenía dos ventanas que daban a la calle Chestnut; no tenía balcones; tampoco los había en las plantas inferiores.

Al sentir que le llegaba el sueño, Gordon dejó a un lado el libro, apagó la vela y se dispuso a dormir. Poco después, sin embargo, y cuando ya estaba a punto de dormirse, recordó que no había dado cuerda a su reloj, por lo que se levantó en medio de la oscuridad para dirigirse al abrigo, en uno de cuyos bolsillos tenía el reloj. El abrigo estaba en el respaldo de una silla, al fondo de la habitación, junto a una de las ventanas. Cuando cruzaba Gordon la habitación sus pies tropezaron con algo grande y pesado y cayó de bruces al suelo. Se levantó, encendió una cerilla, prendió la vela... En el centro de la habitación yacía el cuerpo de un hombre.

Gordon no era precisamente un cobarde, como lo había demostrado combatiendo en Chapultepec^[18] tras más de un parapeto, pero aquella aparición súbita de un cadáver allí, algo que no podía explicarse de ninguna manera, fue algo insuperable para sus nervios y gritó enloquecido... Henri Granier, que ocupaba la habitación contigua, corrió hasta la puerta de Gordon e intentó entrar. La puerta tenía el pestillo echado, y como Gordon no acertaba a abrirla, Granier la derribó.

Gordon, en un principio, fue arrestado, esposado e investigado, aunque el caso no fue más allá y pronto quedó en libertad. No acertó a relatar más de lo que aquí se ha contado. Los policías y los periodistas centraron todos sus esfuerzos en saber quién era el muerto. Los médicos se limitaron a declarar que el fallecimiento de aquel hombre se había producido pocas horas antes de que Gordon se tropezase con él, aunque ninguno pudo aventurar siquiera la causa. Todos los órganos de aquel cuerpo estaban, al parecer, en buen estado, pues no mostraba signo alguno de violencia ni de envenenamiento.

Ocho o diez meses después, Gordon recibió una carta desde Bombay, escrita por Charles Ritcher. En ella le hablaba de la muerte de Charles Farguharson en aquella ciudad lejana, un hombre del que ambos habían sido amigos en los días de su niñez. Con la carta le enviaba un daguerrotipo del difunto y varios de sus efectos personales. Todo eso no hizo más que alertar a Gordon sobremanera, que comenzó a cavilar y hacer cálculos a propósito de la distancia entre Bombay y Filadelfia, y acerca de cuándo debió haberse producido el fallecimiento de Farguharson. Escribió después a varios conocidos, pidiéndoles noticia de lo que se había dispuesto hacer con el cuerpo de Farguharson, para saber si se habían cumplido dichas disposiciones.

«Ya sabes —le respondió Ritcher— que se había hecho parsi; por ello, su cuerpo desnudo quedó expuesto en la Torre del Silencio, como es de precepto hacerlo entre los parsis. Allí vi a los buharros disputarse sus restos a picotazos, luchando entre sí

las bandadas para hacerse con trozos de su carne muerta».

Gordon y sus amigos obtuvieron la autorización necesaria para exhumar el cadáver. El ataúd estaba intacto. En su interior no había cuerpo alguno, ni un solo resto de un cuerpo humano.

Murió y se fue

En la mañana del 14 de agosto de 1872, George L. Reid, un joven de veintiún años residente en Xenia, Ohio, cayó muerto de repente en el comedor de la casa de sus padres. La familia constaba de padre, madre, dos hermanas y un primo, un muchacho de quince años. Todos, incluido el que murió, se disponían a desayunar. George acababa de entrar en el comedor y poco antes de que ocupase en la mesa el lugar que solía, se asomó por una de las ventanas con un propósito que se nos escapa. Había pasado antes junto a la mesa; dio unos pasos más, después de asomarse por la ventana, ahora en dirección a la mesa, y cayó fulminado. Sus familiares llevaron el cuerpo al dormitorio del muchacho, donde trataron de reanimarlo en vano. El joven tenía amoratados los labios y muy pálido el rostro.

No obstante, avisaron a un médico, que llegó a la casa más de veinte minutos después. Pasado el tiempo recordarían algunas circunstancias extrañas relacionadas con su visita. Por ejemplo, que cuando llegó a la casa, los atribulados familiares del infortunado joven —el padre, la madre, las dos hermanas y el primo— se hallaban en una habitación contigua a esa donde yacía el muerto, que tenía la puerta abierta aunque el padre la había cerrado. El médico entró a reconocer el cadáver y observó que las ropas que vestía el muchacho aquella mañana estaban en el suelo, haciendo un montón. Vio también el cuerpo, perfectamente contorneado bajo la sábana con que lo había cubierto el padre. Y observó igualmente que el perfil del cadáver era claramente discernible bajo la sábana que le tapaba el rostro. Era un perfil afilado, como suelen tenerlo los muertos.

El médico levantó la sábana. No había nada. Aventó la sábana. Nada. La familia acudió a la habitación. Aquel asombroso descubrimiento —si así puede decirse— hizo que se mirasen atónitos. Y que mirasen al médico. Y que el médico los mirase. Y que mirasen todos a la cama, alternativamente, mientras musitaban algo, ahora sin llorar.

Unos instantes después, las tres mujeres de la familia requirieron la atención del médico. El padre, sin embargo, se hallaba en mejor estado. De pie, preso del estupor, permanecía en silencio, con los ojos muy abiertos, como un idiota.

Confortadas ya las mujeres por el médico, éste se asomó a la ventana, la única que había en la habitación del muchacho, que daba a un jardín. No había nada. Todo

estaba como es común que lo esté en los jardines solitarios por la mañana.

No se hizo investigación de ninguna especie —la verdad es que no había mucho que investigar—, pero el médico y otros que se interesaron por el caso intentaron darse alguna respuesta al enigma, alguna respuesta que aclarase al menos levemente las circunstancias de la muerte del joven y la posterior desaparición de su cadáver. Todo, sin el menor resultado. George Reid murió y se fue, sin más. Y es todo lo que hasta hoy hemos sabido de aquello.

Noche fría

El primer día de la batalla de Stone's River fue desastroso para el ejército federal del norte, que había cubierto muy bien la línea de fuego, salvo en su flanco izquierdo. Las fuerzas que cubrían dicho flanco estaban más allá de las vías del tren por haber retrasado su posición temiendo ser atacadas por la retaguardia, de donde ya se habían visto forzadas a repeler sucesivas intentonas del enemigo. Tras la línea de fuego, el campo se abría rocoso. Habían caído ya muchos soldados del norte en aquel flanco izquierdo y había también cientos de cadáveres de soldados sudistas. Aún no habían sido retirados del campo de batalla por sus respectivos ejércitos, al no haberse producido la tregua necesaria.

Entre los muertos en el flanco sur, más allá de las vías del tren, había uno al que nadie acertaba a reconocer, un sargento del ejército federal del norte que tenía un balazo en la frente. Uno de nuestros cirujanos, lleno de curiosidad, o acaso llevado de un sentimiento piadoso, o puede que por la insistencia de los oficiales (a veces necesitamos divertirnos con cosas así cuando estamos en pleno combate), echó un sombrero sobre la cara del muerto. El cuerpo yacía de espaldas, apuntando su barbilla al aire, con los labios apretados, rígido como el acero, helado de la cabeza a los pies, con rocío en los cabellos y en la barba. Algún cristiano de buen corazón fue poco después y le echó una manta por encima, pero cuando cayó la noche, quien esto escribe, en compañía de varios hombres más, lo descubrimos pues necesitábamos aquella manta para cuidar de nosotros, aún vivos.

A excepción de nuestra primera línea defensiva, una línea que acudió en refuerzo del flanco izquierdo, todos estábamos en silencio. Teníamos prohibido hablar, para no delatarnos ante las posibles avanzadillas enemigas que pudieran llegar por la retaguardia luego de haber superado nuestra débil defensa en aquella zona. Teníamos prohibido hacer fuego o encender una pipa. Hacer algo así podía ser tomado como algo mucho más grave que ofender a un superior jerárquico.

El silencio era absoluto; tanto como el que se percibía entre los montones de caballos muertos que había por allí. Muchos, además de silenciosos, permanecían por

completo inmóviles. Todos habíamos perdido amigos, sólo parecía vivir la muerte. Debe señalarse muy especialmente esto, pues la verdad es que a medida que avanzaba la noche nadie parecía tener ganas de bromas.

Con el amanecer se abrió el cielo limpiamente.

—El día es al fin soleado y cálido —dijo uno de los que acompañaban al escritor de esta historia, desperezándose—. Echad de nuevo la manta sobre ese pobre infeliz.

El cuerpo del infortunado sargento estaba a un par de yardas de donde nos encontrábamos. Pero no parecía el mismo que habíamos visto. Yacía entonces sobre su costado derecho con las rodillas pegadas al pecho y con las manos en la garganta, a la altura del último botón de la guerrera del uniforme, con el cuello de la prenda subido hasta cubrirse las orejas. Tenía los hombros encogidos, la cabeza inclinada, la barbilla pegada al pecho. Su postura indicaba que padecía un frío intenso.

De no ser por el balazo que tenía en la frente, cualquiera de nosotros hubiera dicho que aquel pobre hombre murió de frío.

Una criatura de costumbres

En Hawley's Bar, un campamento minero próximo a Virginia City, Montana, un jugador llamado Henry Graham, pero conocido por todos como Gray Hank^[19], conoció un día a un minero apellidado Dreyfuss, con quien aquella misma noche tuvo una bronca durante una partida de cartas, bronca que se resolvió después invitándole Graham a tomar un trago en su barracón. El infortunado minero, considerando aquello una propuesta pacífica, aceptó complacido. Cuando Dreyfuss bebía tranquilamente, Graham le pegó un tiro. Fue en 1865.

Apenas una hora después de cometido el crimen Graham estaba en manos de los guardias del campamento, y aquella noche, a la puesta de sol, tras un juicio rápido, fue colgado del árbol más alto por una docena de brazos. Por alguna razón, se dejó de lado la intención primera de darle sólo un escarmiento, y se decidió condenarlo a la horca.

El cuerpo permaneció suspendido media hora, con buena parte de los mineros conversando a su alrededor. Entonces ordenó el «juez» que fuese descolgado. Dos hombres acudieron a cumplir la orden. Creyeron que tan pronto tocaran el suelo los pies del ahorcado, y le fuese quitada la soga del cuello, el cuerpo caería desmadejado. Pero no fue así. Apenas tocaron el suelo los pies del ahorcado, su cuerpo echó a correr hacia donde, un poco más allá, estaba el grueso de la multitud que había contemplado su ejecución. Arrastraba la soga que llevaba al cuello, su cabeza giraba de lado a lado, tenía los ojos saltones y la lengua fuera, el rostro mostraba un tono púrpura fantasmagórico, sus labios estaban teñidos de una saliva sanguinolenta. Sus

piernas, que parecían ir a quebrarse en cualquier momento mientras corría sin sentido, añadían terror a la escena. Y los hombres que allí estaban echaron a correr despavoridos en dirección al bosque, sin mirar atrás.

En medio de tanta confusión surgió entonces de la multitud la figura de un hombre alto y distinguido, que a pasos rápidos salió de allí para poner un poco de orden. Inmediatamente fue reconocido como un maestro del espíritu. Era el doctor Arnold Spier, quien en compañía de otros dos médicos logró inmovilizar al ahorcado y conducirlo hasta el campamento. Se había dirigido al muerto tranquilamente, y cuando éste corrió a su encuentro abrió los brazos y lo recibió. Aquello no aplacó a los hombres del campamento. Varios de ellos tomaron el extremo de la cuerda que el muerto llevaba al cuello, y tiraron de ella con la intención de llevárselo y colgarlo de nuevo. Pero no hallaron resistencia. El médico había cortado la soga del cuello del muerto y poco después el cuerpo yacía en tierra, sobre su espalda, con los ojos abiertos mirando a las estrellas, con esa rigidez propia de la muerte. La verdad es que lo habían ahorcado bien, tenía roto el cuello.

—Los muertos son criaturas de costumbres —dijo el doctor Spier—. Un cadáver que toque con sus pies el suelo puede correr un rato... Hasta que alguien lo tumbe de espaldas.

UN HABITANTE DE CARCOSA

Porque hay varias clases de muerte. En unas el cuerpo permanece; en otras, desaparece con el espíritu. Esta última sólo suele ocurrir en lugares solitarios (tal es la voluntad de Dios) y, como nadie ha visto nunca el desenlace, decimos que el hombre anda errante o que está en un largo viaje, cosa que en realidad es cierta. Pero a veces se ha producido a la vista de muchos, tal y como lo acreditan numerosos testimonios. En cierto tipo de muerte el espíritu también muere, y se sabe que esto ha sucedido aunque el cuerpo haya conservado su vigor durante muchos años. En otras ocasiones, existen pruebas de ello, muere con el cuerpo, pero, al cabo de cierto tiempo, resucita en el lugar en que el cuerpo se descompuso.

Concentrado en estas palabras de Hali (a quien Dios tenga en su gloria), cuyo verdadero significado intentaba descubrir —como cuando tras una insinuación uno se pregunta si no habrá algo detrás de lo que ha creído entender—, no me di cuenta de hacia dónde me dirigía hasta que un viento helador me golpeó el rostro y me devolvió a la realidad. Observé con sorpresa que todo me resultaba desconocido. A ambos lados se extendía una fría y desierta llanura cubierta por una capa alta de hierba seca que crujía y silbaba en el viento otoñal con sabe Dios qué misteriosa e inquietante alusión. Sobre esa llanura destacaban las extrañas formas de unas rocas sombrías que parecían comunicarse entre sí e intercambiar miradas significativas, como si hubieran alzado sus cabezas para contemplar el resultado de un acontecimiento previsto. Unos pocos árboles carcomidos aquí y allá parecían ser los líderes de esa maldita conspiración de expectación silenciosa.

«Aunque el sol no se ve, tiene que estar avanzado el día», pensé. Sentía el aire húmedo y frío, pero mi consciencia de ese hecho era más mental que física: no notaba malestar alguno. Un dosel de nubes bajas y plomizas colgaba, como una maldición visible, sobre el sombrío paisaje. En todo ello había una amenaza, un presagio: un augurio de maldad, una insinuación de muerte. No había pájaros, animales, ni insecto alguno. El viento suspiraba entre las ramas desnudas de los árboles muertos y la hierba gris se curvaba para susurrar a la tierra su horrible secreto. Ningún otro sonido o movimiento rompía la espantosa quietud de aquel lugar.

Sobre la hierba había varias piedras desgastadas por la erosión, a las que alguna herramienta parecía haber dado forma. Estaban rotas, cubiertas de musgo y medio hundidas en la tierra, ninguna en posición vertical. Evidentemente eran lápidas de tumbas, aunque de éstas no quedaban túmulos ni depresiones: el paso de los años había nivelado el terreno. Unos cuantos bloques dispersos, de mayor tamaño, indicaban los lugares desde los que algún rico sepulcro o un monumento ambicioso había lanzado su débil desafío al olvido. Tan viejos parecían esos vestigios, esos restos de vanidad, esos monumentos de afecto y piedad, y tan abandonado, solitario y

olvidado era el aspecto del lugar, que no pude evitar sentir que yo era el descubridor del cementerio de una raza de hombres prehistóricos cuyo nombre llevaba mucho tiempo olvidado.

Hacía un rato que, ocupado en estas reflexiones, había abandonado el hilo de mis propias experiencias, pero de pronto pensé: «¿Cómo he llegado hasta aquí?». Tras un breve examen de la situación todo pareció aclararse y pude explicarme, aunque de un modo inquietante, el carácter singular que mi imaginación había atribuido a todo lo que estaba viendo y oyendo. Estaba enfermo. Recordé entonces que, debido a un ataque de fiebre, había desfallecido y que mi familia me había dicho que en momentos de delirio pedía a gritos aire y libertad, por lo que tenían que sujetarme a la cama para que no me escapara. Ahora había conseguido eludir la vigilancia de quienes me cuidaban y vagaba... ¿hacia dónde? No tenía la menor idea. Seguramente me encontraba a una distancia considerable de la ciudad en que residía, la antigua y conocida ciudad de Carcosa.

Por ningún lado aparecían signos audibles o visibles de vida humana: ni una columna de humo, ni un ladrido de perro, ni mugidos de ganado, ni gritos de niños jugando... nada. Sólo el cementerio tétrico con su aire de misterio y terror, obra de mi propia mente desquiciada. ¿No estaría delirando de nuevo, sin posibilidad de conseguir ayuda? ¿No sería todo una ilusión de mi locura? Grité los nombres de mi mujer y de mis hijos y, mientras caminaba entre las piedras caídas y la hierba marchita, estiré mis manos en busca de las suyas.

Un ruido a mis espaldas me hizo volver la cabeza. Un animal salvaje, un lince, se aproximaba. Si sufro una recaída aquí en el desierto, pensé, si vuelve la fiebre y me desmayo, esta bestia se lanzará sobre mi garganta. Salté hacia ella, gritando; pasó tranquilamente a mi lado y desapareció detrás de una roca.

Al cabo de un rato vi surgir de la tierra, muy cerca, la cabeza de un hombre que subía la suave pendiente de una colina cuya parte superior apenas sobresalía por encima del nivel general del terreno. Su figura se hizo pronto visible sobre el fondo de una nube gris. Iba medio desnudo, cubierto únicamente con algunas pieles. Llevaba el pelo revuelto y su barba era larga y descuidada. Con una mano sujetaba un arco y una flecha; con la otra sostenía una antorcha encendida que despedía una larga estela de humo negro. Caminaba despacio y con preocupación, como si temiera caer en alguna tumba oculta por la alta hierba. Su extraña aparición me sorprendió, pero no me asustó. Decidí encaminarme hacia él y, cuando estaba casi a su lado, le abordé con un saludo familiar:

—Dios te guarde.

No me hizo caso y continuó su marcha.

—Buen desconocido —añadí—, me encuentro perdido y enfermo. Indícame por dónde puedo volver a Carcosa, te lo ruego.

El hombre empezó a canturrear en una lengua extraña y desapareció.

Entonces una lechuza comenzó a ulular sobre la rama de un árbol seco y fue

contestada por otra más lejana. Cuando levanté la vista vi, a través de un claro en el cielo, Aldebarán y las Elíadas. En todo lo anterior había un indicio de noche —el lince, el hombre de la antorcha, la lechuza—; incluso veía las estrellas, pero no había oscuridad. Veía, pero no parecía que nadie me viera u oyera. ¿De qué horrible sortilegio era víctima?

Me senté al pie de un gran árbol para pensar qué debía hacer. Era evidente que estaba loco, aunque en esta convicción había un atisbo de duda. No sentía ya rastro de fiebre; al contrario, me encontraba exultante y lleno de un vigor como jamás había conocido, un sentimiento de exaltación física y mental. Mis sentidos estaban alerta: el aire me parecía una sustancia pesada. Podía escuchar el silencio.

Una de las grandes raíces del enorme árbol en cuyo tronco me apoyaba tenía incrustado un bloque de piedra, parte del cual asomaba por el hueco que dejaba otra raíz. De este modo, la piedra, aunque bastante deteriorada, quedaba parcialmente protegida de las inclemencias del tiempo. Tenía los bordes redondeados, las esquinas corroídas y su superficie estaba profundamente agrietada. A su alrededor había brillantes partículas de mica, restos de su descomposición. La losa parecía haber cubierto el sepulcro del que había surgido el árbol, siglos atrás. Las raíces habían saqueado la tumba y aprisionado la lápida.

Una ráfaga de viento barrió algunas ramitas y hojas secas que había sobre su superficie. Entonces vi una inscripción y me incliné a leerla. ¡Dios santo! ¡*Mi* nombre completo y las fechas de *mi* nacimiento y *mi* muerte!

Mientras me ponía en pie lleno de terror, un rayo horizontal de luz iluminó el tronco del árbol. El sol estaba saliendo por el este rosáceo. Aunque me encontraba entre el árbol y el amplio disco rojo, ¡ninguna sombra oscurecía el tronco!

Un coro de lobos aullantes saludaba el amanecer. Los vi sentados —unos solos, otros en grupo— sobre los túmulos y montículos irregulares que llenaban la mitad de aquella desierta perspectiva que se extendía hacia el horizonte. Entonces supe que aquellas ruinas eran las de la antigua y conocida ciudad de Carcosa.

Tales son los hechos que el espíritu Hoseib Alar Robardin transmitió al médium Bayrolles.

SOLDADESCA DEL PUEBLO

El hombre con dos vidas

He aquí la curiosa historia de David William Duck^[20], contada por él mismo. Duck es un anciano que vive en Aurora, Illinois, respetado por todos. Se le conoce de común, sin embargo, como el muerto Duck.

«En el otoño de 1866 era soldado raso de la decimoctava compañía de Infantería. Mi compañía era una de las que estaban acantonadas en Fort Phil Kearney^[21], al mando del coronel Carrington. La región entera está más o menos familiarizada con la historia del fuerte, sobre todo en lo que se refiere a los ataques de los *sioux*, y más aún al lamentable episodio de los mismos en el que acabaron los indios con la vida de ochenta y un hombres, entre soldados y oficiales, los cuales, imprudentes ellos, desoyeron las órdenes juiciosas de su oficial, el muy valiente aunque despistado capitán Fetterman. Cuando ocurrió aquello, me dirigía con importantes despachos hacia el Fuerte C. F. Smith, en el Big Horn^[22]. Como la región entera estaba infestada de indios hostiles, viajaba de noche, ocultándome durante el día como me era posible. Lo mejor, en esas circunstancias, era cubrir a pie la distancia, presto a disparar mi rifle Henry y con no más ración en la mochila que para tres días.

»El segundo lugar en el que me escondí fue lo que en la oscuridad me pareció un cañón estrecho entre auténticas colinas rocosas. Había allí muchas hondonadas leves, apenas visibles desde las faldas de las colinas, y en una de ellas, en la que crecían algunos arbustos, me hice como pude un lecho para dormir bajo la luz del día. Pronto me quedé dormido. Eso quiere decir que tenía los ojos fuertemente cerrados, aunque estuviese a plena luz del sol. No llevaba mucho tiempo dormido cuando me despertó de golpe un disparo de rifle. La bala dio muy cerca de donde estaba tumbado. Una banda de indios me había descubierto; reptaron hasta acercarse a mí lo suficiente como para tenerme a tiro; miré al lugar de donde venía el fuego y vi una señal inequívoca, el rastro de humo del cañón. Aquello los delató. Sabiéndose descubierto el tipo que me había disparado, echó a correr colina abajo. Yo hice lo mismo, con mi rifle dispuesto, corriendo medio en cuclillas entre los arbustos y las hondonadas, pues un montón de enemigos invisibles, conocedores de mi posición, comenzaban a lanzarme una tormenta de balas. Aquellos canallas no habían tratado de subir hasta donde me hallaba, cosa que supuse harían pues sabían que estaba solo, que no tendrían que vérselas más que con un hombre. Pronto me resultó evidente el porqué

de aquello. No corrí más de cien yardas hasta encontrarme sin posibilidad de seguir adelante: lo que yo creí un cañón no era más que una quebrada. Aquello terminaba en una suerte de lecho de rocas y más allá en una pared vertical y pelada de vegetación. En aquel *cul-de-sac* sería tan fácil de cazar como un oso en una jaula. No les era necesario perseguirme. Podían esperar tranquilamente.

»Esperaron durante dos días y dos noches, protegiéndome yo la espalda en ese tiempo contra una roca tan alta como una mezquita. Allí sufrí las agonías de la sed y la desesperanza, disparando de vez en cuando contra ellos o, mejor dicho, hacia donde veía el humo de sus rifles, que también de vez en cuando abrían fuego contra mi posición, sin más. Naturalmente, en ningún instante de la noche cerré los ojos, por lo que la falta de sueño fue una tortura añadida.

»Recuerdo bien aquella mañana del tercer día, que creí el último de mi vida. Recuerdo que en mi delirante desesperación comencé a disparar mi rifle una y otra vez, aunque no viese a nadie contra quien abrir fuego. Sólo puedo recordar ese extraño combate.

»Y lo siguiente que recuerdo no es sino que me vi en la orilla del río cuando caía la noche. Estaba completamente desnudo, sin nada de lo que llevaba, pero así y todo anduve toda la noche, muerto de frío y descalzo, en dirección norte. Cuando amanecía alcancé el Fuerte C. E Smith, mi destino, pero no llevaba los despachos que se me habían encomendado. A quien primero vi fue a un sargento llamado William Briscoe, al que conocía bien. Es fácil imaginar su sorpresa cuando me vio en aquellas condiciones. Y la mía, cuando me preguntó quién diablos era.

»—Soy Dave^[23] Duck —le respondí—. ¿Quién iba a ser?

»Me miraba impávido como un búho.

»—Sí, te pareces a él —me dijo, pero observé que daba un paso atrás para apartarse de mí—, ¿Qué te ha ocurrido? —me preguntó.

»Le conté lo que me había pasado el día antes. Me escuchó igualmente impávido, sin observar nada. Al final dijo:

»—Querido amigo, si tú eres Dave Duck, es mi deber informarte de que te enterramos hace dos meses. Salí con una partida de rastreadores y hallé tu cuerpo agujereado por un montón de balas y sin cabellera, incluso con unas cuantas mutilaciones, lamento contártelo, ya que en verdad pareces ser el que dices... Anda, ven conmigo, que te daré ropa para que te vistas y unas cuantas cartas que deberás llevar de vuelta... Debo añadir que el comandante recibió los despachos que se te habían encomendado.

»El sargento cumplió su promesa. Me dio ropa, y me vestí de inmediato. Y unas cartas, que metí en mis bolsillos.

Tres y uno son uno

En 1861, Barr Lassiter, un joven de veintidós años, vivía con sus padres y una hermana mayor cerca de Carthage, Tennessee. La familia, que pasaba por circunstancias difíciles, subsistía a duras penas cultivando una pequeña plantación, no muy fértil. Al no tener esclavos no se les consideraba entre «la mejor gente» de la comunidad, aunque eran honestos y educados, y respetables como cualquiera, dadas sus buenas maneras, si bien es cierto que de puertas adentro todo estaba sometido a la dominación de Ham, el padre.

El viejo Lassiter era un hombre inflexible, aunque jamás perdía las formas, y parecía hecho de hierro, como los mártires. Hay que decir, no obstante, que en el fondo de su corazón el metal que atesoraba era noble, aunque no se reflejara en su cara, en su dura apariencia externa. De una parte la herencia, y de otra la experiencia, habían hecho de aquel hombre un ser inflexible, cuyo carácter contagiaba al resto de la familia. La casa de los Lassiter, en la que no parecía haber un mínimo de afecto doméstico, era una auténtica ciudadela del deber. Y el deber, ¡ah, el deber!, es tan cruel como la muerte.

Cuando estalló la guerra, en aquella familia, al igual que en otras muchas de la Unión, se dividieron los sentimientos. El joven era leal a la Unión. Los otros, brutalmente hostiles.

Aquella infeliz división llenó la casa de una amargura insuperable, y cuando el hijo y hermano, sintiéndose ofendido en sus sentimientos, abandonó el hogar con el decidido propósito de enrolarse en el ejército federal del norte, ni una mano le dedicó una caricia, ni una voz le dio un adiós cálido, ni un buen deseo le fue dicho, que como un conjuro contra los malos hados le acompañase en su salida al mundo.

Se dirigió a Nashville, ocupada entonces por el cuerpo del ejército del general Buell, y se alistó en el primer regimiento que encontró, el de Caballería de Kentucky, pasando a instruirse de inmediato en todo cuanto se requiere para alcanzar pronto el conocimiento propio de un soldado de tropa. Fue, en efecto, muy buen soldado, aunque nada de ello dijera jamás cuando daba cuenta de palabra de los hechos que protagonizó, o de los que fue testigo. Sus compañeros sobrevivientes sí se explayan hablando de todo eso. Sus compañeros aún dicen ¡presente! también por Barr Lassiter, cuando ese sargento llamado muerte pasa lista y nombra a uno de ellos.

Dos años después de alistarse en su regimiento pasó por la región donde había comenzado todo para él. La región entera había sufrido extraordinariamente los avatares de la guerra, siendo ocupada alternativamente, y hasta simultáneamente, en ocasiones, por las dos fuerzas beligerantes, con los sanguinarios acontecimientos derivados de todo ello. Sanguinario había sido, por cierto, el suceso ocurrido en las inmediaciones de la casa de los Lassiter. Pero el joven soldado aún no había tenido noticia del caso. Viéndose en una gran campa próxima a su hogar, sintió el natural impulso de ir a ver a sus padres y a su hermana, con la esperanza de que ellos, al

igual que lo había hecho él, hubieran olvidado ya aquellas desavenencias de otro tiempo tras la muy larga separación. Una vez obtenido el pertinente permiso, saltó del caballo y se dirigió a pie hacia su casa en aquel atardecer veraniego, cuando la luna comenzaba a insinuarse sobre la hierba del sendero por el que se dirigía el joven soldado hacia el hogar en el que había nacido.

La guerra hace que maduren prontamente los jóvenes soldados, y para un joven soldado dos años de guerra son una eternidad. Barr Lassiter se sentía viejo, como si fuera un anciano, después de tantas batallas como había librado, y quizá por eso albergaba en lo más hondo de sí el temor de que su casa hubiese quedado reducida a cenizas. Sin embargo, a medida que se acercaba todo parecía indicar lo contrario, como si no se hubiera producido el menor cambio. Y cuando tuvo a la vista la casa, el pequeño huerto, todo cuanto le era familiar, se sintió profundamente conmovido. Casi se oían los latidos de su corazón, la emoción parecía sofocarle, tenía un nudo en la garganta... Aceleraba el paso de tal manera, que su sombra parecía hacer esfuerzos grotescos para no despegarse de él.

La casa estaba a oscuras, tenía la puerta abierta. A medida que se acercaba a ella, pugnaba por recuperar el control de sí mismo, por sosegar. Ya estaba a punto de entrar cuando su padre le salió al encuentro bajo la luz de la luna.

—¡Padre! —exclamó el joven dirigiéndose al anciano con las manos extendidas —, ¡Padre!

El anciano lo miró con expresión muy dura, y tras un silencio se dio la vuelta para entrar de nuevo en la casa. Amargado, humillado, desolado y con la sonrisa helada en el rostro, el joven soldado tomó asiento en un rústico banco de madera, sosteniendo su cabeza con manos temblorosas. Pero aquella desolación no era lo propio en alguien como él: era un buen soldado, por lo que no podía consentir que una especie de acto de repulsa hacia su persona fuese una derrota. Se puso en pie lentamente y se dirigió a la casa, entrando al salón de la misma.

Todo estaba en penumbra, pues no había allí más luz que la de la luna, colándose a través de los cristales de una ventana sin visillos. En una mecedora, el único mueble que había en la habitación, estaba sentada su madre, muy cerca de la chimenea en la que no había más que ceniza fría y leña apagada y renegrada. El soldado habló a la mujer, tiernamente, preguntándole un sinfín de cosas, anhelante y nervioso, pero sin recibir la menor respuesta de ella, que tampoco se movía ni denotaba la menor emoción o sorpresa ante la presencia del hijo. Había habido tiempo suficiente, sin embargo, como para que el padre avisara a la madre de la presencia del hijo rebelde. El joven se acercó a ella, con la intención de tomarle una mano entre las suyas, cuando de una habitación contigua salió la hermana, que lo miró y pasó a su lado sin decirle una sola palabra, perdiéndose de inmediato tras abrir otra puerta que había a espaldas de donde estaba el soldado. Él se había vuelto para seguir con ojos expectantes a su hermana, y cuando ésta desapareció volvió a mirar a la madre. Pero ya no estaba allí.

Barr Lassiter se dirigió atónito a la puerta por la que había entrado. La luz de la luna era trémula, lo que daba a los campos un aspecto de mar encrespada. Los árboles y su negra sombra se agitaban batidos por la brisa nocturna. El sendero por el que había accedido a la casa apenas se avistaba ahora, parecía un paso inseguro y siniestro. Pero el soldado sabía cuántas son las ilusiones ópticas que causan las lágrimas. Las sentía correr por sus mejillas, las veía caer sobre la pechera de su uniforme. Abandonó el lugar para dirigirse a donde habían levantado el campamento.

Al día siguiente, con una intención no del todo definida, sin un sentimiento especial que le dominara, sin saber qué palabra podía expresar bien lo que le pasaba, salió de nuevo en dirección a su casa. Apenas llevaba caminada media milla cuando se topó con Bushrod Albro, un compañero de juegos de la infancia que le saludó cálidamente.

—Voy a visitar mi casa —dijo el soldado.

El otro le miró con gesto sombrío, pero nada dijo.

—Ya sé —prosiguió Lassiter— que las cosas no han cambiado mucho por aquí, como no ha cambiado mi familia, pero...

—Ha habido muchos cambios —lo interrumpió Abro—; en realidad, todo ha cambiado... Te acompañaré, si no tienes inconveniente... Hablaremos mientras tanto.

Pero Abro hizo todo el camino en silencio.

Donde debía hallarse la casa no vieron más que piedras quemadas y montones de ceniza apelmazada por las lluvias.

La conmoción de Lassiter era máxima.

—No sabía cómo decírtelo —habló entonces Abro—. Hace un año, el ejército federal del norte arrasó tu casa en una de sus incursiones.

—Y mi familia, ¿dónde está?

—En el cielo, confío en ello... Fueron asesinados por los soldados.

Una emboscada frustrada

Entre Readyville y Woodbury, el camino, de unas nueve o diez millas, era bueno. Readyville era el puesto de mando del ejército federal del norte en Murfreesboro; Woodbury era el puesto de mando del ejército confederado en Tullahoma^[24]. Durante meses, tras la gran batalla de Stones River^[25], ambos puestos de mando guerreaban entre sí constantemente, dándose en aquel camino muchos de los choques que se producían entre los destacamentos de Caballería de ambos ejércitos. A veces intervenían igualmente la Infantería y la Artillería, más que nada para dar cuenta al enemigo de sus buenos deseos.

Cierta noche, un escuadrón a caballo de las fuerzas federales, al mando del Mayor

Seidel, un oficial elegante y arrojado, partió de Readyville para llevar a cabo una misión tan dura como secreta, que requería el lógico silencio y las no menos lógicas precauciones.

Una vez dejados atrás los puestos de guardia de la Infantería, el escuadrón avistó en la oscuridad a otros dos hombres a caballo, que iban a unirse a la fuerza expedicionaria en el punto convenido. Pero lo acordado eran tres hombres, no dos.

—¿Dónde está el otro? —inquirió el Mayor—. Ordené a Dunning que se nos uniera.

—Salió en avanzadilla, señor —respondió uno de los hombres—. Hubo una escaramuza sin importancia, aunque muy lejos del frente, y dijo que prefería adelantarse para traer novedades.

—Dunning ha actuado, no sólo en contra de las órdenes recibidas, sino en contra del menor sentido común —dijo el oficial, evidentemente contrariado—, ¿Por qué lo ha hecho?

—No lo sé, señor... Parecía muy cansado... O quizá debiera decir que parecía extraño, asustado...

Con tan reseñable exposición, el compañero del que no había comparecido resumía perfectamente lo ocurrido. Dejaron de hablar, mientras avanzaban. Procuraban no hacer el menor ruido, por lo que los caballos iban cuan despacio podían hacerlo. La noche era muy cerrada, sólo de vez en vez se veía la luna entre masas de nubes.

Dos o tres millas más allá, la cabeza de la columna llegó a un bosque denso que cerraba el camino en sus dos direcciones. El Mayor al mando de la tropa ordenó un alto, y no sin cierta aprensión él mismo se dispuso a hacer un reconocimiento, seguido, sin embargo, por su ayudante y tres soldados, que mantenían entre sí la necesaria distancia y un alto grado de prevención.

Después de adentrarse en el bosque unas cien yardas, el Mayor se detuvo súbitamente, permaneciendo sentado en su montura, sin que se le moviera un músculo. Cerca de la zona boscosa que daba al camino, en un leve claro, se alzaba la figura de un hombre tan inmóvil como él. El primer impulso del Mayor fue ir hacia él, pues de tratarse de un enemigo había que capturarlo antes de que pudiera dar la voz de alarma a los suyos.

Sin embargo, no lo hizo, atraído por algo que había a los pies de aquel hombre, no obstante lo confuso que resultaba verlo claramente a causa de la oscuridad. Y con ese instinto propio de los soldados de Caballería, que no suelen hacer uso de sus armas de fuego salvo si se ven en una necesidad extrema, desenfundó el sable. Aquel hombre que estaba allí de pie no hizo el menor movimiento para responder al reto. La situación era tensa y un tanto dramática. Súbitamente la luna salió de entre una gruesa masa de nubes y el oficial de Caballería pudo ver con absoluta nitidez a aquel hombre. Era el soldado Dunning, desarmado y destocado... Lo que había a sus pies, su caballo muerto; y a la derecha del caballo muerto, a la altura del cuello de éste, un

cadáver al que le brillaba la cara a la luz de la luna.

«Dunning acaba de librar el combate de su vida», se dijo el Mayor mientras se ponía en marcha de nuevo. Dunning estrechó su mano con un gesto de agradecimiento. Después, con el brazo, señaló a su oficial el lugar por donde atravesar mejor el bosque hasta salir de nuevo al camino.

El Mayor dio marcha atrás para comunicar a los otros la nueva, creyendo comprender perfectamente qué había pasado. Después siguió hablando en tono muy bajo con su capitán ayudante.

—Dunning sigue allí, atento —dijo al capitán—. Mató a un explorador enemigo y seguro que en breve acudirá a darnos más información.

Esperaron pacientemente a que Dunning regresara para dar novedades, enfundados los sables, pero fue en vano. Una hora después amanecía y la tropa siguió su marcha, con gran cautela siempre. El oficial, sin embargo, comenzaba a dudar de su fe en el soldado Dunning, que no había acudido a dar las novedades esperadas.

Cuando pasaron por aquel claro vieron al caballo muerto. Y a su derecha, a la altura del cuello del animal, el cadáver del soldado Dunning con un balazo en la cabeza. Llevaba horas muerto.

Media hora después de aquello, cuando la tropa ya había salido del bosque, lo ocupaba una bien nutrida fuerza confederal para tender una emboscada a todas luces frustrada.

Dos ejecuciones castrenses

En la primavera de 1862 el ejército mandado por el general Buell^[26] acampaba a la espera de librar la que sería la victoriosa batalla de Shiloh. Era una tropa compuesta fundamentalmente por voluntarios con poca instrucción militar. A pesar de ello, muchas de sus secciones combatían con arrojo extraordinario; ya habían dado muestras de su valor casi temerario en el oeste de Virginia y en Kentucky. La guerra era por aquel entonces un negocio reciente, y los soldados una nueva industria no del todo bien conocida por los jóvenes americanos de la época, que veían en las cosas relacionadas con la vida militar, a menudo, algo extraño, incomprensible, no muy de su agrado. Sus jefes, por ello, tenían que hacer frecuentes demostraciones de su autoridad para que aquellos muchachos comprendiesen que la disciplina y la subordinación son aspectos fundamentales de la vida militar. Para alguien imbuido desde la infancia en ese aserto falaz pero fascinante, según el cual todos los hombres nacen iguales, la subordinación a una autoridad no es cosa fácil de sobrellevar, y los jóvenes voluntarios americanos, en la flor de su vida, no podían sobrellevarlo de buen grado.

Así ocurrió que uno de los hombres de Buell, el soldado Bennett Story Greene, cometió la indiscreción de golpear a un oficial. De haber llevado más guerra a costas es seguro que no lo hubiese hecho, pero, como *sir* Andrew Aguecheek^[27], no tuvo tiempo más que para contemplar su desgracia, sin que se le concediese la oportunidad de retractarse. Se le negó el tiempo necesario para que corrigiera esas sus nada militares maneras, en suma... Fue arrestado, acusado de insubordinación, juzgado por un tribunal militar y condenado a morir fusilado.

—Deberías haberme devuelto el golpe y en paz —dijo el condenado al oficial agredido—. Eso es lo que hacíamos en la escuela, de niños, cuando tú no eras más que Will Dudley, cuando yo era tan bueno o tan malo como tú... Nadie me vio sacudirte... La disciplina no debería conducir al sufrimiento.

—Ben^[28] Greene, tienes razón en eso —dijo el teniente—, ¿Podrás perdonarme? Sólo para saber tu respuesta he venido a verte.

No hubo respuesta por parte del condenado; poco después otro oficial asomaba la cabeza por la puerta del calabozo donde estaba el reo para anunciar que el tiempo concedido al teniente, para la entrevista, había concluido.

A la mañana siguiente, cuando el soldado Greene fue fusilado en presencia de toda su brigada, por un pelotón reclutado entre varios de sus compañeros, el teniente Dudley volvió la cabeza, cerró los ojos y musitó una oración suplicando piedad. También pedía piedad para sí mismo.

Unas semanas después de aquello, mientras la división de Buell se paseaba victoriosa a lo largo del río Tennessee y acudía en socorro de las fuerzas de Grant, que se veían sometidas a un duro hostigamiento por parte del enemigo, una noche, de acampada los hombres, cayó una gran tormenta. Se tomó la decisión de avanzar de noche, aun a despecho de la fuerte tormenta, pues llegaron informes al mando según los cuales el enemigo se disponía a modificar su posición, retrasando las líneas. Así, entre cadáveres y armas abandonadas, los hombres de Buell siguieron bajo la tormenta paso a paso, en dirección al enemigo. La oscuridad era completa. No cesaba la lluvia y cada trueno hacía que aquellos hombres aguerridos se estremecieran como si cayese sobre ellos una gran manta de balas. Todo significaba muerte; la muerte acechaba por doquier, era un sentimiento generalizado entre la tropa.

Con las primeras luces de la mañana, cuando escampaba, la división de Buell detuvo su marcha para estudiar los informes de los exploradores y hacer una definición de la línea de fuego. Aprovecharon entonces los sargentos para ordenar formar a los soldados y pasar lista. El sargento primero de la compañía en la que estaba el teniente Dudley comenzó a nombrar a sus soldados por orden alfabético. No los llevaba escritos, pero tenía una muy buena memoria. Los hombres iban respondiendo «¡presente!» uno a uno y así se llegó a la letra G.

—¡Gorham!

—¡Presente!

—¡Grayrock!

—¡Presente!

La buena memoria del sargento, sin embargo, se vio súbitamente afectada por el hábito de pasar lista.

—¡Greene!

—¡Presente!

La respuesta fue nítida, perfectamente audible, no había margen para el error.

Se produjo un movimiento súbito e inevitable entre la tropa, como sacudidos los hombres por una corriente eléctrica. El sargento palideció y guardó silencio por unos instantes. Llegó a su lado el capitán y le dijo con rostro colérico:

—¡Repita ese nombre, sargento!

Parece claro que la Sociedad de Investigaciones Físicas no se ocupa, al menos de manera principal, de los fenómenos relacionados con lo desconocido.

—¡Bennett Greene! —gritó el sargento.

—¡Presente!

Todas las caras se volvieron en dirección al lugar del que salía aquella voz tan familiar. Los dos soldados entre los que formaba Greene, en razón de su estatura, se miraban con el horror dibujado en sus rostros.

—¡Diga otra vez ese nombre completo, sargento! —gritó de nuevo el capitán, convertido en una especie de inexorable investigador de lo oculto—. ¡Diga otra vez el nombre de ese muerto! —añadió, ahora con la voz temblorosa.

—¡Bennett Story Greene! —llamó el sargento.

—¡Presente!

En ese instante se dejó sentir un disparo de rifle, un solo disparo, que venía de más allá del frente. Los hombres no oyeron sólo el disparo, sino que sintieron también el silbido inequívoco de la bala.

—¿Qué demonios ha sido eso? —inquirió el capitán.

El teniente Dudley se acercó lentamente hasta el capitán.

—Aquí tiene la respuesta —dijo, mientras se abría la guerrera para mostrar un balazo en mitad del pecho, del que manaba sangre.

Acto seguido, el teniente Dudley cayó de rodillas e instantes después yacía muerto.

Poco más tarde aquel ejército llegaba a la primera línea de fuego para relevar a los hombres que hasta entonces habían sostenido el frente. Y en breve, victoriosa aquella tropa, no volvió a sonar un tiro.

De Bennett Greene, experto en ejecuciones castrenses, no se volvió a tener noticia.

ALGUNAS CASAS ENCANTADAS

La Isla de los Pinos

Durante muchos años, cerca de la ciudad de Gallipolis, Ohio, vivió un anciano llamado Hermán Deluse. Poco se sabía de su vida, porque él no quería ni hablar de ella ni aguantar a los demás. Era creencia extendida entre sus vecinos que había sido pirata, aunque nadie sabía si ello se debía a que no existían más pruebas que su colección de garfios de abordaje, sus alfanjes y sus viejas pistolas de serpentín. Vivía completamente solo en una pequeña casa de cuatro habitaciones que se desmoronaba a pasos agigantados y en la que no se realizaba más reparación que la que exigían las condiciones meteorológicas. Se elevaba en medio de un gran pedregal cubierto de zarzamoras, con unas cuantas parcelas cultivadas del modo más primitivo. Ésas eran sus únicas propiedades visibles, suficientes para vivir, pues sus necesidades eran pocas y elementales. Siempre disponía de dinero contante y sonante, y todas las compras que hacía en las tiendas de la plaza del pueblo las pagaba en efectivo, sin comprar más de dos o tres veces en el mismo sitio hasta que había pasado un lapso considerable de tiempo. Sin embargo, esta distribución tan equitativa de su patrimonio no recibía ningún elogio; la gente la consideraba un intento ineficaz de ocultar su riqueza. Que el anciano guardaba enterrada en algún lugar de su destartalada vivienda una enorme cantidad de oro adquirido de forma deshonrosa, era algo que ninguna persona sincera, al tanto de los hechos de la tradición local y con un sentido de la proporción de las cosas, podía poner en duda sensatamente.

El 9 de noviembre de 1867, el anciano murió; al menos su cadáver fue descubierto al día siguiente, y los médicos testificaron que la muerte había ocurrido en las veinticuatro horas precedentes. Cómo, es algo que no supieron decir, pues la autopsia mostraba que todos los órganos estaban sanos, sin ningún indicio de anomalía o violencia. En su opinión, la muerte debía haber tenido lugar al mediodía, ya que el cuerpo estaba en la cama. El veredicto judicial fue que aquel hombre «había encontrado la muerte por un castigo de Dios». El cuerpo fue enterrado y el administrador público se hizo cargo de la herencia.

Una investigación rigurosa no reveló nada nuevo acerca de aquel hombre muerto, y gran parte de las excavaciones llevadas a cabo en sus propiedades, aquí y allá, por sus solícitos y ahorradores vecinos, no dieron ningún fruto. El administrador cerró la casa hasta el momento en que los bienes, raíces y personales, fueran a ser vendidos de acuerdo con la ley, con vistas a sufragar en parte los gastos de tal venta.

La noche del 20 de noviembre fue borrasca. Un tremendo vendaval sacudió los campos, azotándolos con una desoladora ventisca de nieve. Enormes árboles fueron

arrancados de raíz y arrojados sobre los caminos. Nunca se había conocido en toda aquella región una noche tan tormentosa, aunque a la mañana siguiente el vendaval había amainado y amaneció un día claro y soleado. Hacia las ocho de la mañana, el reverendo Henry Galbraith, un conocido y muy estimado pastor luterano, llegó andando a su casa, que estaba a milla y media de la casa de Deluse. El señor Galbraith venía de pasar un mes en Cincinnati. Había subido por el río en un vapor y, después de desembarcar en Gallipolis la tarde anterior, había conseguido una calesa y se había puesto en camino hacia su casa. La violencia de la tormenta le había retrasado toda la noche y por la mañana los árboles caídos le habían obligado a abandonar su medio de transporte y continuar el viaje a pie.

—Pero ¿dónde has pasado la noche? —le preguntó su esposa, una vez que había relatado su aventura brevemente.

—Con el viejo Deluse en la «Isla de los Pinos^[29]» —fue su alegre respuesta—, y resultó bastante triste. No puso ninguna objeción a que me quedara, pero no conseguí que dijera una palabra en toda la noche.

Afortunadamente, y en interés de la verdad, estaba presente en la conversación el señor Robert Mosely Maren, abogado y *littérateur* de Columbus, que era el autor de los deliciosos *Mellowcraft Papers*. Advirtiéndolo, aunque sin compartirlo, el asombro causado por la respuesta del señor Galbraith, este individuo ingenioso refrenó con un gesto las exclamaciones que naturalmente se habrían producido, y con voz tranquila preguntó:

—¿Cómo consiguió entrar allí?

Ésta es la versión que el señor Maren dio de la respuesta del señor Galbraith:

—Vi una luz que se movía en el interior de la casa, y como no podía ver casi nada a causa de la nieve y, además, estaba medio congelado, me dirigí hacia la entrada y dejé mi caballo en el viejo establo, donde permanece todavía. Entonces llamé a la puerta. Al no recibir respuesta, entré. La habitación estaba a oscuras, pero tenía cerillas; encontré una vela y la encendí. Intenté entrar en la habitación de al lado, pero la puerta estaba atascada. El viejo no respondía a mis llamadas, aunque yo oía sus fuertes pisadas en el interior. No había fuego en la chimenea, de modo que hice uno, me eché en el suelo (*sic*) delante de él, apoyé la cabeza sobre el abrigo y me dispuse a dormir. Unos instantes después, la puerta que había intentado abrir cedió lentamente y el viejo entró con una vela en la mano. Me dirigí a él en tono amable, pidiéndole excusas por mi intromisión, pero no me prestó atención alguna. Parecía buscar algo, aunque sus ojos estaban inmóviles en sus órbitas. Tal vez andaba en sueños. Hizo un recorrido alrededor de la habitación y se fue de la misma manera que había entrado. Regresó a la habitación dos veces más antes de que me durmiera, actuando exactamente del mismo modo, y marchándose de nuevo como la primera vez. En los intervalos le oí deambular por la casa, pues sus pisadas resultaban claramente perceptibles cuando la tormenta aflojaba. Al despertar por la mañana ya se había ido.

El señor Maren intentó hacer unas cuantas preguntas más, pero fue imposible

contener las lenguas de los familiares por más tiempo. La historia de la muerte de Deluse y su posterior entierro salieron a la luz, con gran asombro por parte del buen pastor.

—La explicación de su aventura es muy sencilla —dijo el señor Maren—. No creo que el viejo Deluse ande en sueños, al menos no en el actual; evidentemente, quien soñó fue usted.

El señor Galbraith, considerado así el asunto, se vio obligado a asentir a regañadientes.

A pesar de todo, a última hora del día siguiente estos dos caballeros se encontraban, en compañía de un hijo del pastor, en el camino que hay delante de la casa del viejo Deluse. Allí dentro había luz; aparecía ora en una ventana, ora en otra. Los tres hombres avanzaron hacia la puerta. Al llegar a ella, del interior surgió una barahúnda de ruidos aterradores: un rechinar de espadas, de acero contra acero, acompañado de fuertes explosiones, como las de las armas de fuego, de gritos de mujeres, de maldiciones y gemidos lanzados por hombres en combate. Los investigadores se quedaron inmóviles por un momento, indecisos, asustados. Después, el señor Galbraith probó a abrir la puerta. Estaba atrancada. Pero el pastor era un hombre valiente, un hombre, además, con una fuerza hercúlea. Retrocedió uno o dos pasos, se lanzó contra la puerta y, asestándole un golpe con el hombro derecho, la arrancó de su marco con un sonoro zambombazo. En un instante los tres hombres estaban en el interior. ¡Todo era oscuridad y silencio! No se oía más que el latido de sus corazones.

El señor Maren se había provisto de fósforos y de una vela. Con cierta dificultad, causada por la emoción, consiguió alumbrar una luz con la que procedieron a explorar el lugar, recorriendo habitación por habitación. Todo se encontraba en perfecto orden, tal y como había sido dejado por el *sheriff*; nada había sido alterado. Una ligera capa de polvo cubría los objetos. La puerta trasera aparecía entreabierta, como por descuido, por lo que su primera idea fue que los autores de aquel terrible tumulto habían conseguido escapar. Abrieron la puerta del todo y la luz de la vela iluminó la superficie del exterior. El resultado ya concluido de la tormenta de la noche anterior había sido una somera capa de nieve. No había huella alguna. La blanca superficie estaba intacta. Entonces cerraron la puerta y se dirigieron hacia la última habitación de las cuatro que había en la casa, la más alejada, situada en una esquina del edificio. Al entrar en ella, la vela que el señor Maren sostenía en la mano se apagó de repente, como por una corriente de aire.

Inmediatamente se oyó un fuerte impacto contra el suelo. Una vez que la vela fue encendida de nuevo a toda prisa, se pudo ver al joven señor Galbraith postrado en el suelo, no muy lejos de donde se encontraban los otros. Estaba muerto. Con una mano, el cuerpo agarraba un pesado saco de monedas que, tras un posterior examen, resultaron proceder de la vieja ceca española. Sobre el cuerpo yacente descansaba un tablero que había sido arrancado de sus sujeciones a la pared, y resultaba evidente

que el saco había salido del hueco que allí quedaba.

Se llevó a cabo otra investigación judicial: la nueva autopsia tampoco consiguió revelar en esta ocasión las causas de la muerte. Una vez más, el veredicto de «castigo de Dios» dejó a todos la libertad de sacar sus propias conclusiones. El señor Maren sostuvo que el joven Galbraith murió a causa de la emoción.

Una tarea infructuosa

Henry Saylor, que resultó muerto en Covington durante una discusión con Antonio Finch, fue un reportero del *Commercial* de Cincinnati. En 1859, una vivienda deshabitada de la calle Vine, en Cincinnati, se convirtió en centro de la inquietud local a causa de las extrañas visiones y sonidos que, según decían, podían observarse en ella por las noches. De acuerdo con el testimonio de muchos vecinos respetables, dichos fenómenos no concordaban más que con la hipótesis de que la casa estaba encantada. La multitud podía ver desde la acera cómo unas extrañas figuras entraban y salían del local. Nadie sabía decir exactamente en qué lugar del césped, desde el que se dirigían hacia la puerta principal, aparecían, ni por qué punto desaparecían al salir. Y, lo que es más, aunque cada espectador por separado estaba completamente seguro de esos acontecimientos, no había dos que coincidieran. Todos variaban en sus descripciones de las figuras. Algunos de los más osados elementos de aquella muchedumbre curiosa se aventuraron varias tardes a situarse en los escalones de entrada para impedirles el paso o, si no lo conseguían, para verles mejor. Estos valerosos individuos, según se decía, eran incapaces de derribar la puerta uniendo sus fuerzas y siempre resultaban arrojados de los escalones por un impulso invisible, gravemente heridos. Inmediatamente después, la puerta se abría, al parecer por sí sola, dejando entrar o salir a algún invitado fantasmal. Aquel local era conocido como la casa Roscoe, en la que durante algunos años había vivido una familia de tal nombre, cuyos miembros habían desaparecido uno tras otro, siendo una anciana la última en abandonar la casa. Las historias sobre acontecimientos horribles y asesinatos sucesivos habían abundado siempre, pero nunca se había comprobado su autenticidad.

En uno de aquellos días en que la agitación predominaba, Saylor se presentó en la redacción del *Commercial* para recibir instrucciones. Se le entregó una nota del director que decía lo siguiente: «Vaya a pasar la noche solo en la casa encantada de la calle Vine y si ocurre algo interesante redacte dos columnas». Saylor obedeció a su superior: no podía permitirse el lujo de perder su puesto en el periódico.

Después de informar a la policía de sus intenciones, se introdujo en la casa por una ventana trasera antes del anochecer, recorrió las habitaciones desiertas, sin

muebles, cubiertas de polvo y desoladas y, sentado en el salón sobre un viejo sofá que había llevado arrastrando desde otra habitación, observó cómo la oscuridad se imponía a medida que avanzaba la noche. Antes de que todo estuviera a oscuras, en la calle se congregó, como siempre, una multitud curiosa, silenciosa y expectante, en la que algún que otro bromista hacía gala de su incredulidad y valentía profiriendo comentarios desdeñosos o gritos obscenos. Nadie tenía conocimiento del ambicioso observador del interior. No se atrevía ni a encender un fósforo; las ventanas sin cortinas habrían revelado su presencia, sometiéndole al insulto y posiblemente a los golpes. Además, era demasiado concienzudo para hacer algo que pudiera debilitar sus impresiones o alterar cualquiera de las condiciones acostumbradas en las que se decía que se producían los hechos.

Había caído la noche, aunque la luz de la calle iluminaba parte de la habitación en la que se encontraba. Saylor había abierto todas las puertas del interior, las de arriba y las de abajo, pero las de fuera estaban cerradas y atrancadas. Unas repentinas exclamaciones de la muchedumbre le impulsaron a acercarse a una ventana y asomarse. Entonces vio la figura de un hombre que atravesaba el césped a toda prisa y se dirigía hacia el edificio. Le vio subir los escalones. Después quedó oculto por un saliente de la pared. Hubo un ruido, como si abrieran y cerraran la puerta del recibidor; oyó unas pisadas firmes y rápidas en el pasillo, por las escaleras y, finalmente, en la habitación sin alfombras que había inmediatamente encima de su cabeza.

Saylor sacó decididamente su pistola y, tras subir a tientas por las escaleras, entró en aquella habitación, débilmente iluminada desde la calle. Allí no había nadie. Entonces oyó pisadas en la habitación de al lado y entró en ella. Todo estaba oscuro y en silencio. Con el pie golpeó un objeto que había en el suelo; se arrodilló y lo tocó con la mano. Era una cabeza humana, de mujer. Tras agarrarla por los cabellos, aquel tipo de nervios de acero regresó a la habitación de abajo y acercó la cabeza a la ventana para examinarla atentamente. Mientras se dedicaba a ello, fue consciente del rápido abrir y cerrar de la puerta de entrada y de las pisadas que se oían a su alrededor. Al apartar la vista de aquel objeto fantasmal, se encontró rodeado por una multitud de hombres y mujeres a los que apenas podía ver; la habitación estaba inundada de ellos. Entonces creyó que la gente había entrado.

—Señoras y caballeros —dijo con serenidad—: ustedes me están viendo en unas circunstancias sospechosas, pero...

En ese momento su voz fue ahogada por unas carcajadas: unas carcajadas como las que se oyen en los manicomios. Las personas que se encontraban a su alrededor señalaban al objeto que tenía en la mano y su alborozo aumentó cuando Saylor lo dejó caer y fue rodando entre sus pies. Entonces comenzaron a bailar alrededor de aquella cabeza con gestos grotescos y actitudes obscenas e indescriptibles. Le dieron patadas enviándola de un lado a otro de la habitación, y en su afán de golpearla, se empujaban y derribaban los unos a los otros. Maldecían, gritaban y cantaban

fragmentos de canciones indecentes, mientras la maltratada cabeza iba dando saltos de acá para allá como si estuviera aterrorizada y quisiera escapar. Finalmente salió disparada por la puerta hacia el recibidor, seguida por todos los demás, dando lugar a una precipitación tumultuosa. En aquel momento la puerta se cerró con un fuerte golpe y Saylor se quedó solo en medio de un silencio sepulcral.

Guardó con cuidado la pistola, que había estado en sus manos todo el rato, y se dirigió a la ventana para asomarse. La calle estaba desierta y en silencio. Las luces se habían apagado. Los tejados y las chimeneas de las casas se recortaban nítidamente en el este a la luz del amanecer. Salió de la casa (la puerta cedió con facilidad a su empuje) y se encaminó hacia la redacción del *Commercial*. El director estaba todavía en su despacho, dormido. Saylor le despertó y dijo:

—Vengo de la casa encantada.

El director le miró sin comprender, como si aún estuviera dormido.

—¡Dios mío! —exclamó—, pero ¿eres tú, Saylor?

—Claro, ¿por qué no?

El director no respondió, pero siguió mirándole.

—Pasé la noche allí..., según parece —añadió Saylor.

—Dicen que las cosas estuvieron extraordinariamente tranquilas ahí fuera —señaló el director jugueteando con un pisapapeles sobre el que había posado la vista—, ¿ocurrió algo?

—Nada en absoluto.

Una parra sobre una casa

A unas tres millas de la pequeña ciudad de Norton, en Missouri, en el camino que lleva a Maysville, se levanta una vieja casa que fue habitada por última vez por una familia llamada Harding. Desde 1886 no ha vivido nadie allí, y no es probable que nadie vuelva a hacerlo. El tiempo y la condena de los que por allí habitan la están convirtiendo en una ruina bastante pintoresca. Un observador no familiarizado con su historia ni siquiera la incluiría en la categoría de «casas encantadas»; y sin embargo ésa es la reputación de que goza en la región que la rodea. Las ventanas no tienen cristales, y no hay puertas en las entradas. Hay grandes grietas en el tejado de madera y los tablones son de un color gris pardo por falta de pintura. Pero estos indefectibles signos de lo sobrenatural están ocultos en parte y bastante suavizados por el abundante follaje de una enorme parra que recorre toda la estructura. Esta parra, de una especie que ningún botánico ha conseguido nombrar, desempeña un papel importante en la historia de la casa.

La familia Harding estaba formada por Robert Harding, su esposa Matilda, la

señorita Julia Went, hermana de aquélla, y dos niños. Robert Harding era un hombre callado, de costumbres reservadas, sin amigos en la vecindad y, al parecer, sin intención de hacerlos. Tenía unos cuarenta años, era comedido y diligente, y se ganaba la vida con una pequeña granja, actualmente cubierta de maleza y de zarzamoras. Él y su cuñada eran bastante criticados por sus vecinos, a quienes les parecía que andaban demasiado tiempo juntos. El vecindario no era culpable del todo, porque en aquellos momentos ninguno de los dos refutaba tal observación. El código moral de los campos de Missouri es rígido y severo.

La señora Harding era una mujer amable y de aspecto triste, a la que le faltaba el pie izquierdo.

Un cierto día de 1884 se supo que había ido a Iowa a visitar a su madre. Esto era lo que su marido contestaba cuando se le preguntaba, y su forma de decirlo no suponía ningún estímulo para seguir preguntando. La señora Harding nunca regresó, y dos años más tarde, sin vender la granja o alguna de sus posesiones, ni nombrar un agente que se encargara de sus intereses o se llevara sus enseres domésticos, Harding abandonó la casa con el resto de la familia. Nadie supo dónde había ido; ni a nadie le preocupaba en aquella época. Naturalmente, todos los objetos móviles de la casa desaparecieron enseguida y la casa abandonada se convirtió en «encantada» a su manera.

Una tarde estival, cuatro o cinco años después, el reverendo J. Gruber, de Norton, y un abogado llamado Hyatt se encontraron a caballo delante de la casa de Harding. Como tenían negocios que discutir ataron los animales y se dirigieron hacia la casa, en cuyo porche se sentaron a charlar. Hicieron algún comentario jocoso sobre la misteriosa reputación de la casa, pero la olvidaron enseguida y se pusieron a hablar de sus asuntos hasta que se hizo casi de noche. Hacía un calor agobiante y no se movía una mota de aire.

En ese momento los dos hombres, sorprendidos, se pusieron en pie de un salto: una larga parra, que cubría la mitad de la fachada de la casa y cuyas ramas colgaban del borde superior del porche, se agitaba de un modo que resultaba visible y audible, sacudiendo violentamente el tallo y todas las hojas.

—Vamos a tener tormenta —comentó Hyatt.

Gruber, sin decir nada, dirigió la atención de Hyatt hacia el follaje de los árboles cercanos, que no se movían; hasta los débiles extremos de las ramas que destacaban sobre el cielo claro estaban inmóviles. Rápidamente, bajaron los escalones que llevaban a lo que había sido una pequeña pradera de césped y dirigieron la vista hacia arriba, hacia la parra, cuya total longitud era ahora visible. Seguía agitándose violentamente, pero no podían comprender la causa de tal trastorno.

—Marchémonos —dijo el pastor.

Y eso hicieron. Olvidaron que habían venido en direcciones opuestas y se marcharon juntos. Llegaron a Norton, donde contaron su extraña experiencia a varios amigos discretos. Al día siguiente por la tarde, más o menos a la misma hora,

acompañados por otras dos personas cuyos nombres no se recuerda, se encontraban de nuevo en el porche de la casa Harding y el fenómeno se produjo una vez más: la parra se agitaba violentamente, como demostró un cuidadoso examen, desde la raíz hasta la punta, y ni siquiera uniendo sus fuerzas sobre el tronco consiguieron calmarla. Después de estar observándola durante una hora, se retiraron, no menos inteligentes, según se cree, que cuando habían llegado.

No hizo falta mucho tiempo para que estos hechos singulares provocaran la curiosidad de toda la vecindad. De día y de noche, multitud de personas se congregaban en la casa Harding «buscando alguna señal». No parece probable que alguien la encontrara, aunque los testimonios mencionados resultaban tan creíbles que nadie puso en duda la realidad de las «manifestaciones» de las que ellos daban fe.

Ya fuera por una feliz inspiración o por un afán destructivo, un día se propuso (nadie parecía saber de quién partió la idea) arrancar la parra y, tras un caluroso debate, así se hizo. Sólo se encontró la raíz y, sin embargo, nada podría haber resultado más extraño.

Desde el tronco, que tenía en la superficie un diámetro de varias pulgadas, la raíz se hundía, sencilla y recta, unos cinco o seis pies en un terreno suelto y friable; después se dividía y subdividía en raicillas, fibras y filamentos, entrelazados de un modo extraño. Una vez que se les hubo sacado cuidadosamente del suelo, mostraron una disposición singular. Sus ramificaciones y plegamientos sobre sí mismas formaban una red compacta, que recordaba sorprendentemente en su forma y tamaño a una figura humana. Allí estaban la cabeza, el tronco y las extremidades; hasta los dedos de los pies y manos aparecían claramente definidos. Muchos afirmaban ver en la distribución y disposición de las fibras de la masa globular que formaba la cabeza la insinuación grotesca de un rostro. La figura era horizontal; las raíces más pequeñas habían comenzado a unirse a la altura del pecho.

En su parecido con una forma humana, la imagen era sin embargo imperfecta. A unas diez pulgadas de una de las rodillas, los *cilia* que formaban aquella pierna se doblaban bruscamente hacia atrás y hacia dentro sobre la línea de crecimiento. A la figura le faltaba el pie izquierdo.

No había más que una conclusión, la única posible. Pero, debido a la emoción subsiguiente, se propusieron tantas formas de proceder como número de consejeros incapaces había. El asunto fue resuelto por el *sheriff* del condado que, en su condición de custodio legal de la hacienda abandonada, ordenó que se volviera a colocar la raíz en su sitio y se la cubriera con la tierra que había sido extraída.

Una posterior investigación sacó a la luz un único hecho importante y significativo: la señora Harding nunca había visitado a sus parientes de Iowa, ni ellos tenían noticia de que fuera a hacer tal cosa.

De Robert Harding y del resto de la familia no se ha vuelto a saber nada. La casa conserva su reputación funesta, aunque la parra que se volvió a plantar sea un vegetal metódico y formal, debajo del cual le gustaría sentarse a una persona nerviosa en una

noche tranquila, cuando las chicharras hacen rechinar su revelación inmemorial y el lejano chotacabras expresa su idea de lo que debería hacerse con ella.

En casa del viejo Eckert

Philip Eckert vivió durante muchos años en una vieja casa de madera ennegrecida por las inclemencias del tiempo, que se encontraba a unas tres millas de la pequeña ciudad de Marión, en Vermont. Aún deben de quedar vivas algunas personas que le recuerden (confío en que no de un modo desagradable) y sepan algo de la historia que voy a contar.

«El viejo Eckert», como todos le llamaban, no tenía un temperamento muy sociable y vivía solo. Al no haberle oído hablar nunca de sus propios asuntos, nadie en los contornos sabía nada acerca de su pasado ni de sus parientes, si es que los tenía. Sin resultar especialmente grosero ni desdeñoso en sus maneras o en sus palabras, conseguía ser inmune a una curiosidad impertinente, aunque libre de la mala fama con la que normalmente aquélla suele vengarse cuando se la desconcierta; por lo que yo sé, el renombre del señor Eckert como asesino reformado o como pirata retirado del Caribe no había llegado a oídos de nadie en Marión. Su medio de vida era el cultivo de una pequeña granja, no muy productiva.

Un día desapareció, y la búsqueda prolongada de sus vecinos no consiguió encontrarle ni arrojó luz alguna sobre su paradero o las razones de su desaparición. Nada indicaba que hubiera hecho preparativos para la marcha: todo estaba como podría haberlo dejado para ir a la fuente a llenar un cubo de agua. Durante algunas semanas poco más se habló de ello en la región; después, «el viejo Eckert» se convirtió en un relato local para los oídos de los forasteros. Desconozco lo que se hizo con sus propiedades; sin duda, lo correcto, lo que la ley mandara. La casa seguía allí, todavía vacía y en condiciones muy deterioradas, cuando oí hablar de ella por última vez, unos veinte años más tarde.

Desde luego, llegó a considerarse que estaba «encantada», y se contaban las acostumbradas historias de luces que se movían, sonidos lastimeros y apariciones asombrosas. En cierto momento, unos cinco años después de la desaparición, estos relatos de tinte sobrenatural llegaron a ser tan abundantes, o por algunas circunstancias que los confirmaban parecieron tan importantes, que algunos de los ciudadanos más serios de Marión creyeron conveniente investigar y organizaron a tal fin una reunión nocturna en el local. Los interesados en esta empresa eran: John Holcomb, boticario; Wilson Merle, abogado; y Andrus C. Palmer, maestro de la escuela pública. Todos ellos hombres de importancia y reputación. Su intención era reunirse en casa de Holcomb a las ocho de la tarde del día fijado y dirigirse juntos al

escenario de su vigilia, donde se habían hecho algunos preparativos para su comodidad, como un abastecimiento de leña y similares, pues era invierno.

Palmer faltó a la cita, y tras media hora de espera los otros dos se marcharon a la casa de Eckert sin él. Se acomodaron en la habitación principal, donde encendieron un fuego vivo y, sin más luz que la que él producía, se dispusieron a esperar los acontecimientos. Se había acordado hablar lo menos posible: ni siquiera volvieron a intercambiar opiniones sobre la desertión de Palmer, tema que había ocupado sus mentes en el camino.

Debía de haber pasado una hora sin que se produjera incidente alguno, cuando escucharon (no sin emoción, desde luego) el ruido de una puerta que se abría en la parte posterior de la casa, seguido por el de unas pisadas en la habitación contigua a aquella en la que se encontraban. Los investigadores se pusieron en pie y se prepararon para lo que pudiera ocurrir sin hacer movimiento alguno. Hubo un largo silencio, aunque ninguno de los dos supo luego definir lo que duró. Entonces la puerta que conectaba las dos habitaciones se abrió y entró un hombre.

Era Palmer. Estaba pálido, como asustado; tan pálido como se habían quedado los otros dos. Su actitud era también singularmente distraída: no respondió a sus saludos ni les dirigió la mirada, sino que cruzó despacio la habitación a la luz del fuego agonizante y, tras abrir la puerta principal, se perdió en la oscuridad.

Parece que la primera explicación que se les ocurrió a ambos era que Palmer había sufrido un fuerte susto por algo que había visto, oído o imaginado en la habitación trasera, que le había privado de los sentidos. Impulsados por el mismo sentimiento de amistad echaron a correr tras él. ¡Pero ni ellos ni ninguna otra persona volvió a ver o a saber de Andrus Palmer!

Esto fue lo que se descubrió a la mañana siguiente. Durante la reunión de los señores Holcomb y Merle en la «casa encantada» había caído una capa de nieve limpia de varias pulgadas de espesor sobre la antigua, ya sucia. Se podían apreciar en ella las huellas de Palmer desde su casa en el pueblo hasta la puerta trasera de la casa de Eckert. Pero allí terminaban: a partir de la puerta principal no había más marcas que las dejadas por los dos hombres que juraban ir detrás de Palmer. La desaparición de Palmer fue tan completa como la del propio «viejo Eckert», a quien, como era de esperar, el director de un periódico acusó muy gráficamente de haber «alargado la mano y habérselo llevado».

La casa espectral

En la carretera que va desde Manchester, al este de Kentucky, hacia el Norte, a Booneville, que se encuentra a veinte millas, había en 1862 una plantación con una

casa de madera, en cierto modo de mejor calidad que la mayoría de las viviendas de la región. Al año siguiente la casa fue destruida por el fuego causado probablemente por unos rezagados de las columnas del general George W. Morgan, que se retiraban hacia el río Ohio después de ser expulsados del desfiladero de Cumberland por el general Kirby Smith. En el momento de su destrucción llevaba deshabitada cuatro o cinco años. Los campos de alrededor estaban plagados de zarzamoras, sin vallas, y hasta las pocas viviendas de los negros, y el resto de los cobertizos en general, aparecían en parte en ruinas a causa del abandono y del pillaje. Porque los negros y los blancos pobres de la vecindad encontraban en el edificio y en las vallas un abundante suministro de combustible, del que se aprovechaban sin dudarlo, abiertamente y a la luz del día. Y sólo de día; después de anochecer ningún ser humano, salvo los forasteros que por allí pasaban, se acercaba al lugar.

Se la conocía como la «Casa Espectral». Que en ella moraban espíritus malignos, visibles, audibles y activos, no era puesto en duda por nadie en aquella región, no más que lo que el predicador ambulante decía los domingos. La opinión del propietario a este respecto era desconocida; él y su familia habían desaparecido una noche y nunca se había encontrado rastro de ellos. Dejaron todo: los enseres domésticos, la ropa, las provisiones, los caballos en el establo, las vacas en el campo, los negros en sus viviendas; todo tal y como estaba. No faltaba nada, excepto un hombre, una mujer, tres niñas, un chico y un bebé. No era sorprendente en absoluto que una plantación en la que siete seres humanos podían desaparecer al mismo tiempo, y nadie se diera cuenta, resultara sospechosa.

Una noche de junio, en 1859, dos ciudadanos de Frankfort, el coronel J.C. McArdle, abogado, y el juez Myron Veigh, de la Milicia Estatal, se trasladaban de Booneville a Manchester. Sus asuntos eran tan importantes que decidieron continuar el viaje a pesar de la oscuridad y del retumbar de una tormenta que se aproximaba, y que finalmente estalló sobre ellos cuando pasaban por delante de la «Casa Espectral». El relampagueo era tan incesante que encontraron sin dificultad el camino de entrada que llevaba a un cobertizo, donde ataron los caballos y les quitaron los arreos. Después, bajo la lluvia, se dirigieron hacia la casa y llamaron a todas las puertas sin recibir respuesta alguna. Atribuyéndolo al continuo tronar de la tormenta, decidieron empujar una puerta; ésta cedió. Entraron sin más ceremonia y la cerraron. En aquel momento se encontraron a oscuras y en silencio. Por las ventanas y grietas no se veía ni un destello del resplandor de los incesantes rayos; ni un murmullo del horrible tumulto exterior llegaba hasta ellos. Era como si se hubieran quedado ciegos y sordos de repente, y McArdle dijo más tarde que por un momento creyó haber sido alcanzado por un rayo cuando traspasaba el umbral. El resto de la aventura quedó relatado en sus propias palabras, en el *Advocate* de Frankfort del 6 de agosto de 1876:

«Cuando conseguí recuperarme del aturdimiento de la transición del tumulto al silencio, mi primer impulso fue volver a abrir la puerta que había

cerrado, de cuyo pomo no era consciente de haber retirado la mano. Podía sentirlo claramente todavía entre los dedos. Mi idea era averiguar al salir de nuevo bajo la tormenta si había perdido la vista y el oído. Giré el pomo y abrí la puerta de un tirón. ¡Pero daba a otra habitación!

»Esta estancia estaba inundada por una tenue luz verdosa, cuya fuente no pude determinar, que hacía que todo se viera con claridad, aunque no de un modo definido. Digo todo, aunque en realidad los únicos objetos que había dentro de las desnudas paredes de piedra de aquella habitación eran cadáveres humanos. Eran unos ocho o diez (se podrá comprender fácilmente que no los contara). Sus edades y tamaños eran diversos, desde niños para arriba, y de ambos sexos. Todos estaban postrados en el suelo, salvo uno, el de una mujer joven sentada con la espalda apoyada en una esquina de la pared. Había otra mujer mayor que agarraba a un niño en sus brazos. Un mozo de mediana edad yacía boca abajo entre las piernas de un hombre barbudo. Uno o dos estaban prácticamente desnudos, y en la mano de una muchacha había un trozo de camión que debía de haberse arrancado del pecho ella misma. Los cuerpos presentaban distintos grados de putrefacción, y todos ellos tenían la cara y la figura muy apergaminadas. Algunos eran poco más que esqueletos.

»Mientras observaba horrorizado el espantoso espectáculo, con el tirador de la puerta aún en la mano, por alguna perversión inexplicable mi atención se desvió de aquella horrible escena y pasó a ocuparse de detalles y pequeñeces. Tal vez mi mente, por un instinto de conservación, buscó alivio en asuntos que pudieran relajar su peligrosa tensión. Entre otras cosas, observé que la puerta que mantenía abierta estaba hecha de pesadas planchas de hierro, con remaches. Equidistantes unos de otros y de arriba abajo, tres fuertes cerrojos sobresalían del canto biselado. Di media vuelta al pomo y se retiraron hasta quedar al nivel del borde; lo solté y salieron disparados. Tenía un sistema de muelles. Por dentro no había agarrador, ni ningún tipo de saliente, sólo una lisa superficie de hierro.

»Mientras advertía estas cosas con un interés y atención que ahora me asombra recordar, me sentí apartado bruscamente, y el juez Veigh, del que me había olvidado por completo debido a la intensidad y las vicisitudes de mis impresiones, me empujó hacia el interior de la habitación.

»—¡Por Dios! —exclamé—. ¡No entre ahí! ¡Marchémonos de este horroroso lugar!

»Pero no hizo caso de mis ruegos, y (tan intrépido como cualquier caballero del sur) se dirigió con rapidez hacia el centro de la habitación, se arrodilló junto a uno de los cuerpos para examinarlo con detenimiento y levantó suavemente la arrugada y ennegrecida cabeza entre sus manos. Un olor fuerte y desagradable llegó hasta la puerta, apoderándose completamente de mí. Mis sentidos se trastornaron; noté que me derrumbaba y, al agarrarme

al borde de la puerta para no caerme, se cerró con un chasquido.

»No recuerdo nada más. Seis semanas después recuperé la razón en un hotel de Manchester al que había sido llevado al día siguiente por unos extraños. Durante todo aquel tiempo había sufrido una fiebre nerviosa acompañada de un constante delirio. Me habían encontrado tirado en la carretera a varias millas de la casa; cómo había escapado de allí hasta llegar al camino es algo que nunca supe. Una vez repuesto, o tan pronto como los médicos me permitieron hablar, pregunté por el destino del juez Veigh, de quien (para tranquilizarme, según sé ahora) me decían que se encontraba bien y en casa.

»Nadie creyó una palabra de mi relato, pero ¿quién puede asombrarse? ¿Y quién podría imaginar mi tristeza cuando me enteré, al llegar a mi casa en Frankfort dos meses más tarde, de que no se sabía nada del juez Veigh desde aquella noche? Entonces lamenté amargamente el orgullo que me había impedido repetir mi increíble historia e insistir en su realidad, ya desde los primeros días que sucedieron a mi recuperación.

»Los lectores del *Advocate* ya están familiarizados con todo lo que ocurrió después: el examen de la casa, el fracaso en encontrar una habitación que correspondiera a la que yo había descrito, el intento de declararme loco, y mi triunfo sobre mis acusadores. Después de todos estos años todavía considero que las excavaciones que no tengo derecho legal de iniciar, ni la riqueza suficiente para llevar a cabo, revelarían el secreto de la desaparición de mi infeliz amigo, y posiblemente de los anteriores ocupantes y propietarios de la abandonada y hoy destruida casa. No desespero sin embargo de realizar tal búsqueda, y es una fuente de profunda tristeza para mí el que haya sido retrasada por la hostilidad inmerecida y la incredulidad imprudente de los familiares y amigos del fallecido juez Veigh.

El coronel McArdle murió en Frankfort el trece de diciembre de 1879.

Los otros huéspedes

—Para coger ese tren —dijo el coronel Levering, sentado en el hotel Waldorf-Astoria— tendrá que pasar casi toda la noche en Atlanta. Es una ciudad bonita, pero le aconsejo que no se aloje en el Breathitt House, uno de los hoteles más importantes. Es un viejo edificio de madera que tiene una urgente necesidad de reparación. Hay grietas en las paredes por las que cabe un gato. Las habitaciones no tienen cerrojos en las puertas, ni más muebles que una simple silla y un somier sin ropa de cama, y sólo

un colchón. Ni siquiera puedes estar seguro de disfrutar de estas escasas comodidades en exclusiva. Amigo, es un hotel de lo más abominable.

»La noche que pasé allí fue muy incómoda. Llegué tarde y fui conducido a una habitación del piso bajo por un portero de noche lleno de disculpas que, con gran consideración, me dejó la vela de sebo que llevaba. Dos días y una noche de duro viaje por ferrocarril me habían agotado y todavía no me había recuperado totalmente de una herida de bala en la cabeza recibida en un altercado. En vez de buscar un alojamiento mejor, me eché en el colchón sin quitarme la ropa y me dormí.

»Me desperté de madrugada. La luna había salido y brillaba a través de una ventana sin cortinas, iluminando la habitación con una suave luz azulada que producía un cierto efecto misterioso, aunque he de decir que su apariencia no era inusual; la luz de la luna siempre es así si te fijas. ¡Imagina mi sorpresa e indignación cuando vi el suelo ocupado por al menos una docena más de huéspedes! Me incorporé maldiciendo con la mayor seriedad a la administración de aquel hotel increíble, y cuando estaba a punto de ponerme en pie para ir a montar un lío al portero, el de las disculpas y la vela, hubo algo en aquella situación que me hizo sentir una extraña indisposición a moverme. Supongo que, como diría un escritor, me había quedado «helado por el terror». ¡Porque obviamente todos aquellos hombres estaban muertos!

»Yacían de espaldas, dispuestos ordenadamente en tres lados de la habitación, con los pies mirando a la pared; en el otro lado, el que quedaba, estaban mi cama y una silla. Tenían las caras cubiertas, pero debajo de aquellos paños blancos las características de los dos cuerpos que reposaban cerca de la ventana, sobre la mancha cuadrada de la luz de la luna, presentaban un perfil de nariz y barbilla afilado.

»Creía que se trataba de una pesadilla e intenté gritar, como se hace cuando uno tiene un mal sueño, pero no podía emitir sonido alguno. Por fin, haciendo un esfuerzo desesperado, me puse en pie, pasé entre las dos filas de rostros tapados y los dos cuerpos que había junto a la puerta y huí de aquel lugar infernal con dirección a la oficina. El portero estaba allí sentado, detrás de un escritorio, a la luz de otra vela de sebo; sentado y mirando. Ni se levantó: mi brusca irrupción no pareció producirle efecto alguno, aunque supongo que yo debía tener el aspecto de un verdadero cadáver. Entonces me di cuenta de que realmente antes no me había fijado bien en aquel tipo. Era pequeño, con una cara descolorida y los ojos más blancos e inexpresivos que nunca he visto. No había en él más expresión que en el dorso de mi mano. Llevaba un traje de un sucio color gris.

»—¡Maldición! —exclamé— ¿Qué es lo que pretende?

»Pero daba lo mismo, estaba temblando como una hoja agitada por el viento y no reconocí mi propia voz.

»El portero se puso en pie, se inclinó (con aire de pedir perdón) y, bueno... desapareció; en aquel momento sentí por detrás que alguien apoyaba su mano sobre mi hombro. ¡Imagínatelo si puedes! Con un miedo cerval, di media vuelta y me

encontré con un caballero gordo, de cara agradable, que me preguntó:

»—¿Qué le sucede, amigo?

»No tardé mucho en decírselo, pero, antes de que terminara, él también se puso pálido.

»—Míreme —dijo—, ¿está usted diciendo la verdad?

»En ese momento yo ya había conseguido sobreponerme, y el terror había dejado paso a la indignación.

»—¡Si se atreve a dudarlo —le espeté— le machaco a golpes!

»—No —contestó—, no lo haga; siéntese y yo le contaré. Esto no es un hotel. Lo fue, y después un hospital. Ahora está deshabitado, a la espera de alguien que lo quiera alquilar. La habitación a la que usted se refiere era la habitación de los muertos; allí siempre había muchos muertos. El tipo al que usted llama portero solía serlo, pero más tarde se encargaba de registrar a los pacientes que llegaban. No comprendo qué hace ahora aquí. Hace unas cuantas semanas que murió.

»—¿Y usted quién es? —le pregunté.

»—Oh, yo me encargo de cuidar el local. Pasaba por aquí, vi luz y entré a investigar. Vamos, echemos un vistazo a esa habitación —añadió levantando del escritorio aquella vela que chisporroteaba.

»—¡Antes vería al mismísimo demonio! —exclamé saliendo rápidamente a la calle.

»Amigo, ese Breathitt House de Atlanta es un lugar maldito. No se aloje allí.

—¡No quiera Dios! La visión que usted ha dado de él no sugiere comodidad, desde luego. A propósito, coronel, ¿cuándo ocurrió todo eso?

—En septiembre de 1864, poco después del estado de sitio.

Una cosa en Nolan

Al sur de donde se cruzan la carretera que va de Leesville a Hardy, en el estado de Missouri, y el brazo este del río May, existe una casa abandonada. Nadie ha vivido en ella desde el verano de 1879, por lo que se está desmoronando a pasos agigantados. Durante los tres años anteriores a la fecha mencionada estuvo ocupada por la familia de Charles May, uno de cuyos antepasados dio nombre al río junto al cual se encuentra. La familia del señor May estaba formada por la esposa, un hijo mayor y dos chicas. El hijo se llamaba John; los nombres de las hijas son desconocidos para el autor de estos apuntes.

John May era de carácter taciturno y malhumorado, poco propenso a la ira, y con un don inusual: un odio resentido, implacable. Su padre era todo lo contrario. De temperamento alegre y jovial, aunque con un gran genio que se incendiaba como una

llama en una brizna de paja. No abrigaba resentimientos y buscaba rápidamente la reconciliación una vez aplacada su ira. Tenía un hermano, que vivía cerca de allí, y que poseía un carácter muy distinto al suyo; toda la vecindad decía que John había heredado la forma de ser de su tío.

Un día se produjo un malentendido entre padre e hijo; hubo duras palabras, y el padre dio un puñetazo al hijo en la cara. John se secó con lentitud la sangre que le había causado el golpe, clavó los ojos en el agresor ya arrepentido y dijo con frialdad: «Morirás por esto».

Estas palabras fueron oídas por los hermanos Jackson, que se acercaban a ellos en aquel momento; pero, al verles enzarzados en una discusión pasaron de largo y, al parecer, inadvertidos. Charles May relató después el desgraciado acontecimiento a su esposa y le explicó que le había pedido excusas a su hijo por el precipitado golpe, pero había sido inútil. El joven no sólo rechazaba las disculpas, sino que se negaba a retirar su terrible amenaza. A pesar de todo no hubo una ruptura abierta de relaciones: John siguió viviendo con la familia y las cosas continuaron como siempre.

Un domingo por la mañana, en junio de 1879, unas dos semanas después de que ocurrieran estos hechos, Charles May salió de la casa inmediatamente después del desayuno, con una pala. Dijo que iba a abrir un agujero en una fuente que se encontraba a una milla de distancia, en el bosque, para que el ganado tuviera agua. John se quedó en la casa durante unas horas, ocupado en afeitarse, escribir cartas y leer el periódico. Su disposición era la usual, quizá parecía un poco más malhumorado y hosco.

Se marchó a las dos. Regresó a las cinco. Por alguna razón no relacionada con un interés especial en sus movimientos, la hora de salida y de llegada fue advertida por su madre y sus hermanas, tal y como quedó atestiguado en su proceso por asesinato. Les llamó la atención que su ropa estuviera húmeda en algunas zonas, como si (así lo señaló la acusación) hubiera intentado borrar manchas de sangre. Su actitud era extraña, su aspecto salvaje. Aduciendo que se encontraba enfermo, se fue a su cuarto y se acostó.

Charles May no regresó. Los vecinos más cercanos fueron alertados a la caída de la tarde, y durante aquella noche y el día siguiente se llevó a cabo su búsqueda por el bosque donde se encontraba la fuente. No se produjo otro resultado que el descubrimiento de las huellas de los dos hombres en la arcilla que había alrededor de la fuente. John May, mientras tanto, había empeorado de lo que el médico local denominó fiebre cerebral, y en su delirio hablaba de asesinato, pero sin decir quién creía que había sido asesinado, ni a quién culpaba del hecho. Pero los hermanos Jackson sacaron a relucir aquella amenaza; fue arrestado como sospechoso y un *sheriff* se encargó de vigilarle en su casa. La opinión pública se puso rápidamente en contra de John y, de no haber sido por la enfermedad, habría sido colgado por la muchedumbre. Estando así las cosas, el martes se convocó una reunión de los vecinos y se nombró un comité para que se encargara del caso y tomara las medidas que

fueran oportunas.

Para el miércoles todo había cambiado. De la ciudad de Nolan, que está a unas ocho millas, llegó una historia que arrojó una luz completamente diferente sobre el asunto. Nolan constaba de una escuela, una herrería, una tienda y media docena de viviendas. La tienda era dirigida por un tal Henry Odell, primo de Charles May. La tarde del domingo en que desapareció May, el señor Odell y cuatro vecinos suyos, hombres de confianza, estaban sentados en la tienda, fumando y charlando. El día era caluroso, y las dos puertas, la de delante y la de atrás, estaban abiertas. A eso de las tres, Charles May, a quien tres de ellos conocían, entró por la puerta principal y pasó hacia el fondo. Iba sin abrigo ni sombrero. No les miró, y tampoco les devolvió el saludo, circunstancia que no les sorprendió porque estaba gravemente herido. Sobre la ceja izquierda tenía una herida, un profundo corte del que brotaba sangre que le cubría toda la parte izquierda de la cara y del cuello y empapaba su camisa gris. Aunque parezca mentira, la idea predominante en las mentes de los presentes era que había mantenido una pelea y se dirigía al arroyo que había detrás de la casa para lavarse.

Tal vez se produjo un sentimiento de delicadeza, un detalle característico de la etiqueta de las regiones apartadas, que les contuvo a la hora de seguirle y ofrecerle ayuda; las actas del juicio, de donde está extraído principalmente este relato, tan solo mencionan el hecho. Esperaron a que volviera, pero no lo hizo.

Limitando el arroyo, detrás de la tienda, un bosque se extiende unas seis millas hasta las colinas de Medicine Lodge. Tan pronto como se supo en los contornos de la casa del desaparecido que había sido visto en Nolan, se produjo un cambio repentino en el estado de ánimo y en la disposición de la gente. El comité de vigilancia dejó de existir sin cumplir la formalidad de llegar a una resolución. La búsqueda por las tierras boscosas en torno al río May se interrumpió y casi toda la población masculina de la región se trasladó a la zona de Nolan y de las colinas de Medicine Lodge. Pero no se encontró rastro alguno de aquel hombre.

Una de las extrañas circunstancias de este extraño caso es el procesamiento formal y posterior juicio por el asesinato de un hombre cuyo cuerpo nadie afirmaba haber visto, ni nadie sabía que hubiera muerto. Conocemos más o menos los caprichos y extravagancias de la ley fronteriza, pero este ejemplo, según se cree, es único. Sea como fuere, está constatado que al recobrase de su enfermedad John May fue procesado por el asesinato de su padre. El abogado de la defensa, al parecer, no tuvo nada que objetar y el caso fue considerado en relación con sus circunstancias. El fiscal se mostró apocado y superficial; la defensa estableció fácilmente una coartada en lo referente al occiso. Si en el momento en que John May debía de haber asesinado a Charles May, si es que lo hizo, Charles May se encontraba a varias millas de distancia de donde John May debía de haber estado, es evidente que el occiso debió de encontrar la muerte a manos de algún otro.

John May fue absuelto, abandonó el país enseguida y no se ha vuelto a saber nada

de él desde aquel día. Poco después, su madre y hermanas dejaron St. Louis. Al pasar la granja a manos de un individuo, que es dueño también de las tierras colindantes, en las que tiene su propia vivienda, la casa May quedó vacía y desde entonces tiene la misteriosa reputación de estar encantada.

Un día, después de que la familia May hubiera dejado aquella tierra, unos niños que jugaban en los bosques que hay en torno al río May, encontraron oculta bajo una capa de hojas secas, aunque parcialmente a la vista por el hozar de los cerdos, una pala. Estaba casi nueva y limpia, a no ser por una mancha de sangre y orín que tenía en el borde. Las iniciales «C.M.» aparecían grabadas en el mango de la herramienta.

Este descubrimiento reavivó en cierto grado la emoción pública suscitada en los meses anteriores. Se examinó cuidadosamente la tierra del lugar en que había sido encontrada la pala, y el resultado fue el descubrimiento del cadáver de un hombre. Había sido enterrado a unos dos o tres pies de profundidad y el lugar había sido cubierto con una capa de hojas secas y ramas. No parecía muy descompuesto, hecho que se atribuyó a alguna propiedad conservadora de aquel terreno, rico en mineral.

Encima de la ceja izquierda presentaba una herida, un profundo corte del que había manado sangre, que le cubrió toda la parte izquierda de la cara y del cuello y manchó su camisa gris. El cráneo había resultado partido por el golpe. Ese cuerpo era el de Charles May.

Pero ¿qué fue entonces lo que pasó por la tienda del señor Odell en Nolan?

DESAPARICIONES MISTERIOSAS

La dificultad de cruzar un campo

Una mañana de julio de 1854 un colono llamado Williamson, que vivía a unas seis millas de Selma, Alabama, estaba sentado con su mujer y su hijo en la terraza de su vivienda. Delante de la casa había una pradera de césped que se extendía unas cincuenta yardas hasta llegar a la carretera pública, o «la pista», como solían llamarla. Más allá de esta carretera había un prado de unos diez acres, recién segado, completamente llano y sin un árbol, roca, o cualquier otro objeto natural o artificial en su superficie. En aquel momento no había en el campo ni siquiera un animal doméstico. Al otro lado del prado, en otro campo, una docena de esclavos trabajaban bajo la vigilancia de un capataz.

Arrojando la punta de un cigarro, el colono se puso en pie y dijo:

—He olvidado hablarle a Andrew de los caballos.

Andrew era el capataz.

Williamson echó a andar con calma por el paseo de gravilla, arrancando alguna flor a su paso, cruzó la carretera y llegó al prado. Mientras cerraba la verja de entrada se detuvo un momento a saludar a su vecino Armour Wren, que vivía en la plantación de al lado y pasaba por allí. El señor Wren iba en un coche abierto, acompañado de su hijo James, un muchacho de trece años. Cuando se alejaron unas doscientas yardas del lugar en el que se habían encontrado, el señor Wren dijo a su hijo:

—He olvidado hablarle al señor Williamson de los caballos.

El señor Wren había vendido al señor Williamson unos caballos que iban a ser enviados ese mismo día, pero, por alguna razón que ahora no se recuerda, no iban a poder ser entregados hasta el día siguiente. El señor Wren indicó al cochero que diera la vuelta y, mientras el vehículo giraba, los tres vieron a Williamson cruzando lentamente los pastos. En aquel momento uno de los caballos del coche dio un traspie y estuvo a punto de caer. No había hecho más que recobrarse cuando James Wren exclamó: —Pero bueno, padre, ¿qué ha sido del señor Williamson?

No es el propósito de esta narración responder a esa pregunta.

La extraña relación que el señor Wren hizo de los hechos, expresada bajo juramento durante el curso de los procedimientos legales vinculados con la herencia de Williamson, es la siguiente:

«La exclamación de mi hijo me obligó a dirigir la mirada hacia el lugar en el que había visto al difunto (*sic*) un instante antes, pero ya no estaba allí, ni en ningún otro sitio visible. No puedo afirmar que en aquel momento

estuviera muy sorprendido, ni que fuera consciente de la gravedad de la situación, aunque la consideré extraña. Mi hijo, sin embargo, estaba muy asombrado y siguió repitiendo la pregunta de diversas maneras hasta que llegamos a la verja. Mi cochero negro, Sam, también se encontraba muy afectado, incluso en mayor grado, pero tuve más en cuenta la actitud de mi hijo que lo que el otro pudiera haber observado. (Esta frase aparecía tachada en la declaración). Cuando bajamos del carruaje, y mientras Sam colgaba (*sic*) el tiro a la valla, la señora Williamson, con su pequeño en brazos y seguida de varios criados, venía corriendo por el paseo, muy excitada y gritando: “¡Se ha ido! ¡Se ha ido! ¡Oh, Dios mío! ¡Es horrible!”; y otras exclamaciones parecidas que ahora no recuerdo con claridad. Me dio la impresión de que se referían a algo más que a la mera desaparición de su marido, aun cuando ésta hubiera ocurrido ante sus propios ojos. Su actitud era alocada, aunque no más, creo, de lo normal en aquellas circunstancias. No tengo razones para pensar que en aquel momento hubiera perdido la cabeza. Desde entonces nunca he vuelto a ver ni a saber nada del señor Williamson».

Este testimonio, como podía esperarse, fue corroborado en casi todos los detalles por el otro único testigo presencial (si es que éste es el término apropiado), el joven James. La señora Williamson había perdido la razón y, por otra parte, no era adecuado tomar declaración a los criados. James Wren había declarado al principio que vio la desaparición, pero nada de ello aparece en la declaración que hizo en el juicio. Ninguno de los braceros que estaban trabajando en el campo al que el señor Williamson se dirigía le habían visto, y el registro riguroso de toda la plantación y de los campos colindantes no proporcionó la menor pista. Los relatos más monstruosos y grotescos, inventados por los negros, fueron frecuentes en aquella parte del Estado durante muchos años, y probablemente todavía lo son; pero lo que aquí ha sido relatado es todo lo que se sabe con certeza de aquel asunto. Los jueces decidieron que Williamson había muerto y su herencia se distribuyó de acuerdo con la ley.

Una carrera inacabada

James Burne Worson era un zapatero que vivía en Leamington, en el condado de Warwickshire, Inglaterra. Tenía un pequeño taller en uno de los caminos poco transitados que confluían en la carretera que llevaba a Warwick. En su humilde actividad se le consideraba un hombre honrado, aunque como muchos otros de su clase en los pueblos ingleses era muy aficionado a la bebida. Cuando estaba ebrio era capaz de hacer las apuestas más alocadas. En una de aquellas ocasiones, demasiado

frecuentes, hizo alarde de su habilidad como caminante y atleta, y el resultado fue una prueba contra la naturaleza. Por un soberano se comprometió a ir corriendo hasta Coventry y volver, una distancia de algo más de cuarenta millas. Esto ocurrió el 3 de septiembre de 1873. Se puso en camino enseguida; el hombre con el que había hecho la apuesta, cuyo nombre no se recuerda, acompañado de Barham Wise, comerciante de paños, y Hamerson Burns, fotógrafo, le siguieron en una carreta.

Durante varias millas Worson marchó muy bien, con paso suelto y sin fatiga aparente, pues verdaderamente tenía una gran resistencia y no iba lo suficientemente ebrio como para menoscabarla. Los tres individuos de la carreta se mantenían a corta distancia detrás de él, tomándole el pelo o animándole de vez en cuando, según el humor del momento. De repente, en medio de la carretera, a menos de doce yardas de donde ellos se encontraban con los ojos fijos en él, Worson dio un traspíe y, desplomándose hacia delante, emitió un tremendo grito y desapareció. No llegó a caer al suelo; desapareció antes de rozarlo. Nunca se encontró ni rastro de él.

Después de dar vueltas por el lugar durante un tiempo sin saber qué hacer, los tres hombres regresaron a Leamington, donde contaron la asombrosa historia y fueron posteriormente arrestados. Pero tenían buena reputación, siempre se les había considerado sinceros, estaban sobrios en el momento del suceso y nunca se descubrió nada que desacreditara la exposición que hicieron bajo juramento de su extraordinaria aventura, en relación a cuya verdad, sin embargo, la opinión pública apareció dividida a lo largo del Reino Unido. Si tenían algo que ocultar, su elección de los métodos es, con toda seguridad, una de las más sorprendentes jamás realizadas por hombres cuerdos.

El rastro de Charles Ashmore

La familia de Christian Ashmore estaba formada por su esposa, su madre, dos hijas mayores y un hijo de dieciséis años. Vivían en Troy, en el estado de Nueva York, eran gente pudiente y respetable, y tenían muchos amigos, algunos de los cuales, al leer estas líneas, sin duda tendrán noticia por primera vez del extraordinario destino de aquel joven. Desde Troy, los Ashmore se trasladaron en 1871 o 1872 a Richmond, en Indiana, y un año o dos más tarde a la región de Quincy, en Illinois, donde el señor Ashmore compró una granja en la que vivió. A corta distancia de esa granja había una fuente de la que manaba constantemente un agua clara y fresca, de la que la familia se abastecía para uso doméstico en todas las estaciones del año.

En la noche del 9 de noviembre de 1878, a eso de las nueve, el joven Charles Ashmore abandonó el círculo familiar en torno al fuego, cogió un cubo de estaño y se encaminó hacia la fuente. Como no regresaba, la familia comenzó a intranquilizarse

y, dirigiéndose a la puerta por la que había salido, su padre empezó a gritar sin recibir respuesta alguna. Encendió entonces una linterna y, en compañía de la hija mayor, Martha, que insistió en ir con él, emprendió su búsqueda. Había nevado ligeramente y, aunque el camino había sido borrado, se podía distinguir el rastro del joven: sus huellas aparecían marcadas con claridad. Después de recorrer poco más de la mitad del camino, unas setenta y cinco yardas, el padre, que iba el primero, se detuvo y, elevando la linterna, escrutó en la oscuridad que se abría ante él.

—¿Qué pasa, padre? —preguntó la muchacha.

Esto era lo que pasaba: el rastro del joven terminaba de repente, y más adelante todo era nieve lisa, sin hollar. Las últimas huellas se distinguían con tanta claridad como las del resto de la estela; hasta las señales de los clavos eran apreciables. El señor Ashmore miró hacia arriba, colocando su sombrero entre los ojos y la linterna. Las estrellas brillaban; no había ni una nube en el cielo. La explicación que se había dado a sí mismo, por muy dudosa que hubiera sido (una nueva nevada con un límite tan claramente definido), cayó por su propio peso. Describiendo un amplio círculo alrededor de las últimas huellas, con el fin de dejarlas como estaban para un posterior examen, el hombre prosiguió su camino hasta la fuente, con la joven detrás, desfallecida y asustada. Ninguno había dicho una palabra acerca de lo que ambos habían visto. La fuente aparecía cubierta por un hielo de horas.

De regreso a la casa advirtieron que había nieve a ambos lados del camino y en todo su recorrido. No había ninguna huella en él.

La luz del día no evidenció nada más. Lisa, sin huellas, intacta, la fina capa de nieve lo cubría todo.

Cuatro días después la afligida madre en persona fue a por agua a la fuente. Cuando regresó contó que, al pasar por el lugar en el que las huellas habían desaparecido, escuchó la voz de su hijo y que ella le había llamado con impaciencia mientras daba vueltas por el paraje, pues le había parecido que la voz venía unas veces en una dirección y otras en otra, hasta que se sintió agotada por el cansancio y la emoción. Al preguntarle lo que había dicho la voz, fue incapaz de repetirlo, aunque afirmó que las palabras eran perfectamente claras. En un instante toda la familia se dirigió al lugar, pero no oyeron nada, y llegaron a la conclusión de que la voz era una alucinación producida por la gran ansiedad de la madre y sus trastornados nervios. Pero luego, durante meses, a intervalos irregulares de unos cuantos días, la voz volvió a ser oída por varios miembros de la familia y por otra gente. Todos declararon que, sin lugar a dudas, se trataba de la voz de Charles Ashmore; todos coincidieron en que parecía venir de muy lejos, pues era muy débil, y en que la claridad de su articulación era completa. Sin embargo, ninguno pudo determinar su procedencia, ni repetir sus palabras. Los intervalos de silencio se hicieron cada vez mayores, y la voz cada vez más débil y lejana, hasta que, hacia la mitad del verano, dejó de oírse.

Si alguien conoce el destino de Charles Ashmore, es probablemente su madre. Pero ha muerto.

Con la ciencia al frente

En relación con este asunto de la «desaparición misteriosa», de la que hay abundantes ejemplos en cada memoria, viene al caso citar la teoría del doctor Hern, de Leipsic; no a modo de explicación, a no ser que el lector quiera tomarla en ese sentido, sino por su intrínseco interés como especulación singular. Este distinguido científico ha expuesto sus opiniones en un libro titulado *Verschwinden und Seine Theorie*, que ha atraído cierta atención, «en especial —dice un escritor—, entre los seguidores de Hegel y los matemáticos que defienden la existencia del llamado espacio no euclídeo, es decir, el que tiene más dimensiones que las de longitud, anchura y espesor; espacio en el que sería posible hacer un nudo en una cuerda sin fin y darle la vuelta a una pelota de goma sin “solución de continuidad” o, en otras palabras, sin romperla ni abrirla».

El doctor Hern cree que en el mundo visible hay lugares vacíos, *vacua* o algo así, agujeros, como si dijéramos, a través de los cuales los objetos animados e inanimados pueden caer en un mundo invisible y no volver a ser vistos ni oídos. La teoría dice más o menos así: el espacio está impregnado de éter lumínico, que es algo material; una sustancia parecida al aire o al agua, aunque infinitamente más atenuada. Toda fuerza, todas las formas de energía deben propagarse en ese medio; todo proceso que tiene lugar, tiene lugar en él. Pero supongamos que existen cavidades en este medio, por otra parte universal, del mismo modo que existen cavernas en la tierra o agujeros en el queso suizo. En tales cavidades no habría absolutamente nada. Sería un vacío tal que jamás podría reproducirse por medios artificiales; porque si extraemos el aire de un recipiente, el éter lumínico permanece en él. A través de dichas cavidades no podría pasar la luz, porque no encontraría ningún soporte. El sonido tampoco podría salir de ellas; no se podría percibir nada. No habría ni una sola de las condiciones necesarias para la acción de nuestros sentidos. En resumen, en un vacío de ese tipo no podría ocurrir nada. Ahora, en palabras del escritor anteriormente citado, pues el sabio doctor no lo explicó en ningún sitio de un modo tan conciso: «Un hombre encerrado en un espacio así no podría ver ni ser visto; oír ni ser oído; sentir ni ser sentido; ni vivir ni morir, porque tanto la vida como la muerte son procesos que sólo pueden tener lugar donde hay energía, y en un espacio vacío la energía no podría existir». ¿Son éstas las horribles condiciones (preguntará alguno) bajo las que los amigos de los desaparecidos han de pensar que ellos existen, y estarán por siempre condenados a existir?

De modo escueto e imperfecto como aquí se ha enunciado, la teoría del doctor Hern, en tanto que declara ser una explicación adecuada de «misteriosas desapariciones», está expuesta a muchas objeciones evidentes; al menos tal y como la enuncia en la «espaciosa volubilidad» de su libro. Pero incluso la exposición que hace su autor no explica los hechos relatados en estos apuntes y, a decir verdad, es incompatible con algunos de ellos: por ejemplo, el sonido de la voz de Charles

Ashmore. Pero yo no soy quién para otorgar afinidad a los hechos y a las teorías.

A.B.

LA ELOCUENCIA DE LOS FANTASMAS

Testigo de un ahorcamiento

Un anciano llamado Daniel Baker, que vivía cerca de Lebanon (Iowa), fue acusado por sus vecinos de asesinar a un vendedor ambulante al que había permitido pernoctar en su casa. Esto ocurrió en 1853, cuando la venta ambulante era mucho más usual que ahora en el oeste y realizarla implicaba un peligro considerable. Los buhoneros, con sus fardos al hombro, recorrían el país por caminos desiertos y se veían obligados a buscar la hospitalidad de los granjeros. De esta forma entraban en contacto con extraños personajes, algunos de los cuales no tenían el menor escrúpulo a la hora de ganarse la vida por medios que consideraban aceptables, como por ejemplo el asesinato. De vez en cuando se oía contar que uno de esos vendedores había llegado a casa de un tipo violento con su hato vacío y su bolsa llena y nadie había vuelto a saber más de él. Eso fue lo que ocurrió en el caso del «viejo Baker», como todos le llamaban (en los poblados del oeste sólo se da tal apelativo a los ancianos a los que, al ser rechazados socialmente, se les echa en cara la edad): un buhonero llegó a su casa y no volvió a salir.

Siete años más tarde, el reverendo Cummings, sacerdote baptista conocido en la región, iba una noche con su carreta por los alrededores de la granja de Baker. No era noche cerrada, pues por encima del velo de niebla que cubría el terreno se podía ver la luna. El reverendo, tan alegre como siempre, iba silbando una canción que de cuando en cuando interrumpía para dirigir unas palabras de aliento a su caballo. Al llegar a un pequeño puente sobre una rambla vio una figura humana claramente perfilada contra el fondo gris del bosque brumoso. Sin duda era un buhonero, pues llevaba algo a la espalda y empuñaba una gruesa vara. Parecía abstraído, como si estuviera sonámbulo. El reverendo detuvo la carreta al pasar a su lado y, con un amable saludo, le invitó a subir, «si es que vamos en la misma dirección», añadió. El individuo levantó la cabeza y le miró a la cara, pero siguió inmóvil y en silencio. El señor Cummings, con su característica insistencia, repitió la invitación. Entonces la figura señaló con su mano derecha en dirección a la parte inferior del puente. El reverendo echó una mirada y, como no veía nada especial, fue a dirigirse de nuevo al buhonero: pero el buhonero había desaparecido. El caballo, que hasta entonces se había mantenido sorprendentemente tranquilo, soltó un relincho y salió despavorido. Cuando el señor Cummings quiso hacerse con él, ya estaban en lo alto de una colina, a cien yardas del puente. Al mirar hacia él volvió a ver la figura, en el mismo sitio y con la misma actitud que la primera vez. Entonces, consciente de que algo sobrenatural estaba ocurriendo se dirigió hacia su casa a toda brida.

Al llegar contó a su familia lo ocurrido y a la mañana siguiente, muy temprano, volvió al lugar acompañado por dos vecinos, John White Corwell y Abner Raiser. El cuerpo del viejo Baker colgaba por el cuello de uno de los travesaños del puente, justo debajo del lugar en el que el reverendo había visto la aparición. Una gruesa capa de polvo, húmeda a causa de la niebla, cubría el suelo, pero las únicas huellas apreciables eran las del caballo.

Al descolgar el cadáver, los hombres removieron con sus pisadas el terreno blando y movedizo y descubrieron unos restos humanos que, debido a la acción del agua y de la escarcha, estaban ya casi a la vista. Fueron identificados como los del buhonero desaparecido. En la doble investigación que se llevó a cabo, el juez dictaminó que Daniel Baker se había quitado la vida en un momento de enajenación y que Samuel Moritz había sido asesinado por alguien cuya identidad se desconocía.

Un saludo frío

Éste es el relato que el difunto Benson Foley de San Francisco contó:

«En el verano de 1881 conocí a un tipo de Franklin (Tennessee) llamado James H. Conway. Había venido a San Francisco en busca de un clima saludable (¡pobre iluso!) y traía una carta de presentación del señor Lawrence Barting, al que yo había conocido durante la guerra civil. En aquella época el señor Barting era capitán del ejército federal; al acabar la guerra se estableció en Franklin y, con el tiempo, se convirtió en un abogado de prestigio. Siempre me pareció un hombre sincero y honrado, y la cordial amistad que expresaba en su carta por el señor Conway fue para mí prueba suficiente de que éste merecía mi estima y confianza. Una noche, mientras cenábamos, Conway me contó que Barting y él habían acordado solemnemente que el primero que muriera intentaría comunicarse con el otro desde el más allá; la manera de hacerlo había quedado a la elección del difunto (lo que me pareció muy sensato) y en función de las oportunidades que las nuevas circunstancias le ofrecieran.

»Unas semanas después de esta conversación me encontré con el señor Conway que, con aspecto abstraído, como si fuera pensando en algo, bajaba por la calle Montgomery. Me saludó fríamente con un ligero movimiento de la mano y continuó su camino, dejándome plantado en medio de la acera en actitud de estrecharle la mano. Naturalmente, me sorprendí y me sentí ofendido. Al día siguiente me lo volví a encontrar en la recepción del Hotel Palace y como vi que iba a repetir la desagradable escena del día anterior, le bloqueé el paso en el quicio de la puerta y con un saludo amigable le pedí una explicación sobre la alteración de sus modales. Después de un momento de duda, me miró con franqueza y me dijo:

»—No creo, señor Foley, que tenga ya ningún derecho a su amistad, pues parece que el señor Barting me ha retirado la suya. Le aseguro que no sé por qué razón. Si aún no le ha informado, no creo que tarde.

»—No he tenido noticia alguna del señor Barting —repliqué.

»—¡Noticias! —repitió con aparente sorpresa—. Pero si está aquí. Me lo encontré ayer, diez minutos antes de cruzarme con usted. Por eso le saludé exactamente del mismo modo que él lo había hecho. Hace menos de media hora que me lo he vuelto a encontrar y su gesto ha sido el mismo: una simple inclinación de cabeza y se acabó. Gracias por su amabilidad, señor Foley. Buenos días, o mejor dicho, adiós.

»El comportamiento del señor Conway me pareció de una delicadeza y consideración singulares.

»Como las situaciones dramáticas y sus efectos literarios no son mi cometido, he de decir que el señor Barting había muerto. Su fallecimiento se había producido cuatro días antes de mi conversación con el señor Conway. Decidí visitarle e informarle de la desaparición de nuestro común amigo, mostrándole la carta que así lo comunicaba. Le afectó de tal modo que resultaba imposible dudar de sus sentimientos.

»—Parece increíble —dijo, tras un momento de reflexión—. Debí confundir a otra persona con Barting y aquel frío gesto no pudo ser otra cosa que la contestación que un desconocido hacía a mi saludo. A decir verdad, recuerdo que aquel individuo, a diferencia de Barting, no llevaba bigote.

»—Sin duda era otro hombre —asentí—, y no volvimos a mencionar el asunto. Pero yo guardaba en el bolsillo una fotografía de Barting que su viuda me había enviado en la carta: había sido tomada una semana antes de su muerte y en ella Barting no llevaba bigote.

Un telegrama

En el verano de 1896 el señor William Holt, un industrial rico de Chicago, estaba pasando una temporada en una pequeña ciudad en el centro del estado de Nueva York, cuyo nombre no recuerdo. Holt había tenido «problemas conyugales» que habían conducido a su separación un año antes. Si aquello fue algo más serio que «incompatibilidad de caracteres», él es el único que lo sabe, pues no es hombre al que le guste hacer confidencias. Sin embargo, sí contó el incidente aquí registrado al menos a una persona, sin exigirle compromiso de silencio alguno. El señor Holt reside actualmente en Europa.

Una tarde salió de casa de su hermano, en donde estaba residiendo, con la intención de dar un paseo por el campo. Hay que suponer (cualquiera que sea el valor

de la suposición en relación con lo que se dice que ocurrió) que su mente debía estar ocupada en reflexiones sobre su infelicidad conyugal y los cambios que ello había producido en su vida. De cualquier modo, fueran cuales fueran sus pensamientos, estaba tan absorto en ellos que no reparó en el paso del tiempo ni en la dirección que llevaban sus pasos: sólo sabía que había traspasado los límites de la ciudad y que se encontraba en alguna comarca siguiendo una carretera que no se parecía en nada a la que había tomado al salir de la ciudad. En resumen, se había perdido.

Al darse cuenta de la situación, sonrió: el centro del estado de Nueva York no es una región peligrosa ni tampoco una zona por la que se pueda andar extraviado mucho tiempo. Dio media vuelta y volvió por donde había venido. Al cabo de un rato observó que el paisaje se tornaba más nítido, más reluciente. Todo parecía cubierto por un suave resplandor rojizo que hacía que su sombra se proyectara delante de él, sobre la carretera. «La luna está saliendo», se dijo. Entonces recordó que era época de luna nueva y que, aunque ese globo juguetero estuviera en uno de sus momentos de visibilidad, ya debería haberse puesto hacía tiempo. Se detuvo y empezó a buscar la fuente de aquel fulgor que se extendía con tanta rapidez. Al moverse, su sombra giró y volvió a aparecer sobre la carretera, delante de él. La luz seguía a su espalda, lo que le resultó sorprendente e incomprensible. Dio media vuelta varias veces, con la mirada puesta en cada punto del horizonte: la sombra estaba siempre delante y el resplandor, «un resplandor inmóvil, de un rojo terrible», detrás.

Holt estaba asombrado —*pasmado* es la palabra que empleó—, aunque parecía conservar una cierta sensatez curiosa. Para comprobar la intensidad de aquel fenómeno cuya naturaleza y origen desconocía, se quitó el reloj e intentó distinguir los números de la esfera. Se veían con claridad y las agujas señalaban las once y veinticinco. En aquel instante la luz misteriosa emitió un intenso destello, casi cegador, y todo el cielo enrojeció; las estrellas se apagaron y su desfigurada sombra salió disparada por el paisaje. Junto a él, aunque a un nivel considerablemente más elevado, estaba la figura de su mujer que, en camión, abrazaba a su hijo contra el pecho. Le miraba con una expresión que, como más tarde reconocería, era incapaz de describir, pues no parecía de este mundo.

El destello momentáneo fue seguido por una repentina oscuridad en la que aún se podía distinguir la aparición blanca e inmóvil; luego, desapareció lentamente como ocurre con las imágenes que permanecen en la retina después de cerrar los ojos. Más adelante, el señor Holt recordaría algo que apenas había advertido en aquel momento: sólo pudo ver la mitad superior de la figura.

La oscuridad no era absoluta, pues todos los objetos que le rodeaban se fueron haciendo visibles gradualmente.

Al amanecer, Holt vio que estaba entrando en la ciudad por el camino opuesto al que había seguido para salir. Llegó a casa de su hermano, que apenas le reconoció, con los ojos hinchados por no haber dormido, y grises como los de las ratas. Con gran incoherencia, relató lo que le había ocurrido.

—Vete a la cama —le dijo su hermano—, y espera. Ya hablaremos de esto.

Una hora más tarde llegó el telegrama predestinado: la casa de Holt, situada en un barrio residencial de Chicago, había sido destruida por un incendio. Su mujer, cercada por las llamas, se encaramó en una de las ventanas superiores con su hijo en brazos. Allí permaneció un rato, inmóvil y aturdida. Cuando los bomberos se acercaban con la escalera, el suelo cedió y no se la volvió a ver.

En el momento en que este horror alcanzaba su punto culminante eran las once y veinticinco.

Una detención

Orrin Brower, de Kentucky, huyó de la justicia tras haber asesinado a su cuñado. Una noche, después de golpear al carcelero con una barra de hierro y robarle las llaves, abrió la puerta y se escapó de la cárcel del condado, donde le habían encerrado en espera de juicio. Como el carcelero no llevaba armas, no pudo conseguir nada con lo que defender su recobrada libertad. Una vez fuera de la ciudad, cometió la locura de internarse en el bosque. Esto ocurrió hace muchos años, cuando la región era más frondosa que en la actualidad.

La noche era cerrada, sin luna ni estrellas, y como no vivía por allí ni conocía la zona, no tardó mucho en perderse. No sabía si se alejaba o se acercaba a la ciudad, algo fundamental en su situación. En cualquier caso, era consciente de que una partida de ciudadanos con una jauría de perros estaría pronto tras su pista y que sus posibilidades de escapar eran mínimas. Pero aun así no tenía la intención de colaborar en su propia captura: una hora más de libertad merecía la pena.

Al salir del bosque se encontró de repente en una vieja carretera. Ante él vislumbró la figura de un hombre inmóvil en la oscuridad. No podía retroceder: sentía que al menor movimiento de retirada, según explicaría después, «le llenaría de plomo». Los dos permanecieron rígidos como palos; a Brower casi se le salía el corazón por la boca; del otro, nunca se supieron sus emociones.

Al cabo de un momento, que podría haber sido una hora, la luna apareció en un claro del cielo y el fugitivo vio al representante de la ley levantar su arma y apuntar hacia él. Comprendió perfectamente y, tras dar media vuelta, comenzó a caminar sumisamente en la dirección que le indicaban, sin atreverse a mirar ni a la derecha ni a la izquierda. Le daba miedo hasta respirar, pues no quería ver su cabeza llena de perdigones.

Brower era un criminal tan valiente como cualquiera de los que van a la horca; esto se deducía de las condiciones extremadamente peligrosas en las que había asesinado fríamente a su cuñado. No tiene sentido alguno relatarlas aquí, pero cuando

salieron a relucir en el juicio, la revelación de la calma que había demostrado en dichas circunstancias casi le salva el pescuezo. En fin, qué se le va a hacer: cuando un hombre valiente es vencido, no le queda otra solución que rendirse.

Continuaron su camino hacia la cárcel siguiendo la vieja carretera a través de los bosques. Una sola vez se arriesgó a volver la cabeza: cuando pasaba a través de una sombra y sabía que el otro estaba recibiendo la luz de la luna. El que le había capturado era Burton Duff, el carcelero. Estaba pálido como la muerte y tenía una ostensible marca sobre la ceja, producida por el golpe con la barra de hierro. Orrin Brower no volvió a expresar su curiosidad.

Al final llegaron a la ciudad que, aunque iluminada, estaba desierta. En las casas sólo quedaban las mujeres y los niños. El criminal se dirigió hacia la cárcel. Cuando llegó a la entrada principal, puso su mano sobre el picaporte de la pesada puerta de hierro y la abrió: frente a él había media docena de hombres armados. Entonces se dio la vuelta: no había nadie tras él.

En el pasillo, sobre una mesa, yacía el cuerpo sin vida de Burton Duff.

VISIONES DE LA NOCHE

Tengo la convicción de que el don de los sueños es un valioso obsequio literario, pues, si con alguna técnica aún no descubierta pudiéramos captar, fijar y utilizar las insólitas imágenes que proporciona, tendríamos una literatura «muy por encima de lo corriente». Del mismo modo que los animales adiestrados adquieren nuevas capacidades y aptitudes, ese don podría mejorarse sensiblemente una vez capturado y domesticado. Con ello, doblaríamos las horas productivas y realizaríamos nuestra más fructífera labor mientras dormimos. Pero, incluso en las condiciones actuales, el mundo de los sueños es un terreno que produce rentas, tal y como demuestra «Kubla Khan».

¿Y qué es el sueño? Pues una desordenada disposición de recuerdos inconexos, una embrollada sucesión de pensamientos que una vez estuvieron presentes en la conciencia insomne. Es una resurrección de todos los muertos en tropel (pasados y recientes, justos e injustos) que, emergiendo de sus tumbas resquebrajadas «con las mismas ropas que llevaban en vida», corren desordenadamente para conseguir una audiencia del director de todo ese baile mientras se desgarran los vestidos unos a otros. Pero ¿es que realmente hay un director? En absoluto; el que debía serlo renunció a su autoridad y la masa se ha apoderado de su voluntad. Murió, pero no resucita con los demás; su capacidad de juicio y de sorpresa ha desaparecido. Puede sentir dolor y alegría, terror y atracción, pero no asombro. Lo monstruoso, absurdo y antinatural se convierte entonces en sencillez, correcto y razonable. Ni lo ridículo divierte ni lo imposible desconcierta. El único poeta verdadero que encontramos es, pues, el soñador; en él «la imaginación es compacta».

Pero la imaginación no es otra cosa que recuerdo. Si no, intenta imaginar algo que nunca hayas visto, sentido, oído o leído. Prueba a concebir, por ejemplo, un animal que no tenga cuerpo, miembros o cola, o una casa sin paredes ni techo. Cuando estamos despiertos dirigimos y ordenamos nuestros pensamientos por medio de la voluntad y el juicio; seleccionamos y sacamos del almacén de los recuerdos aquello que nos sirve, y excluimos, no sin dificultad, lo que no nos interesa. Por el contrario, cuando dormimos nuestras fantasías «nos suceden». Aparecen tan agrupadas y mezcladas, tan impregnadas de sus mutuos elementos, que el conjunto parece nuevo; pero las viejas y conocidas unidades de pensamiento son las mismas. Tanto despiertos como dormidos, lo que sacamos de nuestra imaginación son nuevas combinaciones; «la materia de la que están hechos los sueños» es reunida por los sentidos y almacenada en la memoria del mismo modo que las ardillas almacenan nueces. Pero hay al menos un sentido que no contribuye a la fábrica de los sueños: nadie ha soñado nunca un olor. La vista, el oído, el tacto, e incluso el gusto trabajan para asegurar nuestro entretenimiento nocturno; pero el sueño no tiene nariz. Sorprende que observadores tan sagaces como los antiguos poetas no describieran a la divinidad en

actitud durmiente, y que sus obedientes siervos, los escultores, no la representaran. Puede que estos últimos, al trabajar para la posteridad, intuyeran que el tiempo y la fatalidad revisarían inevitablemente su obra, y por ello la conformaran a hechos naturales.

¿Quién es capaz de relatar un sueño de tal forma que lo parezca? No creo que exista un poeta con un estilo tan fino; es como intentar transcribir la música de un arpa eólica. Existe una especie conocida del género *Pelmazo* (*Penetrator intolerabilis*) que después de leer una narración —tal vez de algún gran escritor— se las ve y se las desea para exponer su argumento con el fin de instruir y deleitar. Al final considera (¡qué buen espíritu!) que no hace falta leerla. «Bajo condiciones y circunstancias sustancialmente semejantes» (como reza una ley que rige el comercio interestatal) yo no debería incurrir en una falta similar. Con todo, me propongo exponer en estas hojas la trama de algunos de mis propios sueños, si bien hay que tener en cuenta que aquí «las condiciones y circunstancias» son diferentes, pues mis fantasías no son accesibles al lector. Algunos fragmentos parecerán pobres y sé que al comentarlos no alcanzaré un gran éxito, pero he de reconocer que me resulta imposible apresar a un espíritu tan esquivo como éste.

Caminaba durante el crepúsculo por un enorme bosque de árboles antes nunca vistos, sin saber de dónde venía ni adónde iba. Sentí la desmesurada extensión de aquel lugar y me di cuenta de que estaba completamente solo. La idea de algún horrible hechizo, como castigo a un crimen olvidado que debía de haber cometido al amanecer, me obsesionaba. Avancé mecánicamente y sin esperanzas bajo los árboles siguiendo una senda que atravesaba las embrujadas soledades de la espesura. Un tenebroso arroyo cruzaba perezosamente mi camino: era sangre. Giré hacia la derecha y lo seguí durante un largo trecho; al cabo de un rato llegué a un abierto espacio circular, inundado por una luz tenue e irreal, en cuyo centro se podía reconocer un depósito de mármol blanco. Estaba lleno de sangre y el riachuelo que había seguido era su desagüe. En torno al depósito, entre él y el bosque circundante, había un espacio de unos dos pies de anchura cubierto por grandes losas de mármol sobre las que yacían unos veinte cuerpos humanos sin vida. Aunque no los conté, sabía que su número tenía alguna relación clara y portentosa con mi crimen. Posiblemente indicaba en siglos la fecha en la que lo había cometido; la precisión de la cifra era pues evidente. Los cuerpos estaban desnudos y distribuidos simétricamente alrededor del tanque como si fueran los radios de una rueda: reposaban sobre la espalda con los pies hacia afuera, y sus cabezas, abatidas sobre el borde de la cubeta, mostraban un corte en la garganta del que brotaba sangre lentamente. Observé toda la escena sin hacer el menor movimiento. Era el resultado natural y necesario de mi pecado y, por ello, no me afectaba. Pero había algo que me llenaba de aprensión y temor, una pulsación monstruosa que tenía un ritmo lento e inexorable. No sé si se dirigía a

alguno de mis sentidos o si llegaba directamente a mi conocimiento a través de algún camino desconocido para la ciencia. La lastimosa regularidad de su amplia cadencia era enloquecedora e invadía todo el bosque. Parecía la manifestación de un mal gigantesco e implacable.

No recuerdo nada más de este sueño. Dominado probablemente por el pánico cuyo origen debía de ser el malestar propio de una mala circulación sanguínea, grité y mi propia voz me despertó.

Este otro sueño aconteció en los primeros años de mi juventud. No tendría más de dieciséis años y, a pesar del tiempo transcurrido, recuerdo lo que en él ocurría con la misma claridad que cuando apenas había pasado una hora y yacía encogido de miedo bajo la colcha.

Me encontraba solo en una inmensa llanura y era de noche (en mis pesadillas siempre suelo estar solo y normalmente es de noche). No había árboles, ni ríos ni colinas, ni rastro alguno de presencia humana. El terreno estaba cubierto de una vegetación rala y oscura, una especie de rastrojos, que recordaba que la llanura había sido arrasada por el fuego. El camino por el que deambulaba mostraba algunos charcos que desaparecían y volvían a aparecer, como si al fuego le hubiera seguido la lluvia. Unos oscuros nubarrones desplazaban aquellas partes de cielo reflejadas en los charcos. Al desaparecer, daban paso al brillo acerado de los astros, a cuya luz álgida las aguas mostraban un lustre sombrío. Me dirigí hacia el oeste, donde un fulgor escarlata resplandecía en el horizonte bajo largas franjas nubosas, produciendo un efecto de lejanía inconmensurable, semejante a la que había aprendido a escudriñar en los dibujos de Doré, quien, con cada trazo, formulaba un presagio y una maldición. Mientras avanzaba vi siluetas de torres y almenas que se perfilaban contra ese escenario misterioso y que crecían cada vez más hasta alcanzar unas dimensiones inimaginables. Aquella construcción que iba llenando mi amplio ángulo de visión no parecía, sin embargo, estar más cercana. Desesperado y sin ánimos, continué avanzando con dificultad por la condenada y lúgubre llanura, mientras la enorme estructura siguió creciendo hasta resultar inabarcable con la vista. Sus torres eclipsaron completamente las estrellas. Entonces atravesé un pórtico descomunal cuyas columnas estaban construidas con sillares ciclópeos.

El interior, completamente vacío, mostraba el polvo propio del abandono. Una luz difusa —esa luz que sólo existe en los sueños, y que tiene vida propia— me permitió recorrer largos pasillos que parecían no tener fin y atravesar estancias enormes cuyas puertas cedían a mi paso.

Mis pisadas resonaban con el mismo eco que en las mansiones abandonadas y en las criptas habitadas. Caminé durante horas por aquella horrible soledad, consciente de que buscaba algo desconocido. Por fin me encontré en lo que supuse el último rincón del edificio: una habitación de dimensiones normales con una única ventana. A

través de ella volví a ver el resplandor rojizo que, como un signo inequívoco, se extendía hacia el occidente, y reconocí en él al fuego inmutable de la eternidad. Por encima de aquel fulgor siniestro y amenazante llegaba la terrible verdad que años más tarde, como un capricho extravagante, intenté expresar en verso:

*Hace tiempo el hombre desapareció del orbe.
La corte de ángeles cayó en tumbas ignoradas.
También los diablos han quedado fríos al fin,
y hasta el mismo Dios yace al pie del gran trono blanco.*

A pesar del resplandor, era difícil ver en la oscuridad reinante y pasó algún tiempo antes de que descubriera, en el rincón más alejado de la habitación, los contornos de una cama a la que me acerqué con un fatal presentimiento. Sospechaba que la parte funesta de mi aventura terminaría con un clímax espantoso, pero no pude resistirme al hechizo que me empujaba a concluirlo. Sobre la cama, medio desnudo, yacía el cadáver de un hombre. Estaba boca arriba, con los brazos pegados a los costados. Al inclinarme sobre él, cosa que hice con asco pero sin miedo, descubrí que estaba horriblemente descompuesto. Las costillas sobresalían entre la carne apergaminada y, a través del vientre hundido, asomaban las protuberancias de la espina dorsal. Tenía el rostro renegrido y acartonado, y sus labios, algo separados de unos dientes amarillentos, castigaban su semblante con una sonrisa horrenda. Un abultamiento bajo los párpados parecía indicar que los ojos habían escapado a la destrucción general. Y así era, pues cuando me acerqué a verlos, se abrieron lentamente y se clavaron en los míos con una mirada sólida y tranquila. Tratad de imaginar mi espanto, pues me resulta imposible describirlo: ¡aquellos ojos eran los míos! Esos someros restos de una especie desaparecida, ese engendro horrible que ni el tiempo ni la eternidad habían conseguido destruir, aquel desperdicio tan odioso y aborrecible que continuaba vivo tras la muerte de Dios y de los ángeles... ¡era yo!

Hay sueños que se repiten. De ellos hay uno^[30] que me parece suficientemente raro como para justificar su relato, aunque me temo que el lector llegue a pensar que el reino de los sueños es cualquier cosa menos un terreno feliz por el que mi alma vaga a altas horas. Y no es así. Un gran número de mis incursiones en el mundo onírico, y supongo que muchas de las de los demás, van acompañadas de los más felices finales. Mi imaginación retorna al cuerpo como la abeja a la colmena, cargada de un botín que, con la ayuda del azar, se transforma en miel y se almacena en las celdas del recuerdo como un gozo eterno. Pero el sueño que voy a relatar tiene un carácter doble; se trata de una experiencia extrañamente horrorosa, pero el horror que inspira es tan absurdamente desproporcionado al incidente que lo provoca que, al recordarlo, su fantasía divierte.

Atravieso un claro en una zona escasamente boscosa. Entre el cordón de árboles diseminados alrededor de ese espacio irregular, se ven algunos campos cultivados y viviendas en las que habitan inteligencias extrañas. Debe de estar a punto de amanecer porque, a través de las neblinas que llenan caprichosamente el paisaje, se ve una luna casi llena que, de un color rojo sanguinolento, desciende por el oeste. La hierba que piso está húmeda por el rocío y toda la escena tiene la luz de plenilunio de una mañana estival. Junto al camino hay un caballo que pasta ruidosamente. Cuando paso a su lado levanta la cabeza y, sin hacer el menor movimiento, me observa durante un rato. Después se acerca. Es blanco como la leche, manso de porte y de aspecto amigable. «Este caballo es un alma apacible», me digo mientras me detengo a acariciarlo. Con los ojos fijos en los míos, se aproxima más y me habla con voz humana, con palabras articuladas. Esto, más que sorprenderme, me aterroriza, y rápidamente me despierto.

El caballo siempre habla mi lengua, pero nunca entiendo lo que dice. Supongo que será porque salgo de su mundo antes de que se acabe de expresar. Seguro que a él le asusta tanto mi repentina desaparición como a mí su forma de hablarme. Daría cualquier cosa por conocer el significado de sus palabras.

Tal vez una mañana lo haga y ya no regrese nunca más a este nuestro mundo.

EL CLAN DE LOS PARRICIDAS

Aceite de perro

Me llamo Boffer Bing. Mis respetables padres eran de clase muy humilde: él fabricaba aceite de perro y mi madre tenía un pequeño local junto a la iglesia del pueblo, en donde se deshacía de los niños no deseados. Desde mi adolescencia me inculcaron hábitos de trabajo: ayudaba a mi padre a capturar perros para sus calderos y a veces mi madre me empleaba para hacer desaparecer los «restos» de su labor. Para llevar a cabo esta última tarea tuve que recurrir con frecuencia a mi talento natural, pues todos los guardias del barrio estaban en contra del negocio materno. No se trataba de una cuestión política, ya que los guardias que salían elegidos no eran de la oposición; era sólo una cuestión de gusto, nada más. La actividad de mi padre era, lógicamente, menos impopular, aunque los dueños de los perros desaparecidos le miraban con una desconfianza que, en cierta medida, se hacía extensible a mí. Mi padre contaba con el apoyo tácito de los médicos del pueblo, quienes raras veces recetaban algo que no contuviera lo que ellos gustaban llamar *Oil can*. Y es que realmente el aceite de perro es una de las más valiosas medicinas jamás descubiertas. A pesar de ello, mucha gente no estaba dispuesta a hacer un sacrificio para ayudar a los afligidos y no dejaban que los perros más gordos del pueblo jugaran conmigo; eso hirió mi joven sensibilidad, y me faltó poco para hacerme pirata.

Cuando recuerdo aquellos días a veces siento que, al haber ocasionado indirectamente la muerte de mis padres, tuve la culpa de las desgracias que afectaron tan profundamente mi futuro.

Una noche, cuando volvía del local de mi madre de recoger el cuerpo de un huérfano, pasé junto a la fábrica de aceite y vi a un guardia que parecía vigilar atentamente mis movimientos. Me habían enseñado que los guardias, hagan lo que hagan, siempre actúan inspirados por los más execrables motivos; así que, para eludirle, me escabullí por una puerta lateral del edificio, que por casualidad estaba entreabierta. Una vez dentro cerré rápidamente y me quedé a solas con el pequeño cadáver. Mi padre ya se había ido a descansar. La única luz visible era la del fuego que, al arder con fuerza bajo uno de los calderos, producía unos reflejos rojizos en las paredes. El aceite hervía con lentitud y de vez en cuando un trozo de perro asomaba a la superficie. Me senté a esperar que el guardia se fuera y empecé a acariciar el pelo corto y sedoso del niño cuyo cuerpo desnudo había colocado en mi regazo. ¡Qué hermoso era! A pesar de mi corta edad ya me gustaban apasionadamente los niños, y al contemplar a aquel angelito deseé con todo mi corazón que la pequeña herida roja que había sobre su pecho, obra de mi querida madre, hubiera sido mortal.

Mi costumbre era arrojar a los bebés al río que la naturaleza había dispuesto sabiamente para tal fin, pero aquella noche no me atreví a salir de la fábrica por miedo al guardia. «Seguro que si lo echo al caldero no pasará nada —me dije—. Mi padre nunca distinguirá sus huesos de los de un cachorro, y las pocas muertes que pueda ocasionar la administración de un tipo de aceite diferente al incomparable *Oil can* no pueden ser importantes en una población que crece con tanta rapidez». En resumen, di mi primer paso en el crimen y arrojé al niño al caldero con una tristeza inexpresable.

Al día siguiente, y para asombro mío, mi padre nos informó, frotándose las manos de satisfacción, que había conseguido la mejor calidad de aceite nunca vista y que los médicos a los que había enviado las muestras así lo afirmaban. Añadió que no tenía la menor idea de cómo lo había hecho, pues los perros eran de las razas habituales y habían sido tratados como siempre. Consideré mi deber dar una explicación y eso fue lo que hice, aunque de haber previsto las consecuencias, me habría callado. Mis padres, tras lamentar haber ignorado hasta entonces las ventajas que la fusión de sus respectivos quehaceres suponía, pusieron manos a la obra para reparar tal error. Mi madre trasladó su negocio a una de las alas del edificio de la fábrica y mis obligaciones respecto a ella cesaron: nunca más volvió a pedirme que me deshiciera de los cuerpos de los niños superfluos. Como mi padre había decidido prescindir totalmente de los perros, tampoco hubo necesidad de causarles más sufrimientos. Eso sí, aún conservaban un lugar honorable en el nombre del aceite. Al encontrarme abocado, tan repentinamente, a llevar una vida ociosa, me podría haber convertido en un chico perverso y disoluto, pero no fue así. La santa influencia de mi querida madre siguió protegiéndome de las tentaciones que acechan a la juventud, y además mi padre era diácono de la iglesia. ¡Ay! ¡Y pensar que por mi culpa unas personas tan estimables tuvieran un final tan trágico!

Debido al doble provecho que encontraba en su actividad, mi madre se entregó totalmente a ella. No sólo aceptaba encargos para eliminar bebés no deseados, sino que se acercaba a las carreteras y caminos en busca de niños más crecidos, e incluso adultos, a los que conseguía arrastrar con engaños hasta la fábrica. Mi padre, encantado con la superior calidad del producto, también se dedicaba con diligencia y celo a abastecer sus calderos. La transformación de sus vecinos en aceite de perro llegó a ser, en pocas palabras, la pasión de sus vidas; una codicia absorbente y arrolladora se apoderó de sus almas y pasó a ocupar el lugar antes destinado a la esperanza de alcanzar la Gloria, que, por cierto, también les inspiraba.

Se habían hecho tan emprendedores que llegó a celebrarse una asamblea pública en la que se aprobaron varias mociones de censura contra ellos. El presidente hizo saber que en lo sucesivo los ataques contra la población hallarían una contundente respuesta. Mis pobres padres abandonaron la reunión con el corazón partido, sumidos en la desesperación y creo que algo desequilibrados. A pesar de ello, creí prudente no acompañarles a la fábrica aquella noche y preferí dormir fuera, en el establo.

Hacia la medianoche, un misterioso impulso me hizo levantarme y espiar a través de una ventana el cuarto en el que, junto al horno, mi padre dormía. Los fuegos ardían vivamente, como si la cosecha del día siguiente fuera a ser abundante. Uno de los enormes calderos hervía lentamente, con un misterioso aire de contención, en espera de la hora propicia para desplegar todas sus energías. La cama estaba vacía: mi padre se había levantado y, en camisón, estaba haciendo un nudo en una soga. Por las miradas que lanzaba hacia la puerta de la habitación de mi madre, adiviné lo que estaba tramando. Mudo e inmóvil por el terror, no supe qué hacer para evitarlo. De pronto, la puerta de la alcoba se abrió sin hacer el menor ruido y los dos, algo sorprendidos, se encontraron. Mi madre también estaba en camisón y blandía en la mano derecha su herramienta de trabajo: una larga daga de hoja estrecha.

Ella, como mi padre, no estaba dispuesta a quedarse sin la única oportunidad que la actitud poco amistosa de los ciudadanos y mi ausencia le dejaban. Por un instante sus miradas encendidas se cruzaron e inmediatamente saltaron el uno sobre el otro con una furia indescriptible. Lucharon por toda la habitación como demonios: mi madre gritaba y pretendía clavar la daga a mi padre, que profería maldiciones e intentaba ahogarla con sus grandes manos desnudas. No sé durante cuánto tiempo tuve la desgracia de contemplar aquella tragedia familiar pero, por fin, después de un forcejeo particularmente violento, los combatientes se separaron de pronto.

El pecho de mi padre y la daga mostraban pruebas de haber entrado en contacto. Durante un momento mis progenitores se miraron de la forma más hostil; entonces, mi pobre padre, malherido, al sentir la proximidad de la muerte, dio un salto hacia delante y, sin prestar atención a la resistencia que ofrecía, agarró a mi madre en brazos, la llevó hasta el caldero hirviente y, sacando fuerzas de flaqueza, se precipitó con ella en su interior. En solo un instante los dos desaparecieron y su aceite se unió al del comité de ciudadanos que habían traído la citación para la asamblea del día anterior.

Convencido de que estos desafortunados acontecimientos me cerraban todas las puertas para llevar a cabo una carrera honrada en aquel pueblo, me trasladé a la conocida ciudad de Otumwee, desde donde escribo estos recuerdos con el corazón lleno de remordimiento por aquel acto insensato que dio lugar a un desastre comercial tan espantoso.

Una conflagración imperfecta

En junio de 1872, una mañana temprano, asesiné a mi padre, acto que me produjo una tremenda impresión. Fue antes de mi boda, cuando aún vivía en Wisconsin con mi familia. Estábamos mi padre y yo en la biblioteca de casa repartiéndonos el

producto de un robo que habíamos cometido aquella noche. Se trataba, en su mayor parte, de enseres domésticos, y la tarea de dividirlos equitativamente se presentaba difícil. Al principio nos entendimos muy bien sobre el reparto de las servilletas, toallas y cosas así, e incluso el reparto que hicimos de la plata fue bastante justo; pero cuando le tocó el turno a una caja de música, vimos que era muy problemático dividirla entre dos sin que esta división diera mucho resto. Aquella caja fue la que ocasionó el desastre y la desgracia de mi familia: si no la hubiéramos robado, mi padre aún estaría vivo.

Era una obra de la más bella y exquisita artesanía, con incrustaciones de ricas maderas labradas con gran trabajo. No sólo tocaba una gran variedad de melodías sino que, incluso sin haberle dado cuerda, podía silbar como una codorniz, ladrar como un perro y cacarear al amanecer, además de recitar los diez mandamientos. Esta última característica fue la que más gustó a mi padre y le llevó a cometer el único acto deshonesto de su vida (aunque de haber seguido viviendo habría cometido alguno más): trató de ocultarme la caja y me juró por su honor que no la había cogido. Sin embargo, yo sabía de sobra que su intención al intervenir en el robo no había sido otra que la de hacerse con ella.

La había escondido bajo su capa (nos las habíamos puesto para evitar ser reconocidos) y afirmaba solemnemente que no la tenía. Yo sabía que era mentira y además estaba al tanto de algo que él desconocía: si conseguía prolongar el reparto de los beneficios hasta el amanecer, la caja cacarearía y le delataría. Y así fue. Cuando la luz de gas de la biblioteca empezaba a palidecer y se adivinaban las formas de las ventanas tras las cortinas, un largo kikirikí salió de la capa de mi padre, seguido de unos cuantos compases del *Tannhauser* que terminaron en un sonoro «click». El hacha que habíamos utilizado para entrar en la desafortunada mansión estaba sobre la mesa. La cogí. El anciano, al comprender que era inútil ocultar la caja por más tiempo, la sacó y la puso sobre la mesa.

—Bueno, pártela por la mitad si así lo prefieres —dijo—. Yo sólo intentaba salvarla de la destrucción.

Mi padre era un apasionado amante de la música: tocaba el acordeón con gran sentimiento.

—No discuto la pureza de tus razones. Sería presuntuoso por mi parte juzgarte. Pero los negocios son los negocios y estoy dispuesto a disolver nuestra sociedad con este hacha a menos que consientas llevar un cascabel en los robos futuros.

—Imposible —dijo después de reflexionar—. No, no podría hacerlo, sería como una confesión de mi deshonra. La gente diría que no confiabas en mí.

Su carácter y sensibilidad resultaban admirables. Me sentí orgulloso de él y a punto estuve de pasar por alto su falta. Pero una mirada rápida a la caja ricamente adornada me decidió y, como dije, despaché al viejo de este valle de lágrimas. Después de hacerlo me sentí un poco a disgusto. No sólo era mi padre —mi procreador—, sino que además iban a descubrir su cuerpo. Era ya pleno día y mi

madre podía entrar en la biblioteca en cualquier momento. En tales circunstancias, lo más oportuno era acabar también con ella, y eso fue lo que hice. Después, pagué a los criados y los despedí.

Aquella misma tarde fui a ver al comisario de policía; le conté todo y le pedí consejo. Sería muy doloroso para mí que los hechos salieran a la luz. Todo el mundo condenaría mi conducta y, si alguna vez intentaba presentarme a unas elecciones, los periódicos sacarían a relucir el asunto. El comisario comprendió el peso de estas consideraciones; él también era un asesino con gran experiencia. Tras consultar con el magistrado que presidía el Tribunal de Jurisdicción Variable, me aconsejó que ocultara los cadáveres en una de las estanterías de la biblioteca, que hiciera un buen seguro a la casa y le prendiera fuego. Enseguida me puse manos a la obra.

En la biblioteca había una estantería que mi padre había comprado a un inventor chiflado hacía poco tiempo y que aún estaba vacía. Su forma y tamaño recordaban a los armarios antiguos que hay en los dormitorios que no tienen ropero. Se abría de arriba abajo, como los camiones de señora, y las puertas eran de cristal. Había amortajado a mis padres hacía unas horas y sus cuerpos estaban bastante rígidos para mantenerse erectos. Entonces los metí en una estantería, a la que había quitado las baldas, y tapé sus cristales con unas cortinas. Aunque el inspector de la compañía de seguros pasó media docena de veces por delante, no se dio cuenta de nada.

Por la noche, después de obtener la póliza, prendí fuego a la casa y, a través del bosque, me dirigí a la ciudad que quedaba a unas dos millas. Allí me las ingení para que me vieran en el momento en que más animación había. Dos horas después de haber provocado el incendio, me uní a la multitud y, dando gritos de dolor por la suerte de mis padres, volví a la casa en llamas. Cuando llegué, toda la ciudad estaba allí. El fuego había arrasado la casa, pero entre los rescoldos aún incandescentes, cerrada y en pie, estaba la estantería, completamente intacta. Las cortinas, evidentemente, habían ardido y, al quedar los cristales a la vista, la luz de las ascuas iluminaba su interior. Allí estaba mi querido padre, «tal y como era», y a su lado la compañera de sus penas y alegrías. No tenían ni un solo pelo chamuscado y sus ropas estaban como nuevas. Las heridas que me vi obligado a causarles para llevar a cabo mis planes se podían apreciar claramente, en la cabeza y en la garganta. La gente se había quedado sin habla, como en presencia de un milagro. El respeto y el temor habían paralizado sus lenguas. Yo también me sentía muy afectado.

Unos tres años después, cuando los sucesos aquí relatados ya casi se habían borrado de mi memoria, fui a Nueva York para ayudar a pasar unos bonos falsificados. Un día, al mirar el escaparate de una tienda de muebles, vi la réplica exacta de la estantería.

—La compré por una miseria a un inventor arrepentido —me explicó el propietario—. Decía que era una estantería a prueba de fuego, que los poros de la madera habían sido rellenados con alumbre y que el cristal estaba hecho de asbestos. Supongo que no será cierto. Se la dejó al precio de una estantería normal.

—No —dije—. Si no me puede garantizar que es a prueba de fuego, no la quiero. Le di los buenos días y me marché.

No me la habría quedado por nada del mundo. Despertaba en mí unos recuerdos excesivamente desagradables.

Mi crimen favorito

Después de haber asesinado a mi madre en circunstancias singularmente atroces, fui arrestado y tuve que hacer frente a un juicio que duraría siete años. El juez del Tribunal de Absolución, al encomendar al jurado su tarea, señaló que mi crimen era uno de los más espantosos que le había tocado resolver en su vida.

En ese momento, mi abogado se levantó y dijo:

—Con la venia de Su Señoría, los crímenes son horribles o agradables sólo cuando se los compara. Si usted conociera los detalles del anterior asesinato que mi cliente cometió, el de su tío, apreciaría en su último delito (si es que así puede denominarse) una cierta compasión paciente y consideración filial hacia los sentimientos de la víctima. De la espantosa crueldad que acompaña al primer crimen no podía deducirse, si se quería ser consecuente, más que un veredicto de culpabilidad. De no haber sido porque el magistrado presidente del tribunal dirigía una compañía de seguros que aceptaba pólizas contra el ahorcamiento (una de las cuales había sido suscrita por mi cliente) no sé de qué otra manera decente podría haber sido absuelto. Si Su Señoría fuera tan amable de escuchar, a título de ilustración y asesoramiento, el relato de los hechos, mi desdichado cliente accedería a exponerlos bajo juramento a pesar del gran dolor que le causa.

El fiscal intervino:

—Protesto, Su Señoría. Tal declaración sería considerada como prueba testimonial y éstas ya han sido cerradas. El relato del acusado debía haber sido expuesto hace tres años, en la primavera de 1881.

—De acuerdo con el procedimiento —dijo el juez—, tiene usted toda la razón, y en un Tribunal de Impugnaciones y Detalles Técnicos el fallo sería a su favor. Pero no en uno de Absolución. Por tanto no se acepta la protesta.

—Entonces, disiento —replicó el fiscal.

—No puede —continuó el juez—. Debe tener en cuenta que para disentir primero ha de conseguir que este caso sea transferido al Tribunal de Disensiones presentando una moción formal debidamente acompañada de declaraciones juradas. Le recuerdo que a su predecesor en el cargo le denegué una moción similar durante el primer año de este juicio. Oficial, tome juramento al acusado.

Una vez cumplida esta formalidad habitual, hice mi declaración, tras lo cual el

juez se sintió tan impresionado al ver la trivialidad del delito que se me imputaba que no tuvo necesidad de buscar más circunstancias atenuantes y solicitó al jurado mi absolución. Después, abandoné la sala con mi reputación limpia de toda mancha.

«Nací en 1856 en Kalamakee, Michigan. Mis padres (a uno de los cuales aún conservo, gracias a Dios, para consuelo de mis últimos años) eran personas honradas y cumplidoras. En 1867 nos trasladamos a California y nos establecimos cerca de Nigger Head, donde mi padre abrió un albergue para caminantes con el que prosperó más de lo que codiciosamente esperaba. Aunque era un hombre reservado y taciturno, su austeridad se ha relajado un poco con el paso de los años; creo que es únicamente el recuerdo del triste acontecimiento por el que se me juzga el que le impide manifestar auténtica alegría.

»Cuatro años después de abrir aquel negocio, apareció un predicador ambulante que, al no tener mejor forma de pagar su alojamiento nocturno, nos obsequió con un sermón de gran categoría. Inmediatamente mi padre envió a buscar a su hermano, el honorable William Ridley de Stockon, a quien cedió el albergue sin cobrarle nada por el traspaso ni por los útiles que en él había, esto es, un Winchester, una escopeta de cañones recortados y un conjunto de máscaras hechas con sacos de harina. Entonces nos mudamos a Ghost Rock y abrimos un salón de baile. Se llamaba *El organillo: reposo de los santos*. El espectáculo comenzaba cada noche con una oración y fue allí donde mi santa madre se ganó, por su gracia en el baile, el sobrenombre de *La Morsa Saltarina*.

»En el otoño de 1875 tomé la diligencia en Ghost Rock para ir a Coyote, que está en el camino de Mahala. Iba con otros cuatro pasajeros. Tres millas más allá de Nigger Head, unos individuos, a los que identifiqué como el tío William y sus dos hijos, nos asaltaron y, al no encontrar nada en la saca del correo, decidieron registrarnos. Mi actuación fue de lo más honrosa: me puse en fila con los demás, levanté las manos y me dejé robar cuarenta dólares y un reloj de oro. Nadie pudo sospechar por mi comportamiento que conocía a los caballeros que organizaban el espectáculo. Al cabo de unos días fui a Nigger Head a reclamar la devolución de lo robado. Mi tío y sus hijos me juraron que no sabían nada del asunto y aparentaron creer que habíamos sido mi padre y yo los que, con el ánimo de violar la buena fe por la que el comercio ha de regirse, habíamos cometido el asalto. El tío William llegó a amenazarme con la apertura de otro salón de baile en Ghost Rock como venganza. Me di cuenta enseguida de que esta operación, que parecía ventajosa, iba a ser nuestra ruina, pues *El reposo de los santos* había perdido mucho prestigio. Entonces le dije a mi tío que si me aceptaba en su proyecto y no le hacía ningún comentario sobre ello a mi padre, estaba dispuesto a olvidar lo ocurrido. Pero rechazó mi razonable oferta y fue entonces cuando empecé a pensar que las cosas irían mejor y serían más agradables cuando mi tío estuviera muerto.

»Al cabo de cierto tiempo dedicado a perfeccionar los planes para acabar con él, se los comuniqué a mis padres y tuve la gran alegría de contar con su aprobación. Papá dijo que estaba orgulloso de mí y mamá me prometió que, aunque su religión prohibía colaborar en la destrucción de una vida humana, rezaría para que todo saliera bien. Lo primero que hice, para evitar ser descubierto y como medida cautelar, fue solicitar mi ingreso en la poderosa orden de los Caballeros del Crimen. A su debido tiempo fui nombrado miembro de la comandancia de Ghost Rock. El día que mi periodo de prueba terminó, tuve acceso, por primera vez, a los archivos de la orden y pude conocer quiénes eran sus miembros (hasta entonces los ritos de iniciación habían sido dirigidos por individuos enmascarados). Cuál no sería mi sorpresa cuando, al examinar la lista, descubrí que el vicescanciller segundo de la orden era mi propio tío, cuyo nombre aparecía en tercer lugar. Era algo que superaba todas mis ansias de grandilocuencia: al asesinato podría añadir la insubordinación y la traición. Mi madre lo habría llamado «un capricho especial de la providencia».

»Por esos días se produjo un acontecimiento que hizo que mi alegría desembocara en una vorágine de felicidad: arrestaron a tres forasteros por el asalto a la diligencia. Se les juzgó y, a pesar de mis esfuerzos por salvarles e inculpar a tres de los ciudadanos más dignos y respetables de Ghost Rock, fueron condenados con las mínimas pruebas. Desde aquel momento, mi crimen podría ser todo lo infundado y disparatado que yo quisiera.

»Una mañana me eché el Winchester al hombro y me dirigí a casa de mi tío. Pregunté a mi tía Mary, su esposa, si él estaba en casa y añadí que tenía la intención de matarle. Mi tía replicó, con su habitual sonrisa, que eran tantos los caballeros que llegaban con la misma idea y se marchaban sin obtener ningún resultado, que dudaba de mis intenciones. Agregó que no tenía aspecto de querer matar a nadie, así que, para demostrarle mi buena fe, cogí el rifle y le pegué un tiro a un chino que pasaba por allí. Entonces comentó que conocía a familias enteras que podían hacer cosas así, pero que Bill Ridley era harina de otro costal. Sin embargo, tras indicarme que podía encontrarle en el redil, al otro lado del río, se despidió de mí diciendo que esperaba que ganara el mejor.

»Desde luego, la tía Mary era una de las personas más ecuanímes que he conocido.

»Encontré al tío William arrodillado, enfrascado en la tarea de esquilar a una oveja. Estaba desarmado y no tuve el valor de dispararle. Me acerqué, le saludé amablemente y le sacudí un fuerte culatazo en la cabeza. Como suelo golpear bastante bien, le dejé tirado sobre un costado. Después se dio la vuelta, desentumeció los dedos y se encrespó. Antes de que recuperara la posesión de sus miembros, agarré el cuchillo que había estado utilizando y le corté los tendones. Como usted sabrá, cuando se rompe el tendón de Aquiles, el paciente ya no puede usar la pierna, es como si no la tuviera. Bien, pues le corté los dos, y cuando quiso recobrase, estaba totalmente bajo mi voluntad. En cuanto se percató de la situación dijo:

»—Samuel, me tienes en tus manos y puedes permitirte ser generoso. Sólo quiero pedirte una cosa: llévame a casa y acaba conmigo en el seno familiar.

»Le contesté que su petición me parecía razonable y que estaba dispuesto a hacer lo que me pedía si me dejaba meterle en un costal de trigo: sería más fácil transportarle y llamaríamos menos la atención si nos cruzábamos con algún vecino. Una vez que hubo aceptado, me fui al granero a por el saco. Pero no era fácil meterle dentro, pues mi tío era grueso y bastante alto. Decidí doblarle las piernas con las rodillas contra el pecho y embutirle dentro, tras lo cual hice un nudo sobre su cabeza. Aunque empleé todas mis fuerzas para llevarlo sobre la espalda, me resultaba bastante pesado. Fui dando trompicones hasta llegar a un columpio que unos niños habían colgado de la rama de un roble. Lo puse encima y me senté sobre él a descansar. Al ver la cuerda se me ocurrió una feliz idea. Veinte minutos después, mi tío, aún en el saco, se balanceaba a merced del viento.

»Había bajado la cuerda y, tras atar uno de sus extremos a la boca del saco y pasar el otro por encima de la rama, levanté el fardo a una altura de unos cinco pies. Amarré el último cabo de nuevo en el saco y tuve el placer de ver a mi pariente convertido en un pesado y hermoso péndulo. No parecía muy consciente del cambio que había sufrido, aunque, para ser justo con su recuerdo, debo decir que no creo que me hubiera hecho perder mucho tiempo con sus vanas protestas.

»Mi tío tenía un carnero que era famoso en la región por sus dotes para la lucha. El animal estaba en un constante estado de indignación crónica: algún profundo desengaño durante sus primeros años de vida había amargado su carácter y le había llevado a declarar la guerra a todo ser viviente. Decir que siempre estaba dándose topetazos contra cualquier objeto no sería más que dar una ligera idea de la naturaleza y alcance de su actividad bélica. Todo el universo era su enemigo y sus métodos eran los de un proyectil. Peleaba como lo hacen los ángeles contra los demonios, a media altura; surcaba el aire como un pájaro, describiendo una parábola tras la que descendía sobre su víctima justo sobre el ángulo exacto de incidencia en el que mejor aprovechaba su fuerza y velocidad. Su impulso, calculado en kilográmetros, era algo increíble. Se le había visto destrozar a un toro de cuatro años con un simple impacto sobre su frente rugosa. No se conocía una sola pared de piedra que aguantara su embestida, ni había árboles suficientemente duros para soportarla: los hacía astillas y arrastraba sus frondosos galardones por el suelo. Esa bestia irascible y despiadada, esa personificación del rayo, estaba echada a la sombra de un árbol cercano, ansiosa de conquista y gloria. Y precisamente se me ocurrió colgar a su dueño tal y como he descrito con la idea de citarla más adelante en el campo del honor.

»Una vez terminados los preparativos, transmití al péndulo avuncular un suave balanceo, y tras buscar protección en una roca cercana, solté un largo y agudo grito cuya débil nota final fue ahogada por un chillido que, procedente del saco, recordaba al de un gato furioso. Inmediatamente, aquel formidable morueco se puso en pie y comprendió la situación bélica de un solo vistazo. Tras un breve instante, se acercó

plafando hasta unas cincuenta yardas del bamboleante adversario quien, con su avance y retroceso, parecía invitar al combate. Vi que el animal de repente doblaba la testuz como si le pesara la enorme cornamenta: desde aquel lugar, como una ondulante franja blanca apenas perceptible, se arrancó en dirección horizontal hasta llegar a poco menos de cuatro yardas del punto sobre el que se encontraba el enemigo. Entonces asestó una fuerte cornada hacia arriba y, antes de que pudiera percibir con claridad el lugar en el que había comenzado el movimiento, oí un golpe terrible seguido de un profundo alarido. Mi pobre tío salió disparado hacia delante y la cuerda se elevó por encima de la rama a la que estaba sujeta. Al caer, se tensó de golpe y el vuelo se detuvo. Entonces comenzó a balancearse de nuevo lentamente hacia el otro extremo del arco descrito. El carnero había caído de bruces y apenas se distinguía más que una amalgama de lana, cuernos y patas; pero se recobró y, una vez esquivada la caída de su antagonista, se retiró sacudiendo la cabeza y dando patadas contra el suelo. Retrocedió más o menos hasta el mismo punto desde el que había lanzado el primer ataque y se detuvo; como si estuviera rezando para conseguir la victoria, agachó la cabeza y salió de nuevo disparado. Esta vez tampoco le pude ver con claridad: sólo capté la misma franja blanca que, tras extenderse en monstruosas ondulaciones, terminaba en una brusca elevación. Su trayectoria formaba un ángulo recto con la anterior y su impaciencia era tan grande que golpeó al enemigo antes de que éste hubiera alcanzado el punto más bajo del arco. Esto hizo que el fardo empezara a dar vueltas y más vueltas en sentido horizontal con un radio de unos diez pies, la mitad de la longitud total de la cuerda. Los alaridos de mi tío, *crescendo* cuando se acercaba y *diminuendo* al alejarse, hacían que la rapidez del giro fuera más perceptible con el oído que con la vista. Debido a la postura que tenía y a la distancia del suelo a la que estaba, recibía los golpes en las extremidades inferiores y en los riñones: se moría lentamente de abajo arriba, como una planta que da con sus raíces en terreno ponzoñoso.

»Tras este segundo golpe el animal no se retiró. La fiebre de la batalla hervía en su corazón y su cerebro estaba ebrio de sangre. Como un púgil que llevado por la rabia olvida lo mejor de su destreza y lucha cuerpo a cuerpo, intentaba alcanzar, con torpes saltos verticales, al fugaz enemigo que le pasaba por encima. Aunque a veces conseguía golpearle débilmente, casi siempre acababa en el suelo, pues su ardor iba mal encauzado. Cuando empezaba a agotarse, los círculos que el fardo describía se estrecharon y la velocidad de giro se redujo. Todo ello, unido al escaso trecho que había entre el saco y el suelo, hizo que su táctica produjera mejores resultados y se consiguiera una calidad de alarido superior. Yo disfrutaba con placer.

»De repente, como si hubieran tocado retirada, el carnero suspendió las hostilidades y se alejó resoplando. Arrancó unas cuantas briznas de hierba y las masticó lentamente. Parecía cansado del fragor de la batalla y decidido a cambiar la espada por el arado y a cultivar las artes de la paz. Desde el campo de la fama avanzó con paso firme hasta una distancia de un cuarto de milla. Entonces, de espaldas al

enemigo, se detuvo y continuó rumiando, medio dormido. Sin embargo, aprecié que de vez en cuando volvía ligeramente la cabeza, como si su apatía fuera más fingida que real.

»Mientras tanto, los gritos del tío William, y su movimiento, habían disminuido: no se oían más que unos largos y débiles lamentos junto a los que aparecía mi nombre pronunciado en un tono suplicante que resultaba de lo más agradable. Evidentemente mi tío no tenía la menor idea de lo que ocurría y estaba aterrorizado; ciertamente, cuando la muerte se acerca rodeada de misterio resulta terrible. Poco a poco el balanceo fue reduciéndose hasta que se detuvo. Cuando me iba acercando al fardo para darle el golpe de gracia, sentí una sucesión de rápidos temblores que sacudían la tierra, algo así como un pequeño terremoto. Me volví hacia donde estaba el carnero y vi una nube de polvo que se aproximaba a una velocidad tan inusitada que resultaba alarmante. Como a unas treinta yardas, se plantó bruscamente y me pareció ver que un enorme pájaro blanco se elevaba por los aires. Su ascenso fue tan suave, sencillo y regular que, admirado de su donaire, apenas pude captar su extraordinaria celeridad. Recuerdo que su movimiento era lento, intencionado. El morueco, pues no era otro que él, se elevaba con una fuerza distinta a la de su propio ímpetu y parecía ser sostenido en el aire con una ternura y cuidado infinitos. Su ascensión producía un gran placer, igual que antes había resultado aterrador verle aproximarse por tierra. El noble animal surcaba los cielos con la cabeza entre las rodillas y las pezuñas inclinadas hacia atrás como si fuera una garza en vertiginoso ascenso.

»A los cuarenta o cincuenta pies, según recuerdo con ternura, alcanzó su cénit y se quedó inmóvil por un instante; entonces, sesgó el cuerpo hacia delante y, sin variar la posición de sus miembros, salió disparado hacia abajo con una trayectoria cada vez más oblicua y una velocidad frenética. Pasó por encima de mí con el estruendo de una bala de cañón y golpeó a mi pobre tío exactamente en el centro de la cabeza. Tan espantoso fue el impacto que no sólo le partió el cuello, sino que incluso la cuerda se rompió. El cuerpo del difunto se estrelló contra el suelo y fue deshecho por las cornadas del meteórico musmón. La sacudida detuvo todos los relojes entre Lone Hand y Dutch Dan y el profesor Davidson, que andaba por el lugar y era una autoridad en temas sísmicos explicó que las vibraciones iban de norte a sudoeste.

»En resumen, creo que, en lo que a atrocidad artística se refiere, el asesinato del tío William ha sido superado en muy contadas ocasiones.

Una tumba sin fondo

Me llamo John Brenwalter. Mi padre, que era un borracho, tenía la patente de un

invento para hacer granos de café con arcilla; pero como era un hombre honrado, no quiso dedicarse personalmente a su fabricación. Por eso nunca llegó a ser rico, ya que los derechos de su valioso invento apenas le alcanzaban para pagar las costas de los pleitos entablados contra los granujas que los violaban. En consecuencia, no pude disfrutar de muchas de las ventajas propias de los hijos con padres indecentes y sin escrúpulos y, de no haber sido por una madre justa y cariñosa que relegó al resto de los hermanos y se encargó personalmente de mi educación, habría crecido en la ignorancia y me habría visto obligado a dedicarme a la enseñanza. Verdaderamente, ser el hijo de una mujer buena vale un tesoro.

Papá tuvo la desgracia de morir cuando yo tenía diecinueve años. Como siempre había disfrutado de una salud de hierro, él fue el primer sorprendido por el hecho, que se produjo de repente durante la comida. Precisamente aquella misma mañana le habían comunicado la concesión de la patente de un artefacto que reventaba cajas fuertes por medio de presión hidráulica sin el menor ruido. El Comisario de Patentes había considerado el invento como el más ingenioso, efectivo y digno de mérito que jamás le habían presentado, y mi padre, como era de esperar, se había hecho la ilusión de una vejez llena de prosperidad y honores. Su repentina muerte le supuso por tanto una gran decepción, aunque a mi madre, piadosa y resignada ante la voluntad de la Providencia, le afectó bastante menos. Al finalizar la comida, y una vez retirado el cuerpo de mi pobre padre, nos llevó a la habitación de al lado y se dirigió a nosotros del siguiente modo:

—Hijos míos, el extraño suceso que acabáis de presenciar es uno de los más desagradables acontecimientos en la vida de un hombre de bien, y uno de los que menos me gustan, os lo aseguro. Creedme si os digo que nada tuve que ver en ello. Pero desde luego —añadió tras una pausa, bajando los ojos como en profunda meditación— es mejor que haya muerto.

Dijo esto con un sentimiento tan claro de la naturalidad del fallecimiento que nadie se atrevió a provocar su desconcierto pidiéndole una explicación. Y es que la actitud de sorpresa que mi madre adoptaba cuando nos equivocábamos en algo resultaba terrible. Recuerdo que un día, después de un acceso de mal humor en el que me había tomado la libertad de arrancarle una oreja a mi hermano pequeño, sus únicas palabras fueron: «John, ¡me sorprendes!». Me pareció un reproche tan severo que, tras una noche en vela, me dirigí a ella y, entre lágrimas, me arrojé a sus pies exclamando: «Madre, perdóname por haberte sorprendido». Todos, pues, incluyendo al crío desorejado, consideramos que nos iría mejor si aceptábamos la manifestación que acababa de hacer sin el menor pestañeo. Y prosiguió:

—Debéis saber, hijos míos, que en caso de muerte repentina y misteriosa la ley exige que se presente un forense, trocee el cadáver y entregue los pedazos a varios señores que, después de haberlos analizado, certifican la muerte de la persona. Por este trabajo el forense cobra un montón de dinero. Desearía en nuestro caso evitar esta formalidad tan dolorosa, pues es algo que nunca habría tenido la aprobación de

vuestro padre. John —dijo dirigiéndose a mí con cara angelical—, tú eres un chico educado y muy discreto. Ahora tienes la ocasión de mostrar tu gratitud por los sacrificios que tu educación nos ha supuesto a todos los demás. Así que ve y acaba con el forense.

No puedo expresar con palabras lo que dicha muestra de confianza me complació, pues me daba la oportunidad de distinguirme con un acto que iba perfectamente con mi disposición natural. Entonces, arrodillándome ante ella, besé su mano y la bañé con lágrimas de emoción. Poco antes de las cinco de aquella misma tarde había acabado con el forense.

Fui detenido inmediatamente y enviado a la cárcel, donde pasé una noche de lo más incómoda, incapaz de conciliar el sueño por las blasfemias que soltaban mis compañeros de calabozo, dos curas, cuya formación teológica les había dotado de un sinfín de ideas impías y de un dominio sin par del lenguaje irreverente. Pero entrada ya la noche, el carcelero, que dormía en una habitación contigua y estaba siendo igualmente importunado, entró en la celda y, lanzando un tremendo exabrupto, advirtió a aquellos reverendísimos caballeros que si volvía a oír más palabrotas no tendría en cuenta su condición y los pondría de patitas en la calle. Sólo entonces bajaron el tono de su insoportable conversación y sacaron un acordeón, permitiéndome así dormir el sueño pacífico y refrescante de la juventud y la inocencia.

A la mañana siguiente me llevaron ante el juez superior, que era quien tenía competencia en el caso, y me sometieron a los interrogatorios preliminares. Me declaré inocente alegando que el hombre al que había asesinado era un demócrata célebre (mi madre, que era republicana, me había instruido, desde mi más tierna infancia, en los principios de un gobierno honrado y en la necesidad de acabar con la oposición facciosa). Al juez, que había sido fraudulentamente elegido en un colegio electoral republicano, mi alegato le impresionó sensiblemente y me ofreció un pitillo.

—Con la venia, Su Señoría —comenzó el fiscal—. No considero necesario presentar prueba alguna en este caso. Usted preside la sala como magistrado y, con la ley en la mano, su misión es resolver. Testimonios y pruebas supondrían, por igual, poner en duda la voluntad de Su Señoría de llevar a cabo dicha misión aceptada bajo juramento. Por tanto no tengo más que añadir.

Mi abogado, hermano del difunto forense, poniéndose en pie dijo:

—Con la venia de la Sala. El representante de la acusación ha manifestado tan clara y elocuentemente que es tarea de la ley entender en este caso que sólo me queda demandar hasta qué punto él mismo se ha ajustado a ella. Ciertamente, Su Señoría, usted ha de resolver. ¿Y qué va a resolver? Eso es algo que la ley deja sabia y justamente a su elección, e inteligentemente usted siempre se ha eximido de las obligaciones que la legislación impone. Desde que le conozco, Su Señoría ha resuelto cometer cohecho, hurto, incendio, perjurio, adulterio, asesinato, en definitiva, todos y cada uno de los delitos previstos en el código y todos los excesos típicos de seres

desaprensivos y depravados, entre los que incluyo al representante del ministerio público. Ha cumplido, pues, ampliamente, el cometido de resolver y, como no hay pruebas contra mi respetable joven cliente, solicito su libre absolución.

Hubo un silencio impresionante. El juez se levantó, se puso el birrete y, con una voz llena de turbación, me condenó de por vida, ordenando mi puesta en libertad. Entonces se volvió hacia mi abogado y le espetó fría pero significativamente:

—Ya nos veremos.

A la mañana siguiente, aquel que tan concienzudamente me había defendido contra la acusación de homicidio en la persona de su hermano (con el que, por cierto, había tenido un altercado por la propiedad de unas tierras), había desaparecido y hasta el día de hoy se ignora su paradero.

Entretanto, el cuerpo de mi padre había sido clandestinamente enterrado a medianoche en el patio de su último domicilio, con sus botas puestas y las vísceras sin analizar. «Estaba en contra de todo exhibicionismo —dijo mi madre mientras acababa de apisonar la tierra sobre su cuerpo y ayudaba a sus hijos a esparcir paja sobre su tumba—; sus instintos eran hogareños y amaba la vida tranquila».

En la solicitud que mi madre hizo del acta de defunción manifestaba que tenía buenas razones para creer que mi padre había fallecido, pues hacía días que no aparecía por casa a comer; pero el juez de la Sala de Usurpasucesiones —como más tarde mamá siempre la llamaría con desprecio— decidió que las pruebas eran insuficientes y puso la herencia en manos del Administrador Público, que era su yerno. Se comprobó que los haberes eran iguales a las deudas; sólo quedaba la patente del artilugio para reventar cajas fuertes silenciosamente, que había pasado a pertenecer ahora al juez que intervino en el asunto y al Administrador Público, como a mi madre le gustaba llamarlo. De este modo, una familia digna y respetable se vio rebajada del bienestar al delito en unos pocos meses: la necesidad nos obligó a trabajar.

En la selección de quehaceres nos regimos por una serie de consideraciones tales como capacidad personal, preferencias, etc. Mi madre abrió una selecta escuela privada en la que enseñaba el arte de cambiar las pintas en las alfombras de piel de leopardo; mi hermano mayor, George Henry, aficionado a la música, se hizo corneta en un asilo para sordomudos que había cerca; mi hermana Mary María aprendió a preparar la Esencia de Llavines del Profesor Pan de Centeno, que daba diferentes sabores a las aguas minerales, y yo me establecí como ajustador y dorador de vigas para horcas. El resto de los hermanos, demasiado jóvenes aún para trabajar, siguieron robando pequeños artículos, tal y como se les había enseñado.

Durante los ratos de ocio engañábamos a los viajeros para que se alojaran en casa y, después de robarles, enterrábamos sus cuerpos en la bodega.

En una parte de esta estancia teníamos vinos, licores y provisiones. Como se agotaban con mucha rapidez, creímos supersticiosamente que las personas allí enterradas salían por la noche y celebraban una fiesta. Más de una mañana, a pesar de

que la puerta había sido cerrada y atrancada contra cualquier intruso, descubrimos trozos de carne adobada, latas de conserva vacías y desperdicios por el estilo tirados por el suelo. Alguien propuso coger las provisiones y almacenarlas en otro lugar, pero nuestra madre, siempre tan generosa y hospitalaria, dijo que era mejor hacer frente a las pérdidas que exponernos arriesgadamente. Si les negábamos esa insignificante gratificación a los fantasmas podrían poner en marcha una investigación que acabaría con nuestro esquema de división del trabajo y desviaría las energías de toda la familia hacia la tarea que yo ejercía: pasaríamos uno a uno a decorar con nuestros cuerpos las vigas de las horcas. Aceptamos pues su decisión con sumisión filial, ya que reverenciábamos su astucia y pureza de carácter.

Una noche que estábamos todos en la bodega (ninguno se atrevía a bajar solo) dedicados a la labor de dar cristiana sepultura al alcalde de una localidad cercana, mi madre y los críos, con una vela cada uno, y George Henry y yo con el pico y la pala, mi hermana soltó un alarido y se cubrió la cara con las manos. Todos nos sobresaltamos y suspendimos las exequias del alcalde en el acto; pálidos y con voces temblorosas, pedimos a Mary María que nos dijera qué le había asustado. Los pequeños estaban tan nerviosos que las velas temblaban en sus manos y en las paredes las sombras de nuestras figuras parecían bailar con movimientos toscos y groseros, adoptando unas actitudes de lo más extrañas. La cara del interfecto tan pronto mostraba a la luz su tez cadavérica como desaparecía por efecto de alguna sombra: cada vez tomaba una nueva expresión más condenatoria, un ceño más ladino. Las ratas, aún más asustadas que nosotros por el grito, corrían en tropel de un lado a otro, emitiendo agudos chillidos, o se quedaban inmóviles con los ojos fijos en la oscuridad de algún rincón. Esos pequeños puntos de luz verde hacían juego con la débil fosforescencia de la descomposición que llenaba la fosa a medio cavar y parecían la manifestación visible del ligero olor a muerto que impregnaba aquel aire malsano. Los pequeños soltaron las velas y comenzaron a lloriquear mientras se agarraban a las piernas de sus mayores, y nos habríamos quedado entre tinieblas de no haber sido por aquella luz siniestra que brotaba de la tierra e inundaba los bordes de la fosa como si de un manantial se tratara.

Mi hermana, en cuclillas sobre la tierra que habíamos sacado, se había descubierto la cara y miraba fijamente con ojos desorbitados a un hueco oscuro entre dos barriles.

—¡Ahí está! ¡Ahí está! —gritó mientras señalaba—. ¡Dios santo!, pero ¿es que no lo veis?

¡Claro que lo vimos! Una figura humana apenas reconocible en la oscuridad, que se tambaleaba como si se fuera a caer y se agarraba a los barriles en busca de apoyo, dio un paso y por un momento se hizo visible a la luz de las pocas velas que nos quedaban; después, se incorporó con esfuerzo y cayó de bruces sobre el montón de tierra. Todos habíamos reconocido ya la apariencia, el rostro y el porte de nuestro padre (muerto hacía diez meses y enterrado con nuestras propias manos), en pie —sin

ninguna duda— y completamente borracho.

No quisiera extenderme sobre los incidentes de nuestra precipitada huida lejos de aquel lugar espantoso; sobre la desaparición de todo sentimiento humano en aquella tumultuosa y enloquecida ascensión por las húmedas escaleras desvencijadas, en las que nos escurrimos, tropezamos y caímos, empujándonos y encaramándonos unos sobre otros mientras pisoteábamos a unas criaturas que fueron rechazadas y enviadas a la muerte por su propia madre. Sólo ella, mis hermanos mayores y yo conseguimos escapar. Los demás perecieron abajo, unos por las heridas, otros de miedo y el resto abrasados, ya que, después de dedicar una hora a recoger algunas ropas y lo que de valor teníamos, pegamos fuego a la casa y huimos hacia las colinas. Ni siquiera nos detuvimos a coger la póliza del seguro, único pecado de omisión que mi madre reconocería años después en su lecho de muerte, muy lejos de allí. Su confesor, un santo, nos aseguró que, teniendo en cuenta las circunstancias, Dios perdonaría su descuido.

Unos diez años después de nuestra partida, y siendo ya un próspero falsificador, volví de incógnito a aquel lugar con la intención de conseguir los efectos de valor que habían quedado enterrados en la bodega. Todo fue en vano; el descubrimiento de restos humanos entre las ruinas había movido a las autoridades a continuar las excavaciones, por lo que acabaron encontrando nuestras riquezas, apropiándose de ellas honestamente. La casa nunca se reconstruyó y el barrio estaba, de hecho, abandonado. Se había hablado de tantas visiones y ruidos sobrenaturales en aquella zona que nadie quería vivir allí. Al no encontrar a quién preguntar o importunar, decidí satisfacer mi piedad filial echando un último vistazo al rostro de mi padre por si, después de todo, nuestros ojos nos habían traicionado y seguía todavía en su tumba. Recordé, además, que siempre llevaba un enorme anillo de diamantes y, como no había vuelto a saber nada de él desde su muerte, pensé que podría estar enterrado con él. Una vez conseguida una pala, localicé rápidamente la tumba en lo que había sido el patio y comencé a cavar. Llevaba poco más de un metro cuando el fondo cedió y, a través de un largo conducto, fui a caer a una cloaca. No había ningún cuerpo ni rastro de él.

Sin poder salir de allí, me arrastré por el sumidero y, después de retirar, no sin dificultad, algunos escombros chamuscados y restos de mampostería ennegrecida que obstruían el hueco, aparecí en lo que había sido la fatídica bodega.

Por fin todo estaba claro. Mi padre, cualquiera que fuera la causa que le había hecho «caer enfermo» durante la comida (y creo que el testimonio de mi santa madre podría haber arrojado alguna luz sobre el asunto) había sido enterrado vivo. Su tumba se cavó accidentalmente sobre el centro de la bóveda de una alcantarilla y — enterrado sin ataúd— rompió, en sus esfuerzos por volver a la vida, la podrida pared y consiguió deslizarse hasta llegar finalmente a la bodega. Al comprobar que no era bienvenido en su propia casa, y como no tenía otra, vivió en su encierro subterráneo, testigo de nuestros ahorros y sustentado por nuestros alimentos; era él, ¡el muy

ladrón!, el que se apoderaba de nuestra comida y se bebía nuestro vino. En un momento de embriaguez necesitó compañía, como le pasa a todos los borrachos, y abandonó su escondrijo sin darse cuenta de las funestas consecuencias que acarrearía a su familia: un error que fue casi un crimen.

El hipnotizador

Algunos amigos, conocedores de mi afición a fenómenos como el hipnotismo y, en general, a las lecturas que tratan sobre los poderes de la mente, me preguntan con frecuencia si tengo una idea clara de cuáles son sus fundamentos. Siempre les respondo que ni la tengo, ni deseo tenerla, pues no soy de esas personas que, por simple curiosidad, pegan el oído a la puerta del laboratorio de la naturaleza. Los intereses de la ciencia me importan tan poco como a ella los míos.

Sin duda dichos fenómenos son bastante simples y, si somos capaces de interpretar sus huellas, nunca escapan a nuestra capacidad de comprensión. Por lo que a mí respecta, prefiero no hacer tal cosa, pues, dado mi carácter especialmente romántico, encuentro mayor satisfacción en el misterio que en el conocimiento. Cuando era niño, debido a mis frecuentes momentos de abstracción y a la indiferencia que mostraba hacia lo que ocurría a mi alrededor, la gente decía que mis grandes ojos azules, extraordinariamente bellos, daban la impresión de indagar en mi interior en vez de mirar hacia fuera. Creo que en eso se parecían al alma que hay tras ellos, siempre más atenta a alguna atractiva idea creada por su imaginación que a las leyes naturales y al aspecto material de las cosas. Todo esto, aunque parezca irrelevante y egoísta, sirve para explicar mi escasa habilidad a la hora de dilucidar un tema que siempre me ha llamado la atención y en torno al cual existe una honda curiosidad general. Cualquier otra persona con mis poderes y oportunidades podría sin duda explicar gran parte de los hechos que yo me limitaré a exponer a modo de narración.

La primera vez que fui consciente de mis extraños poderes fue a los catorce años, en el colegio. Me había olvidado el bocadillo en casa y contemplaba con hambre el que una niña se iba a comer. La cría levantó los ojos y nuestras miradas se encontraron: parecía anulada e incapaz de apartar la vista. Tras un momento de indecisión, se acercó y me cedió su bolsa, que estaba llena de manjares tentadores. Luego, se marchó. Enormemente complacido, maté el hambre y al terminar destruí la bolsa. Desde aquel momento no volví a preocuparme del almuerzo, pues aquella niña pasó a ser mi proveedora habitual. Con frecuencia provecho y gozo se combinaban: mientras apuraba el frugal sustento, la hacía asistir al banquete con ilusorios ofrecimientos de unas viandas que al final sólo yo consumía. Ella estaba convencida

de que se lo comía todo, pero horas más tarde, sus lastimosos quejidos hambrientos sorprendían al profesor, divertían a la clase (que la llamaba «Barriga comilona»), y a mí me producían una placidez difícil de comprender.

Lo más desagradable era la necesaria discreción con que teníamos que hacer el traspaso de la comida lejos del mundanal ruido, por ejemplo en el bosque. Me produce rubor recordar los muchos otros subterfugios a los que tuve que recurrir. Dado mi carácter franco y abierto, tales tretas me resultaban cada vez más violentas y, si mis padres no se hubieran empeñado en aprovecharse de las ventajas del nuevo *régime*, de buena gana habría vuelto al antiguo. El plan que finalmente ideé para liberarme de las consecuencias de mis poderes provocó un gran interés en aquella época; sólo la parte referente a la muerte de la chica motivó la más severa condena. Pero no la voy a contar porque apenas tiene relación con mi relato.

Durante los años siguientes tuve pocas ocasiones de practicar el hipnotismo. Los pequeños ensayos que realizaba casi siempre eran recompensados con un encierro a pan y agua. En otras ocasiones lo único que conseguí fueron unos cuantos zurriagazos. Pero cuando ya estaba a punto de acabar con estos pequeños desengaños, tuvo lugar mi hazaña más importante.

Me habían llevado al despacho del alcaide para darme ropa de paisano, una ridícula cantidad de dinero y un montón de consejos que, tengo que decirlo, eran de mejor calidad que la ropa. Cuando por fin salía por la puerta, camino de mi libertad, me di la vuelta y clavé la mirada en los ojos del alcaide. En un instante lo tuve bajo mi control.

—Eres un avestruz —le dije.

Cuando le practicaron la autopsia encontraron en su estómago varios objetos de madera y metal, difícilmente digeribles. Atascado en el esófago apareció lo que, según el forense, había sido la causa inmediata de la muerte: un picaporte.

Por naturaleza, yo era un hijo bueno y cariñoso, pero cuando regresé al mundo del que me habían apartado durante tanto tiempo recordé que mis tacaños padres habían sido los responsables, desde el asunto de los almuerzos en el colegio, de todas las desgracias que me habían ocurrido. Y nada parecía indicar que se hubieran reformado.

En el camino de Succostash Hill a South Asphyxia existe un pequeño solar en el que había una chabola conocida como «la covacha de Pete Gilstrap»; en ella dicho caballero se dedicaba a asesinar caminantes para ganarse la vida. La muerte del señor Gilstrap y el desvío de casi todo el tránsito hacia otro camino tuvieron lugar en tan breve espacio de tiempo que nadie sabe decir cuál fue la causa y cuál el efecto. De cualquier modo, el solar estaba desierto y la covacha había sido quemada hacía tiempo. Fue precisamente en aquel lugar, de camino a South Asphyxia, pueblo de mi niñez, donde me encontré con mis padres, que iban a Succostash Hill. Habían amarrado los caballos y estaban almorzando bajo un roble que había en el centro. La visión de la comida me trajo desagradables recuerdos escolares y despertó a la fiera

que dormía en mi interior. Me acerqué a aquellos dos culpables, que enseguida me reconocieron, y les indiqué que quería compartir su hospitalidad.

—De esta comida, hijo mío —dijo mi progenitor con la pomposidad que le caracterizaba, patente aún tras el paso de los años—, sólo hay para dos. No es que sea insensible al hambre que tus ojos reflejan, pero...

No pudo terminar la frase. Lo que él llamaba el reflejo del hambre no era otra cosa que la mirada firme de un hipnotizador. En pocos segundos le tuve a mi merced. Cuando, tras unos pocos más, tuve lista a mi madre, me dispuse a efectuar lo que mi justo resentimiento me dictaba.

—Ex padre —dije—, supongo que eres consciente de que tú y esta señora ya no sois lo que erais.

—Sí, he observado un ligero cambio —fue la dudosa respuesta del anciano—. Debe de ser la edad.

—Es más que eso —le expliqué—. Es algo que tiene que ver con el carácter, con la especie. En realidad tú y esta mujer sois dos broncos, dos caballos salvajes bastante brutos.

—Pero John —exclamó mi madre—, no estarás diciendo que soy...

—Señora —repliqué con mis ojos clavados en los suyos—, sí, así es.

Apenas había acabado de decir esto, se puso a cuatro patas y, gritando como una posesa, reculó hacia el viejo al que lanzó una tremenda coz en la barbilla. En un segundo, mi padre adoptó la misma postura, se dirigió hacia ella y empezó a coclear con ambas piernas. Mi madre manejaba las suyas con la misma solemnidad aunque, debido a la ropa que llevaba, con menos soltura. Sus cruces y entrelazamientos en el aire eran de lo más asombroso: a veces sus pies chocaban de lleno a media altura, tras lo cual, sus cuerpos, proyectados hacia delante, se desplomaban y quedaban exhaustos. Una vez recuperados, volvían al ataque emitiendo en tono delirante unos irreconocibles sonidos, propios de las bestias que creían ser, que inundaban toda la región con su clamor. Dieron vueltas y vueltas mientras sus patadas caían «como rayos». Se encabritaban y retrocedían para golpear con ambos remos; después, caían sobre las manos que resultaban demasiado débiles para aguantar su peso. La hierba y los chinarrros habían desaparecido bajo sus pies; su ropa, al igual que el pelo y el rostro, estaba llena de sangre. Al dar las coces soltaban salvajes gritos de rabia que se convertían en bufidos y gruñidos cuando las recibían. Nada había más parecido a Waterloo o Gettysburg que aquel campo de batalla. El valor que demostraron en todo momento siempre fue para mí un motivo de orgullo y satisfacción. Al final, sus rostros ensangrentados y deshechos testificaban que el responsable de la pelea había quedado huérfano.

Me detuvieron por perturbar el orden público, y desde entonces siempre he sido juzgado por un Tribunal de Detalles Técnicos y Aplazamientos. Por ello, después de quince años, mi abogado está moviendo cielo y tierra para conseguir que mi caso sea transferido al Tribunal de Revisión de Nuevos Procesos.

Éstos han sido algunos de los experimentos que he realizado en el campo de la sugestión hipnótica. Que ésta pueda emplearse con malos propósitos, es algo que desconozco.



AMBROSE BIERCE (Ohio, 1842 - ¿1914?). Escritor, periodista y editor estadounidense, prestó servicios en el Ejército de la Unión durante la Guerra Civil, en la que fue herido de gravedad. Su primer cuento, «The Haunted Valley», fue publicado en 1871 en la revista *Overland Monthly*. En 1877 inauguró su famosa columna «Prattle» en el semanario *Argonaut*. En 1887 empezó a trabajar para los periódicos de William Randolph Hearst y su fructífera relación duró más de veinte años, período en el que su envenenada pluma combatió la impostura de políticos, predicadores, abogados, racistas, capitalistas, poetas, anarquistas e inescrupulosos de todo tipo. La prosa de Bierce —heredero literario de Poe, Melville y Hawthorne— se caracteriza por la lucidez y el cinismo y cierta fascinación por el horror y la muerte. Entre sus obras sobresalen *Cuentos de soldados y civiles* (1891), *El monje y la hija del verdugo* (1892) y *El diccionario del diablo* (1906).

La muerte de Ambrose Bierce está rodeada de incertidumbre. A fines de 1913, a los 71 años, viajó a México, en plena Revolución, y en su última carta dice que va a trasladarse a Ojinaga, ciudad donde unos días después se libró una sangrienta batalla. Bierce escribió: «Debe de ser horrible morir entre sábanas; si Dios quiere, a mí no me ocurrirá».

Notas

[1] *Owl: búho*. De ahí que este cuento haya sido traducido en ocasiones como *Un suceso en el puente sobre el río del Búho*. (N. del T.) <<

[2] A 137 kilómetros al este de la ciudad de Memphis. En la dura batalla librada del 3 al 4 de octubre de 1862, el general unionista W. S. Rosencrans derrotó allí al general sudista E. Van Dorn. En tan corto espacio de tiempo como duró la batalla murieron más de seis mil soldados sudistas. (N. del T.) <<

[3] Colina de las cabras. (N. del T.) <<

[4] Localidades de Virginia. (N. del T.) <<

[5] Escribí esta historia en colaboración con *Miss Ina Lillian Peterson*, a quien deberán atribuirse los méritos que pueda tener. (N. del A.) <<

[6] El viejo molino. (N. del T.) <<

[7] Nido del Águila. (N. del T.) <<

[8] Fuddy-Duddy. En *slang* tiene el significado de persona timorata, conservadora y carente de imaginación, especialmente referido a una persona de edad. Algo así como un carcamal. (N. del T.) <<

[9] «Geranium». Además de referirse a la planta, en *slang* se emplea para hacer alusión a una chica bonita. (N. del T.) <<

[10] En el original. Léase por *muchedumbre*. (N. del T.) <<

[11] *Tilbody*, literalmente, el cuerpo que protege de una intrusión. Del verbo *to tile*, *cubrir de tejas y desaguar por medio de las tejas*, aunque hay una tercera acepción, que es la que Bierce quiere hacer patente: *to tile* significa, así, *proteger de los intrusos*. Se verá pronto por qué da semejante apellido a este personaje. (N. del T.) <<

[12] Todas las localidades a las que alude Bierce, en Tennessee; no confundir con otras de igual nombre pero que pertenecen a Estados distintos. (N. del T.) <<

[13] Philip Henry Sheridan (1831-1888), general de Caballería, uno de los militares más brillantes del norte por su gran capacidad táctica y por su esmerada educación, mandó los ejércitos de la Unión destacados en el sur, obteniendo brillantes y definitivas victorias sobre la Confederación. (N. del T.) <<

[14] George Edward Pickett (1825-1875), general de la Confederación de Estados sudistas. Obtuvo pocas victorias sobre los ejércitos del norte y fue estrepitosamente derrotado en la batalla de Five Forks, en 1865, definitiva para inclinar la balanza a favor de la Unión. Una vez acabada la guerra trabajó como agente de seguros. (N. del T.) <<

[15] Les ha alterado el nombre, pues Hell-born significa «nacido en el infierno», y Sharper «fullero». (N. del T.) <<

[16] Entre los papeles del difunto Leigh Bierce se encontró un esbozo preliminar de este relato. Aparece aquí sólo con las revisiones que el propio autor podría haber hecho al transcribirlo. (N. del A.) <<

[17] Abuela; tiene otras dos acepciones: comadre, vieja. (N. del T.) <<

[18] Alude a la guerra de Estados Unidos con México. (N. del T.) <<

[19] Hank significa *madeja de hilo*; también, *lazo y freno*, pero tiene otra acepción, la de *poder, influencia, inclinación...* Gray, como grey, significa *gris*. (N. del T.) <<

[20] Pato, ánade en general, pero comúnmente se refiere a la hembra, en contraposición a Drake, que es el macho. (N. del T.) <<

[21] Phil Kearny (1794-1848), general del ejército norteamericano, artífice de la conquista de California durante la guerra contra México. Murió de fiebre amarilla en Vera— cruz. El fuerte levantado en su memoria se dedicaba a la protección de los viajeros del ferrocarril de Oregón. (N. del T.) <<

[22] Literalmente, Gran Cuerno. Uno de los tres subafluentes del Yellowstone, que atraviesa Wyoming y Montana. (N. del T.) <<

[23] Hipocorístico de David. (N. del T.) <<

[24] Murfreesboro y Tullahoma, en Tennessee. (N. del T.) <<

[25] Llamada también batalla de Murfreesboro, se libró del 31 de diciembre de 1862 al 2 de enero de 1863, suponiendo una importante derrota de las fuerzas del sur mandadas por el general Braxton Bragg, compuestas por un total de 38 000 hombres. Las fuerzas del norte, al mando del victorioso general William S. Rosencrans, constaban de 45 000 hombres, de los cuales murieron 12 900, mientras la Confederación perdió menos: 11 700. (N. del T.) <<

[26] Don Carlos Buell (1818-1898), general de la Unión organizador de los ejércitos del Potomac. Sustituyó al general SHermán en Kentucky, en 1861, haciéndose posteriormente cargo igualmente de los ejércitos de la Unión en Ohio. La batalla de Shiloh, también conocida como batalla de Pittsburg, se libró del 6 al 7 de abril de 1862. (N. del T.) <<

[27] Personaje de Shakespeare, en *Noche de Epifanía*. (N. del T.) <<

[28] Hipocorístico de Bennett. (N. del T.) <<

[29] La Isla de los Pinos fue en tiempos un famoso nido de piratas. (N. del T.) <<

[30] Por sugerencia mía, la difunta Flora McDonald Shearer puso este relato en forma de soneto en su libro de poemas *La leyenda de Aulas*. (N. del A.) <<